



LA NOCHE
NO ENTIENDE
DE LUCES

DAVID NAVARRETE UTRERA

Ediciones Ruser

LA NOCHE NO ENTIENDE DE LUCES

David Navarrete Utrera

Título: «La noche no entiende de luces».

© David Navarrete Utrera

Editor: Francisco José Rullán Ferrer

Diseño de portada: Diego Rodríguez Rivero

Imágenes de cubierta: © Pixabay

Maquetación: Ediciones Ruser

Corrección: Ediciones Ruser

1ª Edición octubre 2018

© Ediciones Ruser

info@edicionesruser.es

www.edicionesruser.es

ISBN: 9788494911453

Impreso en España / *Printed in Spain*

Por Podiprint s.l.

A los míos, por poner rumbo en una brújula rota.

LA NOCHE NO ENTIENDE DE LUCES

I

En una mañana fría, de esas en las que el hielo quema, en las que el vaho escribe, Tom despertó.

Tom Sequeira era un hombre alto, de complexión delgada, piel clara, nariz marcada y una voz muy grave. Facciones que denotaban una no dura, pero ardua vida, ojos marrones color café, pelo castaño, y finos labios, andaba con las piernas bien abiertas, vestía habitualmente de manera informal, rondaba alrededor de los 39 años y era la típica persona que solía pasar desapercibida. Tenía un carácter muy fuerte, no se callaba ninguna, siempre decía que entre sus principales defectos no se encontraba la falta de principios, pero sí la sinceridad.

Este despertó ese día como todos, a la misma hora, concretamente a las 6:00 a.m., con la intención de coger su Mercedes clase s coupé, siempre había soñado con conducir un Rolls-Royce, no había coche más elegante que esos, se decía constantemente, aunque reconocía que sería muy difícil tan siquiera verse montado en alguno en algún momento de su vida. Puso la radio

y se marchó a recoger a su nuevo cliente, esta vez se trataba de una magnate rusa, una de las mujeres más ricas del mundo. Tom siempre estaba al margen de todas esas cosas, odiaba en cierta medida a todo el mundo, él iba, recogía a su cliente y lo dejaba donde este dispusiese sin mediar una palabra, pero ese día empezó a enturbiarse desde bien temprano, ambos se vieron enroscados en un atasco enorme y la magnate rusa, de nombre Lena Balsac lanzó un:

— ¿Lleva mucho tiempo usted trabajando en esto?

—Dieciocho años llevo ya —contestó bastante seco.

—¿Y tiene mucho trabajo? —ella era educada sin más.

—Algo, pero bueno me da para vivir.

Él seguía en su línea, era una persona conocida por su sequedad, no hablaba con mucha gente, no tenía muchos amigos, no era una persona que se diera a conocer fácilmente. Ella era conocida por casi todo el mundo, destacaba por su dinero, por sus empresas y negocios, pero sobresalía por su belleza y su forma de conquistar a los hombres para conseguir sus objetivos, calculadora y meticulosa, sin embargo, de su vida privada se sabía poco, era de las pocas mujeres ricas que guardaban bien sus hilos, sin dejarlos a la vista de los demás.

Se decía que había conseguido todo su dinero siendo persistente y arriesgándose en sus negocios, pero realmente nadie lo sabía a ciencia cierta, nadie sabía nada de su pasado, no tenía marido, tampoco amante y tampoco se conocía a su familia, era una persona solitaria que hacía uso de las redes sociales para que la gente viera que sus negocios iban bien, y a la que no le faltaban las fiestas, el dinero ni el alcohol, pero no se atisbaba por ningún sitio ningún ápice de amor, ni novios, ni amigos, ni familia, ni siquiera gente interesada en su dinero, había algo que desconcertaba a todo el mundo.

Después de media hora larga recorriendo las concurridas calles de Madrid, llegaron a su destino, ella se bajó y le dijo: mañana un poco más tarde, a las 10:00am. en el Hotel Eurostars Madrid Tower, a lo que él respondió

—No, no yo mañana tengo otro cliente, no suelo llevar a la misma persona varias veces...

Mientras ella se alejaba se escuchó un «a mí sí, y si todo sale bien te invito a comer».

Él se marchó desconcertado camino de su casa, había algo que no le gustaba en esa mujer, pero a la misma vez le despertaba intriga, pensaba que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero también sentía curiosidad, y para algo interesante que pasaba en su insulsa vida después de tanto tiempo, por pequeño que fuera ¿cómo iba a decir que no? Tenía que arriesgar, pero no era de esas personas que solían arriesgar. Se planteaba una gran disyuntiva, ¿qué hacer?

Esa misma tarde Tom la pasó como una más, sentado en el sofá, mirando la tele, pensando en seguir escribiendo esa historia que tenía, con la cual sabía que no llegaría a nada, por lo que terminó decantándose por seguir viendo en la tele esa película mala de Antena 3, cuando de repente pasó por su cabeza el nombre de Lena, ¿quién era esa mujer rusa despampanante de ojos verdes, melena rubia y cuerpo estirado? ¿De dónde venía toda esa riqueza que poseía? Se levantó dispuesto a resolver ese misterio, abrió su portátil, escribió el nombre de Lena, en el que salió en primer lugar el nombre de Lena Meyer, una cantante alemana de la que este no había oído hablar en su vida, luego aparecía el nombre de Lena en referencia a un concejo del Principado de Asturias, y sucesivas búsquedas que no le servían para nada, de escasa importancia conforme a sus intereses salvo algunas noticias en las que salía ella haciendo unas declaraciones escuetas sobre alguno de sus negocios, de estas a Tom no le valían ninguna. En ese momento sonó el teléfono, era su madre.

La familia de Tom era una de esas familias chapada a la antigua, a menudo había oído en su

casa la idea de que la persona que debía trabajar era el hombre, y la mujer cuidar a los niños, y claro después de oírlo desde pequeño él pensaba igual, aunque ahora había tenido muchas disputas con su familia pues ni tenía mujer, ni mucho menos hijos y sus padres empezaban a echárselo en cara. Ya ni siquiera los llamaba una vez a la semana con tal de no oír las quejas y lamentaciones de sus padres. Estos vivían en Mallorca, ambos retirados, ella fue presidenta de Telefónica, mujer espigada, tinte castaño para disimular su canoso pelo, siempre muy bien vestida y acompañada de sus bolsos de Louis Vuitton, alguna que otra inyección para disimular las arrugas... Él, militar retirado condecorado con la medalla naval, Gran Cruz del Mérito Naval con distintivo rojo, Cruz del Mérito Naval con distintivo rojo, y Cruz de Plata a la Constancia en el servicio, los años y las horas de preparación a su espalda se notaban en su rostro, y en sus andares acompañados de ese bastón con cabeza de madera en forma de lobo que intimidaban a todo aquel que no lo conociese bien, pero eso sí, todo ese valor no lo tenía su hijo, a menudo Alfonso alardeaba frente a sus amigos de taberna que su hijo se parecía a él, y estaba dotado de su mismo valor y principios pero este sabía perfectamente que de lo segundo tal vez sí, pero de lo primero andaba más bien escaso. Siempre había pensado que su hijo estaba desaprovechando la vida, que ese trabajo que tenía no era adecuado para tener una buena vida el día de mañana, pero Tom hacía caso omiso a las innumerables charlas de sus respetables padres, personas conocidas y con cierto estatus social, esto era evidente nada más entrar a su casa y ver la foto del rey junto a ellos.

II

Llovía como hacía tiempo que no veía Madrid la lluvia y Tom se encontraba finalmente allí, en la puerta del hotel, esperando a Lena, pero no salió, de repente entró en el coche otra mujer con rasgos de países del este, estaba desconcertado y preguntó

—¿Tú quién eres?

Ella torció el gesto y dijo:

—Perdone, pero un mínimo de educación no estaría mal.

—Tiene usted razón, perdone, ¿usted quién es? —respondió sin dar cuartelillo.

—Lléveme a esta dirección —le entregó un papel en el que ponía: «Carrera de San Jerónimo».

Tom no estaba muy puesto en el mundo real, pero de direcciones sabía un rato, y sabía perfectamente que esa era la dirección del Congreso de los Diputados. No quería que aquel sin sentido continuara y se dirigió a esa dirección sin mediar una palabra, estaba pensativo no sabía nada, ni quien era Lena, ni su propósito, ni sus intenciones, ni siquiera sabía quién era esa nueva mujer, se encontraba absorto.

Al cabo de no mucho tiempo llegaron.

—Iryna, me llamo Iryna, encantada.

—¿A qué viene usted aquí?

—Únicamente negocios.

—¿Qué negocios se pueden hacer con políticos?

—Muchos, amigo mío, muchos.

—Me gustaría que no me llamase amigo, no lo somos —le incomodaba profundamente aquella

situación.

—Tiene razón, pero no se enfade amigo.

Ella jugaba con él, era su estilo. Era una experta en poner nerviosos a los hombres. Iryna y Lena tenían muchas cosas en común, pero tenían sus diferencias, la primera se dejaba llevar mucho más por los sentimientos, mientras que Lena era fría, muy fría, aunque nadie sabía nada de ella ni de su pasado, muchas eran las leyendas que hablaban sobre este. La más comentada entre la población hablaba de que sus padres habían fallecido en un accidente aéreo en su avión privado, incluso las malas lenguas hablaban de que ese accidente había sido provocado, pero nunca se llegó a demostrar nada. Ella quedó al cuidado de sus tíos quienes la culpaban de la muerte de sus padres e hicieron que su vida fuese una tortura. Esta fue la causa por la que se dice que acabó con la vida de sus tíos, pero la realidad era que nunca se logró establecer qué conexión tenía la preciosa niña pequeña con la muerte de sus familiares. La muerte de estos se produjo muy sutilmente. En el caso de Petros, su tío, lo encontraron en su baño ahogado después de que un hilo junto a la corbata lo terminara por ahorcar. Lo de su tía fue algo más desagradable, un sicario le había pegado tres tiros a bocajarro, esto fue lo que desconcertó a la policía, el sicario testificaba que una mujer cuyos rasgos coincidían en todo o casi todo con la descripción física de Lena le había llamado, dado todos los detalles y más adelante pagado. No se explicaban como una niña de dieciséis años podía haber hecho todo eso después de doce años conviviendo con sus tíos. Aun así, nadie sospechaba de ella. La tenían entre alfileres, pero imperaba la palabra de una niña de familia adinerada por encima de la de un sicario que justamente dos días antes de testificar desapareció; fuentes bastantes fiables decían que había huido a Brasil. Pero la policía dejó abierta la posibilidad de que esa chica fuese la ideóloga de todo porque en esa tierna y adorable pequeña no se reflejaba ningún ápice de dolor, tristeza o ira, solo apatía.

Ambas mujeres se parecían en el físico, ambas procedían sin ninguna duda del este, altas, cuerpos estirados, largas piernas, pelo rubio. Lena con ojos verdes e Iryna azules, cara bonita sin vergüenza ninguna y en la que se apreciaba que no siempre habían sido personas de dinero. Vestían con ropa de marca, por lo menos desde que se tenía constancia de su adinerada vida, de lo de antes, nada se sabía. Extravagantes, enseñando sus armas de mujer.

III

Tom volvía a su casa, aunque se encontraba tan indeciso que se decantó por llamar a uno de sus pocos amigos para tomar algo. Cuando llegó a la cafetería «San Ginés», una cafetería de cierto renombre en Madrid conocida por sus churros madrileños y su chocolate y que en invierno siempre estaba abarrotada habiendo que hacer colas de veinte minutos mínimo para poder coger un sitio, Javier Moraes ya había conseguido mesa y esperaba a su amigo. Después de una larga espera este apareció y sin mediar palabra dijo:

—Javi mi vida está entrando en caos.

—¿Qué pasa? No te alteres —contestó su amigo en un tono muy cordial.

—Que unas psicópatas sin educación alguna y con mucho descaro se están metiendo en mi aburrida e inoperativa vida.

Ese era el gran problema, estaba tan harto de su vida que necesitaba un cambio, pero al mismo

tiempo era consciente de que ese cambio podría traer demasiados problemas para los que no estaba seguro de estar preparado para afrontar. Continuó la charla entre los dos viejos amigos en un tono bastante coloquial sobre algunos trapicheos de amigos que habían ido quedándose por el camino, sobre antiguas relaciones y sobre la nueva novia de Javi. Tom nunca se metía en esos temas.

—Bueno, cuéntame más de eso de lo que me hablabas cuando entraste por la puerta.

—Pues resulta que el otro día fui a recoger a una nueva clienta, una tal Lena, descarada, guapa, creo que era del este... todo iba bien hasta que pillamos un atasco, ella empezó a hablar y finalmente me dijo que la recogiera hoy en el «Eurostar».

—¿El hotel de lujo de la Castellana?

—Sí, ese mismo. Bueno total usted sabe que...

—Háblame de tú, nos conocemos desde hace mucho tiempo, aunque nuestra relación ya no sea tan llevadera —le interrumpió al verse contrariado por la forma de referirse a él.

—Sí, sí perdona, es que me he tirado varios días con el usted en la boca, mis nuevas clientas son demasiado... para mi gusto, exquisitas.

—¿Mis? —preguntó el amigo.

—Te sigo contando, resulta que accedí a ir a recogerla. —Tom se saltó un buen trecho de la historia, su amigo sabía perfectamente que no recogía a la misma persona varias veces—Y apareció otra mujer de rasgos muy similares a la descrita escuetamente antes. Yo quedé anonadado, me esperaba a esa tal Lena, pero apareció otra mujer de ojos azules —era un dato intrascendente, pero en el que Tom se había fijado mucho, pues casi las distinguía más por el color de ojos que por otra cosa—. La llevé al Congreso de los diputados y lo que hice después ya lo sabes, te llamé y...

—Qué raro todo ¿no? ¿Recuerdas su nombre, te lo llegó a decir?

—Sí, Iryna.

—Con respecto a la primera mujer de la que me hablaste, esa tal Lena, no será Lena Balsac ¿verdad?

—Ni idea, su apellido no lo sé.

—Yo que tú me aseguraría de comprobar si es Lena Balsac y si es ella me alejaría todo lo posible.

—¿Por qué? ¿Quién es esa mujer?

—¿Nunca has oído hablar de las historias que cuentan sobre tu posible clienta?

—No. No tengo ni idea.

Tom estaba al margen de la vida real, y los cuchicheos de la calle eran algo totalmente inexistentes para él. Javi levantó la mano llamando al camarero, pidió dos cafés más y le contó la historia más popularizada y atroz que rondaba sobre esa mujer.

Tom se marchó aterrorizado camino de su casa, no se paraba por nada del mundo, era el quinto semáforo en rojo que se saltaba.

Javier también estaba al corriente de las historias que deambulaban sobre esa mujer, y él, como la inmensa mayoría se las había creído.

Este era albañil, una persona de clase social baja que a menudo había tenido discusiones con su amigo Tom dado que ambos chocaban en casi todo, uno de derechas, otro de izquierdas, uno de amor para toda la vida, otro de una cada noche, uno de clase baja, otro de clase media que aparentaba ser de clase alta cuando por mucho que quisiera no le daba el dinero. Javi se conformaba con lo que tenía, Tom siempre quería más y más, pero aun así siempre estarían

dispuestos a meterse en la boca del lobo el uno por el otro.

Tom entró en su casa, echó la doble llave y llamó a sus padres, no sabía muy bien porque había hecho eso, pero se llevó una inmensa alegría al escuchar a su madre descolgar el teléfono, pero justo al escuchar el ¿sí? de su madre, colgó el teléfono. Pensaba, «pero ¿qué estás haciendo Tom?» No paraba de guiarse por impulsos y por lo que le comentaba la gente, y él nunca había sido así, se decía a sí mismo tranquilo, piensa, hoy es sábado vamos a descansar y el lunes volveré a donde he quedado con esta mujer, pero se le venía el pensamiento de ¿y si aparece otra persona? ¿Y si las historias que cuentan son verdad? ¿Y si intentan acabar conmigo? Estaba cansado de tanto «y si». Se estaba volviendo loco así que decidió tomarse una copa de Tanqueray con tónica e irse a dormir.

El domingo trascendió sin ningún acontecimiento de mayor importancia. No salió de casa, incluso le costó salir de la cama y cuando por fin se decidió fue directo a su librería personal, Tom no era uno de esos hombres cultos, pero le gustaba aprender cosas nuevas continuamente, estaba al margen de lo que le contasen, siempre decía que lo que él sabía era por cuenta propia. A menudo rechazaba las clases y consejos de los demás. Después de un largo rato de ojeadas a las portadas de los libros se decantó por empezar a leer «Hombres buenos» de Arturo Pérez Reverte. Tom era un apasionado de la historia y si encima era contada desde una visión ciertamente objetiva, además de ser historia española, hacía que en él se despertara toda la curiosidad por ver si realmente era tan buen libro como había oído, siempre motivado por la oportunidad de aprender algo más.

IV

Sonó esa escandalosa melodía de la alarma, Tom abrió un ojo mientras de su boca solo salían maldiciones, eran las 6:00 y eso significaba que tocaba levantarse e ir a un nuevo misterio. Estaba decidido a preguntar, indagar e intentar llegar al fondo de esa situación. «¿Qué es lo que está sucediendo realmente?» Se preguntaba. Dudaba si seguir leyendo ese libro al que tanto se había enganchado o desayunar algo. Finalmente se decidió por continuar leyendo. Iba tarde, era la primera vez creía recordar que llegaba tarde a su trabajo, todo esto lo estaba empezando a desquiciar, y lo que no sabía es que tan solo acababa de comenzar. Después de varias horas llegó a su destino. Allí estaba ella, vestida de forma muy elegante accedió al interior del vehículo sin mediar una palabra.

—¿A dónde desea ir hoy? —preguntó de forma airada.

—¿Y ese tono malhumorado amigo mío?

—Le vuelvo a decir como ya le dije en su momento que no soy su amigo, y que por favor hiciese el favor de no volver a llamarme así.

—Vale, vale amigo mío, solo quería que fuese una relación algo más que cordial ya que nos queda cierto tiempo juntos.

Lena continuaba jugando con él como si de su marioneta se tratara, era demasiado fría como para dejar algún hilo sin hilar y quería tenerlo todo bien atado y calculado para que nada saliese mal.

—¿Qué le parece si quedamos esta tarde para tomar algo, usted y yo, sin ventanillas que nos

separen ni trabajo que nos diferencie? —preguntó Lena con tanta seguridad que casi parecía una afirmación en vez de una pregunta.

Tom ni siquiera contestó, se negaba a entrar en su juego.

—Es de mala educación no contestarle a una señorita —comentaba con un tono de colegiala y una gran sonrisa.

—No creo que usted y yo debamos quedar, creo que somos muy diferentes el uno del otro, permíteme la intromisión.

—¿Usted alguna vez ha ligado señor... Tom? Simplemente quiero aclarar unas cuantas cuestiones con usted y algunas cosas sobre trabajo.

—¿Trabajo? No tenemos nada de qué hablar sobre esa cuestión.

—Pues yo pienso todo lo contrario, ambos sabemos que usted es una persona desencantada con esta vida y sobre todo con la sociedad llena de corrupción y mentiras en la que vivimos. Tan solo venga a mi cita y le explicaremos en que consiste sin ningún tipo de compromiso. Esta tarde-noche a las 20:00 en el restaurante «Ramsés» y no se preocupe por el precio, pago yo.

Llegó a su casa esta vez menos sobresaltado con la impresión de que tenía algo más el control de la situación, aunque realmente fuese lo contrario, miró acerca del restaurante donde habían quedado y observó que era uno de los restaurantes de moda de la capital con una coctelería de lujo y una carta que no se quedaba nada atrás, eso sí con unos precios que hacían replantearse toda tu existencia.

El día había pasado a una velocidad impresionante. Entró en el restaurante con un aire de superioridad, quizás ese aire que le daba entrar en un sitio donde todos los presentes eran gente de cierto prestigio o cierta clase social. Iba con unos zapatos de punta recién brillantados, pantalón largo negro, camisa azul y una americana gris acompañado de algún que otro complemento como un reloj no muy caro y varias pulseras. Llegaba pronto, quería observar el entorno, creía que así tendría cierta ventaja. Al cabo de unos quince minutos apareció ella, Tom se quedó boquiabierto, iba preciosa, vestido largo que realzaba sus curvas y el pelo suelto acompañado de una hermosa gargantilla alrededor de su cuello, nada más entrar dos hombres la detuvieron y hablaron durante un corto tiempo con ella, siguió avanzando y saludó con dos besos a su invitado, ambos se sentaron.

—¿Te gusta el vino verdad?

Asintió con la cabeza.

—¡Sumiller! ¿Puede aconsejarnos qué tomar para acompañar lo de siempre?

—Veo que no cambia señorita y sigue fiel a sus platos —sonrió el sumiller—. Ahora les traigo el vino y llamo al «mettre» para que les tome nota.

En un abrir y cerrar los ojos apareció el «mettre». Tom notó que no era la primera vez que Lena aparecía por allí y que incluso tenía cierto poder.

—¿Qué tomaran los señores?

Lena le preguntó a Tom si ella pedía por él a lo que este asintió.

—De entrantes tráiganos buñuelos cremosos de bacalao con ajo y miel y bonito a la llama con judías verdes, ají amarillo y piñones, ah y se me olvidaba, un pan de cristal con tomate de penjar, y luego para el caballero solomillo a la manteca negra y para mí el rape de siempre.

A Tom nada más de escuchar se le hacía la boca agua.

—Gracias por la invitación, pero sigo sin entender qué es eso en lo que podemos coincidir, no creo que ninguna proposición suya me interese.

No creo que sea así, dijo Lena con tal firmeza que parecía que podía hacer volar una jirafa.

Lena tenía un plan, una misión tan perfectamente estructurada que parecía fácilmente ejecutable, sin embargo, para realizarla hacía falta demasiada sangre fría y muchos ideales, creer firmemente en la idea y tener pocos escrúpulos. Tom observaba atónito desde hacía rato. Un hilillo de baba caía de su boca, parecía estar totalmente asombrado, no entraba en razón y justo cuando terminó se podía presenciar el horror y asombro en sus ojos, sin embargo, los de ella reflejaban todo lo contrario, sabía que el plan iba a la perfección pues este todavía no había salido corriendo y seguía allí sentado.

—¿A qué al final si le interesa? —preguntó con un tono malévolo Lena.

En ese mismo instante Tom la interrumpió con un:

—¿Y qué gano yo?

Sonaban unas cuantas carcajadas. Iryna acababa de entrar por la puerta y se atribuyó la pregunta a ella contestando:

—Si todo sale bien mucho dinero... ¿y si sale mal? Serás un mártir, ¡qué digo un mártir! Serás «el mártir». Veo que llego un poco tarde. Ya está todo explicado presiento así que ahora te toca a ti, tienes tres días para darnos una respuesta.

V

Alguien aporreaba la puerta de forma violenta, Tom acababa de despertarse después de tanto ruido, caminaba a ciegas por su pequeña y destartalada casa, iba pensando a la vez que maldiciendo quién sería la persona que estuviese al otro lado de la puerta, pero resultaba que al otro lado de la puerta no había nadie. Quedó extrañado, pensando qué era lo que realmente estaba sucediendo, caminó hacia la cocina, abrió la nevera y después de echarle una ojeada llegó a la conclusión de que tenía que hacer la compra. Cogió el cartón de leche y se lo sirvió frío. Se sentó a pensar, no paraba de darle vueltas a lo que días antes les habían propuesto. Sabía que era un suicidio, que todo estaba perfectamente articulado, pero aun así era impensable, pero él siempre decía que uno tiene que tener principios y valores, y si este seguía a esos debía acceder a ayudar.

Tom era una persona muy meticulosa, precavida, solitaria y algo insegura en casos banales, pero cuando se trataba de asuntos importantes era de las personas más seguras. De pequeño siempre iba a esquiar a los pirineos con su padre, era su *hobby* favorito, ambos estaban demasiado unidos hasta que un día Tom cayó inconsciente en la nieve y nadie sabe cómo consiguió sobrevivir, pero desde ese día nada fue igual. Llevaba varias marcas en su cuerpo, la primera es una calva redonda justo en la parte de atrás de la cabeza provocada por la quemadura que le produjo la gélida nieve y se terminó de formar con el traqueteo de la moto de nieve bajando, a toda prisa, hacia el hospital. Estuvo dos meses recibiendo pruebas y pruebas en la UVI sin nadie saber a ciencia cierta qué es lo que estaba ocurriéndole a ese niño de doce años hasta que un día se le practicó un cateterismo y se observó que una arteria estaba obstruyendo el paso a la vena pulmonar que pasa por el corazón. Esta operación solo se podía realizar en Madrid y Valencia dada la dificultad. Finalmente se realizó en Madrid, una operación copiosa y larga de seis horas de duración en la que parecía que todo había ido bien, a las pocas semanas se le dio el alta con la mala suerte que después de unos días Tom sufrió tres infartos seguidos. Consiguió resistirlo además de otro mes en el hospital y salió adelante, eso sí, tomando siete pastillas diarias, mucha

precaución y con pocas probabilidades de vivir durante mucho tiempo.

Esto último es lo que le tiraba a seguir con lo que le habían propuesto, tenía pocas posibilidades de vivir durante mucho tiempo, era un enorme paso hacia encontrar como solucionar su vida y cambiar su mediocre sueldo. Aunque pensaba «¿hace falta el dinero para solucionar nuestras vidas?» A menudo recapacitaba y no entendía por qué la mayoría de la población necesitaba el dinero para ser feliz, estaba tan desilusionado con el mundo en el que vivía que no tenía ni idea de cuál sería su decisión final, estaba entrando en un bucle. ¿De verdad necesitaba ese dinero para ser feliz? Mientras pensaba con la mirada perdida se le pasó una de esas historias que había tenido el placer o la desgracia de haber vivido, aunque no fuera en primera persona, sí como invitado, se encontraba haciendo memoria hasta que recordó plenamente esa historia.

En cierta ocasión, durante una elegante recepción de bienvenida al nuevo Director de *Marketing* de una importante compañía española, algunas de las esposas de los otros directores, que querían conocer a la esposa del festejado, le preguntaron con cierto morbo: ¿te hace feliz tu marido?

Este, quien en ese momento no estaba su lado, pero sí lo suficientemente cerca como para escuchar la pregunta, prestó atención a la conversación e incorporó ligeramente su postura, en señal de seguridad, y hasta hinchó un poco el pecho orgullosamente, pues sabía que su esposa diría que sí, ya que ella jamás se había quejado durante su matrimonio. Sin embargo, para sorpresa suya y de los demás, la esposa respondió con un rotundo:

—No, no me hace feliz.

En la sala se hizo un incómodo silencio como si todos los presentes hubieran escuchado la respuesta de la mujer. El marido estaba petrificado. No podía dar crédito a lo que su esposa decía, y menos en un momento tan importante para él.

Ella muy elegante continuó:

—No, él no me hace feliz... Yo soy feliz. El hecho de que yo sea feliz o no, no depende de él, sino de mí. Yo soy la única persona de quien depende mi felicidad. Yo determino ser feliz en cada situación y en cada momento de mi vida, pues si mi felicidad dependiera de otra persona, estaría en serios problemas. Todo lo que existe en esta vida cambia continuamente: las personas, las riquezas, mi cuerpo, el clima, los placeres, etc. A través de toda mi vida, he aprendido algo: yo decido ser feliz y lo demás son «experiencias o circunstancias». El amar verdaderamente, es difícil. Es dar amor y perdonar incondicionalmente, vivir, tomar las «experiencias o circunstancias» como son, enfrentarlas juntos y ser feliz por convencimiento. Hay gente que dice: «no puedo ser feliz porque estoy enfermo, porque no tengo dinero, porque me insultaron, porque alguien ha dejado de amarme, porque alguien no me valoró, etc». Pero lo que no sabe es que puede ser feliz, aunque estés enfermo, tengas o no, aunque alguien te haya insultado, o alguien no te ame, o no te haya valorado.

Ser feliz es una actitud ante la vida y cada uno decide la forma en la que mira a los problemas.

Tom quedó anonadado aquel día, estaba sorprendido por la lección que una mujer rica le acababa de dar, al igual que locamente enamorado de esa mujer, un amor que duró varios minutos, esos que tardó en pensar que era totalmente imposible que se fijara en él.

Ese día volvió en taxi a su casa y durante el trayecto se dijo: «no volveré a necesitar dinero para ser feliz», aunque fue totalmente en vano.

Después de esa larga reflexión cogió su móvil y marcó un número. Se decía «¿qué estás

haciendo?» Tras varios tonos, ella descolgó el teléfono al otro lado de la señal

—¿Sí?

—Estoy preparado, voy a ayudaros.

—Estábamos convencidos de que así sería, sigue con tu trabajo normal hasta que recibas nuestra llamada. Confiamos en ti para lograr nuestra causa, no nos decepciones —colgó.

VI

«**E**n 1843 se puso la primera piedra de lo que posteriormente sería el Congreso de los Diputados, cuya inauguración fue en 1850». «Por la Galería de Retratos se accede a los despachos de los miembros de la Mesa, a las tribunas del Hemiciclo y a la Sala Mariana Pineda, lugar habitual de las reuniones de la Junta de Portavoces, en la que se exhibe un cuadro de Vera Calvo titulado: Mariana Pineda en Capilla».

Javier se encontraba en una de esas visitas guiadas del Congreso de los diputados junto a Marcos Farreres, su mejor amigo y quien lo había convencido para ir. Este era el típico amigo que triunfaba allá donde iba, siempre había alguno en el grupo, aunque realmente ellos ya no tenían grupo, y ese era él, trabajaba en la embajada americana, y ninguno de sus amigos podía comparar su trabajo con aquel. De repente Javi dijo: «me está hablando Tom». La relación entre Marcos y este último no era muy fluida, ambos se habían ido separando por motivos de trabajo, junto con que Tom no aguantaba que nadie llegara más alto que él, de ahí que se encontrara tan solo.

—He quedado con él en el Raza, paga él, ¿vienes?

—No creo que le apetezca mucho la idea de verme, ya sabes cómo es.

—Que sí, ven, eres mi invitado, hazlo por las viejas amistades

—¿Y qué es lo que quiere? Es raro que llame a alguien, o quizás hace mucho que no lo veo y ha cambiado.

—Tampoco te hagas falsas esperanzas, sigue igual que siempre, pero hay algo que le atormenta.

—¿Qué le atormenta? ¿El qué?

—Ese es su principal problema, que no sabe a lo que se va a tener que enfrentar.

Ambos se montaron en el coche y se pusieron en camino en el Mercedes color gris plata que portaba la elegancia común en un coche de tal calibre, con sus asientos de cuero y todo tipo de accesorios nuevos y por supuesto automático para que así fuese lo más cómodo posible.

En menos de veinte minutos se plantaron allí, y después de unas cuantas vueltas intentando encontrar aparcamiento lo consiguieron. Ambos se bajaron del coche. Javi con pintas de lo que era, un pantalón algo viejo, zapatos de no más de treinta euros y una camisa color gris inerte, al otro lado todo lo contrario, como si de la noche y el día se tratase, zapatos de pico caros, pantalones impolutos, junto con un polo Lacoste complementado con una americana que hacía juego con sus pantalones.

—¿Habías estado alguna vez aquí Javi?

—En mi vida, ojalá pudiera permitírmelo, ¿y tú?

—Pocas, pero sí, antes lo utilizábamos para cerrar tratos de asuntos de la propia embajada, o con otras embajadas, además el dueño es íntimo amigo de mi jefe.

Se oyó esbozar, «jefes...».

Tom y Javi estaban terminando, bebiéndose una copa de la ginebra más cara que tenía el restaurante, Silent Pool con tónica con ligero aroma a pimienta rosa, cuando de repente empezó a sonar el teléfono de ambos casi al unísono, se miraron contrariados y se dispusieron a cogerlo.

—¿Sí? —dijo Javi.

—Buenas tardes, le llamo del hospital Gregorio Marañón, ¿Conoce usted a Marcos Farreres?

El restaurante era de esos que quitan el hipo, y ensalzan las razones por las que ser rico puede dar la felicidad, decorado de lujo, con una cristalera en la que se veía la cocina y a los cocineros hacer magia, dos esculturas de mediana altura en las que se recrean dos lobos a los pies de su amo (el dueño del restaurante) pensaba Javi que llevaba un rato recreándose con todo el dinero que tendría, quién fuera él, pensaba. Y todavía no se había enterado de que todo el hotel que yacía sobre aquel restaurante también pertenecía a él.

Al final del todo, a mano derecha una mesa para tres, como si ya supiera que al final serían tres los comensales. Tom ya estaba sentado, siéntense dijo, Marcos, que era el listo del grupo, sabía que en esa reunión había algo raro, no era una simple comida de amigos, quería algo más, pero no sabía todavía el que.

Antes de empezar Javi en un tono preocupado preguntó:

—¿Puedes permitirte esto?

—Tranquilo amigo, puedo.

—¿Y de dónde estás sacando tanto dinero?

—El trabajo me va bien, simplemente, tengo algún que otro negocio que me está dando dinero.

Marcos no había abierto la boca, permanecía expectante, inquieto, intentando entender cuál era la finalidad de aquella reunión, seguía perdido, cuando de repente Tom de sopetón le preguntó:

—Y ¿qué tal por la embajada? ¿Cómo funcionáis allí?

—Pues no me puedo quejar, me va bien y se ha convertido en un trabajo de sensaciones.

—¿De sensaciones? —preguntó extrañado. La mirada de Javier también era de no entender aquella respuesta.

—Sí puesto que, al cerrar algunos acuerdos, que suelen ser pocos, nos guiamos por la negociación de ese día, no hay nada escrito, no sabemos qué puede suceder hasta ese mismo instante.

—¿Y tú? Me ha contado Javi que sigues de chofer.

Tom se estaba dando cuenta de que su antiguo amigo era verdaderamente un estratega nato, apenas había necesitado quince minutos de reunión para darse cuenta cuál era su verdadera intención y ya le había girado por completo el tema de la conversación sin haberle dicho nada de lo que quería saber. Iba a ser complicado.

Obvió la pregunta y continuó la conversación con otra cuestión.

—¿Habéis dado asilo alguna vez a alguna persona conocida o a algún agente secreto?

—¿Agente secreto? —rió a carcajadas— No tío, eso solo sucede en las películas, sinceramente ni yo creo que esos agentes secretos como tú lo llamas existan.

Este quedó contrariado tanto con la respuesta como con el tono tan coloquial que había empleado, parecía una respuesta totalmente sincera. Aprovechó que sus dos acompañantes empezaron a hablar para ir al servicio y así poder tener más rato para articular una nueva conversación que le ayudara a conseguir su propósito pero después de que se le fuera el tiempo en el baño descubrió que Marcos se había tenido que ir corriendo tras recibir una llamada del colegio advirtiéndolo de que su hijo tenía fiebre, no consiguió absolutamente nada, no había

obtenido ni una mínima información, eso sí su bolsillo había sentido dolor al ver lo que tuvo que pagar por aquella comida, no estoy hecho para tener tanto dinero pensó. Se despidió de su amigo y se fue dando un largo paseo, cosa rara en él.

Marcos que iba camino del colegio, no paraba de darle vuelta a lo que estaba tramando Tom, pero de lo que sí que estaba seguro era de que algo se traía entre manos. Al llegar al colegio vio a lo lejos a su hijo sentado en el banco, con cara pálida y ojos rojos. Marcos era un analizador nato, su trabajo en la embajada consistía en analizar y entender cuál era la mejor decisión, tenía una larga trayectoria por distintas embajadas de cierto riesgo como la de Irán, Siria y Kuwait, era un hombre con mundo, sabía perfectamente lo que quería y tenía el placer de poder decir que nadie se lo había regalado hasta llegar a aquel puesto tan prestigioso en la embajada estadounidense. Se le conocía por su capacidad de mediación y análisis pero también por sus impecables informes sobre la guerra de Iraq, también había vivido innumerables salvajadas, aunque estaba orgulloso de ello, pues la última había hecho que tuviera que salir de la embajada de Irán a través de mil argucias después de que los Iraquíes pidieran su cabeza e intentaran atacar contra él tras el informe en el que daba algunas de las claves al ejército estadounidense, esa ayuda propició que acabara en su puesto actual.

Justo estaba firmando la autorización para llevarse a su hijo cuando de repente entró por la puerta un antiguo amigo suyo de la embajada de Irán.

—¿Cómo estás guepardo?

Marcos era llamado el guepardo, eso sí, solo por aquellos que convivieron con él. Odiaba ese mote, jamás se lo había contado a nadie.

—Deja de llamarme así, ya no soy ningún guepardo, nunca lo fui.

—Claro que lo eres, solo alguien así podría haber escapado de aquella ratonera que te tendieron, es que todavía lo recuerdo y se me encoge el corazón, como tuviste los suficientes huevos para hacer eso, eres magnífico, y por fin se te ha reconocido, estás donde mereces estar.

—Deja de ponerte sentimental anda, si no recuerdo mal tú allí eras el oso, todo lo aguantabas, no había quien te tumbara, eras el rey y nadie osaba levantarte la voz.

—Nada, sabes perfectamente que eso no era así, si había alguna reina allí esa era Damaris, era la única chica, pero nos manejaba como quería, hacía y deshacía a su antojo, ella manejaba todos los hilos, era espectacular verla trabajar, todo lo hacía bien, ¿cómo la llamábamos a ella? Estoy viejo ya, y mi cabeza no da para tantas batallas.

—Estás perfectamente Raúl, no me seas melodramático. Y quizás no te acuerdes porque a ella se le llamaba por su nombre, hubo quien dijo que ella era todos los animales, y creo que fue el individuo que más se acercó a su posible definición, aun así, ella estaba al margen de todo eso, no iba a trabajar, iba a ser la mejor, a conseguir la mayor riqueza posible y creo que así fue.

—Bueno no terminó muy bien, me contaron.

—¿Cómo? ¿Qué ocurrió?

—Resulta que la encontraron degollada, no recuerdo muy bien hace cuanto, fue después de que le dieran aquel ansiado ascenso, y como se comentaba que trabajaba intentando hacer negocios con los capos de Sudamérica con el verdadero fin de desarticular estas bandas. Nadie se atrevió a husmear después y el caso se cerró hace unos años como un simple ajuste de cuentas.

—Vaya, no tenía ni idea. Bueno me voy que mi hijo se impacienta, llámame algún día y quedamos para tomar algo —dijo mientras levantaba el brazo izquierdo en señal de despedida.

La cara de Marcos se había descompuesto, sentía admiración por aquella muchacha, sabía que podía llegar muy alto, y sentía pena de haberse enterado cómo había terminado la cosa para ella,

de repente se le vino una frase a la cabeza que le decía muy a menudo su madre «las cosas grandes para los grandes». Y que razón que llevaba. Esa frase resumía muchísimo lo que era la vida, Marcos siempre había defendido los puestos de mando, todo debía de estar jerarquizado, así funcionaban las grandes empresas, así se crecía y se llegaba a ser alguien, estaba orgulloso de sus jefes, siempre pensaba en cuál era el más cabrón, y ahora cogía aire y decía «yo soy casi mi propio jefe». Todavía le quedaba algún que otro escalafón por subir, pero a diferencia de Tom, Marcos estaba dispuesto a conseguirlo, no tenía límites, incluso a veces dudaba de si tenía o no principios.

Iba en su coche junto a su hijo camino de su casa, la jornada había terminado. Por suerte no había sido un día muy duro en la embajada, no había mucho trabajo, se encontraba zigzagueando por las estrechas curvas camino de su casa cuando de repente una furgoneta blanca con los cristales tintados y publicidad de... Marcos solo consiguió ver la silueta de un hombre con extraña apariencia, segundos después se desvaneció, su hijo había muerto al ser impactado de lleno.

—Sí, soy su amigo, hemos estado almorzando hace un rato.

—Lamento decirle que ha tenido un accidente con su coche, dentro de la gravedad se encuentra estable, creemos que sobrevivirá, pero no sabemos si le quedara alguna secuela, y en cuanto a su hijo... se hizo un silencio que parecía interminable.

—Ha fallecido, no hemos podido hacer nada por él. ¿Sabe usted si tiene algún familiar cercano, esposa, u otro hijo?

Javi colgó, sabía que Marcos no tenía a nadie más que a su hijo, y este ya no estaba, su trabajo no le había dejado formar una familia ni ser un gran padre, y ahora cuando había encontrado una cierta estabilidad se había esfumado.

La cara de Javi era un poema, de esos que desgarran, estaba roto, Marcos era su mejor amigo y sabía que nunca volvería a ser el mismo, al otro lado se encontraba Tom que había estado escuchando la conversación a través del altavoz, la cara de este no expresaba dolor, es más, se podía atisbar una cierta sonrisa malévol, sabía que ahora todo sería mucho más fácil, Marcos sería susceptible, y no había nadie más manipulador que él, bueno, sí lo había y precisamente eran sus jefas. A Tom le estaba empezando a gustar aquella situación.

VII

«Pasajeros con destino Londres embarquen por la puerta D69» se escuchaba. Tom se encontraba perdido, no era partidario de viajar, solo había salido de España en contadas ocasiones y tuvo que preguntar finalmente... Se encontraba en el aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid.

Tom iba pensando, articulando la puesta en marcha de su plan, sabía que podía sacar mucho de su estancia en Londres, al llegar le estaba esperando un hombre trajeado de arriba abajo, cara seria, y bastante fuerte, Tom se enamoró de aquel traje, le quedaba muy bien, ojalá pudiese pagárselo, pensaba que pronto podría comprarse ese magnífico traje, se acercó y le saludó,

—Hola, ¿bien el viaje?

Menos mal que habla español pensó.

—Sí, aunque no estoy acostumbrado a viajar en preferencia. Se me ha hecho raro.

—No se preocupe, se acostumbrará, es muy gratificante viajar en preferencia sin soltar una sola libra, perdón un solo euro, viajar a costa de los demás, es genial. —dijo sin ningún ápice de conciencia.

Tom sintió miedo, esa forma de hablar asustaba, como si nada, estaba perplejo, absorto de lo que se le venía por delante, esa gente hablaba sin ninguna compasión por nadie, parecía interesarle solo una cosa, su fortuna, querían aumentarla sin tapujo alguno. Y su plan parecía perfecto, pero ¿lo sería? Después de un paseo efímero en coche por el centro de Londres llegaron a su destino, «más tarde te enseñaremos la ciudad», le habían dicho, él estaba ausente, no estaba pensando en nada relacionado con lo que debería estar presente en su cabeza. Durante el trayecto había quedado enamorado de una chica que vio andando por la calle, no le había dado tiempo a observarla bien pero su pelo caoba, su corto vestido ceñido y sus pecas en la cara habían hecho que se quedara babeando, por desgracia no le dio tiempo a fijarse en nada más.

Entró por la puerta un señor bajito, en traje, le colgaba del cuello una identificación la cual no lograba ver nítidamente, no tenía aires de ser director de nada, Tom volvía a juzgar sin conocer. Parecía la típica persona anclada en un puesto medio, sin muchas aspiraciones, con una mujer desde los dieciséis años, sin embargo ese bajito al que estaba juzgando era Jamie Rowling, nada más y nada menos que el creador de Denax, una empresa destinada a contratar y terminar de formar a los abogados más brillantes de los distintos países, y a ofrecerlos a otras empresas llevándose ella un alto porcentaje, parecía una idea vacía pero él había hecho que triunfara, la empresa estaba en expansión, y había salido a bolsa, Jamie en un periodo corto de tiempo se había convertido ya no solo en un millonario, sino en una persona terriblemente influyente. ¿Quién era más influyente en un país que alguien relacionado con la justicia? Correcto, los políticos, que a menudo estaban relacionados con jueces, abogados, magistrados, etc. Pero ¿quién era aún más influyente? Los empresarios. Y Jamie era empresario de enorme prestigio, tenía a su servicio directamente a miles de abogados, lo que le ponía en relación de manera indirecta con jueces, políticos, etc.

Tom estaba empezando a unir puntos, y creía saber por dónde iba a ir aquello. Se sentía como un niño pequeño disfrutando de un juego sin saber que ese juego podía ser demasiado peligroso, sin embargo, ya había comenzado, no había marcha atrás, debería acabar su particular juego.

Se encontraba sentado en una silla giratoria, demasiado cómoda, de tonalidad grisácea escuchando lo que Jamie y su equipo debatían, no estaba muy puesto en el mundo de los juristas, aunque tenía una vaga idea de lo que se estaba debatiendo. Hablaban de plantear un recurso de anulación ante el Tribunal de Justicia de la Unión Europea, la cuestión por la que querían plantear ese recurso se escapaba de sus ámbitos de conocimiento. Observaba boquiabierto la sala, era una sala amplia, con doce sillas, había contado, una mesa larga donde se discutían los cauces a seguir, una lámpara que colgaba del techo imponente, además de varios focos led, una salida de emergencia y una máquina de café. Al rato salieron todos de la sala. Cuando Tom se disponía a abandonarla se escuchó un:

—Usted quédese. Tenemos cosas de las que hablar.

Tom se giró con rostro serio, «¿dónde queda la impecable educación de los ingleses?» pensó.

—No soy inglés, por si se lo pregunta, nací en Escocia y jamás perteneceré a Reino Unido — se adelantó a decir como si le hubiese leído la mente.

Notaba por su tono de voz airado y por su forma de expresarse que no estaba muy de acuerdo con el resultado que dio el referéndum decisivo de 2014.

—Bueno, mire la parte buena, ustedes al menos pudieron decidir, en España seguimos peleados.

—Y seguirán durante mucho tiempo. Es un pueblo inculto, a día de hoy Cataluña sigue pensando que puede crear un Estado sin reconocimiento alguno del verdadero Estado, a nadie en su sano juicio le entraría en la cabeza, pero ustedes siguen empeñados en esa idea, y las autodeterminaciones dan lugar a la fuerza, y la fuerza da lugar a... deben pensar que estamos en el siglo XXI, y que las decisiones que tomen ustedes no son unilaterales, afectan a muchos más países, por no hablar de la Unión Europea, esa organización inerte, abocada al desastre tras los años que estamos viviendo, sin ni siquiera entrar a valorar que para que Cataluña sea reconocida como un estado, como una república, tal y como se determinan ellos mismos además del reconocimiento del Estado con el que no va a contar a no ser que contrate a algunos de mis abogados, necesitará un reconocimiento jurídico internacional que no conseguirían ni hartos de vino.

Tom se dio cuenta de la cultura que poseía su futuro aliado, sería difícil hablar con una persona así y se preguntaba «¿le habrán informado del plan? ¿Es parte de él? ¿En qué me puede ayudar este señor?» Estaba hecho un completo lío.

Jamie seguía hablando...

—¿Ha comparado usted alguna vez la historia de España e Inglaterra? Aquí siempre hemos luchado por nuestras libertades, desde 1215 con la carta magna, no como ustedes que tienen un gran pasado de autoritarismos y dictaduras.

Tom no sabía por dónde acometer la conversación, se encontraba perdido, y por si fuera poco notaba una gran hostilidad por parte de Jamie hacia los españoles, o hacia las personas en general. Le daba igual la historia y le habían mandado a hablar con un historiador renegado.

Javi deambulaba de un lado para otro en los enormes pasillos del hospital, esperando que su amigo saliera de observación, todavía no sabía que su hijo había muerto. Cómo decírselo, cómo decirle a un padre que su hijo ya no volvería, nadie estaba preparado para escuchar aquello, nadie estaba preparado para dar semejante noticia, pensaba que ojalá se lo dijeran los médicos y no le tocara a él aquel embrollo. Estaba roto, cansado, había tenido un día muy extraño, después de muchísimo tiempo se habían vuelto a encontrar con Tom. Este aparentaba tener mucho dinero y aunque hacía mucho tiempo que no eran verdaderos amigos estaba preocupado por él, intuía que estaba metido en algo bastante turbio, y por si fuera poco su mejor amigo acababa de tener un accidente de tráfico en el que había perdido a su único hijo.

Interrumpió la enfermera sus pensamientos.

—Su amigo se encuentra en coma, pero creemos que es temporal debido al fuerte *shock* que ha sufrido y que en unas horas despertará, eso sí, probablemente haya que sedarlo y estará en observación varios días, por lo menos hasta mañana por la tarde no podrá verle.

—¿Entonces no sabe nada de lo sucedido acerca de su hijo?

—No señor, y en el momento en el que se le comunique estará asistido por varios psicólogos, por suerte él no ha sufrido daños excesivos pero la fatídica muerte de su hijo puede agravar sus síntomas, debemos tener mucho tacto.

A Javi le asombraba la frialdad con la que esa enfermera le hablaba. «¡Joder! Acaba de perder a su hijo, muestre un ápice de dolor o de tristeza al menos».

—¿Ha dicho algo señor? —Javi se quedó contrariado, juraría haber expresado su idea para sí mismo y no en voz alta.

—Eh... —balbuceó—, no, no, me pasaré mañana sobre esta hora para ver qué se puede hacer, hasta mañana.

A medida que se alejaba una enorme angustia le invadía, «dónde estará Tom», pensó. Sacó su Iphone 4, algo anticuado, llevaba tiempo queriendo cambiarlo, pero su sueldo de obrero no le permitía darse muchos caprichos, marcó el número de Tom y... comunicaba, que extraño, este siempre solía estar atento al móvil. Justo cuando estaba entrando en su coche empezó a vibrar el móvil, «ahí está Tom», se dijo. Descolgó.

—¿Por dónde andas? Deberías haber venido al hospital.

—Lo sé, e iré, pero ahora mismo estoy muy liado, mañana mismo me voy a Londres, me han surgido unos asuntos de última hora.

—¿A Londres? ¿Tú? ¿En qué andas metido tío?

—En nada, no te preocupes por mí, mamá —sonaron unas cuantas carcajadas—. No sé cuánto tiempo estaré en Londres, pero en cuanto vuelva voy a ver a Marcos. ¿Le han dicho ya lo de su hijo?

—No. Está en coma, no saben si despertará.

Javi mintió a su amigo, quería ver si este mostraba algo de empatía, empezaba a dudar de él.

—¿En serio? ¡Qué mala fortuna! Bueno, igualmente iré a verle.

—¿Tom te da exactamente igual lo que les ha pasado verdad? —cambió el tema de conversación y con él el de su voz, ahora mucho más grave y malhumorada.

La llamada se cortó. Tom había puesto punto final a la conversación, no tenía tiempo que perder con cosas vacías.

—Bueno señor Jamie, ¿le han informado de porqué estoy aquí? —preguntó Tom, haciéndose el interesante, quería hacer creer a Jamie que lo tenía todo bajo control, aunque nada fuese así.

—¿Informar? Me comentó una buena amiga mía que estaba buscando trabajo, puedo ofrecerle un puesto después de pasar una sencilla entrevista, sencilla por ser usted —le guiñó un ojo— Evidentemente no será un puesto homónimo al de mis abogados, notarios... pero tendrá un puesto junto a mí del que puede aprender mucho.

Estaba totalmente perdido. ¿Un puesto de trabajo? ¿Él trabajando en Londres de forma temporal? Tom no sabía qué hacer, se había metido en un callejón sin salida, se encontraba frente a uno de los empresarios más influyentes, y este le acababa de ofrecer un puesto de trabajo debido a una amiga suya ¿Qué amiga? «Puedo aceptarla y formarme aquí, tendré un buen sueldo, personas de prestigio a mi lado, pero ¿y si esto es algún plan de Lena, pero no tiene nada que ver con el plan que tenía que realizar?», pensaba. Estaba hecho un completo lío, no tenía ni idea de cuál sería la decisión correcta.

—Entonces, le interesa, preguntó en un tono que se parecía más a una afirmación que a una pregunta, tenemos miles de candidatos, mi secretario despacha alrededor de doscientos currículums al día, y es un puesto que necesito suplir ya, quiero una respuesta en menos de dos horas.

—Si tiene tantos interesados ¿por qué está dispuesto a ofrecerme ese puesto a mí? No soy un experto en esta materia, tendrá a muchos más interesados mejor cualificados que yo.

—Como ya le he dicho antes, este puesto se lo ofrezco porque me lo ha pedido personalmente una buena amiga, si no ni se me hubiese ocurrido ofrecérselo. Tiene una oportunidad de oro para crecer y ascender, podrá darse todos los caprichos que usted quiera, podrá danzar a sus anchas sin escatimar en recursos, no se preocupara más por su futuro y sus padres, si aún siguen vivos, se sentirán orgullosos de usted.

Le asombraba con la frialdad que hablaba aquel hombre, a menudo había oído cientos de historias que contaban que los empresarios para llegar hasta ese punto se tendrían que haber

manchado las manos más de una vez, se preguntaba si el Sr. Jamie sería de ese grupo, o si habría mandado a alguno de sus secuaces, pero pondría la mano en el fuego que alguna de las dos seguro que habría empleado. Tom no tenía escrúpulos, le importaban muy poco las personas, si fuera empresario él mismo se encargaría de mancharse las manos, y lo haría encantado, por otra parte, estaba la ventaja de poder restregarle a su padre que tenía un buen puesto de trabajo, todo parecían ventajas. Le bastaron unos minutos para dar una respuesta.

—Sí trabajaré para usted.

—Empieza mañana. A las 9:00 a.m. lo quiero aquí, y recuerde, los ingleses son muy puntuales.

—Pero usted no es inglés.

—Ni usted señor Tom, ni usted, pero recuerde, la sede de la empresa está en Londres, y eso significa que jugamos con las reglas inglesas, si nos las saltamos llamaremos la atención.

¿La atención? ¿Acaso era ilegal? Tenía la impresión de que volvía a meterse en la boca del lobo, mientras se marchaba al apartamento que le habían conseguido los empleados del Sr. Jamie iba haciendo cábalas de cómo sería su estancia por Londres.

Llegó al apartamento, este se encontraba en el edificio South Bank Tower, el edificio, con sus once pisos y 129 metros de altura imponía, era puro lujo, se encontraba ubicado frente al Támesis, poseía una ubicación privilegiada en el corazón de la ciudad, se encontraba cerca de los principales centros de negocios, comerciales y de entretenimiento de la urbe, entre ellos: el Royal Festival Hall, el teatro Globe, la galería Tate Modern... El precio de los apartamentos rondaba entre 1,7 y 5 millones de dólares. El apartamento contaba con los equipamientos más avanzados y la decoración interior más refinada. Conserje 24 horas, servicio de atención, sauna propia, baño ruso, piscina y gimnasio, sala de cine, *lounge*, servicio de chófer, servicio permanente de limpieza y lavado de vehículos. Disponía de grandes cristalerías desde el suelo hasta el techo en las que Tom se imaginaba haciendo el amor, aunque rápidamente se le borró esa idea de la mente, aquello le abrumaba, nunca había estado rodeado de tan siquiera suficiente dinero para darse un buen capricho, y ahora se veía rodeado del mayor lujo de la capital inglesa, no se sentía capaz de aguantar todo eso, y es que todavía no se habían citado la enorme cocina, el salón que de por sí solo era tres veces su antigua casa o que los cristales estaban hechos a prueba de bala, sí, a prueba de bala, «pero ¿quién iba a querer acabar conmigo?», pensó. «Si solamente soy un desgraciado con suerte, ni tan siquiera pobre».

—Mañana le recogeré a la hora que ha acordado con el señor.

—¿Y usted quién es? —preguntó de forma muy despectiva Tom, como si el puesto se le hubiese subido a la cabeza.

Se estaba cansando de aquello, no le parecía correcto, él no era una persona ni mucho menos correcta pero todo aquello se salía del guión, nada era normal, nada era correcto, le estaba quitando el puesto a alguien que sería mejor o peor, pero con toda seguridad esa persona sería muchísimo más adecuada, aun así no tenía ningún remordimiento, le daba absolutamente igual, no se sentía mal por eso, su principal problema, lo que le hacía sentirse así era el miedo. Miedo a no saber que pintaba ahí, a no conocer lo que le pedirían como favor. Tenía la sensación de ser un peón, y como todo peón era totalmente prescindible.

El empleado del Sr. Jamie se limitó a contestar educadamente.

—Yo solo trabajo para la misma persona que usted, nuestros puestos no son homónimos, pero usted no debería hablarme así. Qué menos que mostrar un mínimo de educación.

Tom estaba contrariado, avergonzado de que aquel simple chófer le hubiese hablado de esa forma.

—¡Guárdeme un respeto! Va a trabajar para mí.

—Me parece que a usted se le está subiendo todo esto demasiado a la cabeza, si he entendido bien usted todavía no es nadie ni nada en la empresa, ni siquiera ha pasado la entrevista y ni mucho menos sabe el puesto que deberá desempeñar, sí algo sé de esta empresa es que las personas más despreciables están en ella, los abogados no son personas muy agradables, suelen ir con sus típicos aires de superioridad, tienen principios, no todos, pero si la mayoría y eso les hace que sean muy difíciles de comprar, se les da bien convencerle con sus palabras tan falsas como convincentes, se mete en una empresa de la cual quien habla mal de ella cuanto menos acaba colgado como forma de reprimenda. Si sigue con esos aires de superioridad acabarían con usted en menos que una persona acaba con la cultura creyendo que nada puede ofrecerle.

Tom no contestó, agachó la cabeza y cerró la puerta de su apartamento, había dado por terminada la conversación, o más bien la tremenda reprimenda de quien parecía que de ahora en adelante sería su nuevo chófer.

El día había sido muy largo, se echó en la cheslón a descansar y encendió la inmensa televisión de 72 pulgadas. ¡Joder, puto inglés y putos ingleses! La tele estaba en inglés, no entendía absolutamente nada, pensó que sería mejor irse a descansar y ya mañana le diría a alguien que le cambiara aquello. Pero no tenía mucho sueño así que se puso a investigar por toda la casa, le llevaría un largo rato ojear todos los recovecos de la inmensa casa, se quedó un rato atónito frente al Jacuzzi, era precioso. Se imaginaba horas y horas bajo su agua con su pareja, aunque otra vez ese pensamiento se esfumaba rápidamente. su familia era muy creyente, creían que tener relaciones fuera del matrimonio era un pecado, Tom nunca había aguantado aquel argumento, siempre le decía a sus padres que si eso era así, él era un pecador, le había costado múltiples castigos y disgustos una vez que sus padres ya no tenían semejante potestad sobre él; y es que Tom ahora mismo no tenía nada que ver con el joven que había sido, pasaba desapercibido pero siempre despertaba algo que gustaba, era diferente, de eso no cabía ninguna duda, algo hiperactivo y siempre queriendo aprender, le apasionaba la lectura, primero solo leía novelas policíacas, de género negro, después fue dejándolas a un lado y leyendo algo sobre política, iba alternando sus lecturas, pero si algún escritor en concreto le maravillaba ese era Arturo Pérez Reverte. El primer libro que leyó de él fue «El maestro de esgrima», al principio no le llamaba nada, ni el nombre, ni la portada le parecían interesantes, pero se adentró finalmente a leerlo motivado por su madre y rápidamente el libro se apoderó de él, le apasionaba la facilidad para describir lugares, como mezclaba la historia y explicaba de forma directa o indirecta los problemas de una sociedad pasada. Después leyó otro del mismo autor, él fue quien le dio la pastillita, el placebo para el aburrimiento, y gracias a él se había adentrado a escribir su zafio y absurdo libro.

Mientras tanto seguía dando vueltas, su cabeza había empezado a divagar, pero su cuerpo seguía andando por aquel suelo enmoquetado, «muy típico de los londinenses», se dijo para sí mismo, «entre el suelo enmoquetado, el Big Ben, el Támesis y su insípido Fish and chips, su típico té y sus singularidades».

¡Ring ring! Sonaba el timbre del apartamento. Tom estaba acostado, acababan de despertarle, «pero ¿quién cojones es a estas horas?» se preguntaba con tono muy airado mientras se levantaba de la cama, desnudo, con unos pelos rebeldes, los ojos llenos de legañas y una cara de muy pocos amigos, aunque su aspecto era tan cómico que no asustaría ni siquiera a una ancianita.

—¿Quién es? —dijo a chillidos.

—Tranquílcese, es su primer día de trabajo, no le conviene empezar con el pie izquierdo —dijo riéndose, el empleado del señor Jamie—, ya le dije ayer que yo sería su chófer, por cierto, mi

nombre es Bautista, es conveniente que nos vayamos conociendo, si todo transcurre como quiere el señor yo seré su chófer durante un largo periodo.

Bautista parecía disfrutar con aquella situación, sabía que el puesto de Tom era más importante, sin ninguna duda, que el suyo, pero eso no quitaba que llevara mucho más tiempo en la empresa, incluso que pudiera tomarse ciertas libertades a la hora de hablar con el Sr. Jamie, ambos eran «amigos». Bautista era un perro viejo, había sobrevivido mucho tiempo al servicio de Jamie, cosa que no era tarea fácil, había visto pasar a muchos por el puesto que ahora le tocaba ocupar a Tom, incluso se hacían porras sobre cuanto durarían los nuevos, al margen totalmente de los conocimientos de Jamie. No se quería ni imaginar las represalias que podría tomar si se enteraba de aquello. La mayor apuesta por el período de tiempo al que llegaría Tom, o como ellos lo llamaban despectivamente «el español» era de tan solo un mes y dos semanas.

—En cinco minutos bajo, creía que empezaría más tarde.

—No conviene que nos retrasemos, su jefe no soporta la impuntualidad.

Maldito chófer incompetente, maleducado y prepotente, esbozaba mientras se vestía a velocidad de crucero.

—Ya estoy, vámonos

—Buenos días a usted también, buenos días.

Tom era poco observador, pero no le había parecido ver tan desfavorecido a su chófer la noche anterior, le parecía otra persona totalmente distinta, bien es verdad que el traje hacía relucir de manera más clara nuestras imperfecciones, pero se observaba una persona mayor, alrededor de unos sesenta años, con arrugas, orejas y nariz muy grandes. Tom se preguntaba por qué todas las personas mayores tenían esas partes del cuerpo de mayor tamaño de lo normal, ojos negros, cansados, con patas de gallo, en el cuello se apreciaba una quemadura, que intentaba taparse, pero la cual el traje no le daba para más, brazos fuertes, tenía sin duda una buena planta, pasaba por boxeador si así se lo hubieran dicho, aunque no media más de metro setenta.

—Es usted muy hablador por lo que veo —se reía jocosamente.

Tom seguía sin hablar, ni siquiera lo había escuchado, seguía en su mundo, era paradójico que él, que había sido o era chófer fuese llevado actualmente a su trabajo por otro mucho más hablador. Tom y Bautista eran la noche y el día en cuanto a la misma profesión, el primero sin ninguna objeción era la noche, oscura, tenebrosa, peligrosa, de la cual no te puedes fiar.

«¿Dónde estarán Lena e Iryna?» Llevaba tiempo sin saber nada de ellas. En ese mismo momento se abrió la puerta.

—Ya hemos llegado señor.

—¿Señor? No me llame así, no soy ningún señor.

—Debo llamarle así, estoy en mi horario de trabajo y debo dirigirme a usted como lo que es, le aseguro que fuera de él no le llamaría de ese modo jamás.

Tom se limitó a escuchar, más tarde contestaría a aquel chófer sin ningún pelo en la lengua. Se quedó asombrado ante el gigantesco rascacielos en el que iba a trabajar, ya había estado en él, pero ese día entró directamente al garaje, era la primera vez que se paraba a observar aquel imponente edificio, le encantaba la idea de que ese fuese su lugar de trabajo durante los siguientes...

Entró y fue directamente a recepción.

—Buenas, pregunto por el Sr Jamie, tenía una entrevista hoy.

—Sí, dígame su nombre y apellidos por favor, y también el DNI.

—Tom Sequeira García, y mi DNI es...

—Oh no hace falta, ya me sale su nombre aquí, está puesto en las entrevistas importantes para hoy. Vaya a la decimosexta planta, puerta catorce y pregunte por Iryna.

—Vale, muchas gracias, muy amable. —dijo con una leve sonrisa.

¿Iryna? ¿Estaría allí la preciosa y manipuladora mujer de ojos azules para darle alguna nueva directriz sobre su misión? ¿Qué querrían ahora? Les tenía miedo, no quería encontrársela allí de ninguna de las formas, pero eso sería lo normal, ellas le habían conseguido ese puesto con fines a desencadenar su objetivo.

Accedió al ascensor, el cual tenía los agarraderos bañados en un suave oro rosa, pulsó el botón dorado del número 16 y esperó admirando como un ascensor también podía ser una obra de arte. Abrió la puerta y se encontró a una mujer gruesa, con un poco de bigote, comiéndose unos donuts.

—¿Es usted Iryna?

—Sí, ¿venía para la entrevista verdad? Ya nos han hablado de usted, hemos visto su currículum vitae y viene aconsejado por gente con poder, empieza esta misma tarde.

Soltó todo el aire aliviado al ver que no era la mujer que tenía en mente, se había quitado un peso de encima al no tener que coincidir con quien él ya sabía.

Se encontraba en su despacho.

—Qué esperpento de sala, como se nota que soy nuevo —exclamó.

Era horrible, oscura, solo contaba con una pequeña ventana por la que únicamente asomaba un vago hilillo de luz, un escritorio presidido por un montón de papeles, una silla que hacía el ademán de dar vueltas sobre sí misma, no sin antes chirriar cual niño pequeño pidiendo comida, unos marcos de fotos del antiguo empleado, las paredes pintadas en rojo, con un gotéete que perfectamente podía sacarte un ojo.

—Pero ¿esto qué es? Si parece el mismísimo infierno —expresaba incrédulo Tom—. Mal empezamos...

—En cinco minutos le espera el Sr. Jamie en su despacho.

No se había percatado de aquella voz angelical.

—Eh, perdone. ¿Qué ha dicho?

Tom se encontraba por completo en otro mundo, observando indignado aquel despacho.

—Que el Sr. Jamie le está esperando.

Decidió salir e ir a hablar con quien fuese para que le cambiaran aquel horrendo despacho. «Bueno, iré a ver a Jamie y luego me ocuparé de las cosas realmente importantes», esbozaba con una sonrisa malévolamente. Se tomaba aquello como si de un burdo juego se tratase, creía tener el mundo a sus pies, pensaba que sería algo así como el número dos del jefe, que tendría un poder inmenso para hacer y deshacer a su antojo, cuando realmente era un títere en manos de gente muy poderosa, o lo que es lo mismo, muy peligrosa.

—Ya estoy aquí jefe —dijo con tono sarcástico.

—¿Qué le dije ayer? —preguntó de forma muy seria— Usted no es inglés, pero debe comportarse como tal, debe ser educado, puntual... o al menos aparentarlo. Mal empieza. Su puesto será como asesor, será mi asesor.

—Pero yo no tengo ni idea de temas judiciales, soy un total inepto en ese tema, queda fuera de mis conocimientos.

—En esto y en mucho más, y que no queda fuera de sus conocimientos — se dijo susurrándose.

Tom lo había llegado a oír, pero no entró al trapo, al fin al cabo era su jefe y le iban a retribuir muy considerablemente por un puesto para el cual no estaba cualificado, lo dejaría pasar, no

convenía llevarse mal con el que sería su jefe en adelante sin ni siquiera haber empezado a trabajar.

—Conozco perfectamente su formación, sé acerca de sus conocimientos. Tengo innumerables asesores judiciales, pero quiero que usted sea mi asesor personal, relacionado con el trabajo, todos los días tengo visiones y opiniones de abogados ricos, pero me asesoran con la ley en la mano, desde el punto más objetivo posible, y le diré algo, en temas empresariales lo subjetivo, lo cotidiano juega un papel muy importante, y en ese ámbito es donde entra usted a jugar.

—¿De qué manera? No consigo comprenderlo.

—A ver si consigo explicarme de una manera que usted pueda entenderlo —decía mientras soltaba alguna carcajada—. A menudo tengo importantes entrevistas con otros empresarios, en las que se debate si nuestros servicios son muy caros, ilegales, sucios, si debiéramos asociarnos, etc. Y siempre estoy bien aconsejado por mis asesores judiciales, pero eso no siempre basta, quiero la opinión de alguien cotidiano, de alguien normal, con un mínimo de responsabilidad, que me diga cómo piensa y ese alguien es usted.

—Sueno apetecible, aunque no logro entenderlo del todo, y mucho menos que la persona elegida sea yo, pero no le diré que no, estaré encantado de ser su asesor.

Qué educada le había quedado aquella respuesta. Pensó, «quizás esto me cambie, quién sabe, puede ser una buena oportunidad». Tom se encontraba maravillado, ni en el mejor de los sueños había soñado con algo parecido, pero no entendía que relación podía tener aquello con Lena e Iryna, «quizás hayan desistido, o simplemente quieran darme una recompensa, pero ¿por qué?» Se encontraba totalmente intrincado.

Lena e Iryna, eran dos mujeres de mirada vertiginosa en la que quedabas atrapado con una facilidad fascinante. Se encontraban hablando sobre sus planes. Ambas sabían bien el procedimiento, la parte teórica, ya la habían llevado a cabo en numerosas oportunidades fallidas, porque luego a la hora de poner la teoría en práctica siempre algo acababa fallando. Recordaban a aquel marine corrompido internamente, el cual había vuelto muy tocado de la guerra, múltiples eran los casos de personas que estaban gravemente afectadas psicológicamente al volver de la guerra, incluso se habían hecho varias películas abordando aquel tema, pero aquel marine parecía totalmente cuerdo, había recibido instrucción militar, instrucción psicológica, y por si fuera poco se sabía el plan al dedillo, aquel iba a ser su hombre definitivo, nada podía fallar. Para tener aún más certeza de que el plan saldría como se había acordado Lena había intimado varias veces con él, aunque su preferida sin duda alguna era Iryna con la que se veía a menudo y satisfacían sus diversas fantasías sexuales, esta lo hacía por la misión, pero de eso el marine ni se enteraba. Sin embargo, cuando todo parecía estar perfectamente atado y estudiado, a escasos días de acometer la misión el marine con rango de general de Brigada, el cual apuntaba a una carrera brillante de no haber recibido un balazo en el pie izquierdo que le hacía arrastrar una severa cojera, se pegó un tiro en la sien frustrando todo plan posible. Ambas no daban crédito, no entendían lo que podía haber ocurrido, pero aprendieron la lección, no cogerían más a alguien con tanto valor, por eso su nueva elección era Tom, su elección no fue a dedo. Llevaban tiempo estudiándolo, viendo sus hábitos de trabajo, de vida, que comía, cuánto ganaba, para esto último necesitaron algo más de esfuerzo, pero nada fuera de lo normal, los funcionarios del banco solían ser unos babosos sin muchas aspiraciones, lo que hacía que a través del dinero o de insinuarles lo justo le diesen toda la información que quisieran, parecían perros en celo, se decían a carcajadas. Estaban dispuestas a no fallar.

Mientras tanto Jamie seguía hablando:

—Le confesaré una cosa Tom ahora que usted va a ser de las personas más cercanas a mí, pero que no salga de aquí eh —le decía mirándole de soslayo—, estoy cansado de los tecnicismos y palabrerías complejas de estos tipejos —decía en voz baja mientras se reía airadamente— me vendrá bien pasar más tiempo con usted, alejado de la lujosidad y pudiendo tener una conversación banal.

—Gracias —dijo tímidamente.

No sabía si tomarse aquellas palabras como un cumplido o como todo lo contrario.

VIII

—¿Javi?

—No, no está ahora mismo, le ha surgido un imprevisto de última hora y se ha tenido que ir al trabajo. ¿Quién es? Le daré el recado de que alguien le ha llamado más tarde. ¿Perdón? ¿Hola? ¿Hola?

Tom había colgado.

Llamaba para preguntar por Marco, pero no tenía el valor de llamarle a él personalmente, su actitud había sido repugnante, no solo se había desentendido del fatídico accidente que sufrió su amigo, sino que también había desaparecido sin decir nada sabiendo del alcance del asunto, y cuando Javier le llamó le hizo caso omiso dejando transcurrir tres semanas sin ni siquiera decirles nada. Ahora volvía a llamarle, pero no conseguía contactar con él. «Mejor así», pensó. Se le caía la cara de vergüenza por su comportamiento, pero no se atisbaba ningún ápice de pena o compasión, lo único que pensaba es que le convenía llevarse bien con ellos ahora que él estaba lejos. Sabía que Marco sería fácil de convencer dadas las circunstancias, y siguiendo las directrices que le sobrevenían por una u otra razón lo utilizaría en algún momento.

Nada sabía desde hace un tiempo de Lena e Iryna salvo la desafortunada coincidencia de nombres que nada tenía que ver con ellas, no conseguía averiguar qué es lo que había pasado. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pen drive que le dio Iryna antes de embarcar destino Londres, pero a la hora de abrirlo le pedía una contraseña, que desconocía por completo, lo intentó una vez más, pero nada, le volvía a pedir una clave de siete dígitos. Intentó verificar algunos datos, recordar si ambas mujeres le habían dicho alguna palabra o dado alguna pista, o si era otro de esos juegos que tanto le gustaban a Lena.

—Mierda, es imposible, no me han dicho nada joder —de la boca de Tom no salía ninguna buena palabra.

Decidió que después de algo menos de tres semanas ya era hora de abrir la maleta y colocar la ropa en su inmenso armario.

—Luego iré a hacer algo de compra, creo que me da tiempo antes de volver al trabajo —hablaba para sí mismo.

Después de media hora recolocando ropa desistió, más tarde continuaría.

Mientras andaba, a paso rápido, iba ojeándolo todo. Le gustaba observar y conocer sitios nuevos, aunque el tiempo escaseaba y no podía llegar tarde a su puesto de trabajo. Empezó a correr y cuando llegó al supermercado no sabía por dónde empezar, era inmenso, pero ni pizca de comida mediterránea, pan de molde, hamburguesas, pescado rebozado congelado, cómo

mantenerse delgado sería toda una aventura. Por si fuera poco todo se complementaba con la enorme cara de borde de las dependientas, la gente era muy seria, demasiado para el gusto de Tom, que de inglés solo tenía el nombre. Le iba a ser muy difícil aguantar a la gente de allí, por no hablar del clima, era horrible, llevaba poco y ya tenía los nudillos de las manos y labios agrietados.

—Al fin al cabo no todo es bueno, no será tan fácil como parecía —refunfuñó.

—Mañana a las 15:35 p.m. en Lambeth, Londres SE1 7PB. No llegue tarde y vaya solo.

—¿Qué? ¿Quién es? Se ha equivocado.

—No. Allí le veremos Tom. —colgó

Era imposible reconocer la voz, sin ninguna duda le estaban hablando a través de un distorsionador de voz.

Se apresuró a meter en el móvil aquello que parecía una dirección. Lambeth, Londres SE1 7PB. «Buscar». Al instante le salió, era la dirección del famoso London Eye.

—¡Uf! Es un sitio muy concurrido, menos mal.

Tom inconscientemente volvía a sentir miedo, estaba aterrorizado, no sabía para quién trabajaba, pero entendía que era un peón necesario y que llegaría un momento que sería también prescindible. En ese momento sonó de nuevo el teléfono, un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Sí? —dijo con voz asustada.

—Soy Javi, ¿me has llamado?

—¿Cómo lo has averiguado? No he dejado nombre ni nada, colgué antes de volver a contestar.

—Ya bueno, mi novia me dijo que había llamado un hombre preguntando por mí de manera bastante borde y he supuesto que eras tú, además llevaba unos días esperando tu llamada, ya era hora —dijo en un tono bastante enfadado.

—Lo siento, he estado muy liado, voy a trabajar aquí y por ahora no podré ir por Madrid, dale recuerdos a Marcos de mi parte. ¿Cómo se encuentra?

—Por tí preguntaba los primeros días, pero pasó de la preocupación a la indignación, dice que no te has dignado ni si quiera a llamarle para preguntarle, está muy cabreado contigo, casi no quiere oír tu nombre, y tiene toda la razón, no te has comportado bien con él, ni conmigo, y más aun sabiendo lo que le ha pasado...

—Tiene todo el derecho a estar enojado, intentaré solucionarlo, espero llamarlo en estos días, y en cuanto pueda te prometo que me escapo y os hago una visita.

—¿Para quién trabajas Tom? Será la última vez que te lo pregunte, pero ¿en qué andas metido? —preguntó con cierto tono de preocupación.

—Ya te contaré que ahora tengo que entrar a mi puesto otra vez. Es el trabajo soñado, confía en mí, mi vida se está encarrilando. Adiós. —dijo sin dejar tiempo de respuesta a su amigo.

Javier no se quedaba tranquilo, fuera lo que fuese no podía ser bueno, sentía pena por su amigo, tenía el presentimiento de que no iba a acabar nada bien aquella historia. Salió de su casa rumbo al hospital, iba a hacerle una visitilla a Marcos, si todo iba bien, al día siguiente le darían el alta de una vez por todas.

Javi entraba con una máscara maya a la habitación de su amigo,

—Uh, soy el fantasma maya, vengo a hacerte reír, uh...—susurraba.

Javier sabía que Marcos era un amante incondicional del arte, él solo hacia lo mínimo por sacarle una sonrisa. Marcos había perdido a su hijo, tenía a sus padres y amigos, pero aun así todo le iba a ser muy difícil, todo estaba cuesta arriba, sería una carrera de fondo en la que las posibilidades de terminar eran escasas. Y para colmo Marcos estaba gravemente mermado,

aunque él no lo sabía a ciencia cierta todavía, pero la doctora Mato había llamado hacía pocos días a Javier para explicarle las lesiones que padecía. Esta le explicó que Marcos había sufrido una serie de lesiones permanentes, que eran las lesiones que no habían podido alcanzar una curación completa, le comentó con un tono muy conciliador que la causa merecía el mayor de los cuidados. Entre esas lesiones se encontraban unas quemaduras en la zona del cuello y en el vientre ocasionadas por las numerosas vueltas de campana que dio el coche como consecuencia de la colisión, «aunque lo que más nos preocupa ahora mismo es la algia postraumática, en ese momento Javier se quedó igual que antes, no tenía ni idea de qué era aquello. La doctora se percató y corrigió rápidamente: «se trata de unas lesiones en la espalda que le dificultarán el andar y le dolerán con asiduidad, deberá hacer recuperación, pero no sabemos con total seguridad si remitirá la lesión».

A Javier le parecía gracioso el apellido de aquella médica, Mato, curioso que se apellidara así una persona cuyo trabajo era totalmente contrario a lo que expresaba su apellido.

—¿Cómo estás Javi?

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti ¿no crees? —preguntó.

Admiraba la entereza de su amigo, «yo estaría destrozado», pensó.

—Ya, puede ser, pero la he hecho yo primero, ¿qué tal con tu novia?

—Estás charlatán por lo que veo, eh. Estoy bien, no me puedo quejar, solo me faltas tú al cien por cien, bueno y Tom... Con mi novia genial, aunque no sé si se le puede considerar novia, solo llevamos dos semanas.

—Es lo que tiene llevar aquí encerrado casi tres semanas. Me alegro de ello, y te aconsejo que no me nombres a ese inepto y desagradecido.

—Pues he hablado con él, me ha dado recuerdos y preguntado por ti, pero sabe que lo ha hecho mal y no se atreve a llamarte.

—Mejor que ni se le ocurra hacerlo.

El enfado de Marcos era real y totalmente justificado, se atisbaba incluso cierto odio.

Javier hacía de mediador, no quería ver mal a ninguno de los dos, era consciente que el comportamiento de Tom era indigno de un amigo, pero el grupo no era muy grande y no quería que ninguno de ellos se separase, más de lo que ya estaba, no tenía ni idea de cómo mediar en aquella situación, cómo defender lo indefendible se decía. Tarea complicada.

—Bueno mañana te vendré a recoger y te daré una vuelta en mi coche nuevo, cuídate amigo —decía con semblante decepcionado mientras se marchaba de nuevo al trabajo.

IX

Jamie estaba sobre una cama llena de pétalos. Era San Valentín y debía celebrarlo como era debido, realmente no era muy partidario de esas celebraciones, pero tenía dinero para aburrir, ¿qué más le daba gastarse algo de dinero con su amante? Llevaba ya varios años siéndole infiel a su esposa, con la que llevaba casado nueve años, aquello era un completo error, esa relación estaba viciada desde el primer momento, se casó por simple apariencia, su empresa estaba en plena expansión y necesitaba el capital de una niña rica, y lo que era más importante aún, su poder. Siempre se decía «dinero y poder, contrólos y tendrás el mundo a tus pies». A menudo se

planteaba personalmente la disyuntiva de qué elegiría dinero o poder, pensaba que el poder traía el dinero, pero a la misma vez el dinero traía poder. Poder, capacidad de hacer lo que uno quiera. Ese poder influía en las personas, las convertía en meros actores. El poder traía el dinero, pero no solo eso. El dinero te daba la posibilidad de comprar todo aquello que se te antojase, y eso conllevaba también poder comprar a las personas, lo que se traducía en lo mismo que antes. Siempre acababan sus pensamientos en ese punto, y decidía desistir, le era imposible decantarse por una de las dos teorías, a menudo se la había planteado esa disyuntiva a diferentes personas sin encontrar una respuesta concreta, había diferentes opiniones, algunas sólidas, otras ridículas... al fin y al cabo había llegado a la conclusión de que aquello era un tema abierto y cada persona tendría su propia opinión.

—Preciosa ¿te ha gustado?

—Como siempre, ya lo sabes. ¿Piensas dejar a tu mujer o vas a seguir con esta farsa?

Amelie empezaba a cansarse, era una francesa culta, de padres humildes, con una infancia feliz sin muchos alardes, no era nadie en especial, pero le daba para vivir sin tener que pedir, tenía un puesto fijo en una empresa de esas catalogadas como empresas «medianas», de esas que no superan los doscientos empleados.

—Sabes que no puedo dejarla preciosa, repercutiría muy negativamente en mi empresa, estamos en plena expansión, además ella tiene importantes capitales invertidos, por no hablar de todo el dinero que ha puesto, me conviene tenerla como mi mujer.

—Esa gorda acabará contigo, se enterará y si no le quitas los privilegios que posee sobre la empresa te destruirá —el enfado de Amelie iba en aumento.

Jamie había dejado de escucharla. Le daba igual, para él ella era un mero pasatiempo, sonaba muy despectivo, pero era así. Tenía dinero para aburrir, ella no era una señorita de lujo, no era por dinero, simplemente era placer, se decía «¿por qué voy a pagar a alguien si puedo conseguirla por méritos propios?» se planteaba el qué era lo que atraía a las mujeres, nunca le faltaban, probablemente fuera gracias al dinero, aunque tampoco se quejaba de ello.

—Mañana nos vemos, si sigues queriendo —decía mientras salía por la puerta del lujoso apartamento.

Uno más de los innumerables pisos que tenía en su propiedad. Se montó en su Rolls Royce Wraith. Su diseño exterior era precioso, presentaba una elegante sencillez con las líneas inclinadas de estilo fastback, un eje trasero más ancho, un capó más largo que los anteriores modelos y una luneta trasera inclinada, rejilla frontal de estilo panteón empotrado con mayor profundidad y los perfiles cromados que perfilan el coche con líneas horizontales, una longitud de aproximadamente 5,5 metros de largo y un motor V12, el más potente de la marca, hasta el momento, acompañado de la máxima tecnología en el interior del vehículo. Rumbo a una importante reunión con el Sr. Kiang, dueño de una importante empresa de robots, algo que según su entender sería el futuro, aunque no fuese de su agrado. Pero siempre pensaba que a su empresa esos temas no le afectarían en exceso, todo se puede robotizar, muchísimas cosas pueden ser hechas por los robots, muchísimas cosas menos la justicia.

En esa reunión hablarían de objetivos diferentes pero similares. El Sr. Kiang llevaba tiempo solicitando esa reunión y por diversas causas Jamie la había cancelado en varias ocasiones. Tras la última llamada personal del propio Kiang no pudo denegarla. Este quería pedirle alguna idea, ayuda para expandir su empresa, la robótica era un mercado nuevo, al alcance de pocas personas, aunque fuese el futuro todavía no estaba instalado en ninguna sociedad al completo, pero realmente la principal razón de esa reunión era porque el Sr. Kiang quería información

comprometedora sobre su oligopolio. Pocas empresas estaban instauradas en ese sector, pero alguna había, una de ellas era la de Kiang y quería quitarse de cualquier forma a su principal competidor, ahí entraba en juego la cara y exclusiva información de Denax.

Mientras conducía su precioso coche y levantaba la mirada de turistas y no turistas recibió una llamada, se distrajo un poco mientras ponía el manos libres, distracción que solucionó con un brusco volantazo.

—Sí, ¿quién es?

—Perdone las molestias señor Jamie —dijo con un perfecto inglés, pero con acento oriental—. Soy Xi, la secretaria del Sr...

Jamie la interrumpió en ese momento.

—Sí, he quedado con su jefe ahora mismo, me dirijo hacia allí, llegaré en breves.

—Perdone, pero mi jefe se encuentra ahora mismo en Guangzhou. Como le estaba diciendo soy la secretaria del señor Satoshi, presidente de la empresa de robótica más grande del mundo, querría concertar una reunión con usted si pudiera.

A Jamie le salió una sonrisa malévola, parecía que tenía a los dos presidentes de las mayores y únicas empresas de robótica pidiéndole consejo. Debía estudiar a ambos con detenimiento, analizarlos, tanto a ellos como a sus empresas, así conocería que es lo que más le convendría de cara a sus intereses. El Sr. Satoshi no se había dado tanta prisa como el Sr Kiang.

Guangzhou, una de las ciudades más importantes del mundo en cuanto a negocios se trataba. En China era considerada la ciudad de los negocios. Guangzhou es la tercera ciudad más grande de China, también se le llamaba Cantón, nombre que a Jamie le recordaba a cartón, cosa que nada tenía que ver con la lujosa ciudad. Metrópolis de cerca de doce millones y medio de habitantes. Es uno de los centros económicos más importantes de China, corazón de la rica región industrial y comercial del Delta del Río Perla. El gran crecimiento tanto económico como urbano de la ciudad se inició en la década de 1980 con las reformas económicas. La ciudad se beneficiaba por su proximidad a Hong Kong y con la creación de áreas económicas especiales en la provincia, el desarrollo industrial trajo consigo una enorme inmigración del interior del país lo que provocó un enorme crecimiento poblacional y que hoy en día sea una de las ciudades más importantes en cuanto al comercio

Jamie solo había tenido que viajar hasta allí una vez para una reunión con una empresa, la cual era la competencia de Denax. Le ofreció una absorción, pero tras la insistente negativa inició un proyecto para acabar con ella. A los pocos meses salió una noticia en la televisión sobre un caso de malversación de capital de sociedades, junto con otra noticia que hablaba de trato de favores, en cuanto a la primera era un tema inusual, hasta hacia no mucho solo se hablaba de malversación de capital público, lo que hacía que muy pocos estuvieran especializados en ese sector. El procedimiento no se continuó, no se encontraron pruebas que corroboraran los hechos que contaban las noticias, pero aun así las acciones cayeron de forma descomunal hasta que la empresa tuvo que echar el cierre definitivo. Del origen de la noticia nada se sabía.

—Por supuesto, deme su número y yo le llamaré en escasos minutos.

Minutos que probablemente serían horas o incluso días. Entró en el *parking* y le dio las llaves al aparcacoches con cierto recelo, no era partidario de dejárselo a nadie.

—Cuidámelo —gritaba mientras se alejaba.

—Ya estoy aquí Sr. Kiang. Ha llegado usted muy pronto ¿no?

—Solemos ser muy puntuales —matizó con un tono chulesco como si de una indirecta se

tratase.

«Una cosa es ser puntual y otra llegar una hora antes», pensó. Había oído hablar de la tremenda puntualidad de los empresarios chinos, pero aquello no podía llamarse puntualidad, según su entender.

—Siéntese, hablemos.

Jamie seguía pensando en el nombre de Satoshi, ahora se encontraba reunido con el Sr. Kiang y su cabeza se encontraba en el otro empresario, había investigado un poco en el camino del vestíbulo a su despacho, pero no le había dado tiempo a mucho. No era un nombre chino, sino japonés, su nombre significaba «hombre de mente brillante, que ve las cosas con claridad». Se preguntaba si sería así realmente, de lo demás bien poco. Rico desde nacimiento, su padre poseía una empresa de *Smartphone* que él había heredado y mantenía, aunque había avocado gran parte de la responsabilidad para expandir su propia empresa de robótica. Contaba con capital desde pequeño, era uno de los hombres más ricos de China. Poco más pudo averiguar, luego investigaría más a fondo, ahora se centraría en el Sr. Kiang, aunque se preguntaba porque su nombre era japonés si él era de nacionalidad china, y nunca habían sido del todo buenas las relaciones entre China y Japón en ninguno de sus sectores. Recordaba los celos de Japón hacia China por ser uno de los cinco estados permanentes junto con Estados Unidos, Reino Unido, Rusia y Francia que le concedían innumerables privilegios y una situación de poder que Japón ni reconocía ni aceptaba, por no hablar del tema de las armas nucleares. China poseía armas nucleares al ser uno de los cinco estados permanentes, así se estableció tras el TNP, Tratado de no proliferación nuclear en 1986, por el que solo los cinco estados permanentes podían poseer legalmente armas nucleares en la teoría, en la práctica se había demostrado que no era así. Japón había amenazado varias veces a sus vecinos por la prueba de armas nucleares en terreno difuso.

El Sr. Kiang se encontraba sentado en una preciosa silla de cuero con un semblante muy serio, como si estuviese molesto por algo.

—¿En qué le puedo ayudar? —dijo amablemente Jamie.

Aunque se había pasado de cortés en el tono, recordó que el tono de una persona al hablar podía dar lugar a síntomas de debilidad y no le era conveniente ante un hombre tan poderoso.

—Como usted sabrá soy el dueño de una de las pocas empresas de robótica en el mundo, mi empresa factura cerca de diez millones al año, pero no nos es suficiente, queremos seguir ampliando esa facturación, el progreso va lento pero la robótica cada día está más instalada en nuestras vidas. Sabemos que nuestra facturación aumentará, pero se ha metido por medio un maldito compatriota con nombre japonés que nos quiere hacer la competencia. Quiero destruirlo.

Se quedó asombrado de la firmeza con que pronunció aquellas palabras, a menudo había oído que entre empresarios no había amigos, y aquello era la viva imagen de ello, pero había algo más, el Sr. Kiang irradiaba odio al hablar del Señor Satoshi, tenía la impresión de que había algo más de lo que no era conocedor.

—Bueno, destruir a una persona no es tarea sencilla y menos para su empresa. Solo hay dos empresas en ese sector y están muy avanzadas, es muy difícil que le vuelva a salir otro competidor. ¿No cree que le convendría más una lucha entre los dos? Tienen mucho que ganar, hay mucho mercado, y como usted ha dicho está en plena expansión, se podrían repartir el mercado.

Jamie estaba siendo tremendamente hipócrita, estaba incitando a un acuerdo entre ambos, él que en cuanto le surgió un competidor fue directo a destruirlo, y más en su sector, en el que los asuntos judiciales eran infinitamente mayores. No quería mancharse las manos, o al menos no sin sacar tajada de aquello, y todavía no sabía cómo aprovecharse de aquella situación.

—Usted límitese a darme la información que le pido si acepta el trato. Le ofrezco el servicio de mi empresa en lo que pueda serle útil y un porcentaje según las diferencias gananciales que le saque a mi competidor.

—Y si acepto ¿de qué porcentaje estaríamos hablando? —dijo mientras se rascaba la barbilla sopesando la oferta— Y no se ofenda, pero sus servicios no me serían de gran utilidad para mi empresa.

—El dieciséis por ciento...

—¿Ni loco! —cortó inmediatamente Jamie, como si la oferta le hubiese indignado— ¿Quién se cree que soy? ¿Una hermanita de la caridad? Aceptando el trato pongo mi empresa en peligro, su competidor se convertirá en mi enemigo y vendrá a por mí, incluso si algo sale mal con usted también intentará acabar conmigo, no aceptaré nada por menos del cuarenta y uno por ciento.

El Sr. Jamie era francamente bueno negociando, Tom, que se encontraba junto a él, permaneció callado observando, y sí, realmente era muy bueno, empezaba a entender como había conseguido todo aquello. Si el vendedor fuera Jamie le compraría hasta unas sandalias para andar por el agua.

—Ese porcentaje es muy grande, no nos saldría nada rentable.

—Usted sabrá, evidentemente usted tiene la última palabra. La mía es esa, y yo que usted me daría prisa, quizás si no... me interese hablar con su competidor.

Kiang no tenía otra opción, estaba acorralado. Jamie era el perro de caza y él la presa. No podía hacer nada.

—Le ofrezco el cuarenta por ciento.

—Hecho. Mi asesor se pondrá en contacto con usted para facilitarle toda la información que recabemos. Solo necesito un número de teléfono, el nombre de la empresa y dueño de la empresa competidora. Ah, se me olvidaba... y un correo electrónico. Le irá llegando la información a través de esos medios. A partir de ahora usted y yo no hablaremos directamente, y ni qué decir tiene que esta reunión nunca ha tenido lugar. Mi secretaria le acompañara hasta la salida, ha sido todo un placer.

Jamie tenía la sensación de haber hecho un buen trabajo, todo había salido a pedir de boca. Más tarde llamaría al señor Satoshi para hablar.

—¿Cómo es capaz de hacer eso? —preguntó Tom boquiabierto, con una enorme envidia que trataba de reprimir para que nadie se diese cuenta.

—Simplemente hablo, soy inquisitivo, molesto. Cuando dices algo debes decirlo con un semblante firme, si titubeas dudarán, si dudan estás perdido. En la vida uno se aprovecha del débil. El fuerte triunfa y se alimenta de él.

—¿Cómo que se alimenta?

—Me parece a mí que tú eres de los débiles —dijo sonriendo— Cuando digo se alimenta me refiero a aprovecharse tanto de buena como de mala fe. Un ejemplo claro es el de que cuanto mejor trabajo tengas más dependerán las personas de ti, tu podrás darles cosas que ellos no pueden conseguir por sí solos, truco o trato, tú les das eso que necesitan a cambio de algo que te hace aún más fuerte, o simplemente más rico. Así funciona gran parte de la vida.

—Me acaba de surgir una pregunta, ¿puedo hacérsela?

—Adelante. —contestó Jamie riéndose como si aquella situación le divirtiese.

—Siempre he oído la frase que dice que todo hombre rico con una empresa a sus espaldas ha tenido que mancharse alguna vez las manos. ¿Es eso verdad? ¿Ha tenido usted alguna vez que ensuciárselas?

Jamie obvió la pregunta y le formuló otra pregunta, ese tema era un barrizal para sus intereses,

no le convenía meterse en ese terreno si lo que quería era ganarse la confianza de Tom, tampoco creía que estuviese preparado para hablar de algo así por el momento. Este último se encontraba mirando por el inmenso ventanal. Las vistas eran preciosas, mucho mejores que las que tenía en su apartamento y eso que no eran nada malas.

—¿Había visto alguna vez tanto lujo como el que está presenciando en sus últimos meses? — preguntó con la esperanza de que pillara la indirecta y no volviera a tocar el tema.

Tom pilló la indirecta y aunque algo extrañado contestó.

—No, nunca había tenido esa suerte, pero se acostumbra uno bastante rápido la verdad, estoy muy contento con lo que estoy viviendo.

—Esto no ha hecho nada más que empezar, dentro de unos días tiene una reunión con un fiscal de renombre londinense, yo no estaré, y tendrá que apañárselas usted solito.

—¿Yo, solo? No creo que esté preparado y menos con un fiscal, esa gente es convincente hasta para vender un aspirador, me toreará como le dé la gana y sacará información que no se si estoy autorizado a dar.

Se reía a carcajadas Jamie.

—Pues es de los buenos, es un gran amigo, y nos pasa información a cambio de un pequeño porcentaje, ya verás cuando tengas que enfrentarte a hijos de puta incorruptibles.

—¿Está comprado?

—Pues como la mayoría de las personas, a ver si te piensas que la información la sacan únicamente espías como si de una película se tratase. El mundo se mueve por intereses, y para ello el dinero siempre es un buen amigo.

—Dígame su nombre al menos.

—Es Simon Burks —decía mientras llamaba a su mujer.

Tom llegó a su apartamento, donde lo primero que hizo fue encender su portátil y teclear: «fiscal de Londres Simon Burks». En primer lugar, le salía las labores de un fiscal y tras atinar un poco su búsqueda lo encontró. No había mucho sobre él. Uno de los fiscales más reconocidos del país, numerosos logros, carrera brillante en London South Bank University, empezó trabajando en un pequeño despacho de abogados y terminó ascendiendo a uno de los mejores bufetes de Londres, pero tras no llenarle su oficio decidió reconducir su carrera hasta conseguir ser fiscal. ¿Cómo un hombre así podía haber llegado a cruzar la línea? Se preguntaba mientras aporreaba el teclado con las manos grasientas por las patatas fritas.

Tom sintió curiosidad por saber qué era realmente la corrupción y cómo nos afecta, empezó por buscar la definición de corrupción. Al cabo de una media hora consideró que ya sabía lo suficiente como para opinar del asunto. Se le planteó un gran problema. Veía como los valores morales contrapuestos se enfrentaban entre sí. Empezaba a plantearse que el corrupto se aprovecha de su posición para sacar un beneficio a costa de los demás, pero se daba cuenta al mismo tiempo de cuánta gente a menor escala llevaba a cabo esos actos, y de lo que era peor. La gente que lo veía y callaba, convirtiéndose en «cómplice» en el proceso. Se había dado cuenta de que era un tema muy complejo, y que la corrupción existía en todas las escalas, desde un funcionario con un escaso sueldo hasta importantes empresas. Creía haber llegado a una conclusión. El único medio para acabar con la corrupción era la educación, si se educaba desde pequeño con unos fuertes valores morales, éticos, cada uno sabría lo que está bien y lo que está mal, y lo que es más importante, sabría que no podría permitírselo por su propia conciencia. Era una especie de bucle, de «*flash-back*». Al final muchísimos asuntos se conducían a algo tan simple y a la vez tan complejo como era la educación.

Se había ido algo de su tema principal, que era buscar información sobre el fiscal. Pensó que sería hora de llamar a sus padres, ni siquiera les había dicho que estaba en Londres, pero finalmente descartó aquella idea, ellos tampoco lo habían llamado. Tom se dijo así mismo de echarles un pulso a sus padres, a ver quién era el que aguantaba más tiempo sin llamar al otro. Parecía tener siete años, con historias de críos.

La vida le iba bien, quién lo diría, alguien que se fue de su casa por orgullo, que no tenía ni idea de vivir, y que había tenido incluso que pasar algunos días a la intemperie, ahora se encontraba viviendo en un apartamento de lujo, con un buen sueldo. «La de vueltas que da la vida», se dijo mientras apagaba el portátil. Inconscientemente su cabeza se puso a recordar diversos momentos de su vida, casi todos momentos difíciles, excepto alguna salvedad. No quería recordar aquello, pero su inconsciente ya estaba en pleno funcionamiento y no había nada ni nadie capaz de pararlo. Empezó por recordar sus primeros reyes, o del primero que al menos se acordaba, aquello le parecía maravilloso, menudo chasco se llevó cuando se enteró de que no existían, siempre quiso cambiar la forma en la que se había enterado, y es que un día su padre le dijo que iban a comprar un regalo y al llegar a la tienda le preguntó por cual quería para reyes, Tom disimuló su decepción, pero había sido un día muy triste para él. Siempre que le preguntaban contestaba lo mismo al pie de la letra, parecía haber creado una respuesta que salía automáticamente al escuchar aquella pregunta. Había tenido una infancia feliz, sus padres tenían buenos puestos de trabajos que le permitieron viajar, aunque de pequeño se quejaba, siempre decía que por qué no iban más lejos. Cosas de niños, nunca conforme con lo que tenían. Una vez leyó que cuando alguien daba una respuesta varias veces y era exactamente igual era porque estaba mintiendo, pero ese no era su caso, se decía siempre...

Justo en ese momento un camión muy escandaloso pasó por la avenida. Tom se llegó incluso a asustar por el ruido, dando un ligero salto instintivo hacia atrás. Había desconectado de la espiral de pensamientos malignos que no le llevaban por buen camino, se sintió aliviado.

X

Jamie se encontraba mirando tiendas para regalarle algo a su mujer, y de paso algún detalle a Amelie a ver si así se le pasaba el enfado. Este era un buen jefe, disciplinado, serio y exigente. Sabía cómo dirigir su empresa, sin duda alguna sus padres le habían educado muy bien, pero tenía un gran talón de Aquiles, los sentimientos, a menudo se sentía rechazado y no era capaz de soportarlo. Un día leyó una noticia en el Daily Mirror sobre la asignatura pendiente de las escuelas: hacer ver a los niños que el fracaso en algo en la vida no era el último escalón, canalizar el fracaso. «Si solo fuera esa la asignatura pendiente...» pensó Jamie. Pero llevaba razón la noticia. No se enseña a los niños que el fracaso es algo normal, que a lo largo de la vida hay muchísimas cosas que no se pueden conseguir, en contra de todo esto se educaba a los niños para que fueran los mejores en todo. Si el niño no aprobaba no valía, si no estudiaba no servía para nada, y así innumerables casos más. Este problema no era únicamente de la escuela, gran parte de la responsabilidad también recaía sobre los padres. Jamie tenía muy claro que nunca sería padre, su trabajo tampoco se lo permitía, pero jamás criaría a su hijo con esos principios defectuosos a niños que lo único que necesitaban era comprensión y apoyo. Este era una persona

con un coeficiente medio, era inteligente sin más, conocía a millones de personas con mayor inteligencia que él, no le suponía ningún problema, aprendió mucho en la escuela y en la universidad, pero sobre todo donde más había aprendido era trabajando, no se acordaba de la cantidad de hostias que le habían dado en el trabajo. Él había hecho la carrera de Administración y dirección de empresas cuando no era tan conocida ni tenía tanto prestigio como ahora, «así se devalúan las cosas», pensaba. Había acabado la carrera con un expediente que el catalogaba de «normal», un siete con cinco de media.

Su primer trabajo fue de contable en una empresa de motocicletas en la que los números no salían por ningún lado, los trapos sucios eran abrumadores, por no hablar del jefe el cual parecía un dictador, tan solo aguantó un mes y medio, no podía aguantar aquella situación y renunció al trabajo. Se tiró algún tiempo enfadado consigo mismo, no sabía si había tomado la elección correcta, pero no se encontraba tan decepcionado por eso si no por el trabajo que había conseguido después de cursar una carrera... «estudia y trabajarás», decían... Jamie se dio cuenta de que eso no era exactamente tan bonito como lo contaban, y de que le iba a costar mayor esfuerzo. Después de largos días de reflexión volvió a salir a buscar trabajo, al cabo de dos meses le llamaron de una empresa para entrar como becario. Estaba muy ilusionado, se metía en temas privados, que era lo que le apasionaba. Jamie firmó su primer contrato, era un contrato temporal, echaba unas horas que eran inhumanas para cualquier persona, pero aun así estaba motivado, con muchísimas ganas de empezar, por fin podría aprender en primera línea de una gran empresa para montar en un futuro la suya propia. Los primeros días se encontraba totalmente perdido, era un simple becario y ni dios le hacía caso, no hacía más que preguntar y preguntar sin obtener ninguna respuesta, o por lo menos una respuesta coherente, lo mandaban de un lugar a otro, sin rumbo, se encontraba vagando por un imperial edificio de catorce plantas. Mientras andaba por uno de esos pasillos se le cayeron todos los archivos al suelo, en ese momento un señor con muy buen porte, aires de superioridad y un traje olor a billetes salió de su despacho tras escuchar el ruido y se encontró con un chaval muy joven, con cara de pardillo, el cual intuyó rápidamente que se trataba de uno de los becarios de la empresa. Le pregunto muy amablemente:

—¿Necesita usted algo?

—No, perdone, soy el becario y me han mandado a entregarle unos archivos al señor... — titubeó— Carl, pero llevo media hora dando vueltas por estos pasillos sin encontrar a nadie.

Carl se rió airadamente, «cada año salen menos preparados los universitarios», pensó. Quería ponerlo a prueba, estaba dispuesto a hacerle varias preguntas y darle contestaciones no típicas de alguien con una educación sublime. Quería probar de qué material estaba hecho aquel joven muchacho.

—Yo soy el señor Carl. Llevo esperando esos papeles semanas, ¡ya era hora! —gritaba con cara de pocos amigos.

—Lo siento, pero solo llevo cuatro días en la empresa, no solo es culpa mía.

Ese joven le había contestado educadamente, no le había dado la razón como a los tontos. Se quedó gratamente sorprendido, pero iba a seguir metiendo el dedo en la herida un ratito más.

—No debería contestarme de esa forma en sus primeros días becario.

Jamie no sabía dónde meterse, era consciente de que estaba hablando con una de las personas que mandaban en la empresa, y por si fuera poco estaba contestándole, sin darle la razón, sentía miedo de cómo podía reaccionar.

—Tiene toda la razón perdone, pero simplemente le informaba, soy nuevo y no conozco los procedimientos de la empresa en ninguna escala, quizás deberían mejorar el sistema de becarios.

Se estaba creciendo demasiado, ese era su trabajo, entendía de ello, controlaba ese terreno y se sentía sumamente cómodo, aunque se estaba dando cuenta de que debía poner fin a aquella conversación si no quería acabar mal.

—Bueno perdone las molestias causadas, ¿dónde le dejo los archivos?

—No se vaya tan pronto, ¿tiene enchufe en la empresa o...?

—¿Cómo? Está usted insinuando que...

Jamie estaba visiblemente molesto por aquellas insinuaciones y su respuesta fue clara sin importar quien fuese la otra persona.

A Carl esa contestación término por ganarle, parecía un hombre con ideas propias, no se achantaba fácilmente. Empezó a reírse.

—He de decir que me ha sorprendido muy gratamente becario. Simplemente estaba poniéndole a prueba, jamás se me ocurriría dirigirme de esa manera a nadie, ¿por quién me toma?

—No lo sé señor, no le conozco de nada, se sorprendería la cantidad de jefes horribles que hay.

—Es el primer becario que me agrada en mucho tiempo, siga así.

Jamie se fue a realizar su siguiente tarea con una sonrisa de lado a lado. Había empezado con muy buen pie. Se encontraba algo contrariado por aquella encerrona, el Señor Carl podía ser muy eficaz, normal que cualquier persona le diese la razón, no tenía cara de mala persona, ni imponía, hasta que hablaba. La palabra era su don.

Tom seguía en su labor. Estaba ya cansado. Sin saber por qué su animadversión hacia aquel hombre iba en aumento.

Simon Burks era un fiscal de reconocido nombre, tenía 42 años, era joven. Joven si hablamos del mundo jurídico, carrera brillante, desde pequeño despuntaba. Fiscal británico que alcanzó gran notoriedad al procesar a un reputado empresario al que nadie había tenido valor de toser hasta aquel momento. Se llegó incluso a intentar atentar contra la vida del fiscal Burks, este consiguió sobrevivir al ataque lo que creó una gran presión mediática y le concedió una gran fama que supo aprovechar para empapelar a aquel empresario y posteriormente colocarse como uno de los mejores fiscales del país, pero sin duda el colofón de su carrera llegó cuando un día paseando a su perro presencié un intento de secuestro de la nieta del primer ministro británico, gracias a su valentía y la ayuda de algún que otro transeúnte sin apenas relevancia pudo evitarlo, acción que le catapultó a lo más alto del mundo jurídico y a tener unas muy buenas relaciones con el gobierno y la corona inglesa, lo que le llevaría más adelante a ser nombrado Sir.

Tom seguía dándole vueltas, no entendía porque un hombre así se habría visto tentado a cruzar la línea hacia un mundo de corruptelas e ilegalidades.

Simon Burks se encontraba tomándose un café frente al Emirates Stadium. Hinchas del Arsenal desde pequeño, fan incondicional, siempre sufría con su equipo, vivió la época dorada del Arsenal, aunque ahora no fueran sus mejores momentos. Eran típicos los sábados en el estadio con su puro y traje. Burks era un hombre chapado a la antigua, familia de prestigio, su padre fue un importante abogado penalista, su madre enfermera, su tío era secretario judicial del Estado y su abuelo un gran magistrado del Tribunal Constitucional en España, educación cristiana, y un futuro prodigioso.

De pequeño siempre contestaba, no se andaba quieto nunca, a menudo su madre lo catalogaba de hiperactivo de forma falaz, puesto que la hiperactividad era algo mucho más serio. Solía aprobarlo todo, excepto las matemáticas, desde muy pequeño supo que su camino eran las letras, aunque no fue hasta bachiller donde descubrió que la carrera que quería realizar sería Derecho.

Un día una profesora cotilla y con demasiada energía, según Burks, les puso unos videos tutoriales sobre diferentes carreras y luego fue preguntando a cada uno que carrera tenía decidido llevar a cabo. Burks se fue ese día contrariado a casa tras ver que todos sus compañeros lo tenían más que decidido y él aun no tenía ni la menor idea. Nada más llegar a casa engulló a una velocidad plasmante las alubias con carne de su madre y se fue a su dormitorio a indagar sobre diferentes carreras con el fin de decantarse de una vez por todas por una carrera.

Burks no entendía por qué todos los niños querían y admiraban tanto a esa profesora, a él le parecía la típica mujer que intentaba quedar bien con todos, se quería enterar de todos los chuchiches y por si fuera poco era de las que no tenían ningún problema para llamar a los padres, cosa que no le gustaba nada a Burks. Siempre andaba metido en líos, aunque sus notas no lo reflejasen. Por si fuera poco, su animadversión hacia la señorita Bachmayer había crecido después de esa clase, muchos videos que no le habían servido para nada, solo para enrevesar sus pensamientos aún más y que se fuera a casa sintiéndose como un inútil. No comprendía por qué la señorita les había intentado influenciar con aquellos videos hacia la medicina. De los diez videos que recordaba Simon que le habían puesto, seis por lo menos eran con temas relacionados con la medicina. Todo aquello le enervó en exceso. Desde aquel día la llamaba «la falsa profesora de letras». Burks era feliz imaginándose sus propias historias, y desde entonces siempre le contaba a los demás que la profesora Bachmayer siempre había soñado con ser doctora, enfermera, o algo por el estilo, pero nunca lo consiguió porque no valía tanto como les hacía creer.

No sabía por qué, pero en uno de los múltiples videos que les había puesto la señorita Bachmayer sobre medicina Burks se había fijado en el aspecto del hombre al que atendía la enfermera. Solamente aparecía de perfil, con un degradado en el pelo y unas orejas de soplillo, aquel aspecto originaba risa en él, pero junto a él se encontraba un maletín negro en el que ponía: **Ministerio de Justicia**. A Burks aquello le produjo cierta confusión, se tiró toda la tarde buscando información sobre ello y cuando se encontraba dispuesto para bajar las escaleras de su casa para cenar ya tenía decidido lo que quería estudiar.

—Becario, el señor Carl te llama.

—¿A mí? —respondió contrariado.

Jamie no se esperaba la llamada del señor Carl, realmente no se esperaba la llamada de nadie, a no ser que fuera para advertirlo o lo que era peor, despedirlo.

—¿Qué querrá hablar ese hombre conmigo? ¿Te ha dicho para que era? —preguntó con cara de preocupación.

—Claro que no, sube cagando ostias becario, al Señor Carl no le gusta que nadie le haga esperar, y supongo que menos alguien como tú.

A Jamie le enfadaba mucho el tono de desprecio con el que se dirigió aquel simple secretario hacia su persona, pero no tenía tiempo que perder con nadie, y menos con personas que a lo máximo que aspiraban era a ser secretarios del jefe, lo que él llamaba unos «lame culos» de forma claramente despectiva. El techo de Jamie estaba bastante por encima de personas como aquellas, que por tener un puesto de trabajo momentáneamente mejor que el de otro ya se creían superiores a todo ser.

—Buenas señor Carl, me han dicho que quiere hablar conmigo —en el tono de Jamie podía intuirse el miedo, parecía un perro con el rabo metido entre las piernas.

—Siéntate —nada se podía averiguar con la expresión inerte de Carl—. He estado hablando con tu padre, ¿cómo no me has dicho que es Roy Rowling? Es íntimo amigo mío.

—No quiero trabajar por las influencias de mi padre, quiero ganarme el trabajo, y llegar a lo

que aspiro por méritos propios, no por los contactos de alguien.

Parecía haberse aprendido de memoria el discurso. Sonaba convincente, daba la impresión de que aquello había molestado severamente a Jamie, como si su honor hubiese sido herido. Todo el mundo habría pensado que ese discurso era cierto, sin embargo, Carl no era todo el mundo, conocía muy bien a su padre, este y él estaban cortados por la misma rama, personas sin escrúpulos, que se habían tragado en innumerables ocasiones sus principios con tal de hacer negocios, y que su dinero creciese y creciese.

—Entonces no querrás el puesto que curiosamente se ha quedado vacante esta misma mañana de gerente de recursos humanos o personal ¿no? Venga, ambos sabemos cuáles son tus aspiraciones, no somos tan diferentes, tenemos mucho en común, yo seguiré siendo tu jefe, pero ahora tú también serás jefe de otros. Además, estoy seguro de que te encanta mancharte las manos, y en este trabajo es algo muy necesario.

Esa frase se quedó marcada en su cabeza. Jamie aspiraba a muchísimo más pero el salto era evidente, en nada de tiempo había ascendido de becario a gerente, no podía rechazar aquella oferta.

—Sí, acepto el puesto —dijo con una seguridad pasmosa.

Podía haberse mantenido firme a su discurso, a los principios que había implorado, pero sabía perfectamente que carecía de dichos principios, así que decidió empezar a jugar sucio, al fin y al cabo, era consciente de que tendría que mancharse las manos en más de una ocasión, y aquella idea le fascinaba.

—Perfecto, pongámonos manos a la obra.

XI

Jamie y Tom llevaban ya un tiempo trabajando juntos, aunque no se consideraban amigos. Para Tom quizás sí, no sabía muy bien el significado de esa palabra, así que era frecuente en él llamar «amigo» a personas que no lo eran, esto le había acarreado varios problemas y decepciones a lo largo de su vida. Jamie empezaba a sentir cierta admiración por él, veía a alguien parecido al Jamie que empezó sin nada, aunque estaba claro que Tom no lograría nada en su vida si no era con un empujón de los fuertes, y él no estaba dispuesto a dárselo, no sería el trampolín de nadie, era conecedor que en el poder nadie es amigo de nadie. Le impresionaba la facilidad que tenía Tom para razonar, era casi tan sorprendente como su lengua, no se callaba una, si se le venía algo a la cabeza lo decía sin importar el qué, ni el cómo, ni el cuándo. Jamie intentaba hacerle ver que debía controlar sus palabras, pero todo su trabajo era en vano, al fin y al cabo, le gustaba tener de mano derecha a un bocazas que le decía las cosas tal y como eran sin importarle el rango de la persona que estuviese a su lado.

Tom entró en el despacho, su jefe se encontraba con la mirada fija en el ordenador, aunque le miró de soslayo sin que este se diera cuenta. Empezaba a estar aburrido, después de varios meses no había hecho nada, según su entender, lo verdaderamente emocionante, aunque tampoco se quejaba, cobraba un muy buen sueldo por hacer bastante poco, y el dinero lo gastaba en putas de lujo, comidas y poco más, se preguntó si debiese de mandarles una parte de ese dinero a sus padres o a su amigo Javi que no pasaba por una buena situación económica, «para eso están los

amigos y la familia», pensó. Sin embargo, esa idea se esfumo rápidamente de su cabeza.

—Nadie creía en mí, ¿por qué voy a tener que mandarles dinero ahora que me va bien? ¡Qué coño bien! ¡Muy bien! Anda y que les jodan, siempre han sido unos desagradecidos conmigo y he tenido que aguantar una y otra vez sus miradas condescendientes —dijo en voz alta como si de un discurso o reprimenda hacia alguien se tratara.

El señor Jamie seguía observando a Tom, aquello le divertía, nada más con echarle un vistazo se advertía que era una persona fácilmente influenciable, jugó un rato a imaginarse lo que estaría pensando, por su cabeza imaginó que estaría cavilando algo parecido a un prado enorme, de setenta hectáreas en el que corrían y vivían en armonía unicornios, ovejas voladoras, jirafas con cuellos pequeños, etc. Era evidente de que un empresario también necesitaba desconectar, aquello solo fueron unos segundos, pero provocaron una sonora carcajada en el señor Jamie.

—¿De qué se ríe señor?

Tom parecía haberse coscado que aquella risa era gracias a algún acto de él.

—Nada, nada, me acordé de un chiste que me ha contado Elisabeth hace unos instantes, esa secretaria tiene muy buen sentido del humor y es leal. Me tocó la lotería al contratarla.

—Si usted lo dice...

Tom odiaba a Elisabeth, le parecía una foca lame culos, siempre con una sonrisa en la cara, dispuesta a hacer todo lo que su jefe le pidiera, se preguntaba cuántas veces se la habría tirado. Dicha animadversión también era fruto de que la señorita Elisabeth fuera la última mano derecha del señor Jamie antes que él, no le apasionaba la idea de que supiera demasiada información. Según le habían contado había sido la única en aguantar más de siete meses y este le tenía un profundo cariño, el cual era más que evidente, la razón por la que la relegó al puesto de secretaria había sido la reciente maternidad frustrada de la señorita Elisabeth al tener que abortar lo que le impedía estar tantas horas al servicio.

—No te cae bien, se nota, pero ha hecho bastante más en la empresa que tú, así que un mínimo de respeto —el correctivo fue severo.

Tom estuvo a punto de decirle «¿Cuántas veces te habrá comido la polla para que hables así de ella?» Pero decidió que era mejor callarse.

—He estado informándome un poco acerca del último debate que tuvimos sobre Inglaterra y España, ¿se acuerda?

Habían pasado meses ya de aquella primera toma de contacto en la que ambos se enzarzaron en una discusión de historiadores renegados fuera del alcance de Tom, la relación había cambiado, se notaba cierto aprecio por parte del español hacia el inglés, cosa difícil.

—Claro que me acuerdo, pero llame a las cosas por su nombre, para que algo sea un debate ambas partes deben de saber de qué hablan, si uno de los dos no tiene ni idea, no es un debate, sino una discusión —dijo sonriendo—. Pero bueno, cuénteme sobre qué se ha informado, a ver si conseguimos tener un debate serio.

El corte fue aún más brutal que el anterior, a Tom aquel comentario le había cabreado y tenía todas las de perder consigo.

—Usted me comentó que los ingleses siempre habían luchado por sus libertades, desde 1215 con la carta magna.

—Así es —afirmó con una seguridad rotunda.

Y ¿qué me dice del absolutismo y Thomas Hobbes? Sabrá usted que Hobbes es el principal exponente doctrinal inglés del absolutismo, con su obra *Leviatán*. Hobbes crea la ficción de un estado de naturaleza ingobernable, donde el egoísmo natural con que actúan enfrenta a los

hombres entre sí y donde no cabe otra solución que la que de todos renuncien a sus derechos naturales y se los entreguen a un soberano para asegurar la supervivencia de la sociedad.

Tom parecía haberse aprendido aquello de carrerilla con la única finalidad de chingar a su jefe.

El señor Jamie se rió a carcajadas. Con la voz entrecortada dijo:

—Me alegro de que estés aprendiendo algo de historia gracias a mí, para no darme la razón, sin duda tienes muchas cualidades buenas. Todo eso que has dicho es cierto, aunque he de decir que después de aquella desfachatez surge otra teoría, de otro compatriota, algo más inteligente según mi entender, con más capacidad de razonar y comprender lo que de verdad necesitaba el pueblo.

Jamie estaba hablando sin duda alguna de John Locke y su famoso tratado del gobierno civil en el que admitía la existencia de un estado de naturaleza donde los hombres no solo actuaban por sus propios intereses, sino que también cooperaban entre sí, aunque ante el riesgo de que pudieran ponerse en peligro los derechos naturales e irrenunciables de los que hablaba Hobbes, decidió mediante el pacto social constituir un poder superior que garantizase el respeto de esos derechos. Por lo que no había una renuncia a los derechos, ni el Estado podía vulnerarlos, solo podía protegerlos.

Jamie continuaba explicando.

—Y de esa forma es como nace el liberalismo político. Aunque como Locke poseía una mente brillante era consciente de que todo poder tendía a ejercerse de forma ilimitada, y por eso se dividen los poderes y surge la famosa división de poderes, para que se produzca un contrapeso entre unos y otros que se alce como una garantía de los derechos de los ciudadanos.

—Ah, de ahí la famosa división de poderes legislativos, ejecutivos y judiciales.

—No, eso vendría más tarde con Montesquieu, Locke establece la división de poderes entre poder legislativo, ejecutivo y federativo.

Tom agachó la cabeza y se marchó harto de que por segunda vez Jamie supiera bastante más que él.

Jamie continuó mirando su ordenador, «este chico ha venido para nada», pensó. Empezaba a dudar de que realmente sirviera para algo. En ese momento recibió un correo, una tal irinash@hotmail.com en el que ponía:

«¿Cómo va nuestro activo? Necesitamos su ok para ponernos manos a la obra. Cuando sea efectivo el trabajo recibirá el dinero en una caja de cartón, en una dirección que se le entregará más adelante.

Gracias por su dedicación, sin gente como usted no sería posible todo esto».

El correo iba acompañado de un link con información sensible sobre Tom y los posteriores pasos que debería dar Jamie.

Jamie esbozo una sonrisa al leer «dedicación». «Dedicación dicen...»

Su risa era fuertemente malévol, de ella se apreciaba que lo único que le interesaba era la gran cantidad de dinero negro que se iba a embolsar. Le daban igual las condiciones siempre que él y su empresa estuvieran a salvo y pudieran obtener beneficios.

En ese momento interrumpió la secretaria.

—Perdone las molestias señor, sé que me ha dicho que no le moleste, pero tengo al señor Kiang al otro lado del teléfono e insiste en que es muy importante.

Era sin duda la voz tierna de Elisabeth.

—No se preocupe, pásemelo, a ver que quiere este negado.

—¿Sí?

—Buenas tardes señor Jamie, visto que su llamada no llegaba he decidido llamarlo yo. Nos están comiendo el terreno, sus ingresos aumentan y los nuestros se estancan, quiero esa información en menos de una semana, el ingreso correspondiente estará hecho al día siguiente. Y no vuelva a obviar mi propuesta.

Kiang colgó el teléfono. Se había quedado contrariado.

—¿Quién se cree ese maldito chino para hablarme así? — hablaba solo.

A menudo hablaba solo, muchas veces se había preguntado si estaría loco, aunque hacia un tiempo leyó un estudio que indicaba que las personas que hablaban solas eran más inteligentes, quizás ese estudio tuviese razón. Después de razonar durante varios minutos cuál era la mejor opción descolgó el teléfono y llamó a Tom. Tras varias llamadas fallidas lo cogió.

—Dígame Señor Jamie.

—Acabo de mandar a mi chófer a su apartamento, he supuesto que se habrá ido a almorzar allí. Él le llevara a un lugar. Siga sus instrucciones y llámeme cuando consiga lo que necesito.

Jamie iba a matar dos pájaros de un tiro. Iba a poner en práctica a Tom de cara a su trabajo e iba a conseguir, o eso esperaba, la información para que sus ingresos a diferencia de los del señor Kiang siguieran siendo ascendentes.

Se quedó reflexionando sobre la competencia. Competir es natural. Natural y necesario, pues conlleva esfuerzo y mejora. Es natural que un equipo intente ganar y que un empresario intente conseguir el mayor beneficio posible. Es natural que alguien gane y todos se peleen por ganar. El problema empieza cuando alguien emplea trapos sucios para ello, información no del todo verdadera o simplemente cuando alguien se inventa una noticia, la expande por los distintos medios de comunicación y los necios se la creen. Entonces estaríamos ante una competencia desleal que no es buena. Así no ganan los mejores, pero qué más daba eso si podías ganar, sin importar la forma en la que se ganase. Eso es lo que se aprendía cuando trabajabas para una empresa. Solo vales tú, si quieres jugar limpio, juega, pero puedes perder tu puesto y a ver si el juego limpio te da entonces de comer.

Se sentía orgulloso de todo lo que había aprendido al servicio del señor Carl. Jamás olvidaría a ese hombre, le debía demasiado, aunque no fue nada justo con él después de nombrarlo gerente de recursos humanos. Telefonó a su padre para indagar un poco sobre aquel hombre, su padre le contó una serie de trapos sucios que guardaría bien para utilizarlos contra él cuando se diera el momento oportuno. Después de ese ascenso Jamie consiguió realizar un curso privado sobre bolsa que llevaba tiempo queriendo hacer pero que debido a la gran cantidad de dinero que pedían estaba totalmente fuera de su alcance. Después de realizar el curso y hacerse amigo de unas cuantas personas influyentes en la bolsa ganó muchísimo dinero, dinero que aprovechó para montar su propia empresa. Tras unos meses combatiendo contra la competencia, la empresa del señor Carl, este término arruinado y en la quiebra después de que quedasen al descubierto que una parte del dinero recibido para el crecimiento de su empresa provenía de Arabia Saudí, noticia que la población no encajó muy bien, pero el golpe final fue la presunta explotación de niños en países subdesarrollados de empresas afiliadas a la del señor Carl.

Jamie había acabado con quien se lo había dado todo y no le tembló el pulso en ningún momento. A los pocos días de empezar la batalla el señor Carl contactó con él con la intención de que ambos compitieran lealmente, sin embargo, este no estaba dispuesto a repartir sus beneficios con nadie. Y le recordó una frase que él le había enseñado muy bien.

—¿Recuerda lo que me dijo? —preguntó con un tono irónico— «Además estoy seguro de que

te encanta mancharte las manos, y en este trabajo es algo muy necesario». ¿Lo recuerda? —en la voz podía notarse la malicia con la que decía aquellas palabras.

Nunca más volvieron a hablar. A los pocos meses de arruinarse lo encontraron muerto en un lavabo del «The Hippodrome Casino London». Al parecer se había pegado un tiro en la sien en el lavabo. La escena era macabra. La policía británica dejó el caso a las dos semanas. Era evidente que aquello era un simple suicidio de alguien que lo había perdido todo. Aun así, Jamie fue uno de los pocos que estuvo presente en el funeral. Apenas estaban sus padres, unos cuantos empresarios, que al igual que Jamie estaban presentes por puro protocolo y su grupo de amigos incondicionales. Estos no se podían explicar cómo todo aquello había terminado de esa manera, tenía una empresa que no paraba de crecer, muchísimo dinero y una cabeza muy bien amueblada.

Jamie se encontraba dubitativo, sin saber por qué su cabeza se había trasladado a aquel funeral. Cuando estuvo en él se dijo que no podía acabar así, no se refería a como moriría sino a las pocas personas que estaban allí, en aquel funeral no se respiraba la normal tristeza presente en un funeral, no. Se respiraba otra cosa que era aún más dolorosa y era soledad. Sin embargo, se estaba dando cuenta de que iba por el mismo camino, no lograba entender cuál era el por qué, si era el mundo empresarial, su personalidad... pero aquello le atormentaba enormemente.

XII

Tom estaba muy enfadado, las explicaciones de Bautista no le habían convencido, no entendía por qué tenía que ir él a Barcelona a sacar información sobre el señor Satoshi, ¿qué más le daba a él?

—Me tienen de perrito faldero, y estoy harto —dijo malhumorado—. Así no hay quien prepare esa conversación con el maldito fiscal.

El señor Satoshi se encontraba en Barcelona para reunirse con un gran empresario, según el cual tenía entendido que no se llevaba nada bien con el señor Kiang. Ambos seguían dando los primeros pasos de lo que parecía, se convertiría en una lucha sin precedentes entre dos empresas.

En los ojos del señor Satoshi se podía ver lo que quería, ansiaba poder y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Pero Satoshi tenía un talón de aquiles en relación con Kiang, este último sabía jugar muy bien sus cartas, era conocedor de los tiempos, utilizaba las estrategias de poder e influencia acompañadas de una perfecta capacidad de persuasión. Su principal táctica era utilizar la demora y eso en una empresa tan importante como la suya era una mina de hacer dinero.

Muchos y diarios son los enfrentamientos que se libran en el seno de cualquier organización en aras a conseguir posiciones de mayor poder y dominio.

El hombre, animal social por naturaleza, siempre ha tenido que pelear por lo escaso y es ahí, en su capacidad de asociación donde ha encontrado la posibilidad de supervivencia a costa del otro.

Por el contrario, Satoshi trataba a sus empleados como seres inferiores, lo que hacía que estos no aportasen todo lo suficiente para realizar un trabajo mayor que óptimo.

Tom observaba absorto todos sus movimientos. Se estaba empezando a dar cuenta de que en las empresas las luchas de poder son una constante. Este empezó un debate interno acerca de los empleados en las empresas, no se refería a simples empleados, sino a aquellos que aspiraban a

mucho más. Se preguntaba si a menudo confundíamos nuestros propios objetivos personales con los de otros por simple envidia. El poder sonaba muy bonito, pero de verdad ¿era tan precioso como lo planteaban? Tom empezaba a dudar de que fuera así realmente. Creía que muy pocas personas estaban verdaderamente capacitadas para llevar a cabo de forma adecuada ese poder. Y estaba seguro de que muchísimos habían fracasado en el intento de controlar el poder y habían caído rendidos, sucumbidos ante un poder, que terminó por dominarles.

—¿Quién es usted? ¿Por qué lleva persiguiéndome toda la mañana?

Tom se encontraba preso entre los brazos de un gorila, que visto el momento tenía pinta de ser el guardaespaldas del señor Satoshi. Tom tenía un problema, había descubierto algunas cosas que le serían de gran utilidad para el fin que perseguía, pero ahora se encontraba sujeto por un tío que era cuatro veces él. No tenía ninguna posibilidad de escabullirse y tendría que dar alguna respuesta rápida, o de lo contrario empezarían a sospechar más de la cuenta.

Tom se encontraba junto a La Basílica de Santa María del Mar, edificio característico por su importancia arquitectónica y su cercanía al barrio gótico. Algunos historiadores habían dicho que estaba construida sobre un gran anfiteatro romano. Esta catedral había alcanzado actualmente mayor fama por la famosa obra de «La catedral del mar». Tom no podía entender cómo se habían percatado de su presencia. Su posición era inmejorable y aun así...

—Simplemente estaba dando una vuelta por el barrio. Les vi y me llamaron la atención sus lujosos atuendos, sin más. Por eso me quede un rato observándoles —él mismo se asombró de los vocablos que había aprendido.

Nadie en su sano juicio se creería aquella historia, y menos Satoshi y su guardaespaldas que estaban acostumbrados a estar expuestos. Pero no se le ocurrió otra historia más convincente.

—Tú te crees que yo soy tonto —dijo con su voz carraspeante mientras su guardaespaldas se reía sin soltar por un segundo a su presa.

—¿Qué quiere que le diga? Es la verdad. Pasaba por aquí y...

—Regístralo, a ver quién es este espécimen.

Por suerte no llevaba nada que lo pudiera identificar con el señor Jamie, a unas malas pensaría que era un espía del señor Kiang y las represalias irán contra él. En ese momento se le ocurrió decir que venía de parte de este, pero no las tuvo todas consigo, así que decidió esperar un poco más a ver como se sucedían los actos.

—Lleva una libreta en la que hay anotadas varias cosas con una letra ilegible, propia de un médico, una cámara de fotos, un bolígrafo, una pulsera rota y poco más. Parece evidente que nos estaba observando.

—¿Quién te envía? —dijo Satoshi en un tono amenazador— O nos lo dices o te juro que te saco las entrañas y se las doy a mis perros para almorzar.

El rostro de Tom era todo un poema, podía apreciarse el miedo, si no fuera porque el pantalón no dejaba espacio a dudas hubiese apostado a que se había meado encima presa del pánico. Jamás había imaginado que el señor Satoshi fuese alguien tan sanguinario como habían denotado sus palabras.

—¿Trabajas para Kiang? ¿Eres uno de los súbditos de ese cacique de mierda?

—Sí —dijo sin pensárselo ni un segundo. Estaba aterrorizado. Casi lo había dicho por inercia.

—De modo que el señor Kiang da por empezada la guerra. Yo que quería que se tratase de una guerra fría y él que acaba de sacar los tanques. Pues será un verdadero placer contraatacar. James dale a este estúpido la paliza que se merece. Nos vamos.

Aquel guardaespaldas se había ensañado cruelmente con Tom y este no tuvo ninguna oportunidad de defenderse. La paliza había sido severa. Se encontraba en el hospital. En observación. El parte médico diagnosticaba un par de costillas rotas, labio y nariz rotos, ojo hinchado, luxación en el brazo izquierdo y rotura del metatarsiano del dedo pequeño del pie izquierdo que le vendría aparejada de una leve cojera durante unas semanas.

Sin querer había iniciado una guerra, aunque sabía que eso no enfadaría a Jamie, sabía perfectamente que el objetivo de este era destruir a las dos, así tendría menos trabajo.

Acababa de salir del «Hospital Clínic i Provincial de Barcelona», gratamente sorprendido por lo bien que le habían atendido. Aprovechó para llamar a Jamie y contarle lo sucedido. Y de paso le informó que pasaría unos días en Madrid con motivo de la baja. Aun así, le aseguró que no serían más de tres días.

Jamie se fumaba un puro cuando recibió la llamada. Tras contarle la noticia encendió su ordenador y se puso a estudiar sobre competencia desleal y técnicas «oscuras» que llevaban a cabo las empresas. Quería preparar bien sus próximos movimientos. Se había dado cuenta de que probablemente la guerra la ganaría el señor Kiang, por lo que decidió que tenía que unirse al señor Satoshi. Este estaba mucho más perdido. Le ofrecería proyectos que no podría rechazar. Aunque eso no quitara que siguiera ayudando a los dos, lo que supondría embolsarse mayor cantidad de dinero. Su próximo movimiento tardaría en llegar.

Encargó a su secretaria que enviara una carta en la que constasen sus honorarios junto a otra información de carácter más sensible. Ambos se darían cuenta pronto de que la guerra entre ellos había comenzado y estaba seguro de que no se demorarían mucho en mover ficha.

Tom estaba pensando que excusa inventarse para dar a sus amigos. A menudo no era muy creativo y todo lo que se le ocurría era o demasiado fantasioso o totalmente inverosímil. Primero pensó en decir que lo habían cogido de actor secundario para una película, que por eso estaba en Londres. Y que a los actores se les había ido de las manos la escena en la que hacían estallar un apartamento y había acabado mal. Pero sabía que nadie se creería semejante milonga. Él no valía para actor, realmente no daba la talla por insignificante que fuese el papel. Después pensó en explicar que todo había sido un malentendido y que unos matones le habían dado una paliza confundiéndolo con otra persona, algo de verdad había en todo aquello, pero eliminó esa idea rápidamente de su cabeza puesto que tendría que dar excesivas explicaciones y tendría que hacer frente a numerosas preguntas de sus amigos. Tras un rato pensando y algún que otro cigarro de por medio volvió a la idea principal. Diría que había tenido un accidente con el coche, que algún imbécil se lo había llevado por delante, así se evitaría alguna que otra pregunta, ya que a Marcos le afectaría bastante por la similitud de su accidente.

Había pasado ya año y medio desde aquel fatídico accidente. El caso se cerró a los dos meses al no haber testigos. Marcos investigó algo por su cuenta, pero sin ningún tipo de resultado. Todo apuntaba a una furgoneta que con las prisas se había saltado un semáforo y dado a la fuga después de la colisión. Este no era el mismo desde entonces. Le costaba una eternidad dormirse por las noches, no canalizaba su ira, tenía varias denuncias por destrozos y alguna que otra pelea. Su aspecto había desmejorado muchísimo, poco se podía apreciar de aquel hombre guapo, esbelto, con piel lisa y una voz cautivadora. Poco quedaba de aquel al que llamaban «El guepardo». Tenía ansiedad, había engordado unos doce kilos, bastón en mano para aguantar la cojera que arrastraría de por vida. Curiosamente la empuñadura del bastón era la cabeza de un guepardo. No le gustaba que le llamaran así pero quizás era una forma de no olvidar lo que hizo y de pensar que había sido una vieja gloria y había servido de mucho. En aquel momento no trabajaba, se había pedido una

excedencia después de que le dieran el segundo aviso por irregularidades en su trabajo. Tenía diagnosticada una discapacidad, pero gracias a sus viejos contactos la discapacidad que le diagnosticaron no le impedía trabajar. Después de haberle hecho muchos favores al funcionario que le concedía esa incapacidad, este no tuvo más remedio que sucumbir a la petición de Marcos.

—Tengo que seguir trabajando, si me quedo en casa todo el día acabaré tirándome por la ventana y caerá sobre tu conciencia. Me lo debes.

Ante la dureza con la que le decía esas palabras y algún que otro recado, al funcionario no le quedó otra que aceptar la propuesta.

Marcos era llamado guepardo por la velocidad y agilidad que poseía antaño. Como el guepardo, Marcos era el hombre más rápido de la embajada de Irán. Cuando los iraquíes entraron pegando tiros con sus AK-47 proporcionadas por los rusos y sus HK MP5, una de las armas militares más populares de los últimos 50 años, producida por los alemanes, corrió hacia la zona donde estaban ciudadanos de a pie y se llevó consigo a tres hombres. Ellos armados con unas simples armas cortas como eran las Sig Sauer P320. Por el «*walkie talkie*» le informaban de que sus hombres estaban cayendo, no tenían capacidad de reacción. Los iraquíes eran aproximadamente dieciocho con armas militares y ellos eran algunos más, pero la mayoría sin ninguna formación militar y con escasas armas. Los iraquíes tenían taponadas las salidas de emergencias para que nadie escapara. Marcos y sus hombres habían hecho un pequeño piquete que les proporcionaría algo más de tiempo, aunque no el suficiente.

Ese día para mala suerte de este, no estaban ni el oso, ni Damaris en la embajada, que sin duda alguna eran los dos mejores tiradores de todo el edificio.

Consiguieron abrir una rendija de ventilación y ahí escondieron a los ciudadanos de a pie que se encontraban en la embajada, por suerte no eran más de cincuenta personas. Si hubiese sido un número mayor la tragedia hubiese estado garantizada.

—No salgáis al exterior, quedaros en los conductos de ventilación, cuando todo esto haya pasado os sacaremos —dijo Mateo, uno de los hombres que se había llevado Marcos, mientras un pequeño lo miraba embobado, como si de un héroe se tratase.

—¡Joder, nos van a reventar! Están mejor preparados para esto, encima ha coincidido con el día de visita de varios colegios. No podemos dejar que maten a esos niños. No vienen a por ellos Marcos, sabes perfectamente por lo que están aquí.

Lo sabía, era consciente de que venían a por él por los informes que había realizado.

—Lo sé, pero sabes de sobra que se llevarán por delante a todas las personas que se metan en medio de su camino. Y no podemos permitirlo. Y si estas insinuando con esas palabras que me entregue no pienso hacerlo.

La tensión era evidente, cualquiera podría haberla cortado con un cuchillo en aquel instante. Los iraquíes se habían hecho con casi todas las secciones de la embajada, solo faltaba el ala oeste. Ala en la que se encontraba Marcos. Este sabía que tenían que salir para evitar que las fuerzas especiales iraquíes entraran en su zona, dado que una vez ahí sería muy difícil garantizar la seguridad de los ciudadanos. Marcos estaba al borde del precipicio, sus instintos le pedían que saliera dando tiros como si de un kamikaze se tratase, su corazón que se entregara y su cabeza que pensara una salida mejor.

En esos minutos que parecían horas Marcos se acordó de cuando su único objetivo en la vida era ser militar. Había leído que para ser militar debías ingresar antes de cumplir treinta años. Aquello le parecía lógico, porque quién se iba a poder instruir en unas pruebas tan duras después

de cumplir esa edad. Su sueño era entrar en el ejército del aire, pero a medida que iba leyendo conocía una serie de medidas y requisitos que no le convencían en absoluto. Primero para entrar de soldado raso solo se necesitaba bachiller o algún título equivalente. Marcos que estaba muy a favor de la cultura y siempre quería aprender no entendía cómo se podían pedir requisitos tan bajos en cuanto a la educación. Hacía tiempo había tenido un debate airado con un miembro de las fuerzas navales españolas. Había tenido lugar durante un almuerzo con los padres de Tom, este y algunos amigos que se habían ido quedando por el camino. Alfonso a diferencia de Marcos defendía que el ejército era solo para quien estaba dispuesto a morir por su país sin importar los estudios que tuviera o su familia de procedencia, este último siempre le decía que eso era una falacia y le preguntaba que siguiendo esa teoría los aviones no volarían y los navieros se hundirían.

—En el ejército necesitamos gente que sepa lo que hace, que esté dispuesta a morir por su nación, sí, pero que piense y razone. En nuestras manos tenemos la seguridad de la vida de muchas personas.

Aquellas discusiones nunca terminaban bien, Marcos era una persona con talante y educación, pero siempre creía que las opiniones necias no merecían ser escuchadas. Tom se mantenía inherente a uno y otro, como si no estuviese presente. El padre de este terminaba siempre gritando «¡Libertad de expresión!» Marcos defendía evidentemente esa libertad, pero opinaba que si ese derecho servía para que muchas otras personas perdiesen la vida, o para crear u originar odio o dolor, la libertad de expresión no era reclamable.

A Marcos, sin duda alguna, lo que más le apasionaba era la brigada de paracaidistas, pero después de unas cuantas discusiones con Alfonso y unas charlas con más sentido y peso con un militar retirado que hablaba sin tapujo alguno decidió obviar la carrera militar y buscarse otro futuro. «Demasiada vocación y sacrificio por tan poco», sé decía a modo de excusa.

—Tenemos que salir ya, los van a ejecutar si no salimos. Saldremos en formación de rombo, dos cubren las espaldas, dos el frente, y uno vigilante con el fuego de cobertura, de los flancos nos encargamos todos. Después de lo de hoy saldremos en todas las noticias. Seremos héroes —dijo con la intención de subir el ánimo abatido de los demás.

Todos eran presas del pánico, casi no podían articular palabra alguna. Se decidieron a salir, la zona estaba vacía, algunos llevaban chalecos antibalas, pero no había suficientes para todos. Marcos hizo un gesto con dos dedos en señal de que uno se asomara levemente por el pasillo para asegurar la zona de posibles iraquíes.

—Limpio, vamos, vamos.

Se acercaban seis iraquíes. Parecía que se habían dividido con el objetivo de encontrarlos.

—¡Están aquí! —gritó uno de ellos en un idioma que supusieron que sería iraquí.

Una ráfaga de disparos se sucedió, Marcos y sus hombres trataban de ponerse a cubierto. Disparaban algún que otro tiro de cobertura, pero era totalmente ineficaz, no podían hacer frente a las armas de estos. Mateo tenía un disparo en el hombro, rabiaba de dolor y se iba desangrando.

—Mateo, quédate ahí no te expongas, es un simple disparo en el hombro, te lo curarán cuando salgamos de aquí.

—No vamos a salir de aquí, ¡imbécil! ¿No ves que son más y están mejor preparados? Es imposible. Quieren a Marcos, pero él no se atreve a salir, ¿a qué no? ¡Díselo Marcos, díselo! —gritaba desesperado.

Su amigo le acababa de poner contra la espada y la pared. Lo que menos necesitaban era ponerse a discutir ahora entre ellos, y eso es lo que había empezado Mateo, una discusión que no

tenía pinta de acabar bien. Marcos sabía que acabase como acabase aquello todos iban a señalarlo. Por suerte para él solo lo sabían Mateo y Ramsik, los otros dos estaban disparando e intentando acabar con algún iraquí. En la mirada de Ramsik se veía reflejado el odio que había surgido de repente hacia este.

—¿Por qué no te has entregado? Nos hubieses evitado todo este calvario.

—No pienso morir aquí, no así.

Ramsik estaba apuntándolo con la pistola sobre el hombro sin importar cuantos soldados viniesen en camino, el tiempo se había detenido por un instante.

—Entrégate o te entrego yo, ¡venga!

—Baja la pistola, los enemigos están ahí en frente, no soy yo. ¿Crees que entregándome no será óbice para ellos mataros? —le preguntó tratando de hacerle entrar en razón mientras mantenía las manos en alto y en horizontal como si pudiese parar la bala con estas.

Ante esto Mateo miraba absorto lo que estaba haciendo Ramsik. Era lo que él llevaba queriendo hacer hacía rato, pero no tenía valor para ello.

—¡Mátalo! Así viviremos nosotros.

Marcos accedió a entregarse.

—Vale, vale. Me entregaré, pero prometedme que salvaréis a los ciudadanos.

Ramsik accedió a la petición, al fin y al cabo, era lo mejor, así ellos se salvarían y alguien podría atender rápidamente a Mateo, el cual se estaba desangrando. Ramsik se giró para decirles a los iraquíes que se rendían y que esa persona a la que estaban buscando se iba a entregar. Entonces Marcos que tenía el arma cargada, como todos, disparó a bocajarro dos tiros sobre la espalda y cabeza de Ramsik e inmediatamente se giró y disparó un poco más abajo del hombro derecho de Mateo, aquel que había recibido el primer impacto de una bala iraquí. Dando de pleno en el corazón de este. Ambos cayeron fulminados instantáneamente. Por suerte los otros dos hombres no se dieron cuenta porque estaban inmersos en lo más parecido a una guerra en la que habían estado jamás. Quedaban tres. De los seis iraquíes habían caído dos, pero estos habían llamado a refuerzos.

—Ramsik y Mateo han caído, no he podido hacer nada por ellos.

Nadie se paró a hacer preguntas, aquel no era sitio ni momento para ello.

—Voy a intentar coger aquel subfusil del suelo, necesito fuego de cobertura, la única posibilidad de matarlos es con sus mismas armas. ¿Seréis capaces?

Ambos asintieron sin dudarlo.

Salió corriendo hacia adelante, el ruido era ensordecedor. Fernando y Miguel permanecían inmóviles disparando ráfagas de fuego. Estaban decepcionados de que la mayoría de sus balas no dieran de lleno en ningún objetivo. Marcos se deslizaba por el suelo con su arma corta que le servía de bien poco. A punto estuvo de impactarle una bala. En ese momento parecía que el tiempo se hubiera detenido, el proyectil pasó a escasos centímetros de su oreja izquierda produciéndole un dolor agudo en forma de pitido. Consiguió hacerse con el arma, e incluso pudo arrojar otra arma para que la cogiera cualquiera de sus dos compañeros. Ahora estaban algo más igualados. Quedaba lo más difícil volver a donde se encontraban los otros dos. Por suerte, no sabía la razón por la cual los iraquíes habían retrocedido, lo que facilitó que en vez de retrasar su posición ganasen más terreno. Todo parecía ir mejorando, sin embargo, uno de los niños asustado por el tiroteo salió llorando y pataleando. Nadie de las fuerzas armadas vio al niño, solo escucharon los gritos y llantos, que fueron contrarrestados con varios disparos. Innumerables disparos impactaron en el pequeño. Tórax, pierna derecha, oreja y bazo estaban afectados. A

Marcos se le escapaba si había algo más. Sin pensar un momento fue a socorrerlo.

Aquello era una carnicería, charcos de sangre, armas, cuerpos abatidos...

—Aguanta pequeño, ¿cómo te llamas?

Para tremenda sorpresa de Marcos el pequeño respondió, no tenía más de siete años.

—Me llamo Daniel, ¿y mi mamá? —parecía estar desorientado

—Está a salvo, no te preocupes por eso, tú sigue hablando conmigo —le decía para evitar que acabara cerrando los ojos—tu mamá viene en breve a por ti. ¡Fernando! ¡Necesito una camiseta ya!

Mientras tanto parecía que el fuego había cesado. Los iraquíes se habían marchado al darse cuenta del alcance de aquella acción. Si el niño era hijo de alguna persona importante aquello podía dar lugar a una guerra sin precedentes.

—Y tú ¿cómo te llamas? —preguntó el pequeño con una voz que parecía apagarse.

Aquello le sorprendió. Seguía hablando como si nada pasase, sin embargo, aquel niño, de nombre Daniel, se estaba muriendo en sus brazos y todo estaba ocurriendo por su culpa.

—Yo me llamo Marcos.

—¿Eres un soldado? Mi papá dice que los soldados son héroes porque luchan para salvarnos.

No pudo aguantar la contestación y las lágrimas empezaron a sucederse por sus mejillas. «Si fuera un héroe te hubiese salvado pequeño», se decía para sí mismo sin perdón alguno conocedor de que Daniel se estaba muriendo.

—¡Llama a una ambulancia!

—Ya vienen de camino. ¡Estamos vivos! ¡Nos hemos salvado! Los iraquíes se han marchado —decía lleno de alegría. Alegría que contrastaba con la inmensa tristeza que se estaba apoderando de Marcos.

—Aguanta Dani, ya vienen a por nosotros.

—Me duele mucho. ¿Quién viene? —no era consciente de nada.

—Los buenos, los verdaderos héroes. —dijo Marcos semidesnudo después de haber intentado hacer un fallido torniquete con su camiseta.

—¿Y has acabado entonces con los malos? —preguntó Daniel.

—Ni lo dudes, ya no queda ni uno.

Daniel había cerrado los ojos. Su cuerpo no había aguantado más. Marcos que no era creyente le imploraba a Dios que no se lo llevara.

—¡Abre los ojos! ¡No te vayas! ¡No! —gritaba desesperado.

Estaban entrando las ambulancias con los sanitarios y las camillas. Llegaban policías para ayudar. Estos se aterrorizaban al ver los cuerpos yaciendo en el suelo totalmente inerte. En el rostro de Marcos podía verse reflejado el sufrimiento. Este seguía con Daniel entre sus brazos, una enfermera hizo ademán para quitárselo de las manos y tuvo que hacer más fuerza de la que se pensaba. El ejército iraní estaba acordonando la zona para evitar un posible contraataque, era evidente que no habría ninguno, si hubiesen querido podrían haber matado a todos los que se encontraban allí, pero una mala decisión les hizo recular. Al fin y al cabo, el balance no había sido tan negativo. Dieciocho fallecidos, entre los que se encontraban funcionarios, guardas de seguridad y el pequeño Daniel. Pero eso no era suficiente para Marcos, el motivo por el que asaltaron la embajada era él, él había provocado indirecta o directamente esos dieciocho muertos.

Marcos jamás se olvidaría de aquello. Se despertaba todas las noches sobresaltado recordando esos momentos. Estaba a punto de empezar a vestirse. Había quedado con Javier y Tom. El plan era ir a casa de este, le presentaría a su mujer y todos hablarían a gusto y sin miradas

incómodas. Lo que peor llevaba era que le miraran con cara de pena o pánico por su cicatriz y su cojera. Realmente tenía el aspecto más parecido a un antagonista que podía existir. Este no tenía ninguna intención de volver a cruzarse con Tom, pero Javi había insistido hasta la saciedad y le debía mucho a su amigo como para darle un no por respuesta. Tras el accidente Marcos y Javier se habían unido mucho, a diferencia de Tom, con él que había ocurrido el efecto totalmente contrario.

La cara de Tom y Marcos dejaba claro que ninguno de los dos quería estar allí. El primero estaba de paso y el segundo estaba obligado. A Tom no le gustó nada saber que Javi se había casado y que ni siquiera le había llamado para decírselo personalmente. Javier trató de excusarse:

—Fue todo muy precipitado, de la noche a la mañana, sabíamos que tú estabas liado en algo importante, que no nos quieres contar y como también habías hecho caso omiso de nosotros, especialmente de Marcos, pues decidimos no molestarte —dijo con la boca pequeña después de haber lanzado algún que otro dardo.

A Tom no le servían de nada las explicaciones de aquel que estaba empezando a dudar si continuaba siendo su amigo. Sin motivo alguno la animadversión de este hacia sus dos viejos compañeros iba en aumento, creía que ambos estaban contra él. Era evidente que en aquella casa había dos bandos bien definidos. Por un lado, Marcos y Javier, amigos inseparables, y por otro Tom, conocedor a la perfección de que Madrid ya no era lugar para él. Y la mujer de Javier en una posición totalmente neutral, que miraba a Tom con cara de desconfianza probablemente influenciada por las opiniones de su marido.

—Me vuelvo pasado mañana a Londres, estamos trabajando en un nuevo proyecto —dijo con tal de iniciar una conversación, aunque fuera a través de una mentira.

Sus amigos hartos de que Tom no les contestase acerca de en qué se encontraba metido decidieron obviarlo y le preguntaron qué le había ocurrido para estar tan magullado.

—Pues necesitaba un vuelo para ayer a Madrid, tenía una reunión con un empresario holandés, pero me informaron con muy poca antelación y no había vuelos disponibles, entonces decidí que sería mejor coger el vuelo hasta Barcelona y allí alquilar un coche para venir aquí, y en ese transcurso un subnormal que por lo que se ve no tenía ni idea de conducir me embistió. —usaba las mismas palabras relacionadas con el accidente de su amigo, sabría que así las preguntas no serían muchas—. Y este es el resultado, por suerte no fue nada del otro mundo. —dijo mientras abría los brazos con una sonrisa maliciosa

Marcos dio un paso atrás tras escuchar esas palabras. Parecía como si el corazón se le hubiese encogido, casi acierta su amigo al escuchar su corazón helado desquebrajarse.

No todo lo que decía era mentira, desde pequeño a este se le había dado muy bien mentir y si algo había aprendido de todo ello era que las mejores mentiras son aquellas que llevan aparejada consigo algún signo de verdad. En ese instante recordó cuando él y sus amigos de la infancia asaltaron un apartamento desalojado a las afueras de la ciudad, no recordaba cual era el nombre de la zona, para estar fumando y bebiendo. Tras varios días se percataron que en el apartamento colindante una mujer chillaba airadamente. Sabían perfectamente que los chillidos que salían de esa casa eran de placer y no dolor, esto fue lo que les convenció finalmente para entrar a echar una ojeada. Entraron sigilosamente. La casa era muy lujosa y espaciosa. Fue uno de los primeros contactos de Tom con una casa de enormes dimensiones, quedó maravillado a causa de la decoración. Seguían avanzando y llegaron hasta la habitación, todos quedaron atónitos ante lo que era follarse entre dos personas, que parecían odiarse por la dureza con la que lo hacían, aquello se escapaba todavía de los pensamientos de estos, de apenas trece años. Mientras miraban, uno de

sus amigos le dio sin querer a un jarrón chino que se encontraba encima de una mesa de adorno, el estruendo fue contundente. El hombre rápidamente se giró y empezó a maldecir a aquellos niños en los cuales se reflejaba miedo a la vez que diversión, estos empezaron a correr por toda la casa, dos consiguieron escapar y alertar a la policía. Tom y dos amigos no pudieron hacer nada. Se llevaron un par de golpes con un cinturón y alguna que otra cachetada. Cuando llegó la policía los cinco chicos se inventaron su testimonio al unísono: creían que la mujer estaba en peligro y alertados por los fuertes chillidos decidieron entrar por si pasaba algo. Absolutamente nada dijeron de que llevaban dos días bebiendo y fumando en el apartamento de al lado, por suerte para ellos ningún agente inspeccionó la casa contigua a la afectada. Los chicos quedaron indemnes y fueron recompensados con una gran cena y algún capricho por parte de sus padres como antídoto a aquel mal rato que les había hecho pasar aquel hombre, el cual acabó con varias denuncias sin mucho sentido.

Al final aquellos cinco gamberros quedaron como buenos niños que solo querían hacer el bien y aquella pareja fue tomada en adelante por unos irrespetuosos y maleantes.

—Hay que tener muchísimo cuidado en la carretera, hay cada loco —Javi decía algo que todos sabían, más por romper el clima frío que se había instalado en la casa que por otra cosa—. Pues yo estoy trabajando ahora en el servicio de restauración de un restaurante, estoy bastante contento, cobro casi lo mismo que en la obra, pero trabajo menos horas y es algo menos sufrido, quizás, aunque tampoco es...

—¿De camarero? —Dijo coloquialmente Tom con la intención de desprestigiar aquel trabajo, aunque sabía perfectamente que no era lo mismo.

—No, es como un grado más, por decirlo de alguna manera. Me ocupo de realizar las actividades de preparación, presentación y servicio de alimentos y bebidas, así como las de atención al cliente siguiendo los protocolos de calidad establecidos y actuando según normas de higiene, prevención de riesgos laborales y protección ambiental —parecía haberse aprendido aquello de memoria—. Además, estoy muy contento con mis compañeros, me están enseñando mucho.

—Me alegro entonces —dijo con desgana—. Yo me tengo que ir ya, sería bueno que descansara algo.

—¿Dónde vas a dormir?

—Iré a un hotel, por una noche no pasa nada.

—No digas tonterías, Javi tiene un cuarto de invitados libre, ¿no es así hermano?

—Sí claro, la habitación está libre, quédate esta noche.

A Tom no le dio tiempo a negarse, se encontraba sorprendido de que el origen de aquella idea hubiese surgido de Marcos. Frunció el ceño y asintió sin capacidad de reacción. Tom pasaría la noche allí.

XIII

El señor Jamie tenía una reunión según la cual, su secretaria había calificado de muy urgente. Se trataba del señor Satoshi, indignado y con temor por los últimos acontecimientos acaecidos. Se vislumbraba cierto temor en sus ojos. Este acompañado, como de costumbre, por su

guardaespaldas esperaba impaciente en la puerta. Jamie se retrasaba, no por cuestiones puntuales, lo estaba haciendo adrede, quería ponerle más nervioso de lo que ya se encontraba, que eso le hiciera precipitarse y dar un paso en falso. Este sacaría beneficios de que aquellos dos ineptos se destruyeran entre sí, pero sin duda alguna lo que más le motivaba era el hecho de destruir sin más, de acabar con quien se le antojase sin motivo de por medio y si, además de eso, podía sacar alguna que otra ganancia, mejor que mejor.

En la reunión solo habló el señor Satoshi, cuando el escocés se disponía a articular palabra, este le cortaba sin darle oportunidad alguna a que dijera nada. No entendía que hacía ahí entonces, después de alrededor de media hora hablando sin parar bajo la inquisitiva mirada de James, este le dijo en tono desafiante:

—Entonces, ¿qué piensa hacer usted?

—Esta no es mi guerra, señor Satoshi, yo le puedo dar las directrices para que usted gane su guerra —dijo marcando el «su»—. Pero no puedo mandar a mis hombres al campo de batalla, eso deberá hacerlo usted.

Este y su guardaespaldas estaban impresionados ante aquella dialéctica, era evidente que ninguno de los dos tenía aquel manejo de la palabra.

—No será su guerra, pero debe saber que siempre hay aliados y bandos afectados, aunque no participen en la guerra.

Era evidente que ese hombre no sabía apenas nada sobre historia y había venido a darle lecciones a un viejo amante de la historia. Jamie no aguantaría ninguna más de ese estilo. Subió el tono de la conversación con la intención de que no se volviera a producir aquella salida de tono

—¿Me está usted amenazando? Ahora mismo depende de mí, ninguna otra empresa le dará la información que yo le puedo proporcionar. Cuide sus palabras.

—¿No? Pues ya hay alguien espiándome, así que eso demuestra que sí hay otras empresas capaces de hacerlo.

Satoshi era muy inútil, ni siquiera era capaz de hilar que aquellos a los que se referían eran ellos mismos. Jamie estaba disfrutando, cada vez estaba más seguro que se podría aprovechar sin límite alguno de ese memo.

—Entiendo por sus palabras que se ha percatado, a quien usted nos mande espiar —dijo haciéndose el interesante— aunque sabía a ciencia cierta quién sería ese hombre, jamás se dará cuenta de que lo estamos observando.

—Espero que así sea —dijo casi gritando.

—Ingrese en esa cuenta 600.000 libras mañana. A partir de mañana no nos volveremos a ver. Usted y yo no nos conocemos, no nos hemos visto nunca. Déjeme una dirección, será donde le mandemos la información. Por la cuenta no se preocupe, evidentemente está libre de cualquier investigación en un paraíso fiscal. De lo que saquemos, Denax se llevará un cuarenta y uno por ciento.

—Perfecto —dijo muy escuetamente con un tono que hacía denotar cierta tranquilidad sin ni siquiera negociar el porcentaje.

«No sabes lo que te espera», se dijo Jamie para su interior con una gran sonrisa malévolamente.

Tom no conseguía conciliar el sueño, la cama le parecía pequeña e incómoda, no paraba de dar vueltas de un lado para otro intentando encontrar la posición idónea, sin ningún resultado. Empezaba a dudar que haber ido a la capital hubiese sido una buena idea. Harto de intentar dormir sin conseguirlo se levantó y fue al servicio, una vez allí, sacó su móvil, no sabía si llamar a Jamie, se preguntaba si le molestaría mucho una llamada a horas intempestivas, tras un rato pensándolo

desistió esa idea, la diferencia horaria solo era de una hora y eran ya las cuatro de la madrugada. No le molestaría a esa hora para cualquier tontería. Aprovechando la oscuridad y el silencio se decantó por dar una vuelta por el barrio, así podría observarlo a gusto, al principio dudó, no eran las mejores horas para estar por la calle, pero el barrio no era para nada peligroso, más bien, todo lo contrario. Vivían junto al Paseo del Prado, es decir, tenían a escasos metros los sitios más concurridos de la ciudad. Tom siempre había querido vivir en aquella zona, le parecía un privilegio, tenía cerca, pero a la vez no estaba metido en todo el barullo del centro, la Bolsa de Madrid, la Real Academia Española, varios museos... sentía una enorme envidia.

Era la avenida más importante de Madrid, la cruza de norte a sur y divide la ciudad en dos partes. La Avenida empieza en Atocha donde se llama el Paseo del Prado y se convierte en el Paseo de Recoletos en la Plaza de Cibeles.

Así que sin pensarlo decidió salir. Con un poco de suerte vería el amanecer. Pensó en hacerse toda la famosa avenida. Primero bajaría hasta la estación de metro de Atocha e iría subiendo deteniéndose en los maravillosos edificios y paseos.

Cuando se encontraba en Atocha disipó el primer museo visible, era el Reina Sofía, él nunca había estado, solo había estado en el Prado y casi por obligación. No era un amante de la cultura, al revés, le parecía absurda y vacía. No entendía cómo había personas que podían pagar tanto por algunas obras, aunque ese día pensó que era una pena que estuviese cerrado, quizás Jamie estaba despertando en él alguna intriga por esta. Luego se topó con el Museo del Prado y también con el parque del Retiro. Visto que evidentemente ante la hora que era todos los museos iban a estar cerrados, decidió girar y dirigirse hacia el Retiro, para su asombro cuando llegó se encontró un cartelito que ponía

Primavera - Verano: Abril - septiembre 6:00 - 0:00 h.

Otoño - invierno: Octubre - marzo 6:00 - 22:00 h.

Miró su reloj, eran las 5:13 am. No sabía qué hacer, si esperar a que abriesen y darse una vuelta por el parque o seguir su caminata. Siempre se quejaba de que en el Retiro hubiese tanta gente, aquella era su oportunidad para andar por él con absoluta tranquilidad, estaría prácticamente vacío con casi total seguridad. Ningún loco se despertaría a esa hora para pasear por aquí. Pero Tom era demasiado impaciente, así que se decantó por continuar su *tour* particular.

Se volvió a encontrar otro museo, esta vez era el Thyssen Bornemisza. Harto de museos bostezó mientras decía «cultura...», en un tono de desprecio. A medida que iba subiendo se percató que el paseo de Prado cambiaba su nombre por el de Paseo de la Castellana, aun así, seguía siendo la misma zona, la misma avenida juraría él, no comprendía porque no podía seguir teniendo el mismo nombre, así lo único que consiguen es que la gente se liase y perderse, balbuceó.

Su última parada fue el estadio de fútbol del Real Madrid, el estadio Santiago Bernabéu. No era nada nuevo para él, ese estadio fue de las primeras cosas que visitó al instalarse en Madrid, se preguntaba por qué siempre se potenciaba más los deportes, los sitios para comer, etc. que los museos, óperas y teatros. Llegó a la conclusión de que todo y todos eran movidos por algo, el dinero.

Había dado por finalizado su singular *tour*. Volvería por el mismo camino para no perderse. Se decantó por esa ruta y por obviar el otro camino que le habría conducido hacia Plaza de España, la famosa calle Gran Vía y Callao, etc.

Se perdió. Sus intentos de volver por el mismo camino con el fin de no perderse habían fracasado, estaba haciéndolo todo igual pero no conseguía acordarse la calle en la que vivía su

viejo amigo. Tom desistió, eran las 11:35 am. Decidió no andar más, pasadas unas horas llamó a su amigo.

—Javi te va a parecer raro y ridículo, pero estoy perdido, salí a dar una vuelta dado que no podía conciliar el sueño y no sé volver a tu casa por mí mismo.

Tom pensó que este se partiría de la risa, que le parecería divertido, pero la verdad es que en las palabras de este se notaba incredulidad y preocupación, era más que evidente que Tom no estaba bien y no se dejaba ayudar, como de costumbre.

—No te rayes —dijo coloquialmente—. Mándame tu ubicación e iré a por ti en media hora.

Tom colgó, casi le molestaba que no fuera a recogerlo inminentemente. Estaba exhausto, le apetecía coger la cama y no salir de ella, «no tengo nada que hacer, a ver si con un poco de suerte estos se van a algún lado y puedo dormir tranquilamente».

Pasada hora y media apareció Javier en su coche, era un Citroën C4 Picasso, acorde a su nivel de vida, mediocre, «como es él», pensó. Estaba acostumbrado a hacer juicios de valor y eso siempre lo trasladaba también a los coches, estos eran parte de su vida.

—Llegas un poco tarde.

—¿Con exigencias encima? Me han surgido varios asuntos, si quieres me voy, eh —dijo desafiante.

Parecía cansarse de las tonterías que hacía su «amigo».

Javier iba de nuevo al trabajo, había pedido unas horas para recoger a Tom, estaba intentando que le dijera en que andaba metido, pero nada surtía efecto. Tom iba mirando al suelo como si de un niño chico avergonzado se tratase, Javier no sabía si era para evitar hablar o estaba de verdad avergonzado por haberse perdido en la que hasta hace no mucho había sido su ciudad, conociéndolo se decantó por la primera opción, su cabeza de viejo albañil no le daba para comprender qué era lo que estaba pasando por la cabeza de este, el por qué se comportaba de ese modo. Intentó sacarle varias veces conversación sobre temas banales, primero lo intentó con los coches, estos apasionaban a Tom, pero ni siquiera contestó, «quizás sea por su accidente», pensó. Entonces se acordó de que era lo que más le gustaba a este, o como él incluso había oído de la boca de Tom que era su vida, el fútbol.

—¿Cómo ves al Madrid esta temporada? ¿Quién crees que ganará la Liga? Ojalá un equipo como el Atlético —dijo entre risas, él que era de ese equipo.

«Si esto no surte efecto es que no hay nada que hacer», se dijo.

Pero por parte de Tom no se pronunció ni una mísera palabra, tan solo un leve encogimiento de hombros que hacía ver que le daba totalmente igual, aunque intentara maquillararlo diciendo: «ni idea», en un tono casi indetectable.

—Te voy a dejar en casa, hemos quedado para comer, te esperamos en esta dirección a las 15:30 pm.

Irían a comer a un restaurante situado cerca de la zona conocida como Madrid Río. A Tom le encantaba aquella zona, la conocía bien, le parecía una maravilla las obras que habían hecho allí y cómo había quedado. El soterramiento de la M-30 en la zona del río, había supuesto la mayor operación de reequilibrio ecológico de la ciudad. Donde antes circulaban miles de coches, ahora se había convertido en un gran parque, lleno de zonas para correr, jardines, parques para los más pequeños, etc. Tom que a menudo estaba descontento con las políticas que se llevaban a cabo en su ciudad cambió de opinión tras esta remodelación, «por fin algo bien hecho», decía siempre. Las obras permitieron que la ciudad recuperara e integrara el río en la estructura urbana, e hizo del Manzanares un nuevo eje vertebrador de la ciudad.

Además, le encantaba que Madrid Río fuera un espacio con accesibilidad universal. A lo largo de este se extendían 30 kilómetros de sendas para poder transcurrir con ellas con la bicicleta; 33 pistas deportivas para la práctica de patinaje, escalada, fútbol, fútbol sala, pádel, tenis, baloncesto y ciclismo BMX; 17 áreas de juegos infantiles; 3 circuitos biosaludables; tres plataformas de eventos culturales en el Puente del Rey y Matadero y un Centro de Interpretación del Río Manzanares.

Por el contrario, jamás había oído hablar de aquel sitio en el que iba a almorzar. Se echó en el sofá reventado pensando cómo irían las cosas por Londres, ¿Qué argucias estará ideando el señor Jamie?, ¿Le haré falta? Solo le quedaban dos días para volver a Londres. Las magulladuras continuaban, pero su cuerpo ya no estaba tan dolorido y su cojera iba remitiendo progresivamente. Estaría preparado para volver.

Marcos y Javier se encontraban hablando sobre su amigo.

—No está bien, lleva un tiempo en Londres y no sabíamos nada de él y qué casualidad que aparece todo magullado según él por un accidente de coche, pero ¿sabes qué? No me creo absolutamente nada de lo poco que habla. Ya no es nuestro amigo, no cuenta con nosotros, no lo es para ti tampoco, ni siquiera lo invitaste a tu boda, debe darnos igual, sino acabaremos mal todos. Déjalo ir. Y si quiere volver que llame, pero de verdad.

Era evidente que ninguno de los dos confiaba ya en él. Tom no se había preocupado por ellos en todo su periplo en Londres, aun así, Javier se mostraba más reticente que Marcos en dejarlo ir, decía que era su amigo y debían ayudarlo, aunque no se dejara ayudar. Por el contrario, Marcos decía que no se merecía ninguna ayuda.

—¿Acaso me ayudo él con la muerte de mi hijo? —le recriminaba a Javier como si él pudiese hacer algo— ¿Te parece que necesita ayuda? Tiene un buen trabajo, va bien vestido, con ropa de marca, no le hace falta ninguna ayuda.

—No sabemos si tiene un buen trabajo o no, ni siquiera sabemos porque está en Londres.

—Tiene un muy buen trabajo.

Marcos había estado echándole un vistazo a la pequeña maleta que Tom llevaba consigo desde Londres. Sabía que les había mentido, encontró un billete de avión de Barcelona – Madrid. Entre todas sus pertenencias encontró ropa de marca, un reloj Omega cuyo precio no bajaba de los trescientos euros y una acreditación de Denax. No hacía falta ver mucho el telediario para saber que era una de las empresas con mayor poder adquisitivo e influencia a nivel mundial.

—¿Y por qué nos ha mentido? ¿Por qué no nos lo cuenta?

—Eso es algo que se escapa a mi razón, pero no me extrañaría que esa empresa tenga algún que otro trapo sucio y que Tom sea uno de los encargados en ese ámbito. Creo que esto no empieza con su viaje a Londres, la comida que tuvimos era para sacarnos información, estoy casi seguro de ello.

—¿No crees que estas dramatizando un poco? Por dios Marcos. Es Tom, es un mindundi.

Tom volvía a Londres. De camino a su apartamento hizo unas llamadas a su madre y a algún amigo de Simon Burks, aunque había pospuesto en varias ocasiones la entrevista esta se realizó finamente, no pudo esquivarlo tanto como quiso, fue efímera, hablaron de negocios, Tom supo llevárselo a su terreno sacando el tema del fútbol, algo en lo que él era un experto. Burks quedó gratamente satisfecho y aseguró que el pacto que tenía con el señor Jamie seguía vigente, por si acaso Tom se lo recordó diciéndole que todas las reuniones habían sido grabadas y que además disponían de cierta información que rompería su vida, era evidente que ante aquello el fiscal se amilanaba, aunque hiciera como si nada advirtiendo de que él también era un hombre de poder.

Habían pasado ya unos cuantos años, Tom consideró aquella reunión como su ritual de iniciación, aquello le aterraba, pero al final no fue nada en especial, esta fue sobre ruedas y la empresa siguió sacando tajada de la información de este, a cambio se llevaba una considerable cantidad de dinero.

Después de eso poco más. En varias ocasiones le había recriminado a Jamie que su trabajo era muy aburrido, que lo único que le hacía sudar era el gimnasio que tenía montado en su casa y poco más, le había dado varios ultimátums diciendo que necesitaba más acción, aunque estos no resultaron muy creíbles. Por lo demás seguía sacando información sensible sobre Burks para que al fiscal no se le pasase por la cabeza romper el pacto. Y lo último por lo cual se llevó la paliza, aun así, eso le había devuelto las ganas de trabajar en ese turbio mundo, «por fin algo de acción», decía sin reírse mucho.

—¿Qué le ha pasado señor? Tiene usted en un aspecto deleznable —comentó con cierto tono de maldad el chofer.

Tom había pillado la ironía y maldad de las palabras de Bautista, y le contestó con un seco:

—No es de tu incumbencia, date prisa, quiero llegar a mi casa de una vez por todas.

Se negaba a hablarle de usted, entre Tom y Bautista había odio, no se sabía el por qué, pero era evidente que no se caían bien y ambos tenían esa especie de relación por imposición.

Al entrar en el apartamento se encontró con Jamie sentado en el sofá, este se encontraba descalzo, pero portaba un traje color azul anodino y unos gemelos.

—Tenemos que hablar Tom. He estado reuniéndome con Satoshi y Kiang, evidentemente por separado, esos dos están locos por terminar la guerra, y el primero está dispuesto a dar un golpe demoledor tras tu afortunada metedura de pata —sonrió— Necesito que me apoyes, hasta ahora todo lo extrajudicial lo había hecho yo solo, no había necesitado la ayuda presencial de nadie, siempre me transmitían la información a partir de diversos medios que no requerían el trato personal, siempre claro está con identificaciones falsas, pero para esto no, no podré hacerlo yo solo, nos moveremos, en el caso de que aceptes con nombres falsos pero son dos y ambos van a poner a toda su maquinaria a trabajar, probablemente nos pongan algún espía y micrófonos. Cuando sea el momento mandaré inspeccionar este bonito apartamento en busca de signos de escucha, por el momento es pronto, yo ya estoy implicado, tú todavía no, y necesito una respuesta en un par de días, de no aceptarla no afectaría en nada, sigues trabajado para la empresa, pero si aceptas renuncias a privilegios y te expones a peligros, peligros que estarán remunerados. Piénsatelo.

Tom se había quedado profundamente contrariado ante aquella proposición. Estaba cansado, llevaba varios días sin dormir bien y con una fuerte paliza a sus espaldas, tenía muchas preguntas por hacer, pero aceptó sin pensárselo.

—Magnífico, nos vamos a adentrar en un mundo de poder y dinero del cual no es nada fácil volver a salir —dijo Jamie mientras se marchaba.

—Pero... ¿poder y dinero no es lo mismo?

—No —se volvió inminentemente como si de un insulto a su persona se tratase.

—¿Y cuál es la diferencia? Yo los veo prácticamente iguales.

Jamie ya había salido por la puerta, tenía prisa aquel día, había quedado para cenar con su mujer, era una cena de protocolo, cena familiar. Por parte de él poco amor quedaba ya hacia la que era y había sido durante diecisiete años su mujer, aunque fuese camino del cuarto año con Amelie, aun así, no podía romper la relación, perdería más que ganaría, así que decidió seguir viviendo aquella farsa. De todos modos, tenía a Amelie que era mucho más joven que su mujer y

encima le comprendía a la perfección. Había pensado en varias ocasiones terminar con su esposa, pero no podía, Melissa Norton poseía una parte de las acciones de la empresa, fue quien insistió a que esta saliera a bolsa y le llevó de la mano ya que era experta en esos temas financieros, cosa que era todo un misterio para su marido en aquellos tiempos. Esto hizo que la empresa se revalorizara, por si fuera poco también estaban sus respetados padres, ella fue durante siete años la Consejera y Directora General de la bolsa de Bilbao, de ahí la maestría de su hija en esos temas, él gerente de recursos humanos de una prestigiosa empresa, puesto con el que Jamie se sentía muy identificado, al haber sido de sus primeros logros, aunque a diferencia de este la labor de ese señor había sido tan querida y reconocida por todos que se ganó un puesto honorífico en la empresa tras su jubilación y no se tomaba ninguna decisión meramente trascendental sin que estuviese presente su visto bueno. No sabía cuál de las dos cosas le echaba más para atrás, si los privilegios de su mujer en la empresa, o los innumerables contactos de los que disponían sus padres.

En una ocasión intentó acabar con el estrecho vínculo que unía ambas partes, para ello se estuvo informando durante algún tiempo, encontró información que según él le era de utilidad, leyó algo sobre el claustro en este tipo de relaciones, este era el tipo de relación delirante y repetitiva en el que la persona se queda atrapado, adherido a un tipo de relación de dependencia insana, es una situación cómoda en parte pero que se puede resumir como la «no vida». Pero vio que aquello solo se podía resolver desde dentro, no era la solución, tampoco pensó que fuese lo más adecuado para sus intereses. Cuando estaba a punto de dejarlo, se le ocurrió una idea. Intentaría plantear en una cena el tema de un secuestro, ¿qué harían si secuestrasen a su hija y pidiesen un rescate exorbitante? Esperaría que se negasen a pagar y eso desembocara en un enfado irreparable por parte de Melissa. Conocía a sus padres y aunque sabía con certeza que la cantidad de dinero que poseían era grande ambos eran bastante tacaños y sería muy probable que se negaran a pagar. Pero para sorpresa de Jamie los padres contestaron al unísono con un rotundo: «pagaríamos sin pensarlo», cosa que trastocó los planes por completo a este, parecía como si alguien les hubiese informado de aquello, era sabido que los padres de esta no se fiaban de él al comienzo de la relación, les parecía una persona sin escrúpulos y era evidente que no se equivocaban. Jamie tuvo que inventarse algo sobre la marcha y lo que se le ocurrió fue infundir sobre los padres que ella estaba embarazada, para ello aprovechó cierto momento en el que Melissa se había ausentado para ir al baño. Jamie sabía que sus padres no eran partidarios de tener un hijo fuera del matrimonio, pero pensaba que ese pensamiento era autoritario, cosa que no fue así, para su sorpresa estos no lo compartían, pero lo respetaban, ella tardó varias semanas en enterarse de su falso embarazo, puesto que a su madre se le escapó, Jamie les había dicho que quería que fuese una sorpresa. Dicha mentira provocó una gran discusión y una profunda crisis que terminaron «arreglando». Al fin y al cabo, ambos se necesitaban por distintas cuestiones.

Debía seguir con aquella relación, aunque eso significara limitar en gran parte su vida con Amelie. A menudo pensaba que le ocasionaría más de un problema, pero no sabía cómo solucionarlo, el hombre infranqueable, impasible, al que todo empresario temía y respetaba tenía su principal flaqueza en los sentimientos.

Tom recibió una carta de su madre en la que ponía:

Querido hijo, te escribo a través de este medio puesto que ya sabes de sobra que odio todo lo que sea nuevas tecnologías y sofisticaciones.

Aunque el motivo de mi carta no es nada digno de celebrar. Tu padre ha fallecido, nos ha dejado nuestro timón, nuestra roca, la persona más cabezota que he conocido jamás se ha ido para siempre, te ruego disculpes mi melancolía hijo. Sé que nuestra relación últimamente no estaba siendo la mejor; a tu padre le dolió mucho que tardaras tanto en contarnos ese puesto tan maravilloso en una gran ciudad, como es Londres, aun así, él te amaba y siempre hubiese querido que estuvieras en su funeral.

Ese es el principal motivo de esta carta cariño, a tu padre le harán un homenaje la semana que viene en la Comandancia naval de Palma de Mallorca, ya que en el sector naval no disponían de tales instalaciones para dicho reconocimiento a su servicio. Y tres días después será su entierro más íntimo, tal y como él había deseado siempre, será con la íntima presencia y cariño de sus familiares y amigos de toda la vida, espero que puedas venir.

Atentamente: tu madre

Cayó sobre el suelo enmoquetado como si un disparo le hubiese interceptado. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Su padre había muerto y no estaba preparado para escuchar algo así. La tristeza y desolación se apoderaron de él durante varios días. No fue a trabajar, se había pedido varios días libres, Jamie lo comprendió sin poner ni una sola pega.

—No pasa nada Tom, tómate los días que quieras, no hay problema —le dijo.

Aun así, seguía con su intento de hacerse el fuerte y mantenía su pensamiento de no ir al entierro, ni mucho menos a su homenaje. La relación con sus padres no había sido buena durante los últimos años, pero en ningún caso tan mala como para catalogarla de «catastrófica» y mucho menos para no estar presente en su funeral. Pero era cuestión de orgullo, quería hacerles ver a sus padres, ahora ya a su madre únicamente, que no les debía nada, que no necesitaba absolutamente nada de ellos.

Esto provocó una terrible crisis de conciencia en Tom, quería ser malo, que no le importara nada ni nadie, poder acabar con quien quisiera, sin importar los medios que emplease para cuando quisiera. Pero él no era así.

Fruto de ello tuvo una gran discusión con Jamie.

—¿Qué haces aquí? Tenías días libres, ¿no ibas a Mallorca en pocos días?

—No, al final no, he decidido quedarme aquí y adelantar trabajo.

—¿Cómo?! ¡Ni se te ocurra! —dijo Jamie que parecía haber entrado en cólera— Te aseguro que lo más importante en esta vida es la familia y tu madre es lo único que te queda de ella según tengo entendido, irás, como si te tengo que meter yo en el avión.

Aquellas palabras habían hecho daño a Tom. Se le intuía una lágrima que caía del ojo izquierdo. Rápidamente se la secó con la manga de la sudadera.

—No eres quien para decirme eso, no puedes obligarme a ello.

—Soy tu jefe y en mi empresa quiero gente sin escrúpulos, pero con principios. Sé que quieres llegar alto en la empresa, pero no estás capacitado para ello, créeme, este es el puesto que tienes y es mucho más de lo que te podías imaginar. No la cagues en una cosa tan simple. Entiendo tu dolor, tu desolación, tus ganas de acabar con todo, pero tu madre no se merece algo así. Todos a lo largo de nuestras vidas tenemos momentos en los que queremos dejarlo todo, pero cómo reaccionamos, cómo nos comportamos ante esos momentos es lo que nos llevan por uno u otro

camino, solo así podemos triunfar.

A Jamie le había quedado un discurso muy eficaz, escueto, pero convincente, sin embargo, Tom no había escuchado nada de eso, se había quedado en justo lo anterior. De sus ojos emanaban odio e ira.

—Si no estoy capacitado para ello, como dices tú ¿Por qué cojones me seleccionaste? ¿qué coño hago yo aquí después de más de dos años entonces?

Jamie empezaba a cabrearse considerablemente con aquella situación, no aguantaba que nadie le hablara mal y menos un paleta, como él había catalogado varias veces a Tom en cenas con algún que otro amigo.

—Porque Iryna y Lena me lo impusieron subnormal, si no jamás te habría contratado.

Acababa de meter la pata, le había confesado el por qué. Fruto de la rabia e ira que Tom le había causado. Tom no dijo ni una sola palabra, puso su acreditación encima de la mesa y se marchó cabizbajo.

—Tom, Tom, no quería decir eso, espera —dijo tratando de enmendar su error sin resultado ninguno.

A los pocos días Tom estaba en Mallorca, concretamente en Pollensa o Pollença, como a él le gustaba decir con el poco acento mallorquín que le quedaba. Era un municipio de las Islas Baleares. Situado en la isla de Mallorca, es su territorio más septentrional, teniendo en frente por el este el municipio de Ciutadella, en la isla de Menorca. A Tom le encantaba pasear por su extenso paseo marítimo. Decía que aquello era lo más parecido al paraíso que había visto nunca, sus padres habían acertado al mudarse allí. La naturaleza era inmensa, de una gran riqueza y por si fuera poco se respiraba paz, algo alejada de las bulliciosas ciudades turistas de Mallorca, aunque en verano no fuese del todo cierto. El clima era maravilloso durante todo el año y a Tom le encantaba quedarse horas y horas tumbado en la fina arena blanca con el mar de fondo. Sin embargo, el motivo de su visita no era nada bueno. No había contestado a la carta de su madre, prefería darle una sorpresa, a ver si así al menos se llevaba, aunque fuera mínima, una alegría. Apareció sobre la hora de comer en traje color gris impoluto, parecía recién sacado de la lavandería. En efecto era así. Su madre se llevó una tremenda alegría que se reflejó en un abrazo que para este se hizo interminable. Tom se sintió gratificado, creía haber hecho las cosas bien por una vez con su familia. Aunque su madre le apostilló «¿cómo no me has avisado de que venías? Qué malo que eres», con cierto retintín.

Comieron y hablaron durante un par de horas. En la comida estuvieron acompañados de unas amigas que estaban apoyándola en esos duros momentos, estas le dieron las gracias por haber venido.

—Lo necesitaba, ha estado bastante mal como es lógico —dijo una mientras las otras asentían con la cabeza.

Luego se marcharon, inventándose una excusa. Ninguno de los dos puso ninguna pega, querían hablar a solas.

—Gracias por venir hijo, no sé cómo podría haber afrontado esto sin ti.

Tom no hizo ni siquiera ademán de decir algo, tras unos segundos un tanto incómodos le dijo:

—Tu padre no ha muerto. Lo han matado Tom.

Este no reaccionaba, se había quedado en *shock*. Su cara era un completo poema

—Sé que es duro para ti recibir esta noticia totalmente inesperada, pero tu padre llevaba un tiempo trabajando para alguien, no se quién, él según creo realizaba parte de los trabajos sucios, han debido pillarlo y...

Tom a pesar de todo, intentaba mantener la compostura, no quería ni imaginarse que pensaría su madre si se enterara que él si era parte, a ciencia cierta, de los trapos sucios de una empresa.

—Eso es una acusación muy grave mamá, ¿estás totalmente segura de ello?

—No estoy segura, por eso te lo cuento a ti, eres más joven y te harán más caso que el que puedan hacer a una vieja momia como yo, dispongo de los contactos para conocer qué es lo que ha pasado, pero ya no tengo edad ni fuerzas para adentrarme en algo así, tu padre sí, y mira cómo ha acabado. Nadie me da ninguna solución, no te lo he contado antes porque estabas totalmente perdido, pero ahora sé que eres un hombre de provecho, que has logrado triunfar y que podemos solucionar esto. Tu padre no merecía ese final.

—No sé, todo lo que me estás contando suena muy fuerte, mitad paranoia mitad conspiración, como si papá hubiese descubierto algo o se hubiese metido en la boca del lobo y se lo hubiesen cargado. Estoy muy liado en mi trabajo y esto me implicaría dejar a un lado eso.

—Lo sé, por eso creo que deberíamos ponernos con ello en navidades, todos se irán de vacaciones, son unas fechas muy particulares, nadie sospechará y luego podremos continuar con ello sin que afecte al desarrollo de tu trabajo que, por cierto, me tienes que explicar de qué va — dijo dándole un leve codazo en el estómago en señal de amiguismo.

Tom no estaba nada seguro de lo que estaba oyendo, pensaba que a su madre se le había ido la cabeza, todo aquello parecía una película de las de espías, por lo que no le dio mucha importancia y se fue a dormir un rato.

XV

Ambos se encontraban en el funeral, gesto serio que denotaba tristeza. Tom con un traje, esta vez negro, muy señorial y respetuoso. Ella con una falda por la rodilla, y un chaleco acompañado de una gabardina, del mismo color. La forma de vestir de su madre era impecable, siempre sabía que ponerse, tenía buen porte y lo acompañaba de una elegancia suprema. Días atrás había sido el homenaje, ambos acudieron juntos, sin muchos alardes, no se juntaron con nadie importante y eso que era difícil, aquello estaba lleno de «viejas glorias» y personal reconocido del mundo político y militar. Decidieron no fiarse. Demasiado poder en una reunión.

Tom tenía la mirada algo perdida. En sus ojos se vislumbraba odio, horas antes Elisabeth le había llamado para comunicarle de forma muy enfadada que sabía que el que había estado husmeando en su casa era él y que si eso volvía a suceder llamaría a Scotland Yard sin importarle quien fuera él, ni para quien trabajase, persona que era la misma para los dos. Este estaba tremendamente preocupado, lo habían pillado, su preocupación era máxima, de sus actos devendría el futuro más cercano, y acababa de cagarla con aquel allanamiento infructuoso. A menudo Jamie mandaba a su segundo a espiar a sus empleados más importantes, a los que mayor información pudiesen poseer, era la forma que tenía de garantizarse que nadie guardase ningún trapo sucio sobre él o su empresa que pudiese utilizar en alguna ocasión. Cuando se lo propuso, Tom se mostró reticente, pensaba que podrían haber hecho lo mismo en su casa, aunque no se habría dado cuenta, Jamie le prometió que no, que su casa era segura. «En ti confío ciegamente», dijo. Acabó convenciéndolo de que, según él, simplemente echase una ojeada por la casa de su secretaria.

—Su casa es la menos señorial de todas, no tiene mucha seguridad y no es para nada grande, te será fácil —le dijo.

Y había fallado en lo que, según en palabras de Jamie, era «la casa más fácil de espiar». Sentía una tremenda rabia e ira, estuvo a punto de echarse a llorar de la impotencia. Elisabeth le echaría una buena bronca a su jefe, esta no tenía pelos en la lengua, se sentía segura en la empresa y había trabajado muy eficientemente en el puesto que ahora ocupaba él. Seguramente ella habría ejecutado ese mismo trabajo de forma eficiente en más de una ocasión.

No sabía cómo solucionar aquello, no podía dar marcha atrás. Elisabeth no se volvería a fiar de él, no le haría ningún favor, y ni mucho menos se volvería a acostar con él. Tom estaba cogiéndole el gusto a mantener relaciones sexuales con ella. Ninguno hacía preguntas comprometidas. Quedaban, a veces iban a cenar a algún lado y otras en casa de este. Se bebían una botella de vino a medias y luego follaban hasta que cayeran rendidos, le encantaba aquel bucle en el que llevaban varios meses, ahora tendría que cortar con ello. Pero eso no era lo que de verdad le importaba, le daba igual al fin al cabo aquella secretaria, buscaría otra con la que pasar las frías noches londinenses. Lo que le preocupaba era que tendría que dar explicaciones a su jefe y a Jamie no le gustaba la gente incompetente. Cómo decirle que le descubrió, cuando era la misión más sencilla que le encomendó. Había fallado y eso le horrorizaba. A menudo tenía problemas con el fracaso, no sabía encajarlo, cada vez que fracasaba pensaba que no servía para aquello, fueron ineficaces las veces que sus padres le dijeron que el fracaso era algo normal en la vida, nunca lo afrontaba y cada vez que ocurría algo en sí mismo se iba marchitando poco a poco.

Estaba ido, el funeral quedó en un segundo plano, su madre le había dicho varias veces que estaba muy elegante, pero Tom ni siquiera lo había escuchado. Le invadieron unas ganas inmensas de abandonar aquella isla y coger el primer vuelo rumbo a Londres, necesitaba arreglar aquella situación, probablemente pronto recibiría la llamada de Jamie pidiéndole explicaciones, quería dárselas en persona.

Terminó el funeral y su madre le preguntó que si iría a comer a casa.

—Estará toda la familia, me gustaría que vinieses.

Este contestó que lo intentaría, pero que ahora necesitaba estar solo, aprovechó el contexto de la situación para hacerse la víctima, parecer afectado le haría ganar algo de tiempo extra. Sin embargo, la verdad era que no estaba nada afectado, su relación con su padre había dejado de ser buena y apenas sentía nada por aquellos dos viejos que, según él, no habían dado nada por él. A Tom le molestaba mucho que no lo hubieran ayudado nunca a encontrar un buen puesto de trabajo, eran frecuentes las peleas en las que este recriminaba a sus padres que no hiciesen uso de alguno de sus contactos para colocarlo en alguna empresa de importante prestigio. Desde entonces su relación se había entroncado, yendo cada vez a peor.

Estaba ausente, muy afectado por la situación que le estaba tocando pasar fruto de sus fallos, lejos de Londres. Ansiaba reventarse las manos contra una pared o contra cualquier cosa que se pudiese golpear, pero aquel no era el lugar. Pollensa era un municipio con apenas 16.000 habitantes, allí todo el mundo conocía a la madre de Tom, no era conveniente realizar ninguna escenita con una pared, o árbol, sabía cómo funcionaban los cotilleos, primero alguien le contaría la historia a otra con algún pequeño adorno, luego esta añadiría otro adorno más y así sucesivamente y acabaría diciendo que este estaba gritándole como un loco a un árbol y pegándole como si se tratara de alguna persona. Dejaría las escenitas para otro día.

En ese instante recordó la casa en la que él y sus amigos se metían de pequeños a beber y fumar, se preguntó si seguiría abandonada o ya habría alguna lujosa familia que hubiese reformado

la casa de arriba abajo y se hubiese hecho su particular chalet. Decidió acercarse dando un paseo, al fin al cabo no estaba nada lejos, era un pequeño municipio de no más de 150 kilómetros cuadrados. Tras unos catorce minutos andando se topó con la casa, tardó algo más de lo esperado dado que se había perdido, había muchos nuevos edificios, algunas calles habían cambiado y el municipio se había ensanchado con las construcciones muy cercas del nivel del mar.

Se encontraba en la casa con una botella de ginebra que había comprado, quería olvidarse de todo, aquel incidente unido al estrés que llevaba consigo estaba acabando con él, quería acabar con todo pero sabía que no podía. Se emborrachó, no llegó a tiempo a la comida con su familia, su madre le llamó repetidas veces, el móvil de este marcaba dieciocho llamadas, pero a ninguna había contestado, no estaba en condiciones de ello, se había metido una botella entera de ginebra a palo seco. Estaba tendido sobre la madera carcomida de aquella casa, todo le daba vueltas. Vomitó varias veces.

La reprimenda de su madre fue brutal, parecía una mujer incapaz de levantar la voz, de generar una discusión, pero salió esa mujer que había sido presidenta, capaz de manejar y dominar a su antojo. Tom llegó sobre las nueve de la noche con aspecto demacrado, pálido, y con la ropa sucia, su madre no pudo reprimirse.

—¡Me has hecho quedar en vergüenza delante de toda la familia! ¿De dónde cojones vienes?
—su madre intentaba controlarse, sin mucho resultado, al decir algunas palabras, no quería que aquello se le fuese de las manos.

—Me han llamado de la empresa y he estado liado, he tenido que almorzar algo rápido en la calle y seguir con mis asuntos.

No se le ocurrió nada convincente.

—¿Es que en tu trabajo te pagan por beber? ¡Por dios, apestas a alcohol! Tienes que afrontar esto como un hombre y no venirte abajo.

A Tom le asustaba lo poco que parecía afectarle a su madre la muerte del que había sido su esposo durante más de treinta y cuatro años. Pero este no estaba mal por eso, le afectaban más otros asuntos que no tenían respuesta certera. No contestó

—Siempre has sido un cagado, nunca has tenido el suficiente valor para llegar a ser alguien.

Tom había dado por terminada la conversación, volvería a la madrugada para hacer la maleta y saldría, a ser posible, en el primer vuelo hacia Londres. Pero se olvidó de que aquello no era Madrid, no había tantos vuelos disponibles y los que había solían estar completos rápidamente, así que tuvo que coger el del día de después a primera hora de la mañana, le daba igual, necesitaba salir de esa isla ya.

En su paseo se encontró con una amiga de la infancia, pero era demasiado tímido e inseguro de sí mismo como para decirle algo. La fue siguiendo instintivamente, siempre le había llamado la atención Adriana y ahora, treinta años después, volvía a toparse con ella. Tom se paró a escasos metros de ella, esta estaba tomando el sol y Tom decidió sentarse cerca de ella a ver si le decía algo.

—Cuánto tiempo sin verte Tom, que alegría que estés por aquí otra vez, no nos vemos desde...

—Desde que me dejaste plantado en aquella partida de bolos que quedamos en echar... —apostilló con cierto rencor.

—Lo siento, no lo recordaba, aquel no era nuestro tiempo, no pegábamos nada y no me interesabas, es así. No éramos para nada del mismo estilo. Espero que no te moleste que hable tan claro.

A Tom sí que le molestaron profundamente aquellas palabras, normalmente le gustaba que le

hablasen claro, pero en aquel caso no era así, esta estaba hurgando en la herida, tomándose ciertas licencias que no debería, no era nadie para hablarle así y menos ella que era una mujer regordeta, con algún que otro michelín, ojos marrones, pelo enredado color caoba y una cara que pasaba totalmente desapercibida. Según Tom pegaban más de lo que ella pensaba.

—Éramos adolescentes... Ahora estoy aquí porque mi padre ha fallecido, aunque me iré en breve, me necesitan en la empresa —dijo con cierto tono de superioridad.

Adriana hizo caso omiso a su trabajo.

—Lo siento, no sabía nada. De a ver sido así hubiese estado en el funeral.

Sí lo sabía, todo el pueblo lo sabía, pero era historia viva del pueblo la rivalidad entre Clara García, su madre y Alejandra Molina, la madre de esta, ambas mujeres de poder, con cierto estatus social y que lucharon por Sequeira, el padre de Tom. Ambas no se podían ni ver y esto se había trasladado a sus hijos, aunque a Tom le diese exactamente igual, ya había manifestado en varias ocasiones que esa guerra no iba con él. Tom torció el gesto y encogió los hombros.

—No me crees, eso no tiene que ver conmigo Tom, soy una adulta.

—Tus actos no lo demuestran así. Si fueras una adulta hubieras estado en ese funeral, dando el pésame y al menos haciendo el paripé como adulta que dices que eres, pero creo que siempre fuiste la misma niña mimada de mamá y nunca te ganaste nada por ti misma. Me apuesto lo que sea a que estás trabajando en alguna empresa gracias a los maravillosos contactos de tu preciosa madre.

Tom hablaba con maldad, había seguido a Adriana con el fin de conseguir una cita con ella, de desconectar de todo y estaba consiguiendo todo lo contrario, estaba enroscado en otra pelea. Esta le abofeteó sin miramiento alguno.

—Eres un cretino, has cambiado y lo has hecho a peor —gritó mientras se marchaba entre lo que parecían sollozos.

—Solo he crecido —dijo levantando la voz para que Adriana, que se alejaba, lo lograra escuchar

Se le empezaba a complicar todo aún más. Lo que había empezado siendo una estancia muy grata estaba convirtiéndose en una agonía. Su madre que se sentía orgullosa de él se mostró finalmente tal y como era. Adriana parecía odiarlo y solo habló con él unos escasos diez minutos, necesitaba que terminase el día, estaba poniéndose a todo el pueblo en contra.

Estaba dubitativo sobre si intentar arreglar las cosas con su madre y Adriana. Descartó la primera opción, estaba cansado de ella, le había dicho lo que de verdad sentía, Tom lo sabía, pero nunca su madre había tenido el valor de soltárselo, aquella tarde– noche lo hizo. Y este había decidido acabar su relación con ella. Ahora sin su padre le sería más sencillo. Tenía un vuelo en apenas cuarenta y ocho horas, debía actuar a contrarreloj, allí todos se conocían. No le fue difícil enterarse donde vivía Adriana. Tenía casa propia, ya no vivía con su madre. No le sorprendió. Le costó algo más enterarse dónde trabajaba. Para su asombro esta era registradora de la propiedad, por lo que era imposible que la mano de su madre hubiese influido en su trabajo. Se sintió mal, no por la falsa acusación que había hecho, sino porque con total seguridad habría ofendido a Adriana y eso no sería fácil de superar. Esta era una de las oposiciones más difíciles de sacar adelante en toda España. Tuvo suerte y la pilló saliendo del trabajo. Había cogido prestado el coche de la familia. Un Audi A6 color gris mate reluciente. El pelo no le tapaba la cara. Iba con una camisa color azul claro acompañada de una elegante americana gris, un escote no muy pronunciado, una falda negra que no le quedaba a más de un palmo por encima de las rodillas y zapatos de tacón

corto. Parecía otra. Tom creía haberse enamorado, se quedó sin palabras, no parecía la misma mujer que horas antes le había llamado cretino en el paseo marítimo.

—Sube, te invito a cenar.

—No voy a ir a ningún lado, me voy a mi casa con mi marido.

«Mierda», se dijo para sí mismo, no había contemplado ese posible factor, era una mujer de mediana edad, con buen sueldo, cierta estabilidad, era muy probable que tuviese su vida amueblada, esposo, hijos, una familia.

—¿Y qué? No es ninguna proposición, simplemente quiero arreglar esto, que bajemos las espadas de una vez por todas.

—Tú solito te hincaste la espada, no me importas, ni tu ni tu familia, hacía años que no te veía, puedes irte.

Estaba entrando en algo que para él era un juego, su ansia por seguir hablando con ella crecía, siempre le había gustado, ahora tenía más posibilidades que antaño, pero en el terreno todo hacía indicar lo contrario.

—Me voy mañana, no me volverás a ver, no pierdes nada.

Tom se marcó un farol, tenía todo el día de mañana libre, no había conseguido ningún billete. Aun así, sus argumentos fueron ineficaces, Adriana los obvió y se fue directa a su casa. «¿Por qué no tendré el don de la palabra? ¿Por qué no puedo ser como el señor Jamie?» Estaba enfadado. Volvieron en sí sus ganas de reventar algo

—¡Joder!

Decidió volver a casa de su madre, no tenía nada mejor que hacer allí, de sus amigos de la infancia pocos quedaban viviendo en el pueblo. Al llegar su madre no estaba, se alegró de ello, se hizo algo de cenar y se puso a ver la tele.

—Despierta, despierta que son solo las 22:09.

—Déjame Clara, tengo sueño.

—¿Cómo que Clara? Soy tu madre por mucho que ello te pese, no oses llamarme por mi nombre. Y me da igual que tengas sueño, si quieres vete a la cama, pero no te quedes dormido encima del mando, con la comida de por medio y la televisión encendida.

Tom obvió todo lo que le acababa de decir su madre y se centró en hacerla daño.

—Tu nombre es Clara y así te llamo, no veo por ninguna parte el problema.

Pero si lo había, y lo conocía. Su madre desistió, no iba a volver a discutir.

—Recoge tus cosas y vete a la cama. Pareces un niño chico. ¿Qué cojones te pasa es que no sabes afrontar las cosas? ¿No te hemos criado o qué?

Tom en un arrebato de ira expresó que le daba igual que su padre hubiese muerto, que ella estuviera sola, y que su preciosa casa de 210 metros cuadrados se le fuera a quedar muy grande para ella sola, lo que de verdad le importaba era que Adriana le hubiese rechazado, que Elisabeth le hubiera pillado y que todavía en su móvil no constase ninguna llamada del señor Jamie para recriminárselo.

A su madre aquello le molestó incluso más que quedarse sola, no aguantaba ni un segundo más lo que quedaba de su familia. En el mundo de poder siempre decía que las trifulcas se convertían en declaraciones en contra de la otra parte y las peleas en sentencias de los tribunales.

—No me estoy enamorando de nadie, para vosotros uno solo se puede acostar con alguien si se enamora y se casa, pero no Clara, estamos en el siglo XXI y las cosas no funcionan así, solo quiero acostarme con ella, una o varias noches, ya está.

—Casi hubiera sido mejor que no hubieses venido hijo —le dijo mientras con el brazo le

señalaba la puerta de salida de la casa con una enorme cara de decepción.

Estaba deambulando por las oscuras calles, solo le quedaba un día, pero aquello se le estaba haciendo interminable, quería marcharse ya, necesitaba salir de aquella isla. Empezaron a caerle algunas lágrimas, intentaba controlar los sollozos, pero no podía, se estaba viendo superado por el momento. No sabía cómo ni porqué, pero había ido a parar a casa de Adriana, esta escuchó a alguien llorar y salió a ver que estaba ocurriendo, al observar que la persona que lloraba era Tom le dijo.

—¿Quieres entrar? Venga, vamos, no estés así por tu padre.

No era su padre el motivo del porque lloraba, pero se aprovechó de aquella situación para acabar con ella en la cama. Despertaron juntos, ella estaba apoyada sobre su pecho, este dormía y roncaba como si no hubiese mañana.

El ruido de la cafetera le despertó.

—¿Café?

—No gracias, no soy muy fan del café, además no me viene bien para el corazón.

—Ya he visto la cicatriz, ¿qué te ocurrió?

Tom pasó de puntillas por la pregunta, no quería responder a aquello. No era una historia que contase a cualquiera y Adriana era una cualquiera sin más.

—¿Y tu marido? ¿No decías que estabas casada?

—Era un simple farol. Te odio Tom, antes quería deshacerme de ti sin tener que dar muchas explicaciones y ese era un buen argumento para ello. No eres un ser muy querido por mi familia simplemente por la familia a la que perteneces, pero yo sé que tampoco eres buena persona, me da igual tu familia, pero tú no. Y aunque no lo creas te conozco.

—Entonces, ¿a qué viene todo lo de esta noche? Que yo sepa lo hemos hecho varias veces o ¿es que lo he soñado?

—No te hagas películas, simplemente quería pasar un buen rato, me apuesto lo que sea a que tu idea era la misma, o ¿me vas a venir diciendo ahora qué estás enamorado de mí? —Adriana rió a carcajadas.

Le había calado, todo lo que Tom pudiera pensar ya había sido calibrado por esta, sabía cómo era, qué era lo que quería. Creía estar manejándola para acostarse con ella y sin embargo él había sido la marioneta. Aquello le enfadó.

XVI

Estaba nublado, parecía a punto de llover. Londres seguía igual que cuando se marchó, no había cambiado, seguía con los días grises predominando sobre los claros, las avenidas concurridas, gente corriendo con cara de pocos amigos. Le deprimió volver a estar allí. No tenía ganas de aguantar a nadie, así que decidió coger el metro y no llamar a Bautista, sería la primera vez que cogía el metro. Llevaba más de dos años allí y todavía no había hecho uso de él. Era lo que tenía tener dinero, que solían llevarte a los sitios cuando uno dispusiese.

Miró en su *Smartphone* cual era la parada más cercana a su casa: «Waterloo & City Line», marcó el teléfono de color turquesa, le sorprendió, en Madrid también iban por colores, pero la distinción principal eran números, las líneas estaban enumeradas y se distinguían por el número,

en Londres no, allí era por el color. Para sorpresa suya el «Docklands Light Railway» llegaba de manera rápida y fácil al centro de Londres. Era una red ferroviaria sobre tierra que conectaba el este de Londres con el centro de Londres. El viaje duró unos veinte minutos, no se le hizo largo. Fue mirando algunas noticias, de repente se enteró de que Francia y más concretamente Montpellier había sufrido un atentado. Por lo visto dos kamikazes provistos de varios cuchillos y chalecos bomba habían intentado inmolarse ante el famoso parque del castillo de la «Mogere». Era una desgracia, por suerte ambos chalecos habían fallado. «Incompetentes...», pensó Tom, pero si se habían llevado, según las noticias, a un policía y tres transeúntes. Los datos oficiales eran cuatro muertos y trece heridos, dos de estos graves. El trece retumbaba en la cabeza de Tom, le encantaba aquel número, siempre le decían que era el número de la mala suerte, que no le traería nada bueno y otras argumentaciones que, según él, eran simples habladurías. La gente no se atreve con él porque siempre tiene que haber algo de lo que hablar, es absurdo que un número traiga mala suerte, si fuera así, ocurrirían muchas desgracias. Tom era consciente de que su argumento era totalmente ilógico y falaz, pero entendía el mensaje, no le hacía falta que nadie más lo entendiese.

Tom no le dio importancia al atentado, no se impresionaba fácilmente y si no se había preocupado por su madre, no se iba a preocupar ahora por cuatro o cinco muertos en Francia, país que, por cierto, odiaba.

Era pronto, ni siquiera había salido el sol. Estaba muy cansado, llevaba despierto desde las cinco de la mañana, deseaba llegar a su lujoso apartamento echarse en su maravillosa cama y descansar, pero sabía que eso no iba a poder ser posible.

Entró en el edificio, este estaba impoluto, Tom se preguntó cómo podrían trabajar tan bien aquellas limpiadoras para hacer que aquel inmenso edificio despertara todas las mañanas brillante.

—Buenos días Elisabeth.

Esta ni se dignó a contestar, en cambio le echó una mirada en la que podía verse reflejado el odio. Balbuceó algo, pero no llegó a escucharlo.

Tom se rascó la cabeza en señal de preocupación, tenía pocos amigos en la empresa, Jamie era uno de sus pocos amigos, con Elisabeth había intimado alguna vez y podía contarle lo que sentía sin preocupaciones, con ella era él, esta siempre le aconsejaba sin esperar nada a cambio y conocía el lado más oscuro de Tom, ahora ya no podía ni mirarla a la cara y mantenerle la mirada. A Tom aquello le molestó, tendría que haber actuado con más diligencia pensó, le daba igual ella, pero sí le importaba tener que pasar las noches solas o pagando. Si la compañía era a cambio de dinero no lo disfrutaba igual. Tenía gesto serio, preocupado, sabía que a Jamie no le iba a gustar que esta se hubiese dado cuenta, conociéndola seguro que ya le había echado una gran bronca a Jamie y este no estaría nada a gusto con su trabajo. Pero lo que realmente le preocupaba era pensar que no valía para ello. Le habían encargado solo dos misiones de espionaje en más de dos años, de la primera se llevó una brutal paliza y en la segunda había sido detectado a las primeras de cambio. No sabía cuál de las dos le dolía más.

—¿Y el señor Jamie? ¿No está en su despacho?

Tom no había hablado con él recientemente, pero si acordaron en concertar esa reunión, antes de partir a Pollensa, para deliberar sobre sus trabajos y para informar de lo que pudiese haber encontrado en casa de Elisabeth.

Esta volvió a ignorarle, hizo como que estaba mirando algo importante en el ordenador y cuando le repitió la pregunta descolgó el teléfono para hablar con un tal Ricardo, «¿qué

casualidad!», pensó.

Se sentó a esperar en los sillones de la sala de espera que tenía montada Jamie, nunca nadie se sentaba ahí, si alguien iba a su despacho era o porque era un tema trascendental o porque esa persona con la que se reunía era importante y no se hacía esperar a esa clase de personas. El cansancio hizo mella, tras más de cincuenta minutos esperando sin éxito y sin mediar una palabra entre Elisabeth y él se quedó dormido con el cuello a punto de romperse, dando cabezonadas sobre el sillón.

—¡Venga arriba! —dijo en tono de orden.

Tom ni se inmutó, parecía estar en la fase rem del sueño. Jamie no estaba para tonterías.

—Despiértalo o lo haré yo —le dijo a Elisabeth.

Ella se frotó las manos, se estaba regocijando, en aquel momento le hubiese hecho millones de barbaridades, pero puesto que era la empresa y que su jefe estaba al lado decidió abofetearlo con una revista del corazón que había en la sala.

Se despertó confuso, con mala ostia.

—Pero ¿qué coño haces? —dijo con los ojos legañosos a medio abrir— ¿Eres tonta o qué te pasa?

Elisabeth disfrutó con aquello, aunque le había sabido a poco.

—Se lo he mandado yo, así que cállate y entra —el enfado de Jamie era evidente.

No tenía cara de muchos amigos y sus palabras lo demostraban.

—Cuéntame, ¿encontraste algo en casa de Elisabeth?

Aquello descolocó a Tom ¿era posible que no le hubiera dicho nada? Por un momento se acordó del farol de Adriana y pensó que aquello era otro, dudó sobre qué hacer.

—No, está limpia, no encontré nada de valor —dijo como si en vez de una secretaria se tratara de una terrorista a la que le habían puesto vigilancia permanente— ¿No te fías de ella?

—Ni de ella ni de ti. Sé que estáis follando.

Aquella respuesta lo dejó aún más descolocado. No sabía qué decir, qué hacer, ni dónde meterse. Aquello no tenía pinta de farol, todo apuntaba a que no le había dicho nada, aun así, no estaba seguro.

—Sí, pero solo es sexo, nada más. Los dos estamos solos y nos hacemos compañías algunas noches.

—¿Sí?

—De verdad Jamie —el miedo podía palpase en la voz de Tom.

—Entonces ¿cómo me explicas que hayas desvalijado la casa entera y no te haya delatado?

—¿Cómo? Yo no desvalijé nada, simplemente eché una ojeada profunda, lo dejé todo tal y como estaba, por eso no se ha dado cuenta —ahora era él, el que se marcaba el farol.

—Te juro que como vuelvas a mentirme acabarás saliendo por la ventana —por el tono de sus palabras no parecía mentira—. Mis hombres, desvalijaron la casa entera después de tu entrar, la pusieron patas arriba, sabía que ella iba a dudar de ti porque ha trabajado en el mismo puesto que ocupas tú y sabe cómo actuamos. Tendría que haberme llamado inmediatamente para darme aviso de ello. Si no lo ha hecho es porque te quiere y seguro que te ha llamado a ti para advertirte y hacerse la dura. ¿De verdad creías que no iba a confiar en ella y sí en ti?

Tom estaba en *shock*. Estaba siendo espiado probablemente desde el principio y ni siquiera se había dado cuenta. Le llevaba utilizando a su antojo un gran tiempo, pero para colmo probablemente Elisabeth le quería y aquello le provocaba pánico, pero a la misma vez una satisfacción inmensa aunque estuviese subsumido en la más profunda miseria.

—Se supone que esto es una relación recíproca y de momento poco me estás dando a cambio.

Elisabeth parecía haberse dado cuenta de que ambos habían alzado la voz. Desde fuera era imposible escuchar de qué estaban hablando, las puertas y paredes estaban preparadas para ello, pero era poco habitual que se escuchase desde fuera algo, así que decidió entrar preguntando a ambos si querían café o té, o incluso algo para picar.

Estos la miraron inquisitivamente al unísono. Y se retiró, no hacía falta decir ni una sola palabra.

Tom salió del despacho cabizbajo, miró de soslayo a Elisabeth, en la mirada podía apreciarse un «perdón, por todo lo que he hecho». De poco servía ya, al parecer todo lo que pensaba era falso, empezando por que él hizo bien su trabajo en aquella casa, y concluyendo con que él había sido también objeto de vigilancia y el cebo. Quería hablarle, pero no era capaz, estaba dolido por todo lo que sucedió en aquella oficina, pero sobre todo por hacerse el duro frente a Elisabeth, pensando que esta solo quería acostarse de vez en cuando con él y ella había llegado a protegerle poniendo en peligro su trabajo. Aun así, esta se preocupó por él al verle tan apagado.

—¿Todo bien Tom? —dijo intentando mantener la sequedad que llevaba rato intentando mostrar hacia él.

Este encogió los hombros, parecía no tener ganas de hablar.

—Eh tonto, no estés así, ¿qué ha pasado?

La actitud de Elisabeth había cambiado por completo. A Tom aquello le pilló por sorpresa, no se esperaba eso, ni mucho menos que esta usara un apelativo cariñoso, nunca lo había hecho, siempre decía que ella no buscaba cariño, solo compañía. Era evidente que todas esas palabras eran mentiras.

—¿Me quieres? —soltó de sopetón.

Tom deseaba que dijera que sí, realmente ambos estaban solos, con muchas expectativas y pocas realidades. Sin nadie que se preocupara por ellos. A ella se le cambió la cara, las orejas se le enrojecieron y las pupilas se dilataron.

—No, yo no. ¿Por qué dices eso? —titubeó presa del pánico.

—No sé, sino ¿por qué te vuelves a preocupar por mí, no estabas cabreada conmigo? Bueno, si quieres quedamos esta noche en mi casa para cenar algo, estaré solo, como de costumbre...— balbuceó.

El tono de apatía era total, daba la impresión de estar roto, decepcionado por completo y por si fuera poco hacia escasos minutos le habían dicho que esa secretaria le quería, cosa que había provocado en él una inmensa felicidad, pero en la realidad ella se negaba a decirlo. No entendía si es que Jamie se había estado marcando otro farol y seguía jugando o si ella no se atrevía a decírselo.

—La verdad que no me apetece mucho, has estado espiándome, no me esperaba eso de ti, sabía que te lo iba a mandar, aunque no que la casa que ibas a tener que espiar era la mía, pero aun así ver que accediste... me produjo una enorme tristeza.

Tom se había marchado a la mitad de la explicación, no necesitaba escuchar nada más. Mientras estaba en su oficina estuvo mirando varios periódicos, vio en varios el famoso nombramiento de Marcos Farreres como embajador de España en la embajada de Londres, le cogió de improviso. ¿Marcos estaba en Londres? La noticia ya tenía algunos días. A Tom le gustaba leer los diferentes periódicos en el ordenador, sin importar el signo político de este. A menudo sentía envidia del periodismo británico, «aquí sí que escriben buenos artículos», se repetía cada vez que leía algún periódico español y lo comparaba con alguno de la capital. Este

estaba muy avanzado con el inglés, las clases del profesor particular que le habían proporcionado estaban dando sus frutos, al principio le costó enterarse y sobre todo quitarse la vergüenza de hablar en público una lengua que no era la suya, pero lo estaba consiguiendo con bastante efectividad, de vez en cuando iba a alguna reunión en inglés y Jamie le preguntaba al final qué era de lo que habían estado discutiendo durante la charla.

A Tom no le extrañaba que ni el propio Marcos ni Javier le hubieran dicho nada de que se iba a trabajar a su misma ciudad. Este había dejado a un lado el contacto desde su última visita a Madrid, ni siquiera les había comentado nada de la muerte de su padre. La relación era inexistente. Pero aquella noticia le interesaba. Marcos era un hombre de recursos, era evidente, si después del accidente y de estar bastante incapacitado en vez de pedir la jubilación anticipada lo que había recibido era el principal puesto en la embajada española de Londres, ese puesto no era para un cualquiera, debía tener buenos contactos además de formación. Empezó a cavilar que quizás sería conveniente volver a juntarse con su viejo amigo.

Estaba anocheciendo, mientras recogía las cosas de su despacho para marcharse al apartamento, recibió una llamada.

—¿Sigues en pie lo de esta noche?

Era Elisabeth arrepentida por lo que sucedió o aburrida sin ningún otro plan. Tom intentó decirle que no, inventándose que tenía ya planes y así hacerse el interesante, pero la realidad es que aquella llamada era un soplo de aire fresco para él, podría desconectar y sentirse a gusto sin tapujos.

Estaba preparando unas ostras con limón y una merluza a las hierbas provenzales. Quería sorprenderla con un plato típico de la gastronomía mediterránea, a esta le encantaba España, solo la había pisado una vez hacía mucho tiempo por trabajo, en una historia parecida a la que sufrió Tom en sus carnes, con la salvedad de que ella sí había hecho bien su trabajo, le recordaba cada vez que tenía ocasión en forma de burla.

—¿Cómo es que al final has aceptado mi invitación?

—Te quiero Tom, creo que te quiero. No sé cómo ha sucedido todo esto, te juro que al principio solo quería no estar sola, pasar algunas noches contigo sin más meditaciones, follar y ya está, pero con el tiempo me he ido dando cuenta de que contigo estoy muy a gusto, contigo soy yo misma, me da igual de lo que hablar, me lo paso bien contigo, en la cama también, y el tiempo pasa como si de un cometa se tratase. Supongo que tú no opinaras igual, pero creo que te debía una explicación y una respuesta más adecuada que la que te di escuetamente esta mañana. Ahora si quieres me voy, no hay problema, pero quería que lo supieras.

Tom no estaba acostumbrado a hablar mucho y ni mucho menos a guiarse por impulsos, sin embargo, no pudo contralarse y se abalanzó sobre ella, cayeron sobre el sofá, la tele estaba encendida, «así no nos escuchan», dijo ella. Él la desvistió sin mucha destreza, siempre se le encasquillaban los sujetadores, aquello convertía aquel momento tan pasional en algo incómodo y nada excitante. Terminaron en la cama.

A Tom le gustaba planear las cosas, no se sentía cómodo en aquello que no podía controlar, aunque le dijeran millones de veces que lo improvisado siempre era mejor él necesitaba tenerlo todo bien atado. Aquella noche no fue así, pero le terminó encantando.

—¡Despierta! ¡Nos hemos quedado dormidos! Hay que irse corriendo, al señor Jamie no le gustan las impuntualidades y menos si llegamos los dos a la vez... y tarde —decía Elisabeth mientras se vestía a toda prisa.

—Pero...

Ela le cortó.

—¡Corre Tom! ¡Por favor! Sé cómo se pondrá si nos ve aparecer a los dos llegando tarde, no sé si te habrás dado cuenta, pero ese hombre es más listo que nosotros dos juntos. Parece un cualquiera pero no lo es, ha luchado como nadie por triunfar, sin importarle nada. Me asombra su facultad para analizar a las personas, las engatusa con sus palabras, no sin antes haberlas estudiado detenidamente, le he visto acabar con más de una persona sin compasión alguna, no le importa nadie. Escúchame bien —dijo haciendo un parón—. Solo su dinero. Nunca te fíes de él, es implacable.

Eso ya lo sabía, se había ido dando cuenta progresivamente, pero la última reunión lo certificó por completo.

—Pero a ver Elisabeth, que hoy es domingo, no trabajamos, no se trabaja —dijo mientras sonreía y se reía mirando la cara de sorpresa y felicidad de esta.

—Es verdad, ¡joder! Estoy últimamente sometida a mucha presión, parece como si Jamie sospechara de mí y no estoy tranquila.

—¿Sospechar de ti? ¿De qué iba a sospechar? Simplemente eres su secretaria.

Esas palabras la molestaron, parecía haberlas dicho en un tono peyorativo, tono que no le había gustado en absoluto.

—Trabajé para él, en el mismo puesto que tú regentas ahora y como ya sabes lleva personalmente un control muy exhaustivo de sus empleados, quizás piense que guardo material sensible que pueda ponerle en algún aprieto. No lo sé, pero llevo unos meses bastante más intranquila de lo normal, noto alguna que otra presencia nada normal, como si estuviera sometida a vigilancia... Quizás este desvariando.

—¿Y tienes algo que pueda afectarle o destruirle?

—Dímelo tú, que has estado registrando mi casa —dijo desafiante.

—¿No te fías para nada de mí no?

Elisabeth calló.

XVII

—Sí, quiero.

Habían transcurrido tres años desde que Elisabeth se había sincerado diciéndole lo que sentía. En la boda apenas había ciento cincuenta invitados, la mayoría por parte de ella. Estaba Marcos en la boda, este y Tom se habían vuelto a unir, trabajar en la misma ciudad ayudó a ello. Este último parecía haber cambiado, se preocupaba por sus amigos, no metía las narices donde no le llamaban y se limitaba a hacer lo que el señor Jamie le mandase sin rechistar, bien es verdad que seguía sin un caso verdaderamente importante.

Jamie reaccionó mucho mejor de lo que se esperaba Tom a la noticia de que él y Elisabeth se casaban, ni una sola objeción, todo lo contrario, incluso había puesto a su disposición unos maravillosos jardines que tenía en su espectacular mansión, en Abadía de Melrose, al sur de Escocia. El regalo de bodas había sido cuantioso. Tres mil euros más un jarrón chino valorado en mil doscientas libras.

Todos estaban felices, se respiraba paz. Tom y Elisabeth formaban una buena pareja, para

sorpresa del primero, jamás se pensó que pudiese congeniar con alguien, aun así, no entendía si lo que sentía por ella era amor, era estar enamorado o sin embargo era otra cosa y en caso de ser otra cosa ¿de qué se trataba? se preguntaba. Llegó a plantearse que fuera egoísmo puro, no querer estar solo y entonces intentar juntarse y estar el máximo tiempo posible con quien te aguanta y te cuida. Luego creyó ser insensible. No sentir ningún sentimiento por nadie ni por nada, solo por él y en determinados casos ni eso, esto tenía cierta relación con el egoísmo y también resolvía la teoría de porque nunca había durado más de cuatro meses con sus antiguas parejas, también ponía solución a como había terminado la relación con sus padres, en especial con su madre y con sus amigos, sin olvidar a Adriana y alguna que otra chica más que no alcanzaba a recordar. Estaba hecho un lío, días anteriores le preguntaron que por qué se casaba. Su respuesta fue:

—Eso se siente, no hace falta decirlo, sientes que es el momento indicado y la persona y...

Aunque lo que de verdad pasaba era que ni él mismo sabía la respuesta a esa pregunta. Realmente había aprendido a hablar, a utilizar argumentos y palabras convincentes, sonaba contundente. También hablaba inglés perfectamente. Su evolución era asombrosa.

En cuanto a Jamie todo iba a pedir de boca, su empresa seguía creciendo, los señores Kiang y Satoshi estaban a punto de destruirse y su relación con Amelie era sincera y verdadera, el único inconveniente es que todavía seguía unido a su mujer.

Respecto a estos últimos llevaban años lanzándose amenazas y acciones judiciales, todo bajo la estricta supervisión de Jamie y su gabinete. Les costó decidir y llevar a cabo cual sería la medida definitiva que acabaría con los dos, pero finalmente la encontraron tras estudiarlo. Primeramente, estos influenciaron a ambos para que contrataran en su empresa a personal de Denax, estos además de tomar las decisiones incorrectas e influenciar de manera negativa a ambos suministraban información confidencial que Jamie y sus hombres vendían a cambio de muy buen precio a ambas empresas respectivamente mejor colocadas. Luego Jamie se reunió separadamente con cada uno de ellos con el objetivo de meterles en la cabeza que las opiniones de los clientes no importaban, que estos no sabían sobre negocios, lo que acababa perjudicándoles. Kiang entró rápidamente al trapo, con Satoshi le costó algo más de tiempo, pero finalmente accedió. Después les aconsejó que no escucharan las ideas de su equipo, argumentando de que estas estaban viciadas y solo querían lo peor para ellos ya que aspiraban a esos puestos. Al cabo de unos meses tenían a clientes y empleados en contra. Solo fue necesario un último empujón para llevarlos a la quiebra al suministrar a los periódicos nacionales, que el señor Kiang había llevado a cabo acciones ilegales para destruir a la competencia. Jamie tenía infinitud de papeles que demostraban esa afirmación. Al señor Kiang no le quedó otra que echar el cierre. Sin embargo, con Satoshi no fue tan sencillo a diferencia de lo que pensaba el dueño de Denax, este había guardado algunos documentos que implicaban a la empresa en la operación. Le costó unos meses más, pero con todo el equipo en contra de este, solo fue necesario darle el poder suficiente a un incompetente absoluto que aspiraba a mucho. Tras los resultados de una votación comprada, Satoshi fue destituido. El nuevo director solo tardó dos años en llevar a la empresa a la absoluta quiebra. Todo iba a pedir de boca.

Tom se acercó a la mesa en la que estaba sentado Marcos, estaba visitando uno a uno a los comensales, preocupándose por todos, miraba a su actual mujer y se le dibujaba una enorme sonrisa. Miró a Marcos, este asintió, no hizo falta decir nada más, entre ellos todo estaba resuelto, la complicidad entre ambos era absoluta. Tom empezó a preocuparse por él cuando se enteró que estaría en Londres. Hizo varias visitas a la embajada alegando algún que otro trámite. En la embajada se movían algunos peces gordos y con la acreditación de Denax no era nada difícil

reunirse con estos. Forzó un encuentro con Marcos, todo parecía accidental, ambos empezaron a hablar y este le dio las gracias por unos cuantos asuntos que le iba a solucionar. La tramitación de los papeles siempre era más rápida con una empresa poderosa de por medio. Empezaron quedando por trabajo y el tiempo hizo el resto. A Tom le agradaba tener a alguien, se acercó a él esperando un beneficio futuro pero ese deseo fue mutando a la amistad que mantenían ahora.

En aquella boda también estaba presente Simon Burks, fumándose un puro acompañado de una copa con más alcohol que tónica, no conocía a mucha gente allí, pero eso no era ningún problema para un hombre de su envergadura, todo el mundo allí sabía quién era, todos habían oído hablar del famoso fiscal. La reputación de este no paraba de crecer, cosa que no era difícil y el negocio con el señor Jamie estaba en su mejor momento, incluso había colaborado con alguna información para ayudar a destruir a los chinos. En aquella boda también se encontraban Amelie, por el que Tom sentía especial devoción hacia ella, le parecía la mujer perfecta en todos los sentidos y sentía celos de no poder estar con ella, pero sabía que estaba en otro nivel inalcanzable para él. Y Melissa, sentada junto a Jamie, bajo la atenta mirada de este que se encontraba en alerta y es que su amante estaba sentada a menos de quince metros. La mirada de Amelie hacia Melissa no era para nada amigable y Jamie le pedía con la mirada que no la observara tanto, sin embargo, ante la negativa de esta decidió escribirle un mensaje: «Por favor cariño no mires tanto, es lista, se va a dar cuenta. Por favor».

De nada sirvió, se tiró toda la boda en ese plan, incluso en el posterior baile. Todos exceptuando, Amelie y otra mujer canosa, de avanzada edad, se emborracharon y bailaron como patos sin ritmo alguno.

La resaca duro varios días. Por ahora no habría luna de miel. Ambos así lo habían fijado en una reunión con Jamie. Había que pagar a Burks, despedir a algunos empleados y cerrar nuevos negocios. No era el mejor momento para marcharse unas semanas. Decidieron posponerlo.

A la semana ya estaba todo normalizado, ambos se incorporaron a sus puestos. Tom llevaba varios días pensando en las últimas palabras que habló con su madre, cuando le propuso investigar la muerte de su padre. Él pensó que ella estaba desvariando, ella no le había vuelto a decir ni una palabra, no le llamó, desde la discusión no habían vuelto a mediar ninguna palabra entre ambos. Ni siquiera sabía que su hijo se había casado. Era consciente que los principales conflictos habían aflorado por la diferencia entre las expectativas que sus padres tenían para él y las que realmente había llegado a cumplir. Sin embargo, también echaba en falta la poca comunicación abierta que sus padres habían intentado tener con él. Esto también había provocado el sentimiento de frustración por el que pasaba, al que por supuesto sus padres ni se habían fijado. Llegó a la conclusión de que si seguía así podría arrepentirse, pero pensó que, si no se había arrepentido de no haberle dicho nada a su padre en mucho tiempo antes de su muerte, no se arrepentiría tampoco de si le pasaba algo a su madre, sin embargo, las últimas palabras de esta le habían provocado una inmensa incertidumbre. ¿Acaso sus padres estaban siendo vigilados? ¿Por qué? O simplemente ¿su madre desvariaba fruto de su edad y el inmenso trabajo que había tenido que soportar durante tanto tiempo con semejante responsabilidad a las espaldas? No le dejaba descansar tranquilo, esto unido a su insomnio desde que le ocurrió su problema del corazón hacía que las noches fueran extremadamente duras. Tenía desde entonces problemas para conciliar el sueño, su inconsciente siempre se iba a aquel momento y si no a hechos relacionados con aquello que le hacía pensar y pensar, hablar solo durante horas recordando aquellos momentos. No le gustaba hablar del tema con cualquiera, odiaba lo que le pasó, pero al mismo momento se sentía orgulloso de seguir adelante sin la ayuda de nadie. Eso le hacía recordarse consciente o

inconscientemente todas las noches en diferentes momentos. Desde aquel día Tom quedó marcado, en todos los sentidos, tuvo que hacerse mayor a pasos agigantados, enfrentarse a cosas que no debería un niño de su edad. Aquello le sirvió para formarse como persona, sus padres le habían intentado inculcar dotes religiosas, pero él decidió que no quería saber nada de religiones. Su abuela le decía:

—Pero no seas tonto, Dios te ha salvado.

Este no quería enfrentarse a su abuela, entendía que antes las cosas no fuesen del mismo modo. Sus padres no lo aceptaron, provocó varios problemas con ellos, haciendo que Tom radicalizara su conducta. Se pasó tres días expulsado del colegio por decir que Dios solo servía para los débiles, lo que le llevó a pelearse con dos chicos. Se alejó de toda cultura religiosa y a medida que iba creciendo iba ratificando su idea principal.

—¿Qué piensas de las redes sociales Tom?

Era Jamie, llevaba varios minutos observándolo, el cual estaba ausente. Fue la forma de decirle que se pusiera a trabajar.

Tom volvió al mundo real, parecía confuso.

—Pues no me gustan mucho sinceramente, antes me parecían geniales, pero he visto el daño que pueden hacer... el problema es que es una herramienta maravillosa si se utiliza bien, pero ¿quién pone el límite de hasta dónde es un buen uso y cuando no? La mayoría hacemos un uso anormal de ella y crea muchos problemas, las cosas se malinterpretan, se insulta a través de una máscara, se hackean cuentas de seguridad... el ser humano no es bueno por naturaleza y le han puesto en su mano una herramienta muy poderosa sin apenas restricciones. Las malas noticias son solo cuestión de tiempo, ya las ha habido a nivel nacional, internacional, etc. Pero no solo me refiero a eso, voy mucho más lejos, a lo que afecta a millones de personas a diario, me refiero también a problemas menores, a cuántos amigos ni quedan y solo hablan por el móvil, a cómo se ha cambiado estar en un banco fumando un porro con tu mejor amigo por estar enchufados a una pantalla, a cuántas parejas han terminado su maravillosa relación porque las redes sociales lo enturbiaron todo, influenciaron a alguna de las dos partes, o a las dos provocando que se enfrentaran, que discutieran, o lo que es peor que no confiaran el uno en el otro. ¿Por qué tenemos que estar las 24 horas conectados al mundo y enseñándoselo a nuestros «seguidores»? Nos estamos convirtiendo en gilipollas con medios de comunicación a nuestro alcance, y estamos destruyendo lo que más queremos. Nos estamos destruyendo a nosotros. Han marcado un antes y después sin ninguna duda.

Era evidente que Tom hablaba de lo que sabía, parecía haberlo padecido en su propia piel, se le notaba afectado.

—Has avanzado eh, hablas muy bien, te comunicas, y convences, tu cambio es grande —dijo con cara de admiración— Me alegro. Pero... ¿qué te paso? Se te ve afectado por ello.

—Nada —dijo con tono muy seco.

—Venga Tom, puedes mentirle a quien quieras, todos te creerán, pero yo me paso mucho tiempo contigo y te conozco bastante bien, no es difícil ver que te tocó de cerca, puedes contármelo. Confía en mí.

Se desahogó.

—Pues me jodió, me destruyó poco a poco, empecé a ver cosas que me decepcionaron, hasta tal punto de no poder volver a confiar en quien más quería. De mirarla y amarla como a nadie. Pero a la misma vez odiar lo que sentía, sentía celos, me sentía reemplazable. Quería creerla, quería seguir, pero no podía, no podía más con aquella sensación de desilusión. Me sentí

traicionado por quien más amaba. No luchaba, no ganaba. Decía ser una adulta mientras se comportaba como alguien de tres años al unísono de sus amigas.

—¿Pero ella hizo algo?

—No, supongo que no, creo que no, pero mi cabeza empezó a trastocarse, nunca he estado bien de la cabeza y eso fue el detonante, pensara lo que pensara la imaginaba con otros cuando no estaba conmigo y ese tiempo era bastante grande, no éramos de la misma ciudad... todo iba genial, pero llegó un día en el que todo esto cambió, mi cabeza explotó y no me recuperé. No pude hacer otra cosa. Mi subconsciente la imaginaba follando en el baño con uno, subiendo fotos, semidesnuda, calentando a otros chicos... no sé si nada de eso pasó, pero mi cabeza no lo aguantó.

Se le notaba afectado, Jamie cambió de tema.

—Tenemos mucho trabajo, otro día hablaremos de ello con más detenimiento e intimidad si lo deseas, son cosas que pasan... —comentó intentando calmar el sofoco que estaba padeciendo.

En la oficina se encontraba Simon Burks.

—¡Cuánto tiempo! —decía entre alaridos con cierto tono de ironía. Entre ellos no había nada, ambas partes sacaban tajada sabiendo que podían destruirse en cualquier momento.

—¿Cómo va todo por fiscalía?

—Normal, estamos tranquilos ahora, salvo por el escándalo de la desviación de dinero público de un político de poca monta, se le van a tirar al cuello. Es la forma que tienen los novatos de hacerse con un puesto... por lo demás todo bastante calmado.

Le cortaron, no querían que empezara a hablar, eran conscientes de que a Simon le hacía falta bastante poco para no callarse y contar cosas intrascendentes con una copa en la mano.

—¿Y nuestro pacto?

—No tiene de que preocuparse señor, es un pacto de caballeros, y sigue en pie, lógicamente —dijo entre risas.

—Por la pasta... —manifestó entre bastante sequedad.

—Sí, eso también ayuda —sus carcajadas podían escucharse a mil leguas—. Tengo algo para ustedes. Esta mañana me ha llamado un tal Sander... no me acuerdo qué más. Me ha pedido información sobre tu empresa a cambio de una cantidad de dinero abrumadora que dudo mucho que puedas igualar. Lo quiere todo, y está bien informado, sabe que trabajo para ti, bueno mejor dicho que te ayudo de vez en cuando, no ha osado a amenazarme, pero no me extrañaría que lo haga más adelante.

—¿Y vienes a decirnos que nos vas a vender? —comentó Tom con mucha seguridad.

A Jamie le asombró que este tomara la palabra.

—No, simplemente te estoy diciendo que tengas cuidado, has estado muchos años acabando con empresas, jugando a tu antojo sin ningún tipo de represalias. El niño bueno haciendo y deshaciendo a su antojo, respaldado por no sé quién y ahora vienen a por ti y parece que con bastante determinación.

Jamie volvió a tomar las riendas de la conversación.

—¿Y cuál es tu propuesta? Te tengo calado desde hace tiempo, y no creo que estés aquí solo para advertirme.

—Como te he dicho hace escasos minutos, tenemos un pacto de caballeros. No voy a decirle que no a este tal Sander, no soy un necio, tiene que tener poder, me enteraré de quién es y trabajaré con él, el dinero siempre manda... también contigo, le pasaremos solo la información vacía, insulsa. Cuando sepa de qué va todo esto, decidiré de qué lado estoy, no sin antes reunirme

contigo. Hablaremos.

—Ni se te ocurra jugármela, recuerda todo lo que nos has dado, no me apetecería acabar con tu brillante carrera.

Jamie estaba marcando el territorio, era consciente de que ambos tenían mucho que perder, aun así, se sacó aquella advertencia de debajo de la manga.

—Ya te he dicho lo que haré, sabes que todo lo que te acabo de decir es verdad, sino no me habría molestado en venir hasta aquí a contarte nada. Cuando reciba más información te iré contando. Ahora ¿Puedo salir ya o me vas a registrar por si llevo algún micro? —miraba fijamente a los ojos de Jamie, como si aquello se tratase de un desafío.

Tom sobraba allí, apenas había dicho dos palabras y no sirvieron de mucho. Era consciente de ello, pero decidió permanecer inmóvil intentando hacerse ver, como si quisiera demostrar que tenía poder entre esos dos hombres.

—Hablaremos.

—Claro que hablaremos...

Jamie ordenó marchar a Tom, se encendió un puro, no sin antes haberlo olido como si de un manjar se tratase, era un Habano, hacía mucho tiempo que se había aficionado a los puros. Era lo que tenía andar todos los días de reunión en reunión con gente de alto estigma social, para ellos fumarse un puro con una buena copa era como beber agua. Le apasionaba que aquel puro fuese 100% tabaco cultivado y manufacturado en Cuba tras múltiples y severos controles. Empezó a fumar por obligación. A Jamie le gustaba todo lo lujoso, todo lo que tuviera algo que ver con el dinero, desde bien pequeño sabía que sus objetivos eran el poder y el dinero, por eso no dudó ni una milésima de segundo en acabar con Carl. El humo invadió la habitación, tenía mucha rabia acumulada, alguien iba a por él, no tenía ni idea de quién podría ser, sus enemigos eran abundantes, en todos los continentes, tanto de forma directa como indirecta. Pero aquello era diferente, aquel hombre había conseguido intimidarlo a causa de un intermediario. Muchos sabían que estaba detrás de la caída de algunas empresas, pero a otros simplemente les caía mal Jamie por la cantidad de dinero que este tenía. Los ojos se le agrietaron como resultado de los puros y el coñac, estaba bastante borracho. En la empresa ya no quedaba nadie, todos se habían ido.

Llevaba los nudillos ensangrentados. La puerta de su oficina necesitaría algunos arreglos, también un pequeño mueble con el que siempre se chocaba. Salió vagando, dando tumbos sin sentido. Aquella noche llovía, hacia frío, como de costumbre, la tarea de encontrar un taxi se estaba convirtiendo en imposible. Decidió sentarse en el bordillo de una carretera, continuaba bebiendo, llevaba consigo una petaca llena de coñac, su gabardina olía a alcohol y sus pantalones estaban mojados. Su estado de embriaguez era preocupante, al cabo de un rato esperando, por compasión paró un taxi. Se subió a él a rastras, aguantando el vómito, consiguió incorporarse.

—A «Shepherds Market» —decía mientras contenía las náuseas.

—Amigo no, dudo mucho que ahí esté su casa. Tampoco me consta que hayan puesto ningún hospital por esa zona.

—Le estoy diciendo que me lleve a esa dirección —consiguió levantar levemente la cabeza y mirar desafiante al taxista.

—Vale, le llevaré allí. Estamos cerca. —desistió el taxista.

Había reconocido a Jamie, fue el motivo por el que aceptó sin continuar rechistando, no convenía provocar un altercado con él de por medio y sabía que probablemente le daría una buena propina. Así fue. En la capital casi todo el mundo lo conocía, le tenían cierto afecto, era el claro

ejemplo de que con esfuerzo podía conseguirse todo lo que uno se propusiese, claro que la parte oscura ya se había encargado él de taparla. Además, la sede principal de su empresa seguía allí y no en algún país tercermundista para reducir costes, lo que había hecho que la valoración de la empresa fuese muy favorable.

Aquella zona era conocida por sus estafalarios burdeles, sus sitios de masajes eróticos, y el choque de las señoritas de compañía que «dormían» en *suites* de lujo con las prostitutas callejeras para aquellos que no podían permitirse grandes alardes.

Entró en la casa de Lady Marie. Llevaba tiempo sin ir por allí, con su mujer y Amelie normalmente tenía suficiente pero aquella noche necesitaba de todos menos sentimientos. Marie lo vio entrar, era uno de sus mejores clientes, no escatimaba nunca en dinero y siempre solía ser agradable con las señoritas.

—¡Señor Jamie! ¡Qué sorpresa! Hacía mucho que no venía por aquí —esta levantó la mano en señal de aviso al camarero para que le pusiera una copa de champán. Por supuesto el más caro de la carta.

A Jamie se le iban los ojos junto con los pies y no precisamente por la cantidad de mujeres que había en aquella casa. Pero justo pareció reaccionar al ver a...

—¿Tom? ¿Qué haces tú aquí? ¿Y Elisabeth?

Tom esperaba encontrarse a todo el mundo allí excepto a su jefe. Su cara era un poema.

—Elisabeth está bien, está en casa descansando. Estás borracho, vámonos de aquí o te verán y no sería bueno que empezasen a hablar de que vas vagando por las noches borracho.

—¿Y qué? Nadie hablará, aquí todos son personas de alta clase social, ¿cómo si no se lo iban a poder permitir? Todos menos tú —le bailaba la boca, apenas se entendía lo que hablaba

Tom le hizo un gesto a Marie en el que se intuía que le pasase la cuenta.

—Yo no me voy a ningún lado, me ha costado mucho llegar hasta aquí —casi no se le entendía al hablar.

Tom iba adivinando las palabras como si de un juego se tratase, pero necesitaba que se callara de inmediato.

Le había vomitado en el traje. Las risas de los presentes fueron evidentes. Tom estaba bañado de tropezones y líquido de un color anaranjado nauseabundo.

—Ahora sí que sí, nos vamos. ¡Ya está bien por hoy! —la cara de Tom era todo un poema, había quedado ridiculizado.

Lady Marie le intentó agasajar para que se quedara tranquilo en una habitación de la casa, que evidentemente luego se cobraría a un precio desorbitante. Ante la insistente negativa de Tom y el numerito que estaba protagonizando Jamie decidió no insistir más.

—Otro día entonces, otro día mis caballeros. Ya saben que mis puertas están abiertas permanentemente para ustedes.

Aquella puta mentía, pensó Tom, siempre estaban abiertas a cambio de explotar a sus señoritas y ella era la que se llevaba la tajada.

—¿Qué cojones hacías en casa de Lady Marie?

—Buenos días a ti también.

A Jamie parecía habersele disipado por completo la borrachera. Se acordaba de todo lo ocurrido la noche anterior. Se levantó temprano para tomarse un zumo de tomate, remedio que le iba de maravilla para combatir la resaca, aun así, el aspecto de este seguía siendo lamentable. Pelo alborotado, ojeras inmensas, voz ronca y unos andares similares a los de una persona bien entrada en años.

—¿Por qué estabas allí? ¿Y Elisabeth?

—Deja de meter a Eli en esto —así la llamaba de forma cariñosa.

Pero la verdad era que Tom se negaba a responder porque la respuesta le provocaba urticaria. No estaban bien, en sus vidas se había instalado la monotonía, la parsimonia. No hacían nada juntos, nada era como había comenzado y ninguno de los dos parecía mover ficha para cambiar aquella situación. Se esquivaban, intentaban no coincidir, hablaban de cosas intrascendentales. Ni siquiera en el trabajo lograban entablar una conversación. Estaban terriblemente aburridos el uno del otro. Pero Tom no le comentó nada de esto a su jefe

—Estamos genial, simplemente necesitaba desconectar, era la primera vez que iba, me habían hablado bien del lugar, decían que iban muchas personas de alta clase social y que la compañía era excelente. Así que me decidí a ir para olvidarme de todo un poco, incluido el trabajo, pero ni así se puede —le lanzó una indirecta que Jamie se encargó de recoger.

Mentía. Nunca habían coincidido, pero no era la primera vez que iba, Tom se había convertido en un cliente excelente de aquella casa, le encantaba la discreción de aquel lugar.

—Pues explícamelo.

No entendía porque necesitaba saber la razón por la que estaba allí, le estaba cansando aquel juegucito de detective y ladrón.

—Creo que eso no importa, importa más el espectáculo que nos brindaste a todos anoche. Ten por seguro que te reconocieron y no creo que sea bueno para nuestra empresa. Debes cuidar una imagen.

—¡Ah! ¿Ahora es nuestra empresa? Como cambias el mí por el nuestra cuando te interesa. Deja de mandarme indirectas y de darme lecciones de cómo llevar adelante mi empresa. Habla las cosas claras, no estoy para tus tonterías de infantil. Tú no tienes a alguien intentando comprar a tus fuentes y ofreciéndoles ventajas para acabar contigo, no tienes ni idea de lo que es llevar una empresa y de lo que conlleva. Me emborracharé cuando y donde quiera si así lo deseo y haré lo que me plazca.

XVIII

Ambos iban en el coche. Bautista conducía. Durante el trayecto no se cruzaron ni una sola mirada. Ambos ya arreglados y con unas apariencias medio decentes. Tom con traje como era habitual, color negro básico, acompañado de una camisa azul rasgado con corbata gris también rasgada y zapatos Armani de tercio pelo. Por el contrario, Jamie iba más estilo informal, como era lógico no tenía nada suyo en casa de Tom, este le dejó una camisa burdeos, la portaba junto con su gabardina, que seguía oliendo a alcohol. Bautista intentó entablar conversación sin éxito alguno.

—¿Una noche ajetreada? —preguntó sin obtener respuesta ninguna.

Al entrar en la oficina se separaron, seguían sin hablarse, ni siquiera mirarse. Tom subía en el ascensor. Al bajarse vio a Elisabeth, decidió darse media vuelta y subir otra planta, empezaría por sacar algunos archivos del fiscal Simon Burks. Se le hizo de noche entre papeles, había realizado algunas llamadas...

Transcurridas unas semanas, bajó corriendo al despacho del señor Jamie, apenas le dio tiempo a esbozar un «¿qué tal Eli?» a modo de saludo. Tiró unos cuantos papeles encima de la mesa de

Jamie, este se encontraba hablando por teléfono con algún cliente intrascendental. Le miró desafiante.

—¿Se te ha ido la cabeza o qué pasa contigo? ¿Qué es esto?

Tom se limitó a sonreír a modo de respuesta. Seguían sin hablarse y Jamie empezaba a dudar de que le valiese la pena mantenerlo. Después de una ojeada rápida pero concreta...

—¿De dónde has sacado esto? Es muy valiosa esta información. ¿Cómo la has conseguido?

Tom sonreía, la situación acababa de dar un vuelco. En esos innumerables archivos y documentos había información que vinculaba directamente a la familia de Simon Burks con el nazismo alemán. Tras la caída de Hitler junto con su esposa la familia del fiscal huyó temiendo represalias seguras, consiguieron llegar a Manchester, que era una ciudad industrial, allí se asentaron bajo identidades falsas y empezaron una nueva vida trabajando en las fábricas de trabajo en trabajo. El abuelo de Simon Burks había contribuido a que Hitler ganara democráticamente las elecciones y más tarde a la creación de los campos de concentración y las terribles torturas que les hacían pasar a los no arios. Sin duda alguna Inglaterra no dejaría pasar una noticia así, todos los periódicos lo anunciarían en portada, se haría eco en todas las noticias, expandiéndose a todos los países. Y la cuna de la democracia como es Reino Unido no dejaría pasar un hecho como aquel sin ningún tipo de respuesta. La carrera del prestigioso fiscal Simon Burks se vería tambaleada sin capacidad de arreglo por aquella noticia. Aquello serviría para derrotarlo, pero por si acaso tenía más información de que sus hazañas habían sido maquilladas y de sus relaciones con la corrupción. Tras aquello no podría chantajearle con nada, por mucho que este tuviera también documentos en su poder que incriminaban al señor Jamie. Salía perdiendo demasiado. No se atrevería.

—Llama al Señor Burks, es hora de que hablemos. —la sonrisa de este era imperial.

Tras más de dos horas de conversación con Burks, Jamie no estaba del todo contento, el fiscal se había mostrado reticente, sin duda alguna se le notó la incertidumbre al hacerle ver que era consciente de semejante información, sin embargo, este la negaba constantemente, aunque no había duda de que era cierta, y amenazaba con sacar a la luz las cuentas de Denax. Estaban en punto muerto, ambos al borde del abismo, aunque los dos se encontraban cómodos en esa situación, habían estado durante muchísimo tiempo en esa posición, eran expertos en moverse por esas zonas, sin embargo, ahora, después de mucho tiempo habían visto que las opciones de caer en él eran reales. Le hubiese gustado que la conversación fuese en persona, pero por lo visto Burks se encontraba en Dubái, según fuentes oficiales, de descanso. Sin embargo, las fuentes de Jamie aseguraban que estaba actuando de mediador en operaciones de intercambio de armas ilegales, negocios que le llevarían un par de semanas ocupado por los Emiratos Árabes.

Jamie pensaba que esa información desestabilizaría por completo a Simon Burks y le haría coger un vuelo de urgencia de regreso, pero no fue así, este contrarrestó las amenazas con más amenazas, en ningún momento se le vio extremadamente preocupado tal y como creía Jamie que ocurriría, aquellos documentos afirmaban cosas muy graves sobre su pasado y el de su familia, capaces de hacer peligrar con casi total seguridad su trayectoria y aun así este se había mantenido firme, sin dar ningún paso en falso, y ni mucho menos anulando su viaje.

—Ya hablaremos —le dijo.

Como si fuese una cosa normal, sin mayor importancia. Jamie estaba confuso, aquello le dejó contrariado, estaba perdiendo los nervios fruto del terrible pensamiento de que se terminase filtrando alguna información sensible que pudiera comprometer su empresa, ya no relacionada con los beneficios de Denax, sino con su vida personal, al igual que ellos se habían enterado de sus

vínculos con el nazismo, Burks tenía cierta información sobre la vida privada de Jamie y poco le faltaba para llegar a descubrir el porqué del suicidio de Carl, sin embargo, para esto último no tenía ninguna prueba, solo eran suposiciones y este sabía perfectamente que las suposiciones en el mundo jurídico no servían de nada. Aun así, eran bastantes las veces en las que había amenazado a Jamie con sacarlo a los medios, estos no funcionaban igual que los juzgados, sin embargo, llegaban de forma más satisfactoria a la sociedad y sería una fatalidad para Jamie y Denax que tendría que salir a dar explicaciones sin duda alguna y conocía la de casos que habían sido descubiertos por fallos absurdos. Recordaba aquel en el que tuvo que plantear una defensa verdaderamente complicada de un abogado corrupto, con las manos metidas en varios fregados, al cual todo el mundo conocía de sus actos, pero nadie se atrevía a denunciar debido a las coacciones y amenazas llevadas a cabo por este hombre. Nadie lo quería, era inmensamente rico y eso le llevó a que un día su esposa contratara un sicario para asesinarlo. Este le esperó a la puerta del garaje de su casa y le pegó tres tiros, sin embargo, ninguno de ellos le ocasionó la muerte, el más grave le perforó el hígado, pero sin graves perjuicios para su vida. Debido a esto se empezó un juicio en el que el juez le preguntó:

—¿Por qué querría su mujer matarlo?

Este contestó, lleno de orgullo, que para quedarse su dinero, ya que tenía una gran fortuna. Dinero que evidentemente era de procedencia ilegal y no constaba. A partir de ahí se empezó a investigar y se desarticuló toda su trama. Jamie había aprendido bien de aquella y otras historias, era lo que tenía llevar una empresa en la que la mayoría de las personas eran expertas en derecho, que se acababa aprendiendo muchísimo. Por eso se guardaba bien sus espaldas. Eso unido a que su empresa era un referente y que poseía de los mejores abogados hacía que su empresa fuera difícil de enjuiciar y más aún de que perdiera algún pleito. Era infranqueable.

XIX

Al otro lado del Océano Lena e Iryna se encontraban reunidas con unos hombres de alta clase social.

—¿Cómo crees que irá nuestro hombre? ¿Crees que es el definitivo?

—Sinceramente, me parece el menos preparado de todos los que hemos seleccionado, pero necesitábamos otro perfil, todos fracasaron, esperemos que este no, aun así, todavía le espera un largo recorrido.

—Ya... Al menos parece el menos listo de todos sin duda alguna, apenas se ha hecho preguntas de porqué tiene el puesto que tiene en Londres caído del cielo por lo que no será muy difícil deshacernos de él una vez conseguido nuestros intereses.

Un camarero uniformado y con bandeja en mano se acercó a las dos señoritas ofreciéndoles una copa de cava y canapés de salmón, Lena aceptó sin queja alguna, sin embargo, Iryna se decantó únicamente por la copa, pero rehusó del salmón, no era muy partidaria de aquellos tentempiés, llevaba una dieta estricta en la que las cosas procesadas y las grasas saturadas no tenían cabida, costaba mantener constante la dieta, pero era evidente que lo hacía. El alcohol sería una excepción aquella noche.

Se encontraban en una reunión de empresarios de enorme prestigio del mundo hispano y algún

que otro político, entre los presentes se encontraban algunos empresarios y políticos reconocidos españoles, aunque la mayoría eran de Sudamérica. Aquel lugar era de ensueño, se trataba de un antiguo palacio barroco acondicionado para conferencias y acogidas de importantes personalidades. Había albergado ya importantes e innumerables reuniones de jefes de estado. Aun así no todo el palacio era visitable, el ala sur se encontraba cerrada, y solo podían pasar un grupo de arquitectos e historiadores que llevaban años intentando reparar minuciosamente esa zona sin que quedase alterada su esencia artística y cultural. Poseía dos patios, el principal estaba presidido por unos jardines inmensos, no faltaba un detalle, arbustos con formas de caballeros, rosas rojas, azules, claveles, amapolas... un pequeño laberinto, etc. Todo cuidado al mínimo detalle. El otro, a las espaldas del palacio era más escueto, aunque igualmente cuidado. E incontables eran las historias que se contaban sobre acontecimientos ocurridos allí, desde las más inverosímiles pasando por las más reales, sin duda alguna la semblanza de mayor transcendencia contada era el duelo entre el cacique Walls y el señor de la casa Morrat. El primero reclamaba una parte de sus tierras al segundo, el cual se negaba imperiosamente a dárselas, tras varios años debatiendo y discutiendo sobre a quién le pertenecían aquellas tierras, una noche en la que ambos coincidieron en una taberna a altas horas de la noche se retaron a un duelo al alba del día siguiente cegados por el alcohol. En ningún país era reconocido el duelo como un medio legal de salvar el honor, por lo que los duelistas recurrían a efectuarlo en lugares alejados de la civilización y a altas horas de la noche.

La práctica oficial consistía en que la parte ofendida mandaba sus padrinos al ofensor, quien a su vez nombraba los suyos y estos se ponían de acuerdo con los primeros para fijar los detalles. Las armas elegidas, una vez comprobadas, eran selladas en sus cajas y este sello no se rompía hasta el mismo momento de ser usadas. Pero de aquel duelo contaban que no había tenido nada de oficial, el lugar donde se celebró fue en los mismos jardines del palacio, reuniendo a muchos espectadores y sin la intervención de ninguna figura que hiciera de padrino. Ambos se pusieron espalda contra espalda recreando un verdadero duelo ante la atenta mirada de numerosos espectadores. Lo que se debatía a punta de pistola era quién sería el futuro dueño de aquellas tierras. Ambos con sus respectivas armas empezaron a andar en dirección contraria dando diez pasos. Al llegar al final de la cuenta antes de que se girasen apareció la guardia real, a la que algún vecino había avisado. Normalmente la pena era unos simples días en el calabozo rodeado de escoria, sin embargo, el rey, caracterizado por su fuerte autoritarismo mandó ejecutar a los dos como medida intimidatoria y ejemplarizante para el pueblo, haciendo denotar que la única ley era él. Ambos fueron ejecutados al día siguiente ante la expectación de todo el reino. Como consecuencia las tierras quedaron en dominio del rey, y tras una larga dinastía y lucha por la democracia pasó a manos del Estado.

La mayoría se encontraban tomando una copa de cava mientras charlaban de negocios, otros estaban sentados en grandes mesas redondas mientras jugaban al póker y charlaban sobre mujeres. Lena e Iryna eran las dos únicas mujeres allí, a excepción de las camareras, fruto de ello eran la mirada de todos los ojos, no le quitaban la vista de encima, sin embargo, ya estaban acostumbradas a ello y no les incomodaba lo más mínimo.

Un hombre totalmente trajeado, con un peso por encima de lo normal se le acercó y le besó la mano, con una leve inclinación. Aquel era un importante político español de tono conservador, muy influyente en su partido político, investigado por malversación de fondos y enchufismo a algunos de sus familiares, aunque finalmente fue absuelto, la campaña para limpiar su imagen había pasado desapercibida, gracias a los contactos de Iryna y a la gran cantidad desembolsada,

pero había sido eficaz, ahora estaba a punto de ser nombrado presidente de una región española, todos los sondeos le daban por vencedor.

—Es un placer volverme a encontrar con usted, hizo mucho por mí.

Lena se ausentó de aquella conversación fingiendo ir a por otra copa de cava.

—Me ausento a por la tercera, encantada —dijo mientras esbozaba una sonrisa fría y falsa.

—Tengo entendido que la campaña de mi equipo fue efectiva — comentó sin importarle la ausencia de su amiga.

—Así fue, por eso le doy las gracias. Rehusó mi invitación a cenar, mejor dicho, ni me contestó.

—Ya le dijo mi secretario que tenía la agenda ocupada para esa fecha.

—Le propuse personalmente a su secretario que usted dispusiese el día, pero solo recibí sus insistentes negativas.

—Le pido disculpas, pero no tenía, ni tengo intención de cenar con usted, nuestra relación fue una relación meramente de negocios, usted tiene lo que ansiaba y yo tengo lo único que pedía.

Se marchó dándole la espalda, había terminado la conversación por su parte. Aquel hombre de enorme barriga no tenía nada que hacer con ella. Era evidente que aquello que le interesaba a ella era únicamente el dinero. Mientras intentaba salir a la calle en busca de un cigarro que fumarse sin tener que hablar con nadie se chocó con Antonio Modales.

—Perdone, perdone, no le he visto, discúlpeme.

Iryna había caído al suelo, tenía algo de sangre en la rodilla. Le lanzó una mirada inquisitiva a la que Antonio no supo reaccionar.

—¿Es que es usted idiota o qué?! —trató de marcharse sin mirarlo haciéndose la indignada, sin embargo, este le agarró del brazo.

—Perdóneme, iba atento al móvil y no me di cuenta. Le acompaño.

—No. Váyase con su móvil a otra parte.

El carácter de Iryna era muy fuerte, casi inaguantable, aun así, Antonio hizo caso omiso de sus respuestas y continuó andando junto a ella. Ni siquiera lo había mirado, pero aceptó y le agarró del brazo, se dio cuenta del brazo fornido que este tenía y lo miró por instinto, quedó impresionada, el color de piel era moreno, de gran altura, pelo corto castaño, ojos verdes, barbilla marcada, barba perfilada. Llevaba un estilo algo más informal presidido por un jersey granate junto con unos pantalones de punto grises. A ella le entró por los ojos y empezaba a pensar que podría aprovecharse de alguna manera de ese hombre.

—Deja de apretar, me vas a romper el brazo —dijo mientras sonreía.

—¿Quién era ese hombre con el que hablabas?

—No te importa —Iryna trataba de hacerse la dura.

—Venga, ¿vas a estar así toda la noche? Me habían comentado algo sobre tu carácter, pero no pensaba que fuese verdad.

Al parecer aquel hombre estaba bien informado sobre los asuntos que tenía en su mano la empresaria del este.

—Toda la noche no, solo voy a cenar contigo, pagas tú y después me voy a mi casa. ¿Qué te han contado de mí? —preguntó extrañada y con cierta intriga.

Modales se mordió el labio inferior presa del enfado y morbo que le provocaba aquella mujer.

—Te he preguntado yo primero.

Iryna esbozó un suspiro de agotamiento de aquella banal conversación.

—Pues ese hombre es un cualquiera que se ha metido en un sitio peligroso y no sabía salir por

su propio pie, necesitaba ayuda. Entonces ahí es donde entro yo. Le he dado un pequeño empujón para así salir de ese pozo y relanzar su carrera, a cambio de una insignificante cantidad de dinero, claro está —expresó irónicamente mientras se reía.

—¿Solo dinero? No me lo creo, tiene que haber algo más, sino no me hubiesen hablado tanto de ti. Esta técnica de dar bandazos de un lado a otro y contar solo lo superficial te funcionará con otros, pero conmigo o hablas claro o te quedas sin cena.

A Iryna aquella autodeterminación le despertaba una gran intriga.

—¿Y qué crees que es si no?

Antonio se rasó la barbilla, pensativo, mirando al horizonte en el que solo se veían coches y autobuses y se respiraba una gran contaminación. Se trataba de hacerse el interesante.

—Tú no quieres solo dinero. Ya eres suficientemente rica, nada más hay que echarte una breve ojeada, creo que ansias poder, por eso estabas reunida con ese hombre, que si tengo entendido es un político español con las manos metidas en algunos chanchullos. Necesitas hacerte un puesto entre las personas más poderosas del mundo, por eso tus negocios con el congreso — guiño Modales su ojo derecho.

Esta le observó sorprendida, siempre guardaba bien sus espaldas y creía haber tomado las precauciones necesarias para que nadie se enterase de sus negocios, solo Tom era consciente de que estuvo allí y los hombres con los que se reunió. No contestó, dejando que este siguiese con las riendas de la conversación.

—¿No es así? Te tomaste muchas licencias para intentar que nadie se enterase de tu visita a España, sin embargo, fracasaste.

—¿Quién eres? —preguntó con serio rostro de preocupación.

Al llegar, el restaurante estaba completo, pero tras una breve conversación con Modales y un fajo de billetes el «mettre» les acompañó hasta una mesa que accidentalmente había sido cancelada a última hora su reserva, situada en la esquina con vistas a una concurrida avenida, presidida por una vela aromatizada y mantel muy elegante.

—No me has contestado a la pregunta, ¿cómo sabes todo eso?

—No temas, somos amigos —dijo mientras se reía a carcajadas mirado con cierto desprecio a las personas que estaban cenando en ese momento—. ¿Te acuerdas del sobre que te llegó sellado con un pen drive en su interior? Ese que mandasteis a vuestro hombre, el cual supongo que no habrá descifrado todavía, dado que no he visto nada relevante en las noticias hasta el momento. Soy el que ha establecido todo el plan.

Iryna quedó impresionada. Se encontraba con la boca abierta sin saber qué decir, apenas era capaz de articular ni una sola palabra.

—Le ruego que me disculpe maestro. No sabía que era usted, realmente tengo entendido que muy poca gente conoce su verdadera identidad.

—Así es, eres de las pocas afortunadas. Llevamos tiempo observando vuestro trabajo, no han conseguido el objetivo que nos fijamos y han fallado en varias ocasiones, aun así, seguimos confiando en vosotras. Sois nuestros únicos activos ahora mismo, no tenemos ningún otro. Todos han caído.

—¿Todos? —preguntó anonadada— Sí, estamos trabajando para ello, tenemos a un hombre, no sabremos cuándo estará preparado, pero creemos que es el adecuado. Como usted ha dicho todavía no ha conseguido abrir el dispositivo, realizó un primer intento sin mucho resultado, pero estamos seguras de que acabará dando con la contraseña. Si me lo permite, no le esperaba con ese aspecto. Han hablado mucho de usted, yo misma me incluyo y siempre suponíamos que sería una

persona entrada en años, con el pelo canoso, arrugas por toda la cara, cuerpo fondón y paso lento acompañado de un bastón con toques de plata. Se le tiene mucho respeto, jamás pensaría que tendría prácticamente la misma edad que yo.

Este obvió todo lo que acababa de decirle, no era la primera vez que se lo decían. La edad de Antonio rondaba los 40 años y los pocos que sabían cuál era en realidad su identidad se extrañaban que siendo tan joven hubiese conseguido llegar a dirigir toda la organización. Se limitó a observarla atentamente.

Tras más de dos horas hablando, este se marchaba tras haber pagado la copiosa cena.

—No puedes contar nada de lo que hemos estado hablando, ni decirle a nadie absolutamente nada sobre mi aspecto físico, me ha costado mucho mantenerlo en secreto durante tantos años. Ni siquiera a tu amiga de ojos verdes —le hablaba de Lena.

—Espere, venga a mi casa, tomemos una copa y sigamos hablando. Tengo muchas preguntas, como ha dicho en la cena sabe que puede confiar en mí, no diré nada a nadie. Necesito saber algunas cosas acerca del por qué, del cómo surgió todo. Sé que me lo ha ido contando durante la cena, pero hay algunas cosas que no logro comprender del todo.

—No es buena idea. No es necesario que lo entiendan.

Ella seguía hablando, haciendo caso omiso a las palabras de Modales, el cual había tenido que llamar varias veces la atención a Iryna tras llamarlo maestro en repetidas ocasiones, situación que estaba haciendo despertar cierto interés en los ciudadanos que se encontraban allí.

—Sobre todo eso de que su objetivo no es causar muertes, estábamos convencidas de que ese era el fin, de que para eso se preparaba a nuestro hombre, que la información que hay dentro del pen drive es la localización de una bomba que activar, o de un arsenal de armas con el que hacerse para sembrar el caos en algún punto de alguna ciudad, sin embargo si usted dice ahora que el objetivo no es causar bajas, ¿cuál es entonces? ¿Para qué estamos preparando a nuestro hombre? ¿Qué es lo que hay en el pen? ¿Qué es lo que tendrá que hacer? —las preguntas eran innumerables y las respuestas escasas.

Finalmente accedió a acompañarla a su casa. Durante la estancia en la casa Modales no soltó la copa de *whisky* ni un segundo, estaba tomándolo rebajado con agua. Iryna no paraba de hacerle preguntas insistentemente sin darle un respiro, sin embargo, este no estaba respondiendo a ninguna, tan solo observaba con las pupilas dilatadas debido al puro que se acababa de fumar los ojos azul cristalino de ella. Empezaba a ver en esa mujer un punto de atracción que no había encontrado al principio de la cena, quizás influía en ello las cuatro copas de alcohol que llevaba encima acompañadas del puro, pero sus deseos de terminar en la cama con ella iban en aumento, aun así era un hombre inteligente y sabía que a ella ponérselo tan fácil no le gustaría y terminaría por rechazarlo, con más razón debido a que esta llevaba toda la noche intentando averiguar cosas y este tan solo le contestaba muy superfluamente y no a todas las cuestiones. Antonio Modales fijó su mirada en ella, esta se la mantuvo como si de un juego se tratase.

—Deberías dejar de beber ya, llevas demasiadas por hoy —le dijo haciéndole creer que se preocupaba por él. Él, creyendo que enrabetarla sería el mejor método para conseguir lo que quería se echó otra copa bien cargada, sin rebajarla esta vez. Se levantó mientras mantenía la mirada, estaba echándole un pulso. Se balanceaba. Iryna parecía cansarse de aquella situación.

—Visto que no vas a responder a ninguna pregunta que te haga, me voy a la cama, mañana me espera mucho trabajo y debo descansar, deja el vaso en el fregadero cuando termines y cierra la puerta, ha sido un placer, aun así ni el maestro ni nadie me van a hacer perder el tiempo... me esperaba más de usted —aquello sonó con cierto retintín en el «hall».

Mientras se marchaba hacia su habitación dando por terminada la conversación y ante la absorta mirada de Modales que no se podía creer el desplante que estaba sufriendo, Modales preguntó:

—¿Por qué poder?

Esta se giró como si en ella se hubiese accionado el botón de contestar.

—¿Qué por qué poder? A menudo he oído hablar debates absurdos sobre si el dinero daba o no la felicidad. Mis padres siempre estaban enfrentados defendiendo cada uno su postura. Supongo que ya sabrá que mi familia no era una familia adinerada como la de Lena, por lo tanto, me ahorraré detalles innecesarios sobre mi repugnante infancia. Cuando iba creciendo ese debate acerca del dinero rondaba mi cabeza permanentemente y se perfilaba sobre el sí al ver que muchas de las cosas que querían se conseguían únicamente con dinero, así pasó mi juventud, viendo cómo la gente gastaba y gastaba en cosas innecesarias y yo apenas tenía para unos vaqueros y una chaqueta. Me preguntaba constantemente que podía hacer para conseguir dinero, mis padres no me daban nada el fin de semana lo que me provocaba innumerables discusiones y castigos, cuando mis amigos salían al cine, yo me quedaba en casa, cuando iban a tomar algo yo no iba, así en numerosas ocasiones. Llegué a robar, a pedir dinero a las puertas de una iglesia haciéndome pasar por una fiel devota, yo... creyendo en la religión—se rió—. Yo que me prometí que si veía a dios acabaría con él terminé pidiendo limosna poniéndolo de excusa, llegué incluso a echarme unos cuantos novios bastante mayores que yo que me lo pagaban todo, más el dinero que les robaba sin que se dieran cuenta. Con todo eso empecé a ahorrar, a tener cierto dinero, insignificante ahora mismo, pero en aquel momento era de las que más tenía y era gracias a mí, aquello me subió muchísimo el ánimo. Invertí en bolsa, pero lo perdí, menos mal que invertí poco, sin embargo, necesitaba, ansiaba más dinero. Teniendo dinero pensaba que así sería feliz, porque podría comprar algunas cosas que quería, pero me terminé dando cuenta de que cuando tenía esas cosas quería otras, otras que valían aún más, nunca era suficiente y contra más dinero tenía mis lujos eran mayores. Entré en un bucle del que no podía salir. Y cuando estuve a punto de empezar a prostituirme apareció ella... Lena. Se acababa de cambiar de instituto, porque según contaba las niñas de los otros centros la aborrecían por todo el dinero que poseía y ella que nunca se había achantado le partió la nariz a una de ellas, motivo por el cual fue expulsada, aunque contaba también que ya llevaba unos cuantos partes más. Era incontrolable, indescifrable, rebelde y contaba historias sobre dinero sin importarle quien se quedase o se fuese. Era todo lo que necesitaba oír. La mayoría de niñas la rehusaron, hablaban mal de ella y la tenían como la pija del instituto, pero yo me uní a ella, éramos inseparables, nos lo contábamos todo y también éramos muy guapas. Me ayudó a invertir el poco dinero que tenía y lo doblé, sin embargo, seguía necesitando más. Hasta que un día apareció en mi vida Robert Ivanov, el padre de Lena, banquero jubilado, con dinero tanto negro como legal para aburrir. Todo de él me interesaba. Aprendí muchísimo. Se convirtió en mi maestro —esbozó una sonrisa de anhelo hacia este personaje—. Gracias a él soy quien soy hoy en día, me aconsejó que entrara en la organización, decía que durante su época en la banca había desviado cierto dinero para financiarla y que creía fielmente en tu antecesor. Creía en vuestra causa e hizo mucho porque entendamos esto tal y como es hoy en día. Él fue quien me hizo ver que lo que yo ansiaba no era dinero sino poder. Con el dinero sucedía lo que te he estado contando, siempre quieres más, nunca te llega a satisfacer por completo, sin embargo con el poder puedes tenerlo todo sin desembolsar ni siquiera una ínfima cantidad, en todos sitios saben quién eres, te ceden el paso, te regalan las cosas y tienes el efecto de hacer y deshacer a tu antojo, puedes conseguir lo que ansíes, desde una entrada para un musical

del cual las entradas estaban agotadas desde hace meses, hasta una *suite* en el hotel más lujoso de todo París. Y todo ello gratis, tan solo por ser alguien. Tener poder.

—Interesante —le interrumpió—. Pero ¿y él? Hablas en pasado cuando lo nombras.

Esta cabizbaja contestó explicándole que había muerto en un accidente de avión, en ese momento las lágrimas casi la controlaban, sus ojos se habían convertido en un mar y el rímel le corría por la cara sin piedad ninguna. Ocasión que aprovechó para acercarse hacia ella y abrazarla en señal de compasión.

—No te preocupes, estoy aquí —le decía mientras le limpiaba las lágrimas y el rímel de la cara.

Era un momento muy íntimo. Estaban pegados el uno al otro. Y aprovechando el momento de debilidad de Iryna Antonio la besó, ella le arrastró hacia la cama, acababa de romperle la camisa, parecía otra. La ropa sobraba y ambos estaban desnudos en la cama. Ella estaba a horcajadas encima de Modales, se notaba la excitación en sus cuerpos. La siguió besando, sus manos recorrían su espalda mientras le acercaba cada vez más y más hacia él. Poco a poco los besos se fueron haciendo más bruscos. Empezaron a sonar los muelles de la cama. El cuarto era el de invitados y la cama dejaba bastante que desear. Al transcurrir un rato, cambiaron de posiciones, ahora ella estaba debajo. Sus manos tiraban de las sábanas al compás de las embestidas y de sus bocas salían gritos de placer. Él sentía como el sudor empezaba a recorrerle la frente, comenzaba a fatigarse, pero el cansancio no le importaba. Le agarró del pelo, haciéndole una coleta con su mano derecha, tardó más de lo normal. Su mano izquierda recorría la columna vertebral de ella como si se tratase de un ejercicio de aprendizaje, en el que el objetivo era memorizar su cuerpo a través del tacto. Entonces aquel ambiente de deseo se rompió por el gemido de ella, más alto que cualquier otro, más apasionado. Él cayó encima de ella, se tumbaron los dos en la cama, el pecho todavía se les movía a ritmo acelerado. Todo había terminado.

Modales despertó antes y se puso a rebuscar entre las cosas de esta, al parecer todo estaba planeado, se trataba de un control rutinario para observar que todo iba según lo previsto y que sus miembros no se descarrilaban. Con mucho cuidado fue mirando cada cajón, percatándose de no hacer ningún tipo de ruido. No encontró nada raro, pero mirando una cajita que tenía al fondo a la izquierda de un cajón bien guardada y con contraseña... consiguió abrirla pensando que tendría algo relevante, sin embargo, después de varios intentos acertó a dar con la clave: 1, 2, 3. Y para su sorpresa encontró una nota de amor, en la que ponía:

«Dicen que una pareja es mucho más que hacer el amor y es evidente. Una pareja empieza por la cabeza, amando esa forma de ser. Luego va bajando a esos ojos, que te miran como si te fueran a dar la vida... o como si te la quitaran. Sigue bajando hasta la boca, esa que dice y hace maravillas y sirve para comerte el cuello. Ese es mi talón de Aquiles. El cuello. Ahí es donde tú te apoyas y me haces temblar. Me haces pequeña. Esto no es una carta de amor, ni de pasión, ni tan siquiera de compasión, sé que te vas, pero quiero despedirme a mi manera. No estoy aquí para decir cosas bonitas, deseo que tú tampoco las esperes, al fin y al cabo, esto fue muchas cosas, pero nunca algo bonito. A todo esto, yo seguía bajando y en mi escalera me topé con tu corazón, ese que sigo sin entender cómo te cabe en el pecho, ni como es capaz de aguantar toda esa cabezonería. Pasé a su vientre, en el cual yo me acostaba todas las noches, no había mejor lugar para descansar. Y bajé... y estallé, estallaron mis ganas contra las tuyas y al explotar se escucharon... te lo dejo a tu imaginación. Porque una relación no es solo follar, una relación es sentir dolor cuando esa persona está mal, ponerte delante de ella cuando vienen las balas. Tener una relación es apostar todo a una carta sabiendo que tienes todas las

de perder. Y esa relación es imposible entre nosotros dos.

Te quiero: Robert».

Modales quedó sorprendido, estupefacto, no podía creer lo que acababa de leer en aquella carta. Iryna estaba enamorada del padre de su fiel compañera... rápidamente se le vino una pregunta a la cabeza... ¿Lo sabría Lena?

—¿Qué haces mirando eso? Es privado.

Iryna se acababa de despertar y lo había pillado leyendo la carta. El enfado era notorio, sumado a que su carácter de recién despertada no era el más apetecible hacían de aquel momento algo muy incómodo. Le arrebató la carta de la mano y buscó el baúl con la mirada, volvió a meter la carta dentro y pidió explicaciones. Sin embargo, este no respondió a sus preguntas.

—¿Estabas enamorada del padre de Lena? ¿Te llegaste a enamorar de él? —dijo con cierta sorpresa.

—Eso no es asunto tuyo.

—Deberás responder a mis preguntas, recuerda quien soy.

Esta agachó la cabeza en señal de haberse dado por vencida.

—Sí, me llegué a enamorar de Robert y estuvimos juntos, por desgracia, no durante mucho. Él solo me había utilizado para echar unos cuantos polvos con una chica atractiva y mucho menor que él, sin embargo, yo me volví loca por él. Me enseñó todo lo que sé, y tenía todo lo que necesitaba, pero me rechazó insistentemente.

—Y esta carta, ¿por qué no se la diste?

—Esa era mi intención, era mi última bala, después de esa carta no intentaría nada más, estaba decidida a alejarme de la ciudad, marcharme para siempre, a dejar la organización si me rechazaba, pero cuando volaba hacia Chicago su avión... nunca pude dársela. Y me juré a mí misma que sería todo lo que él me había enseñado. Por eso no me terminé marchando de la ciudad, sé que él hubiese querido que siguiera...

—Y supongo que de todo esto tu querida amiga no sabe nada, es así o ¿me equivoco?

—No, no sabe nada, nunca supo nada. Ni debe saberlo, es pasado y que se enterase solo afectaría a la causa y no solucionaría absolutamente nada. Ni se te ocurra decirle nada —le advirtió en un tono desafiante olvidando quien era.

—Guarda tus formas, recuerda con quien estás hablando... —le volvió a advertir.

XX

La vida de Tom por Londres se había convertido en algo monótono. Su vida con Elisabeth seguía siendo cordial, aunque aburrida, pero se complementaban bien entre sí. Acababan de cumplir dos años como pareja. Algunos amigos les habían incitado a que intentasen tener hijos para así formar una familia definitivamente. Elisabeth no se negaba, aunque tampoco accedía a ello, siempre decía que ya verían cómo iban las cosas, «estas pueden cambiar mucho». Sin embargo, Tom era reticente. Se negaba a tener hijos, su relación con sus padres no había sido la más deseada y no quería que eso le volviera a ocurrir. En cuanto al trabajo permanecía en el puesto que el señor Jamie le había asignado a dedo, con un margen de discrecionalidad objetable. Sus tareas seguían congeladas, había perdido algo de fuelle en la empresa, ya no lo mandaban con

tanta asiduidad a realizar tareas de espionaje, ni solía estar presente en las reuniones. Sus labores únicamente se limitaban a seguir observando, negociando y sobornando a Simon Burks. Sin embargo, él estaba contento, ganaba un sueldo que jamás en su vida se habría imaginado, tenía garantías, una mujer que le quería, quizás no era el amor de su vida, pero estaba ahí cuando le necesitaba. Se apoyaban el uno en el otro, y la confianza entre ellos había llegado a su punto más álgido. De su madre por el contrario no sabía nada. No esperaba su llamada, menos después de cómo habían terminado, pero suponía que la llamaría para investigar la muerte de su padre, sin embargo, no había sido así. Su novia seguía siendo la secretaria del señor Jamie. Pensaba que salir con Tom no sería del agrado de este, sin embargo, Jamie se lo tomó sin más, como si de una noticia más se tratase, no le afectó en nada a ella, aunque Tom había pensado en varias ocasiones que esa era la razón por la que tenía menos volumen de trabajo y responsabilidades.

Jamie, sin embargo, estaba viviendo un momento más convulso, la ruptura con su mujer era un secreto a voces, ella le había pillado paseando de la mano con Amelie por «Picadilly Circus», tras contarle una mentira tras otra intentando convencerla él solo desestructuró todo el quilombo que había formado alrededor de su vida intentando ocultar aquella mentira. Melissa Norton estaba viviendo en un piso que tenían a su nombre. Había comenzado los trámites para el divorcio. Como consecuencia las acciones de Denax habían caído en picado y esta tenía paralizadas dos decisiones de gran peso en la empresa. Ya que era necesaria su aprobación para determinados asuntos de gran calado. Para colmo Amelie discutió airadamente con él porque según ella ya se lo había advertido y este no quiso darse cuenta. Ahora no se hablaba con ninguna y ambas lo rehusaban. Jamie se había quedado por el momento en su lujosa mansión, pero se le hacía pequeña, solo tenía la compañía de la señora de la limpieza, la cual debía de haberse enterado de lo sucedido ya que llevaba semanas retirándole el saludo, cosa en ella muy extraña. Todo esto estaba afectando a su vida laboral y ya había habido varios intentos de personas allegadas para hacerse con el mando de la empresa, sin embargo, Tom, que sí se encontraba en un buen momento de su vida desvalijó las oportunidades de estos a quitarle el puesto al señor Jamie. Por si fuera poco, los chantajes al fiscal Simon Burks estaban en un punto muerto. Aunque creía que la información sobre su supuesta vinculación con el nazismo alemán le daría todo lo que necesitaba, la realidad es que no estaba sucediendo así y este se mantuvo firme hasta que regresara de su viaje. Viaje que por motivos que eran desconocidos para Jamie había supuesto una suculenta oferta para el fiscal que le conllevaba estar viajando constantemente y no tener tiempo para una reunión con este. Situación que enfadaba y desconcertaba mucho a Jamie y a sabiendas que el trabajo que estaba realizando era ilegal, ya que continuaba siendo fiscal en la capital inglesa aun así no había sido capaz de averiguar de qué negocios se trataba ni dar con nadie que le proporcionara una información veraz. Se negaba a llamarlo sin tener una carta en la manga. Su información había supuesto el empate con Burks, pero necesitaba algo más para conseguir desvirtuar a este y que cediera en virtud de la empresa. Necesitaba un movimiento letal. La realidad era que ambos tenían suficiente información como para acabar con respectivas carreras.

—¿Encontraste algo nuevo sobre Simon Burks?

—Nada jefe, parece como si hubiese dejado de lado todo lo relativo con los medios electrónicos. Me han dicho que cambió de número y de casa. Ya no vive con la que era su esposa. Y viaja constantemente. No hay un destino habitual salvo los Emiratos Árabes, pero viaja cada semana y suelen ser países de oriente, aun así, por lo que me han podido contar se tiene constancia de que son viajes de ocio. Sigue siendo el fiscal más importante de Londres.

—¡Y una mierda! Tiene que a ver algo más, sino ¿por qué iba a estar evitándonos desde hace

casi dos años ya? Algo se nos está escapando.

—Seguiré investigando, hasta el momento eso es lo que me han contado mis fuentes —dijo Jamie mientras se encogía de hombros. ¿Cómo va el tema con su mujer? ¿Lo ha conseguido arreglar? ¿Y Amelie? —comentó intentando cambiar de tema de conversación— Perdone por meterme en su vida, pero ya sabe que el tema de su mujer es importante para la empresa, necesitamos sacar adelante algunos proyectos y sin su aprobación es totalmente imposible —Tom intentaba hacerle ver que podía llevar las riendas de Denax.

Agachó la cabeza en señal de respuesta. Ya lo sabía, pero el tema con su esposa no tenía buena pinta y necesitaban encontrar otro camino para sacar aquellas propuestas adelante, ya que haciendo las paces con su mujer no parecía que hubiese posibilidad.

El secretario de Estado de interior se encontraba hablando con Gerhard Harrelson, comisario de Scotland Yard. Este ingresó en la policía en 1980 y sirvió como responsable de la policía de «Merseyside». Su carta de presentación era excelente por numerosas actuaciones meritorias. Innumerables eran las operaciones que había comandado con un gran éxito. Además, poseía una gran disciplina y era querido y admirado por todos.

Entre las tareas de sus agentes estaban las de mantener la seguridad y el orden público de la capital, pero también actuar como cuerpo nacional responsable de la lucha antiterrorista en todo el país.

El comisario estaba poniendo al corriente a David Evanson sobre cómo estaba transcurriendo la operación «*district attorney*»:

—Llevamos mucho tiempo investigando a Simon Burks, pero sus tratos con la realeza y sus falsas hazañas hacen que sea muy difícil indagar en él y para colmo si sale a la luz la ciudadanía en masa se nos echaría encima. Sin embargo, tenemos claros indicios de que ha cometido operaciones ilegales y colaborado con organizaciones criminales.

—Pero no tenemos pruebas, medios que lo justifiquen...

—Que se puedan presentar ante la justicia no. Necesitamos algo más para procesarlo, además él sabe mejor que nadie que es lo que está haciendo al margen de la ley y estamos seguros de que tendrá bien guardadas las espaldas. Las últimas noticias que tenemos sobre su vida son que ha terminado con su esposa y cambiado de piso y teléfono móvil, por lo que tiene que estar metido en algo muy sucio, estoy convencido de ello.

—Es un corrupto, sabrá que le estamos investigando. Pero tiene que haber hecho negocios, tratos con alguien de la propia capital. No me creo que de la noche a la mañana haya pasado de ser uno de los fiscales más reputados del mundo a tener trato con traficantes de armas y drogas en los países de oriente. Primero tiene que haber habido alguien aquí del cual se haya beneficiado a cambio de algo.

—Sí, así es. Pero el tipo es muy listo, de la persona, empresa, mejor dicho, que como dice usted se ha beneficiado es Denax.

—¡Joder, me cago en la puta! —el secretario de estado dio un puñetazo a la mesa, mientras miraba por la ventana buscando una solución— Hay que buscar otra vía entonces, no podemos meternos con el señor Jamie, tiene una de las empresas con más poder no solo de Londres, sino en el mundo y las ganancias que da a la capital son necesarias. No podríamos abrir un procedimiento que sería histórico sin ningún tipo de precedentes y meter por medio a Denax. Acabáramos perdiendo —dijo con total rotundidad.

—Ya señor, pero si vamos a por Burks, directa o indirectamente se verá afectada, no queda otra, el asunto es muy grave y les tocará de una u otra forma.

—Pues hay que buscar la manera de que eso no pase, si no acabaremos tú y yo en casita, con una cerveza y sin dinero en nuestra cuenta corriente. Denax es una de las empresas mejor valorada por los ingleses y defiende a la reina y al Estado en numerosos pleitos, además de a incontables ciudadanos de cierto renombre. Si se ve afectada, algún periodista entrometido podría escribir un artículo en algún periódico importante sobre la relación de una empresa con posibles casos de malversación, sobornos y quién sabe que más con la casa real y solo sería cuestión de tiempo que todo cayera por su propio peso. No estoy dispuesto a ser quien destape esa trama.

—Pero... yo puedo negarlo, intentar esconderlo, aun así, mis chicos no son estúpidos y se darían cuenta, no sería fácil pararlos con una información de semejante peso.

—Cuando eso pase, si llega a suceder, habrá que pararlos, de una u otra forma —susurró aspirando el humo del cigarro que portaba en la mano izquierda.

Evanson salió maldiciendo. La situación era francamente complicada, llevaban cuatro años de operación en la cual habían avanzado muy poco, pero ahora con la salida de este del país parecía haberse agilizado toda la trama y se habían abierto nuevas vías de investigación que le habían dado un gran impulso, sin embargo, se encontraban ante un gran escollo, ¿cómo esquivar a una empresa que era la principal actora de todo? ¿Cómo acusar a Simon Burks sin que la empresa de señor Jamie se viera entrometida? A Stefan aquello le parecía imposible y se mostraba partidario de que esta pagara los perjuicios que había creado.

—Él solito se los ha buscado —decía.

Sin embargo, el secretario de Estado era mucho más reticente a ello y sabía que si eso ocurría se vería privado de su puesto con total inmediatez. Burks no era el único que tenía amigos en la casa real.

Al corriente de la operación se encontraban escasas personas. El comisario y su equipo formado por siete agentes, el propio secretario y alguna persona más situada en un escalafón más alto que este último. Solo así se explicaba que la operación se hubiera mantenido en absoluto secreto y no hubiese llegado a los oídos de nadie, incluidos el propio fiscal y la empresa. Justo cuando estaba saliendo de Scotland Yard empezó a sonarle el teléfono, este lo descolgó mientras se quejaba de la inoportunidad. El día iba mal y acababa de empezar.

—¿Sí? —el tono de Davenson era típico en él, a menudo estaba cabreado. Era una persona conocida por su gran sequedad.

—Soy Marcos Farreres. ¿Se acuerda de mí? Me dijo que le llamase si tenía alguna información nueva sobre el señor Jamie.

—¿Y? ¿Ha descubierto algo nuevo? Según me han contado hasta el momento su ayuda no nos ha servido de mucho —continuaba con su sequedad habitual.

—Como me aconsejó el comisario Stefan terminé estrechando mi relación con Tom, la mano derecha de Jamie. Pero sería más conveniente hablar en persona que por teléfono, nos estamos jugando mucho.

—A las 18:00 p.m. en el número 20 de «Peel Street». Hay un pequeño bar, entre, estaré sentado en la mesa del fondo a la derecha —colgó el teléfono.

Parecía esperanzado, pero mantenía la cordura, podía ser información falsa, o tan solo no servir de nada para lo que querían. Su principal problema se encontraba en cómo procesar a Simon Burks, como abrir un juicio contra él sin que se viera implicado en ello Denax.

Quedaban dos horas y media para las 18:00 p.m. Sabía que Marcos era un activo importante, que había contribuido en numerosas operaciones con su tapadera de alto cargo en diferentes embajadas, sin embargo, echó una ojeada a su expediente actualizado para ver que todo estaba en

orden. Así fue. La maestría de este con las armas no se debía a su capacidad de razonar, ni a su cabeza bien amueblada, ni siquiera a enseñanzas de su padre. Era agente de Scotland Yard desde hacía dieciséis años, ahora retirado solo servía de informador desde lo del accidente de su hijo. Su trabajo en España había consistido en detectar y desarticular posibles cédulas terroristas. De ahí venía su perfecto dominio de las armas. Su traslado a Londres se debía a que era un agente reconocido, el cual había mantenido estrechos vínculos con Tom, ahora mano derecha del señor Jamie. Había sido destinado con el objetivo de unirse a este primero, y sacarle toda la información posible sobre Simon Burks. Sin embargo, en Scotland Yard había dos bandos bien definidos. De un lado los partidarios de que pagase también la empresa del señor Jamie y de otro los reacios a que eso sucediese. Había mantenido durante una gran parte de su vida engañadas a todas las personas de su alrededor.

Ambos llegaron a la vez al pequeño y espantoso bar. Apenas había un par de taburetes en la barra, servilletas usadas por todo el suelo y platos fríos y con una pinta horripilante en la barra. Al andar se iban quedando pegados los pies y encontrar una mesa limpia era tarea imposible. Davenson pidió que le limpiaran una mesa con su simpatía habitual.

—¿Qué es lo que ha descubierto? —David no se anduvo con tapujos, apenas se habían sentado y ya había puesto sobre la mesa la pregunta por la que ambos se encontraban en aquel cuchitril— No estoy para perder el tiempo.

—Señor secretario debería usted relajarse un poco. La información que puedo darle es veraz, está contrastada y les será de gran ayuda para su investigación, sin embargo, ya sabe que mi trabajo hace tiempo que dejó de ser el de espiar, si por algo acepté este destino fue por el reto.

—Y por el dinero... —esbozó sin cortarse un pelo.

—Así es. Me lo han quitado todo señor Davenson. No seguiría trabajando por la mierda de sueldo que ganaba antes. Supongo que estará al corriente de que, a parte de mi sueldo, cobro una pequeña comisión. Y lo suelo hacer por adelantado.

—Tengo su dinero aquí, no se preocupe por eso. Todo el mundo tiene un precio ¿eh?

Al parecer Marcos había sucumbido al dinero. Llevaba varios años nefastos tras la muerte de su hijo y tenía varias deudas pendientes de alcohol y juegos. La única manera de pagarlas fue aceptando que los corruptos vivían mejor. Después de contar el dinero y percatarse de que estaba todo, sorprendió a este con una pregunta.

—Y usted, ¿no ha pensado en pasarse al otro lado de la ley? Ganaría muchísimo más de lo que puede imaginar y podría hacer mucho más felices a sus hijos Thomas y Margaret, ese colegio al que van no es digno de alguien como ellos, se merecen lo mejor. ¿No cree? —dijo con gran ironía. Acababa de demostrarle que sabía grandes cosas sobre él, quién era, dónde vivía, cuántos años tenían sus hijos y a que colegio iban todas las mañanas.

El rostro de este se desconfiguró por completo, aunque trató de aguantar la compostura.

—Ni se le ocurra hacerles nada a mis niños. Como le vea a menos de quinientos metros de ellos le empapelo. Está avisado —en la mirada de este se podía vislumbrar la rabia.

—Tranquílcese señor David Davenson, nadie ha dicho nada de hacerle daño a sus hijos —le dijo mientras le guiñaba el ojo izquierdo presidido por las arrugas—. Está haciendo tratos con los chiitas, estos dan un cargamento de armas a Burks y él se encarga de que pasen la aduana y venderlas a las mafias. Tengo entendido que se lleva un veinte por ciento del negocio.

—¿Y cómo consigues pasar por la aduana sin tener que declarar las armas?

—Es complicado de explicar. Ahí es donde entra la empresa del señor Jamie. Denax posee fiscalistas en las aduanas, estos se encargan de la revisión del valor en aduana, análisis de

clasificación de productos y asesoramiento de trámites frente a la Aduana para obtener autorización de estos regímenes. Cuando llegan las armas siempre hay un fiscalista de Denax, lo tienen preparado y deja pasar el material dando el visto bueno a las armas como si fueran cualquier otro producto legal.

—¡Para! ¡Detente! No me vale, Denax no puede verse implicada en la operación —no le gustaba lo que estaba escuchando, su cara era transparente, este se había dado cuenta, sin embargo, esa era la información.

—Es imposible que esa maldita empresa no se vea afectada, está en el centro de la trama. No puedo hacer nada más.

El rostro de Davenson era un poema. Llevaba años detrás de aquella trama, se había convertido en una obsesión que le atormentaba todas las noches y ahora lo tenían casi todo para meter entre rejas a Simon Burks, después de mucho tiempo, sin embargo, los intereses primaban y no podía hacer nada para que estos desapareciesen sin que se entrometieran.

—Tiene que haber algo más, no puede terminar aquí sin más. ¿Cuándo ha sido la última reunión entre el señor Jamie y Burks?

—Según mis informadores llevan mucho tiempo sin reunirse en persona, no hay forma de saber si están en contacto a través de otros medios, pero ellos, personalmente, estoy convencido de que no se han visto. Sin embargo, ambos siguen cooperando.

—¡Joder! Estamos como al principio, no me sirve de nada su mierda de información —dio un puñetazo en la mesa e hizo que las escasas personas que estaban presentes en el bar se girasen al instante asustadas.

—Mi información es buena, sin embargo, usted quiere que le hagan todo el trabajo sucio y llevarse la recompensa sin tener que mancharse las manos. Esa es la información. Haga con ella lo que quiera. Yo he cumplido mi parte. Mi dinero —dijo en un tono que parecía más bien una orden que una pregunta.

Davenson le tiró el sobre en la mesa mientras se marchaba maldiciendo, salió dando un portazo ante la absorta mirada de todos. Necesitaba pensar sin que nadie le molestase. Fue andando durante media hora hacia el viejo búnker de Winston Churchill en pleno centro político de Londres, cerca de «Downing Street», aunque pocas personas sabían de la posibilidad de bajar al laberinto subterráneo en el cual, Churchill y su gabinete de gobierno, se protegieron durante los bombardeos alemanes de la segunda guerra mundial. Allí abajo uno se trasladaba a aquellos meses intensos, los mapas aún colgaban de las paredes y el aire que se respiraba estaba impregnado del humo de los puros que se fumaron presos de la angustia. A este le gustaba pasar sus ratos libres en aquel búnker, tenía trato con los guardias de seguridad que facilitaban el acceso a él y a menudo les daba una pequeña remuneración a cambio de que nadie bajase por allí en un par de horas. En aquel lugar a Davenson le gustaba imaginarse que era uno de los hombres más poderosos de toda Reino Unido y con tan solo una llamada podría cambiar la vida de muchos. A sus cuarenta y nueve años su mirada estaba marcada por notables ojeras de todas las noches en las que no conseguía conciliar el sueño, a pesar de su aparente serenidad había sido imposible frenar las canas que hacía ya años que se habían apoderado del poco pelo que le quedaba. Mas su altura no le acompañase, sus trajes dejaban entrever que había sido deportista durante muchos años de su vida y aunque los tiempos hubieran cambiado continuaba cuidándose como antaño. Desde bien pequeño había demostrado gran inclinación por la política, sin embargo, a medida que fue madurando quedó decepcionado por los políticos al ver que había gran diferencia entre lo que prometían y luego cumplían. Debido a la muerte de su padre estudió ciencias políticas en la

universidad pública de Westminster ya que durante su infancia y adolescencia sus padres hablaban, en numerosas ocasiones, sobre lo que podía y debía hacer un buen político fruto de la educación de sus abuelos politólogos.

Seguía sopesando la información que le habían proporcionado y cómo poder utilizarla sin que afectase a sus propios intereses.

▣

XXI

Habían pasado seis meses sin que ninguna noticia relevante le despertase, sin embargo, aquel día el teléfono no paro de sonar hasta que el escandaloso ruido le terminó por levantar. Era el señor Jamie informándole que tenía que volver a España, allí se reuniría con Simon Burks y podría hablar en persona sobre lo que estaba sucediendo. Por lo visto este visitaría la capital española para reunirse con algunos empresarios, el motivo lo desconocían. Sus conversaciones hasta entonces se habían limitado a reuniones breves y todas ellas a través de una gran pantalla. El fiscal continuaba lanzando emisivas. Aquella era una oportunidad propicia para estrechar el cerco, dejarle las cosas claras a Burks y observar cómo reaccionaba. El viaje lo realizaría Tom debido a sus raíces españolas y sus contactos allí.

—Te moverás mejor que yo —le dijo.

La realidad era que Jamie no podía darse el lujo de viajar, se supone por motivos vacacionales, dada la situación en la que se encontraba la empresa. Al principio se mostró reticente, pero bastó con una pizca de ayuda de Elisabeth para terminar convenciéndole. Esta llevaba tiempo presionándole para ir a Madrid, su argumento fue que así le podría traer mucha comida española.

—De esa dieta mediterránea que tanto os caracteriza —decía, sabiendo que era una debilidad para ella.

Volvió a perderse por aquel aeropuerto, que para él más bien parecía un laberinto. Jamie se había adelantado a todo movimiento. Ya tenía los billetes comprados, eran de clase turista, Tom se mostró reticente a viajar en clase turista, se había acostumbrado a ir en preferente. Le gustaba que le trataran como si fuese alguien importante, que estuviesen en todo momento pendiente de él, pero sin duda alguna lo que más anhelaba eran los asientos, nada tenían que ver con los incómodos y apretados asientos de la clase turista. Intentó cambiarlos en atención al cliente, pero era imposible, el avión iba completo y la chica de recepción no podía hacer nada por ayudarle.

—Qué suerte la mía, encima va a reventar el avión... —esbozó mientras seguía haciendo tiempo por el aeropuerto.

El avión era de los pequeños, un Boeing 717, él no tenía ni idea de aviones, pero durante la espera en la interminable cola escuchó como un padre le estaba explicando todo acerca de aquel avión a su hijo, por lo visto era el avión más pequeño de esa compañía. Entró en servicio en 1999 para competir en el mercado de los aviones antiguos que solamente tenían cien asientos. Pero en la actualidad habían dejado de fabricarse, así que aquel debía de ser uno de los pocos que quedaban en circulación. El trayecto se le hizo interminable, el vuelo solo duraba dos horas y media, pero eso sumado a que eran las 5:30 a.m. cuando se había despertado, a la tremenda carrera debido a que casi no llega a tiempo al aeropuerto y a que la persona que se le había sentado al lado no paró de roncar durante todo el recorrido hizo que este se convirtiera en una tremenda tortura. El aterrizaje fue algo accidentado, era otoño y los vientos dominaban Madrid, normalmente no era una ciudad en la que el viento imperase, pero durante ese otoño el viento fuerte se apoderó de las calles, y ocasionó numerosos destrozos. A Tom le apasionaban las turbulencias, se sentía cómodo y eso unido a las caras de miedo de la gente le provocaba una

enorme satisfacción.

Al llegar a la capital nadie le esperaba. No sabía cuántos días duraría su visita, pero esperaba que fuese poco, aunque Javier sabía de su visita y le había insistido hasta la saciedad que se quedara en su casa, esta vez no aceptó y reservó con escasa antelación una habitación en el Hotel Eurostars Madrid Tower, siempre había tenido curiosidad por conocer aquel sitio de cerca, más aun desde cuando dejó a Lena allí, se despertaron en él fuertes deseos de saber qué era lo que tenía aquel hotel que lo hacía tan «especial». A su llegada no tardó en darse cuenta, se alojaba en una habitación denominada «Skyline», las vistas daban al Paseo de la Castellana. La noche no le saldría barata pero su ansia por el lujo era inimaginable. Se había convertido en un fervor admirador de este. Tenía dinero para ello.

Las vistas eran fantásticas, por lo visto aquel nombre se debía a que era una habitación situada por encima de la veintinueve planta. Aquello le daba caché a la habitación. Para su opinión se trataba de un hotel en cuanto al servicio y habitaciones muy normalitas, nada del otro mundo, parecidas a otros hoteles de cinco estrellas en los que ya se había hospedado, sin embargo, allí todo giraba alrededor de las inmensas vistas, habían conseguido hacer un edificio con unas vistas impresionantes y darle un nombre y posterior precio, desorbitado, según su opinión. Se respiraba paz mientras veía por el mirador cómo transcurría la vida de otras personas, podía jugar a imaginarse la vida de estos, que desde allí arriba parecían diminutos. Después de un rato descansando siguió investigando, le llamó la atención que tuvieran incluso una carta de almohadas en la que podía seleccionar la que más se ajustara a sus necesidades a la hora de dormir. Pero lo que más le gustó fue sin duda alguna la ducha de hidromasaje bajo la que se pasó un par de horas relajándose. Solo tenía desayuno incluido, a la hora del almuerzo no tenía pensado estar por las inmediaciones del hotel y esperaba no arrepentirse de no coger la opción de media pensión, con cena, puesto que le habían hablado maravillas de su restaurante, pero el precio se incrementaba considerablemente. Tras dos días metido en el hotel exprimiéndolo cual ermitaño, decidió quedar con Javier. No sabía cómo concertar una reunión con Simon Burks y empezaba a darse cuenta de que probablemente tendría que forzar un encuentro, pero no tenía ni idea de cómo organizarlo, se vería con Javi con la esperanza de que le diese alguna idea, confiaba en él y encima tenía a Marcos de su lado, seguro que este ya le había puesto al corriente sobre su nueva relación, cosa que alegraría mucho a Javier. Por lo que estaría más receptivo a ayudar. Quería hacerle creer que había cambiado, como ocurrió con Marcos, sabía que no sería complicado.

Javier había desmejorado bastante, parecía mucho más mayor de lo que realmente era, tenía pinta de anciano, sin duda alguna el servicio de restauración había hecho mella en él. Incluso su forma de hablar había cambiado. Tom trató de disimular, no quería que se sintiese incómodo nada más verse después de tanto tiempo. Le dio un fuerte abrazo, Javier manifestaba incomodidad. Este se separó rápidamente pensando que había sido demasiado cantoso aquel abrazo, pero al soltarse le dio otro, ahora era él quien llevaba la iniciativa. Tom sonrió maliciosamente, todo iba a pedir de boca y tan solo acababa de comenzar. Era un gran actor, siempre se le había dado bien hacerle creer a la gente que le importaba defender una posición contraria a la suya, que estaba ahí para lo que necesitasen cuando realmente la única persona que le importaba de verdad era él mismo. Todo lo que hacía era por interés propio.

Trató de cortar el silencio incómodo.

—¿Cómo no has querido quedarte en mi casa? ¿Qué pasa contigo? Hay sitio suficiente. —dijo mientras esbozaba una sonrisa de amistad.

—Ya te lo dije, no sé por cuánto tiempo me quedaré por aquí, no quiero ser un problema para

tu mujer, sé que a ti no te supone ningún inconveniente, pero no estoy tan seguro de que a ella le apetezca tener a un desconocido en su casa por tiempo indefinido.

—Pero qué chorradas dices, pues claro que no le importa... y coges y ¿te alojas en uno de los hoteles más caros de todo Madrid? Venga Tom, quédate en casa, no nos importa en absoluto.

Aquello parecía más bien una súplica que una proposición, cosa que le desconcertó. No sabía qué decir así que decidió quedarse en silencio.

—Hacemos una cosa. Como no sabes el tiempo que vas a estar aquí, si ese pasa de una semana, dejas el hotel ese de pijos y te alojas en casa ¿vale?

Asintió con la cabeza mientras daba paso a temas más importantes,

—Tengo que contarte una cosa, necesito tu ayuda.

Javier le miró con cara de preocupación.

—Dispara. Puedes contar conmigo.

A Tom empezaba a cansarle aquella amistad infinita de este hacia él, como si fueran uña y carne, o como si confiaran el uno en el otro y llevaba únicamente tres días... aun así decidió obviarlo y continuar con la conversación, esperaba que dándole largas a su amistad entendiese el mensaje de: poco a poco.

—El motivo de mi visita a Madrid es Simon Burks, ya lo conoces, el famoso fiscal londinense, todo el mundo lo conoce... —dijo con tono de desprecio— necesito concertar una reunión con él, el problema es que no quiere vernos.

—¿Por qué no quiere veros?

—Todo a su debido tiempo por favor, te lo diré, pero ahora no es el momento —comentaba mientras le miraba implorando ayuda.

—Déjame que piense. ¿Dónde sería el sitio adecuado para encontrarte con él?

—Eso no importa, donde sea, solo necesito tener tiempo suficiente para charlar largo y tendido, sin que nos molesten.

Tras un buen rato dándole vueltas a la cabeza parecía haber dado con la tecla.

—Puedo llamar a un amigo, es el dueño de uno de los restaurantes más caros de Madrid. Seguro que el fiscal va a almorzar allí y si no es así sabrá a cual otro irá. Le pregunto si quieres.

XXII

Simon Burks tenía reservada mesa para cinco personas en Santceloni, uno de los restaurantes más caros de toda la capital, situado en pleno centro del Paseo de la Castellana, a escasos metros del Museo Nacional de ciencias naturales. Tom ya había hablado previamente con Giorgio Pacano, el dueño del restaurante, el cual para que cediera fue necesaria la intervención de Javier. Tenía una mesa privilegiada, muy cerca de la que estos tenían asignada pero lo suficientemente lejos para que no se percatara de su presencia. Este había rehusado en varias ocasiones al camarero que venía a tomarle nota, sabía que al final tendría que pedir algo, pero estaba intentando alargar al máximo posible aquella decisión.

Sobre las 15:25 entró Burks acompañado de tres hombres y una mujer. Reconoció a dos de los hombres y a la mujer que los acompañaba, la última era una alta ejecutiva de Roxon, una empresa de construcción. Los otros dos eran conocidos inversores de bolsa, pero no consiguió identificar

al último hombre, intentó preguntar con el fin de dar con su identidad, pero nadie sabía nada. Tampoco podían hablar, era notorio que en aquella mesa había mucha influencia. Decidió salir a fumarse un cigarro mientras pensaba cómo abordar aquella decisión, no tenía pinta de que lo fueran a dejar solo y si les interrumpía, se enojaría bastante y se negaría a hablar. Para colmo mientras andaba de un lado a otro con el cigarro en la boca se percató de que a escasos metros había dos personas que daban la impresión de ser los guardaespaldas de alguno de los que se encontraban allí presentes. Nada estaba saliendo como tenía planeado. Mientras tanto los otros se deshacían en elogios hacia la comida. Habían pedido una tabla de quesos de entrante y de segundo, costilla de cerdo blanco, merluza y ensalada de gamba roja, acompañado de un rioja para la carne y blanco para el pescado. La comida era exquisita.

Decidió desistir, no había nada que hacer. Pidió la cuenta en la que constaba únicamente una botella de agua y un refrigerio de naranja. Cabreado se fue al baño mientras pensaba que había sido demasiado iluso por pensar que aquel plan saldría bien. Casualmente se encontró a Simon Burks lavándose las manos. La cara de ambos fue de sorpresa y cierto temor. Se retaron durante un rato con la mirada, ninguno estaba dispuesto a bajarla en señal de fortaleza. El silencio prevalecía.

—¿Qué hace usted aquí? —acertó a decir Burks muy enfadado al ser consciente de que lo estaba espiando.

—¿No cree que sea hora de hablar con nosotros de nuevo? Lleva mucho tiempo desaparecido. Tiene un trato con la empresa y lo está incumpliendo. Tenemos información sobre usted que puede afectarle.

—¿Trato? ¿Con ustedes? —dijo con cierto tono irónico— Un trato se puede romper cuando a uno le convenga, es de palabra, no impone absolutamente nada, esa es la diferencia con el contrato, en el que sí está estipulado lo que uno debe hacer. Doy bien mis pasos señor... Tom, si no recuerdo mal. No pueden hacer nada si no quiero seguir tratando con ustedes y el señor Jamie lo sabe bien. Tengo entendido que hay ligeras sospechas que sobrevuelan sobre Denax, por eso probablemente no haya venido él en persona, es el único sentido que le encuentro a que haya mandado a... —trataba de desvirtuarlo utilizando un tono humillante— Y si tienen cierta información que me perjudicaría, pero ¿por qué no la han utilizado en todo este tiempo? Te lo explicaré querido. Tu jefe está cogido por los huevos. ¿Cómo crees que paso las armas por la aduana? ¿Quién me ayuda? además llevo recopilando información sobre ellos desde hace aproximadamente doce años, más que suficiente para destruir la reputación de Denax y dejar al señor Jamie en la calle y teniendo que hacer frente a unos pleitos a los que no podría enfrentarse. Será su fin.

Tom estaba perplejo, no comprendía cómo no había sido capaz de darse cuenta antes. Jamie estaba metido hasta el fondo. Su empresa era un medio para promocionar y facilitar los negocios. Ambos se lucraban. La información sobre su relación con el nazismo era solo un medio de tener algo más contra él, pero no servía de nada. Jamie ya disponía de toda la información suficiente para empapelar a Burks sin embargo no lo había hecho porque este podría hacer lo mismo.

—Pero y ¿qué importa entonces los vínculos de tu familia?

Se rió a carcajadas.

—Nada, no importan nada, es otra forma de advertirme, de que el trato sigue en pie, no tenía motivos para ello, pero al proporcionarle tú esa información se abre una nueva clave para que me llame. Intenta dejarme claro que en esta relación manda él, pero no puede hacer nada. Cree que eso me echará atrás porque es algo personal que afectaría a mis familiares, sin embargo, lo que no

sabe es que dejé a mi mujer hace un tiempo, y mis padres fallecieron hace mucho, he dejado a un lado mi vida personal a sabiendas de todo eso. Siempre me he cubierto bien. He ido por delante de él. Prefiero tener mi cuenta llena de millones de libras que tener a mi mujer esperándome al salir del trabajo.

La determinación con la que pronunció aquellas palabras parecía haber noqueado de lleno a Tom. Había sido hasta el momento una marioneta en manos de Jamie, como antes lo había sido de Lena e Iryna.

XXIII

Jamie llevaba días intentando contactar con él, aun así, nada daba resultado. Sus dos móviles estaban apagados. Ni rastro de él por las redes sociales. Llevaba una semana sin noticias. Parecía habérselo tragado la tierra. Jamie empezaba a impacientarse, debía de haberle puesto al corriente sobre lo que había hablado con Simon Burks, el tiempo le era un problema. Sospechaba que algo no iba bien en la capital, aunque no conseguía ninguna información útil era consciente de que su empresa estaba bajando sus ingresos.

Varios socios habían hecho oficial su retirada de apoyos a Jamie como consecuencia de su divorcio con Melissa, el cual no estaba consumado todavía, pero según se filtró haría tambalear ostensiblemente el peso de este como dirigente de Denax. Las conversaciones con quien había sido su mujer, Melissa Norton fueron tensas. Ella le reprochó la forma en la que se había aprovechado y le llegó a prometer que haría todo lo posible por acabar con su mandato al frente de la empresa. Jamie que concertó esa reunión con los deseos de hacer entrar a su antigua mujer en razón para que apoyase la defensa de un condecorado militar estadounidense juzgado por matar a un niño en Afganistán al creer que llevaba un dispositivo de activación de un aparato explosivo que terminó siendo un juguete. Este caso se había convertido en un juicio de guerra, del que creía Jamie que a su empresa podría venirle muy bien un asunto de tal calado, debido a que se enfrentarían a un estado tan poderoso como era Estados Unidos argumentando que era una forma de lavarse las manos por parte del ejército estadounidense juzgando a Clay Jensen para así hacerse ellos los «buenos». Por el contrario, el otro caso que tenía paralizado era la compra de acciones de las obsoletas empresas del señor Kiang y Satoshi. Sin embargo, aquello se convirtió en una batalla campal, el tono de Melissa fue muy duro desde el principio dejándole claro su posición. De allí salieron sin ningún acuerdo y sabiendo que no se solucionaría por las buenas, razón que afectaba en mayor medida a Jamie.

Las vistas eran preciosas. El cielo se apagaba en un tono rojizo anaranjado mientras caía el sol y las nubes surcaban fruto del ligero viento. Se veía toda Madrid y al mismo tiempo se respiraba paz y sosiego. Tom estaba echado sobre el césped del parque del cerro del Tío Pío predominado por el verde de las praderas jugando a imaginar que haría si tuviese de nuevo siete años. Lo primero sería ponerse a estudiar, se había dado cuenta de que si hubiese estudiado no estaría en la situación en la que se encontraba, luego pensó que dejaría la vergüenza que le dominó durante aquella edad, sabía que le había terminado por robar muchas oportunidades, estuvo cavilando durante un rato si intentaría cambiar la relación con sus padres, pero terminó por desestimar esa decisión. Llevaba allí desde cerca del mediodía y de todo lo que había razonado

nada había de buenas intenciones. Quería venganza. Sentía una gran rabia por cómo se habían aprovechado de él. Pero no tenía ni idea de cómo vengarse, qué hacer, tenía un trabajo, ganaba bien y tenía una mujer. No podía perder todo aquello simplemente por la ira. Decidió encender el móvil. Se colapsó de mensajes y llamadas. Le sorprendió que Jamie hubiera llamado más veces que Elisabeth, igualmente sorprendido se encontró con las cinco llamadas que tenía de un número desconocido. Leyó varias veces tratando de averiguar de quién eran, pero no tuvo efecto alguno. Devolvió la llamada. Tras varios pitidos alguien descolgó el teléfono.

—¿«Hello»?

—¿Cómo? —contestó Tom extrañado porque aquel hombre le hablara en inglés— Creo que me ha llamado varias veces, ¿Quería algo? —aunque Tom llevaba varios años en Londres y hablaba bien el inglés apenas lo utilizaba, exclusivamente, en reuniones poco habituales. No se sentía cómodo hablándolo, se sentía avergonzado, razón por la que siempre que le hablaban en inglés intentaba llevar la conversación a su lengua natal si era posible.

—Perdone, es la costumbre. Soy Antonio Modales.

—¿Quién? —dijo mientras arqueaba las cejas tratando de recordar a alguien con ese nombre. Creo que se ha equivocado, no conozco a ningún... ¿Cómo ha dicho?

—Tiene razón no me conoce. Antonio Modales, soy íntimo amigo de Iryna.

—¿Y? —el nerviosismo era notorio en la voz y en los gestos de Tom. Se había puesto en pie dando un brinco, miraba a todos lados como un loco pensando que le estaban observando.

—He llegado a Madrid esta mañana y querría verle, le explicaré todo en persona.

—No, no puedo. Tengo cosas que hacer —no era así, pero le aterraba volver a encontrarse con esa mujer o alguien relacionado con ella. Llevaba mucho tiempo sin saber de ellas, era consciente de que no estaba liberado, su puesto en Denax era gracias a estas dos, pero por un momento se había imaginado aquello como un regalo de dos personas bondadosas.

—Entonces tendré que retirar el medio millón de euros que he ingresado hace escasas horas en su cuenta corriente... ¿Una pena no cree?

Tom había salido disparado monte abajo directo a un cajero con tal de comprobar que aquello que le acababan de decir era cierto.

—¿Sigue ahí?

Casi no acertó a contestar debido a la velocidad que llevaba. Al llegar al banco todo seguía igual.

—Me ha engañado. No es como usted me ha dicho.

Pudo escuchar una leve risa.

—Pero hombre no pensaba que le iba a ingresar esa semejante cantidad de dinero en su cuenta corriente sin más.

—¿Entonces a qué viene todo esto? —comentó en un tono airado

—Tiene abierta una cuenta con esa cantidad a su nombre en las Islas Caimanes, si se lo hubiéramos hecho en su cuenta muchos se empezarían a oler algo, incluida hacienda que además se llevaría un buen pellizco. Solo tiene que quedar conmigo y le explicaré qué es lo que debe hacer si quiere ese dinero sin que nadie se entrometa entre medias.

—¿Qué seguridad tengo de que no me pasará nada? No me fío de esa mujer por lo que menos debería confiar en alguien al cual ni conozco y dice ser íntimo amigo de ella.

—Ninguna. No la tiene, tan solo mi palabra. ¿Vale mi palabra medio millón de euros?

Después de varios segundos de silencio, aceptó.

Al otro lado del canal de la mancha Melissa Norton se encontraba durmiendo, eran altas horas

de la madrugada cuando un encapuchado logró inutilizar las alarmas de la casa y adentrarse en ella. Se descalzó tratando de hacer el menor ruido posible. Caminó hasta la habitación en la que esta se encontraba. Vestido todo de negro y con una careta, tan solo portaba dos jeringuillas en su mano derecha. Melissa seguía roncando. Le inyectó las dos, una en cada brazo. En una iba una gran dosis de heroína, en la otra, anfetaminas. Dosis que provocaría con casi total seguridad su muerte. Una vez hecho el trabajo orinó y tiró de la cisterna. Era muy difícil que Melissa se volviese a levantar después de lo inyectado. En ese instante estaría viendo el mundo totalmente al revés, si es que había aguantado si quiera la primera fase. Antes de irse dejó varias bolsitas con cocaína y alguna que otra droga. Melissa había tenido de joven problemas con las drogas y aquello parecería un triste final para alguien que lo estaba pasando mal. Al salir tomó gran precaución para que nadie le viera. No había huellas, ni cámaras. Era un fantasma.

Al entrar en el coche se cambió de ropa. Había quedado en Bexley, un municipio a las afueras de Londres no muy concurrido. No tardó mucho en llegar.

—¿Has hecho el trabajo?

—Sí, ya está. Dudo que se despierte mañana —dijo con una gran sonrisa malévola.

Este le tiró una bolsa en la que había una gran cantidad de dinero.

—¿Está todo? —preguntó desconfiado.

—Cuéntalo tú mismo si no te fías.

—Me fio de usted, pero dígame su nombre al menos. Es un placer hacer negocios con alguien como usted.

—Soy Jamie. ¡Vete de una puta vez!

Le hizo caso, se alejó hacia su coche. Cayó de rodillas antes de llegar a él. Le acababan de meter dos tiros por la espalda que no habían sonado, gracias al silenciador que llevaba acoplado la GLOCK 35 MOS Gen4. Cogió la bolsa manchada de sangre y la echó al maletero de su coche. Dejó su cuerpo allí sin ningún tipo de miramiento con un tiro en la nuca y otro, cerca del omoplato. Parecería un ajuste de cuentas. Estaba lo suficientemente lejos para que no relacionaran aquel cuerpo con la muerte de Melissa Norton.

Conducía a la velocidad adecuada para no hacer saltar sospecha alguna. No tenía coartada, pero sabía que eso no sería problema. Su divorcio era sabido por todos, vivía solo y testificaría que ese día como otro cualquiera se encontraba en el sofá del salón de su casa viendo la televisión tranquilamente. Dado quien era le creerían. No les convenía tener como sospechoso a una persona así. Pasaría a tener el control de la empresa y se llevaría una buena cantidad de la herencia. Para colmo todo lo que pertenecía a Melissa Norton ahora pasaría a ser propiedad de Jamie. Podría iniciar los dos procesos que tenían estancados y seguiría siendo el máximo dirigente de la empresa, pero esta vez con total poder. Los padres de Melissa no meterían mucho las narices, eran conscientes del problema de su hija con las drogas, aunque creían que llevaba mucho sin tomarlas, como así era. Hasta aquella noche. No era casualidad que en el coche sonara la banda sonora de la serie norteamericana «House of Cards».

Al llegar a casa se metió en la ducha durante escasa media hora. Eran las 4:00 de la madrugada y calculaba que no habría nada raro hasta las 10:00 am cuando alguien se daría cuenta de que Melissa faltaba al trabajo y al llamarla no lo cogería. Tenía escasas horas para dormir, así que decidió quedarse en pie elaborando el testimonio que daría cuando viniera la policía a interrogarle. También creyó conveniente que sería adecuado dar una rueda de prensa alabando lo buena que era, sus capacidades, aspiraciones, cómo había conseguido todo lo que se propuso y siempre siendo buena persona, haría alguna comparación graciosa con él en la que acabaría

perdiendo, para así ensalzar más aun la figura de Melissa. Eso le haría quedar como un buen marido delante de todo el mundo aun lo sucedido. Era buen actor por lo que no tendría problemas.

XXIV

—¿Dónde se encontraba entre la 1:00 y las 3:30 de la madrugada?

—Estaba en casa, me fui a dormir sobre las 2:00, cuando ya no echaban nada en la televisión. No me lo puedo creer, sí nos íbamos a separar... pero la quería, le tenía mucho aprecio. Hay que encontrar a ese hijo de puta —expresó con cara de terror, haciéndose el compungido y como si no cupiese en sí, presa del pánico.

El comisario de la policía metropolitana de Londres estaba en su casa haciéndole una serie de preguntas, era consciente de que irían a interrogarle, pero le desconcertó que quien se presentase fuese el comisario Gerhard Harrelson, sin duda alguna su mujer tenía buenos amigos. No le importaba más de lo normal, había empezado su papel, su interpretación fue magnífica, nadie habría dicho que estaba improvisando, parecía tenerlo todo atado.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—No, me temo que no, como ya sabe Melissa y yo... —echó a llorar— Perdone, la única persona que me ve en mi casa últimamente es la asistenta, pero solo por las mañanas. Me encontraba solo en ese momento.

—¿Conoce de alguien que quisiera hacerle daño? —Gerhard comenzaba a impacientarse, no estaba sacando nada de aquel interrogatorio y para él se trataba de un asunto que iba mucho más lejos que lo estrictamente profesional. Era conocido por todo el mundo la gran amistad que unía a estos dos.

—No sé, realmente usted sabe quién es, es una de las personas más poderosas de Londres, quizás cualquiera querría... —decidió permanecer firme por esta vez, al percatarse de que Harrelson no se dejaría impresionar por unas cuantas lágrimas acompañadas de sollozos.

Jamie se constató que aquel comisario era muy bueno, estaba planteando el caso como si se hubiese tratado de un asesinato, cuando lo único que Melissa tenía era varios pinchazos en los brazos y droga por toda la casa. Lo que apuntaría a un suicido o un mal cálculo con ella, sin embargo, ni una palabra había soltado de aquello. Estaba tanteándolo. Sabía que sospechaba. Guardó silencio esperando que tomara la iniciativa de nuevo, pero permaneció callado mientras observaba detenidamente la casa al completo y mandaba a dos agentes que le acompañaban a que mirasen las habitaciones y el coche.

No encontrarían nada. Al llegar había limpiado de manera rápida el coche para eliminar algún dato revelador, pero sin que estuviese impoluto, para evitar sospechas sobre él porqué del lavado. Decidió volver a hablar viendo que Gerhard no articulaba palabra alguna.

—¿Cómo ha... muerto? —hizo un parón atronador al pronunciar esas palabras— Espero que no haya sufrido, por favor.

—Eso por ahora no puede saberlo, pero tendrá noticias más pronto —dijo mientras se marchaba con un eco que no le proporcionó confianza en absoluto a Jamie.

—He pensado dar una rueda de prensa, dando mis condolencias... espero que no afecte eso a la investigación —su voz se iba aminorando al compás de la mirada de Harrelson

Este siguió mirándolo inquisitivamente.

—Pero ¿de verdad lo siente? No haga juegucitos de niños, usted y yo sabemos que la muerte de Melissa le evita de numerosos problemas a los que se iba a tener que enfrentar tarde o temprano, es más, sabía con casi total seguridad que los acabaría perdiendo. Esto es lo mejor que le podía pasar. Ahora tiene vía libre en su empresa para hacer lo que le plazca. No estoy tan seguro de que lo sienta. Ni de que no tenga nada que ver.

—No se atreva a insinuar semejante acusación...

El comisario Gerhard Harrelson ya se había marchado.

Jamie rompió varios platos y dejó sus nudillos marcados en las puertas de madera. No le había salido como tenía planeado. Todo se empezó a truncar al ver que la persona que llevaría el caso sería Harrelson, íntimo amigo de Melissa. Luego, este no le había contado nada, si fuera inocente pensaría que a ella le habían pegado dos tiros y tirado en una cuneta. Sin embargo, sospechaban de él y no tenían otra persona a la cual implicar. Estaba seguro de que Harrelson buscaría culpables, aunque todo apuntase a una estupidez de una niña rica, la conocía y era conocedor de que sus problemas con las drogas eran cosa del pasado.

Debido al interrogatorio se le había hecho tarde, por lo que decidió hacer unas llamadas y quedarse en casa. No tenía ningún asunto pendiente, tan solo el de Tom, el cual seguía desaparecido sin dar señales de vida. Empezaba a ser otro problema para Jamie. Pero no era el momento de preocuparse por él. Tanto si seguía vivo como si no, le era indiferente. Tom no tenía nada que ofrecer. El motivo de su presencia en la empresa eran Lena e Iryna... y el dinero.

—Hoy es uno de los días más tristes y duros de mi vida, ayer me notificaron la triste muerte de Melissa Norton, mi antigua mujer. Todos sabíais que estábamos en proceso de separación, pero ante todo éramos amigos, ha sido mi primera y única mujer. Nunca la olvidaré.

Nuestros abogados estaban en contacto y estábamos muy cerca de llegar a un acuerdo amistoso. Por desgracia no me pude ni siquiera despedir de ella. Allá donde esté le estoy tremendamente agradecido, sin ella no hubiese llegado a ningún sitio. Nada de esto es fácil, ninguno de los dos escogimos una vida sencilla, pero sin duda alguna ella fue quien me guió durante gran parte del trayecto. Juntos éramos indestructibles. Sin embargo, la empresa pudo con nosotros finalmente.

Todavía recuerdo nuestro primer viaje... fue un desastre. Ella quería mar, yo montaña, tardamos meses en decidirnos, pero finalmente ganó ella. Llegamos a un acuerdo para ir a la costa azul en semana santa, según ella haría muy buen tiempo y nos lo pasaríamos genial. Ambos éramos unos don nadie por aquel entonces, aunque proveníamos de buenas familias nuestras familias no nos daban dinero y el que ganábamos teníamos que administrarlo nosotros. Se pasó toda la semana lloviendo a mares y tronando. Yo reprochándole que se hubiera equivocado al elegir el destino y ella haciéndome caso omiso, para colmo el hostel era horrible, el polvo impregnaba aquel lugar. A los tres días me obligó a salir bajo mi reticencia. En cuanto me descuidé me arrojó a un charco que había, se tiró encima de mí y me besó. Ahí supe que era la mujer que quería conmigo... perdonen no sé si debo hacer o decir esto, estoy muy nervioso. —expresaba entre lágrimas consiguiendo romper el aplauso de la multitud de periodistas— Ella siempre lograba lo que se proponía, se fijaba metas reales y las destrozaba, su capacidad para crear y reconvertirse era asombrosa. Me maravillaba constantemente, tuyas fueron muchas de las ideas que han hecho de Denax lo que es hoy en día. Nadie podrá reemplazarla, espero que allá donde este se sienta orgullosa de mí. Sé que de sus padres lo están, siempre se deshacía en alabanzas hacia ellos, me reprochaba que yo no hiciera lo mismo con los míos, pero es que en las comparaciones con ella

yo siempre salía perdiendo. Me arrepiento de infinitud de cosas. Ayer mi vida quedó vacía por completo. El motivo por el que no aceptaré ningún tipo de preguntas es debido a que no estoy seguro de ser capaz de responderlas. Aprovecho para decirles también que se harán varios actos conmemorativos y estamos planteando la posibilidad de nombrar a la sala de reunión con su nombre, nos parece un bonito detalle para que nadie olvide quien fue la que hizo de esto una realidad.

Jamie se marchó a sabiendas de haber cumplido. Todos le miraban asombrados, emocionados por la determinación y sentimiento que había puesto en aquel discurso de condolencias. Los periodistas se lo habían tragado. Incluso sus padres que aceptaron la muerte de su hija por una mala decisión. Solo faltaba lo más difícil.

El comisario Gerhard Harrelson ya había puesto al corriente a Jamie de cómo se produjo la muerte de Melissa Norton. Seguía siendo el único sospechoso, pero no tenían ninguna prueba contra él. El caso estaba estancado y desde más arriba le pedían a Harrelson que archivara la causa y dijera que el fallecimiento había sido a causa de una sobredosis, sin embargo, se negaba a ello.

XXV

—¿**H**as conseguido abrir el pen drive? —Modales permanecía rígido en la puerta del bar, ni siquiera le dio tiempo a Tom a entrar buscando a alguien al cual no ponía cara.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho. Soy amigo de Iryna, creo que le interesa el dinero —dijo sin andarse con segundas.

—Claro que me interesa, ¿a quién no le interesaría esa cantidad de dinero? —comentó mientras respiraba de forma brusca debido a la carrera que llevaba.

—Para acceder a ese dinero primero debe desbloquear la clave de siete dígitos que tiene. Ahí se le dan una serie de instrucciones que debe seguir, además del número de la cuenta corriente. Si de verdad ansía ese dinero, conseguirá la clave. Solo tiene que usar la cabeza... y las noticias.

—Es imposible que averigüe una clave de tantos dígitos sin ninguna mísera pista, no sé quién se cree que soy. No sé qué le habrán contado sobre mí, pero no soy ninguna marioneta con la que jugar cuando y donde ustedes quieran. No pueden utilizarme. Estoy harto.

—Recuerde que usted está aquí porque quiere, nadie le ha obligado. Trabaja para el señor Jamie por el sueldo que a cambio recibe, no porque se lo hayan impuesto coactivamente. Pero ya no puede recular. ¿No cree que la pobre Elisabeth sufriría? ¿Tendremos que tomar algún tipo de medidas?

—¿Piensa que amenazándome con que harán daño a mi mujer conseguirá amedrentarme? Hágale lo que desee.

Tom llevaba mucho tiempo sin ser buena persona. Se había convertido en un hipócrita. No le importaba quien tuviese que sufrir si con ello él salía ganando. La bondad era algo que había desaparecido en él. Desde pequeño no le importaban los sentimientos de los demás, le gustaba aprovecharse, saber que podía jugar con ellos. Lo llevaba haciendo durante mucho tiempo a una escala menor de la que ahora lo estaban haciendo con él. No se sentía cómodo siendo la presa,

pero no era ningún problema para él si alguien de su alrededor también caía.

Le agarró por el cuello de la camisa.

—No voy a perder el tiempo.

Antonio Modales estaba muy molesto con su actitud. Telefonó a Iryna para contarle lo ocurrido. Había sido la primera toma de contacto con Tom y estaba muy disgustado. Pensaba que no lograría nada. No entendía cómo podía haber sido la persona seleccionada y menos aún como seguía en el proceso. Se quedó pensando qué debía hacer para cambiar aquella situación. Tenía suficiente poder como para decidir sobre aquella cuestión, pero había algo que le desconcertaba. Lena e Iryna eran sin duda alguna muy buenas en su trabajo y la confianza depositada en él tenía que deberse a algo que se le escapaba a primera vista. Se encontraba en un debate interno entre decidir debido a la primera impresión o esperar.

Decidió calmarse, y esperar. Lo observaría en los siguientes días.

Transcurrieron sin más, no hacía nada interesante. Según le habían contado había ido un par de veces a comer con un amigo, luego a pasear y poco más. Se alojaba en un hotel del que salía poco después de pasar unos días en casa de ese amigo. Tras un poco de esfuerzo logró enterarse de la razón del viaje, sin embargo, le producía cierto recelo ver que no se reunía con aquel hombre. No le gustaba absolutamente nada la falta de profesionalidad. Solo que fuese por recomendación de Lena o Iryna podía explicar su puesto en Denax.

Era la primera vez que Modales visitaba Madrid y a diferencia de todo el mundo le parecía nauseabunda. Mucha gente por todos lados. Con prisa. Gente extravagante que no paraba de hablar. Vida hasta altas horas de la noche. Demasiada confianza. No se sentía para nada cómodo en aquella situación. Deseaba irse lo más pronto posible pero todavía tenía algunas citas más que subsanar. Antonio era un fiel admirador del teatro, recordó que alguien le había hablado de una nueva forma de teatro que se estaba llevando a cabo en Madrid denominada Microteatro. Un sitio en el que se representaban simultáneamente varias obras en habitaciones antiguamente regentadas por prostitutas del antiguo burdel.

Al salir de ella su visión sobre la capital experimentó un ligero cambio. Salió encantado de la representación, eran obras que no sobrepasaban los veinte minutos de duración, lo justo para no aburrirse y dejarte al mismo tiempo con ganas de más. Descubierta el fabuloso teatro se decantó por visitar varios museos. E incluso fue a la ópera. Sin duda alguna lo mejor de Madrid era la inmensa diversidad en cuanto a la cultura que manejaba. Sus impresiones cambiaron.

XXVI

—Es un placer conocerle en persona señor Jamie, me habían hablado de usted, pero no me lo esperaba tan... apuesto —soltó una leve carcajada.

El gesto de este era cordial. Sonreía. Sé inclinó ligeramente en señal de admiración. Aunque todo era un paripé. Necesitaba a aquel hombre, era necesario hacerle sentir importante.

—A mí también me han hablado mucho sobre su persona. He de decir que no tan bien. Se comenta que tuvo unos cuantos percances con la ley. Aun así, sé que es de fiar, se le ve que es un hombre de palabra —sentenció dejándole unos papeles.

—Veo que tiene buenos informadores.

La cicatriz era prominente, estaban en el lujoso apartamento de este. El hombre había dejado su bastón justo al lado del sillón de cuero en el que se encontraba sentado.

—Se supone que el informador debe ser usted, no yo. ¿Qué es lo que tiene para ofrecerme? Me han dicho que su insistencia por verme era grande.

—Tengo constancia de que lleva un largo recorrido realizando actos... digamos al margen de la ley, como ya le he comentado, y claro eso para una empresa como esta es un poco contradictorio —dijo abriendo los brazos en señal de confianza.

La mirada de Jamie fue de sorpresa, si algo había hecho bien en todo ese tiempo era saber con quién hacía tratos, cómo actuar al margen de la ley sin que nadie preguntase por ello. Y ahora aquel hombre misterioso parecía haber descubierto la trama.

—No sé de qué me está hablando. Esto es Denax, me temo que si continúa por ese camino me verá obligado a acompañarle hacia la salida. En Denax nunca hemos actuado fuera de la ley en todo este tiempo. Somos una empresa intermediaria, que coloca abogados en los gabinetes más importantes de todos los países, pero no solo eso, también defendemos a otras empresas, e incluso personas cuando son de gran relevancia. Podría estar todo el día hablándole sobre lo que hacemos, pero no creo que fuese necesario.

Se había levantado y estaba andando por la casa apoyado en su bastón mientras esbozaba una sonrisa ante el rostro enfadado del dueño de aquella casa.

— Seguro que hay muchísimas más labores que realizáis, pero se te ha olvidado una. Esa de poner a fiscalistas en las aduanas para pasar las preciosas armas de Simon Burks —afirmó con total seguridad mientras abría los brazos como si la inspiración se hubiese apoderado de su persona.

Jamie que se había levantado para equipararse a este, se volvió a sentar desarmado al ver que aquel hombre era conocedor de bastantes movimientos. No era un buen día. Nunca nadie había tenido con que atacar a Denax sin esta tener medios para contrarrestarlos. Aquel era el día.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Jamie con voz abatida.

—Medio millón de euros. Tiene cuarenta y ocho horas. Y le pondré al corriente de todo lo que está sucediendo a su alrededor.

Agachó la cabeza, sabía que podía tener ese dinero perfectamente en el tiempo estipulado, pero quién le garantizaba que no le pediría más cuando se lo diera.

—Dígame su nombre al menos.

—Soy Marcos, Marcos Farreres.

Marcos estaba dispuesto a aprovecharse de quien fuese. El único aliado que tenía eran sus propios intereses. David Davenson no le proporcionaba el suficiente dinero. Y quería un procedimiento sin que afectase a Denax, cosa que era imposible. Sabía que estos tardarían mucho en volver a mover ficha y no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo sin dinero fresco en su bolsillo. Nada había que hiciese recordar al antiguo Marcos. Se había convertido en un hombre despiadado. Solitario. Intransigente, e incluso temido. Actuaba por libre, daba la impresión de que incluso sin un plan predeterminado, pero no era así. Lo tenía todo calculado. Sabía que nadie se atrevería a iniciar un proceso contra Denax, sin embargo, pretendía aprovecharse de la situación. Lo plantearía de tal modo que pareciera inminente.

Así fue. Jamie consiguió el dinero. Marcos le explicó que estaban investigándolo.

—Llevaban con la pista tras Burks durante mucho tiempo y al irse a oriente ha hecho que todo se agilice. Creen que está intentando borrar pruebas. Y una vez hecho y salido del país, como todo parece indicar casi será imposible cogerle. Todo eso ha conllevado a la toma de decisiones que

llevaban años estancadas y en esa investigación sales tú y tu empresa. Van a ir a por ti. El objetivo es Burks, pero estás en medio. Es un caso muy importante y no van a dejar pasar la ocasión de poder iniciar un juicio en el que una de las personas y empresas más importantes y respetadas del país se vean implicadas. Imagínate el escándalo que sería. Tienes graves problemas.

Jamie se lo creyó todo. A menudo se había caracterizado por su inteligencia, esa que ahora brillaba por su ausencia. Creía que todo era tal y como se lo acababa de contar. Ni siquiera hizo un par de llamadas para cerciorarse.

Antonio Modales forzó un encuentro fortuito con Tom. No le supuso gran problema, llevaba espíandolo semanas. Ambos se habían hecho rápidamente a la ciudad y daba la impresión de que ninguno de los dos quería abandonarla. Modales encontró la excusa perfecta. Tenía que seguir observando a Tom, este se encontraba muy perdido con la clave. Necesitaría algo de ayuda. Por el contrario, Tom se sentía arropado por Javier, de una forma diferente a la que lo hacía Elisabeth, estaba aburrido de ella, consideraba que era demasiado protectora, a menudo le reprochaba que se asemejaba más a una madre que a su esposa. Lo sabía, pero buscaba eso. No tuvo el cariño de su madre, durante mucho tiempo se martirizó con aquello. Necesitaba a alguien que le apoyara fuera lo que fuese, con cabeza, saber estar, que no necesitara pasión, sino tranquilidad. Era consciente de lo que más le gustaba de su mujer.

También sentía cierto pavor al tener que darle explicaciones a Jamie del porqué de su desaparición fortuita, de la inexistente información remitida sobre Burks... trataba de poner cierto orden a aquellos flecos de su viaje, el cual se había alargado algo más de lo esperado.

El encuentro entre ambos fue en una pizzería de la capital muy concurrida, famosa por sus *pizzas* artesanas al estilo napolitano. Cada dos semanas Tom iba sin acompañantes a aquel lugar, Reservaba una mesa escondida en una de las esquinas del restaurante decorado al estilo de los ochenta, de manera que no fuese necesario cruzar la mirada con muchos clientes. La sorpresa fue mayúscula al encontrarse sentado a Modales en su mesa, hizo varios aspavientos en señal de explicación a los camareros sin ningún tipo de respuesta. Allí estaba Antonio Modales, con una vestimenta poco habitual en él, y una sonrisa que provocaba aun mayor incomodidad en Tom.

—Tenemos una conversación por terminar.

—¿Siempre lleva esa sonrisa? ¿Incluso en los peores días? Me pone de los nervios...

Su rostro cambió, difuminó la sonrisa con cierto gesto de enfado. Sin embargo, Tom esbozó una ligera mueca al ver que sus palabras habían surtido efecto.

—Me imagino que sigue queriendo el dinero, lo que significa que para ello necesita la clave del pen drive que no es capaz de averiguar. Puesto que mi confianza en usted es inexistente le voy a dar la última oportunidad. No sabe quién soy con total seguridad, pero es conocedor de que Lena e Iryna trabajan para mí. Lo sé por su cara... y bueno por algunas llamadas que ha hecho durante estas semanas. Por cierto, sigue sin llamar a su jefe, le va a despedir eh —el tono irónico con el que jugaba ponía aún más nervioso a Tom.

—¿Qué es lo que quiere que haga?

¿Conoces a una tal Elisabeth Taylor? sabía perfectamente que la conocía, es más que era su pareja. Conocía todo sobre él y sobre ellos.

La cara de estupefacción de Tom hablaba por sí sola.

—Claro, es mi mujer desde hace unos años.

No le gustaba como estaba transcurriendo aquella conversación. Empezaba a oler mal. En forma alguna se fiaba de aquel hombre, le producía una tremenda incertidumbre, más aún al no poder obtener ni un ápice de información sobre él tras reiterados intentos.

—Por cierto, enhorabuena, llevas mucho tiempo de mano derecha del señor Jamie, nadie ha conseguido aguantar tanto.

Le divertía aquella situación. Tom estaba impaciente por conocer qué pintaba su mujer en todo el asunto y de repente le daba felicitaciones por el tiempo que llevaba en la empresa. Modales jugaba perfectamente con los tempos.

—Vaya al grano de una vez —dijo intentando no alzar la voz.

—Y si le digo que su mujer no es quien dice ser. Y si su mujer se llama Damaris Belfast en vez de Elisabeth y fuera la responsable del ataque a la embajada de Irán tras haberle vendido la información a los iraquíes sobre los informes realizados por su viejo amigo Marcos Farreres. ¿Qué opinión le merecería?

Tom hizo ademán de contestar, pero Modales continuó hablando.

—Sí, señor Tom. Nuestra organización lleva muchos años trabajando para evitar que las grandes potencias como Estados Unidos, China, Europa, Rusia jueguen con ventaja, creyéndose los reyes del mundo, haciendo y deshaciendo a su antojo y que encima lo nieguen y pongan de ejemplo a organizaciones inocuas como la OTAN, en la que unos y otros se ayudan con sus respectivos vetos para evitar una guerra entre ellos, pero luego a los demás países les tratan como si de un vertedero se tratase. Ocurrió con la guerra de Irak, con la guerra de Afganistán, con la guerra por el petróleo... lleva ocurriendo toda la vida. Determinadas potencias mundiales se ponen de acuerdo y se dejan influenciar entre ellas, mientras los restantes países no tienen ni voz ni voto, quedando al arbitrio de lo que unos pocos dictadores decidan. Nosotros trabajamos para cambiar esa situación, por desgracia hace mucho tiempo que nos dimos cuenta de que nada de eso se podía cambiar si no era con sangre. Empezamos siendo una organización pacífica, que intentaba hacer cambiar las cosas a través de manifestaciones y actos a los que no acudía nadie. Nos desprestigiaron, cuando conseguimos tener gran poder y llegar a tener incluso algún escaño en un partido político español de índole liberal, terminaron por declararnos inconstitucional, nos inhabilitaron durante demasiado tiempo. Y decidimos que había llegado el momento de pasar a otros medios para hacernos sentir.

Tom permanecía absorto sin mover ni un solo músculo ante todo lo que le estaban contando. Aquella información le había caído como si de una bomba atómica se tratara.

—¿Ese es el motivo por el que llevé a Iryna al congreso de los diputados?

Antonio Modales obvió la pregunta y continuó con su discurso.

—Nos mueven a su antojo, nosotros no somos los que te estamos utilizando, son ellos con sus noticias manipuladas, con sus debates en los que todos parecen buenos. Distintos directores, pero misma función, misma película. Todo está manejado desde mucho más arriba. Políticos y empresarios. Y nosotros marionetas.

—¿Pero y que tenemos que ver Elisabeth y yo en todo eso?

—Damaris, corrigió Modales. Damaris fue seleccionada para hacer lo mismo que tú, salió victoriosa, no la pillaron. Cumplió con creces y se ganó el derecho a pasar a un segundo plano. Aceptamos. Verás Tom el otro día dijiste que no te importaba que le hicieran daño a tú mujer ¿verdad? Bien, pues ha llegado el momento de hacerle mucho daño y vas a ser tú el que se lo haga.

—¿Cómo? —esta vez había sido imposible controlar su tono de voz, algunos clientes se giraron sobresaltados.

—Tenemos cierta información que apunta a que Damaris va a hacer un pacto con Scotland Yard. Denax lleva un tiempo siendo investigada y como consecuencia de ello se han abierto varios

flancos, uno de ellos es el de Damaris, han descubierto, no sabemos cómo, que está detrás del ataque a la embajada. Algo así está penado con toda una vida en la cárcel en el mejor de los casos, puesto que estoy seguro de que pedirían su extradición, lo que supondría la pena de muerte. Va a darle información sobre nosotros a la policía, la suficiente para desarticularnos y hacernos pasar un largo tiempo entre rejas a más de uno. No lo podemos permitir. A cambio de lo que te pido te daré la clave del pen drive y el número de cuenta donde está tu dinero. Una vez vista esa información no habrá vuelta atrás. Deberás realizar lo que se te pide.

—Y ¿quién me garantiza que no me mataréis como queréis hacer con Elisabeth? —se negaba a aceptar aquella situación. Por mucho que intentara hacer ver que no le importaba en absoluto Elisabeth, la realidad no era así. Ella le había dado lo que nunca consiguió por sus propios medios, seguridad, felicidad y amor.

—Eso no solo depende de nosotros. Dependerá de que no optes por vendernos nunca —sus palabras retumbaron en la cabeza de Tom, era un pacto de por vida a cambio de ser rico. Como si de venderse al diablo a cambio de dinero se tratase.

Aceptó sin pensarlo en exceso. Modales le dio un billete con destino a Londres. Salía a la noche. Debía llegar, poner al corriente a Jamie de todo lo ocurrido en relación con Burks y esa misma noche tendría que acabar con la vida de la que había sido hasta entonces su mujer. Aun así, quedó tocado, tenía la mirada perdida, no se concentraba en nada. No consiguió conciliar el sueño durante el viaje con lo cansado que se encontraba, ni siquiera con unas cuantas pastillas para ello. Si todo era tal y como le habían contado habían vuelto a jugar con él y esta vez la jugadora era su propia mujer. ¿Tan poco confiaba en él como para no contarle algo de semejante trascendencia? Empezó a pensar que su matrimonio con Elisabeth había sido una simple tapadera por parte de ella, imaginando que así desviaría la atención hacia otro lado.

Elisabeth y Tom se habían pasado buena parte de la tarde - noche en la cama, ella decía que le echaba mucho de menos, cosa que extrañaba a Tom, la notó algo más delgada y mucho más excitada. Parecía muy nerviosa, algo que le chocó conociéndola. Al caer la noche se hizo el dormido y cuando se aseguró de que se encontraba dormida se levantó sigilosamente, fue hasta su maleta, sin deshacer todavía y sacó una pequeña bolsita que había dentro, abrió una caja de cloruro de suxametonio, una sustancia química usada como relajante muscular en muchas ocasiones. Se trataba de un bloqueador de la placa neuromuscular. Pasarla por los controles de seguridad del aeropuerto de Madrid no había supuesto un gran problema gracias a la falsa acreditación que le había proporcionado Modales de cirujano, ya que era una sustancia que se solía utilizar con habitualidad en los procesos quirúrgicos.

Aprovechado la excusa de que había estado mucho tiempo fuera preparó el desayuno. Tostadas con aceite, un *croissant* y un zumo de naranja, en el que había disuelto el cloruro de suxametonio.

Elisabeth se lo agradeció. Se lo tomó rápidamente mientras se vestía. Justo antes de salir por la puerta se desplomó. Las piernas le fallaron, Tom no hizo el intento de ayudarla, estaba en el baño intentando no tener que presenciar esa situación, sin embargo, para su sorpresa después de unos minutos Elisabeth consiguió alzar la voz pidiendo ayuda. Tom se sorprendió. Le habían dicho que aquella sustancia le pararía todos los músculos, incluido el de la lengua.

—Cariño no me puedo mover, no sé qué me pasa, me han fallado las piernas, tampoco siento los brazos —dijo angustiada

La llevó al hospital. Se había equivocado con las cantidades, leyó mal lo que le aconsejó Antonio y le dio tan solo la mitad. Había fallado. Por suerte la sustancia era casi indetectable y al ser tan poca cantidad no habría problemas en cuanto a aquello.

Se pidió el día libre. Sabía que Elisabeth era lista y ausentarse de su estancia en el hospital le haría sospechar.

—¿Cómo estás? —acertó a decir muy nervioso.

—Bueno... no sé qué me ha pasado, los médicos no han visto nada raro en los análisis. No sé a qué se puede deber, me han comentado que quizás sea por el estrés, pero es muy raro. Estoy... estamos muy perdidos.

—¡Joder! ¡Pues si no lo saben ellos...!

—Relájate, no siempre pueden saberlo todo, hay cosas que se escapan a sus conocimientos, es normal.

—Pero Damaris, si no lo saben ellos quién lo va a saber. Su sueldo gira en torno a eso. A salvar la vida de las personas, a que no empeoren, a... —era consciente de que acababa de llamar a su mujer Damaris. Empezó a sudar esperando la reacción de esta. Su fallo había sido catastrófico. No se lo podía creer, los nervios le habían jugado una mala pasada.

Elisabeth no contestó haciéndose la loca, pero lo había escuchado, cerró los ojos en señal de preocupación, era consciente de que si Tom era conocedor de esa información sería por algo relacionado con la organización, cosa que no era muy alentadora para nadie.

—Cariño estamos muy nerviosos todos, ve a por un café para mí por favor y a ver si así conseguimos relajarnos.

Damaris intentó ponerse en pie rápidamente, tenía que salir de allí como fuese, el cloruro de suxametonio todavía le provocaba leves efectos, aun así, podía caminar, algo menos sentía el brazo izquierdo. Tom tardó lo suficiente en darse cuenta de la argucia de Damaris para que escapara, cuando llegó era demasiado tarde. Se había esfumado.

Salió corriendo del hospital. No la veía. Le inundaron miles de presagios. Había fallado, y no solo una vez. Tom llamó, preso del miedo, a Antonio Modales. No sabía qué hacer, estaba muy nervioso, apenas consiguió expresarse decentemente. Se lo contó, le puso al corriente de que su mujer sabía que había intentado acabar con su vida, aunque maquilló un poco la historia. Le dijo que esta no se había tomado el zumo entero.

—Creo que ya sospechaba de mí —dijo Tom dando gracias de que aquella conversación no se estuviese celebrando en persona.

Aun así no pudo evitar el cabreo de este. Pondría a varias personas a vigilar en las inmediaciones de las comisarias para evitar que fuera a testificar. Le encomendó terminar lo que había empezado. Si Damaris conseguía contárselo a cualquier agente todo se habría acabado. Ella tendría protección. Saldría ilesa. Y todos los demás caerían.

No tenía tiempo para tomarse un respiro. Encendió un cigarro y se puso a pensar dónde podría haberse metido. Se le ocurrió que quizás pediría ayuda a Jamie, pero lo descartó. Según lo que le había contado Modales era otra pieza del ajedrez, de mayor importancia, sí, pero sacrificable, al fin y al cabo. Además, la información de Elisabeth también lo perjudicaba. Apagó el cigarrillo contra el suelo nada más encenderlo. Aquella incertidumbre le estaba creando dolor en el pecho, no podía respirar bien y el corazón le daba punzadas. Ni siquiera sabía cómo llamar a la persona que había vivido con él durante varios años. Necesitaba hablar con alguien con quien tuviese mucha confianza y desahogarse, llorar, incluso. Pero la única persona que tenía para ello era quien ahora estaba desaparecida huyendo de él. Le hubiese encantado llamar a Javier o Marcos, asimismo a su madre, pero esta última llevaba sin dar información de su paradero demasiado tiempo y los dos primeros por mucho que quisiese engañarse no eran para nada personas importantes en su vida y mucho menos personas a las que contarles que estabas trabajando de

sicario para una organización criminal.

Su móvil sonó. Era un mensaje de número desconocido:

—«Harlesden». 2:00 a.m.

Curiosamente lo primero que se le pasó por la cabeza a Tom no era de quién era el mensaje, que quería esa persona o que podía hacerle. Lo primero que recordó era el barrio... no tenía buenos recuerdos de él. Durante sus primeros meses en Londres le mandaron a hacer un recado a altas horas de la noche. Lo que terminó con una madrugada en observación después de que dos tíos le atracaran a punta de pistola para pedirle las llaves del coche y todo lo que llevase consigo. A parte del culatazo que le propinaron, el cual le hizo ver borroso durante buena parte de la noche. Era un barrio con población predominantemente afrocaribeña, conocido como el barrio del *reggae*. En 1999 era la zona con el mayor índice de asaltos de Londres. Ahora las cifras habían bajado algo, pero aun así no le hacía ni pizca de gracia tener que volver por aquel barrio. Y menos a la hora citada.

—Pensaba que no te atreverías a venir, fruto de tus miedos por lo que ocurrió en este barrio.

No me trae buen recuerdo, lo sabes. Solo tú serías capaz de citarme aquí.

—Estaremos solos. No nos molestaran. Sabías que era yo, sí has venido es porque confías en mí. Supongo que has sido tú el culpable de mi parálisis esta mañana... —tenía los ojos agrietados aguantando las lágrimas— ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué te han contado? —los sentimientos de Damaris parecían ser reales. Se la notaba afectada por todo lo que estaba ocurriendo.

—No sé Damaris. Cuéntamelo tú. Me has mentido durante todo este tiempo y tienes la desfachatez de preguntarme qué es lo que me han contado. Creo que me han contado toda la verdad, esa que me has ocultado durante todo este tiempo.

—Sí trabajé para ellos. Hice lo que me pidieron, si no lo hacía me matarían. Pero llevo mucho tiempo sabiendo que no era lo correcto. Te lo cuentan todo con buenas palabras, parece incluso bonito. La causa, su causa. Nuestra causa. Pero es mentira cariño, lo único que buscan es dinero, hacerse millonarios, pudrirse en billetes, sin embargo, cuando uno consigue eso siempre aspira a más. Eso es lo que sucedió. Lo consiguieron, creían que con ello alcanzarían la felicidad máxima pero no fue así. Necesitaban más y más. Y el siguiente paso era el poder. Yo dije basta. Gracias a mis resultados me permitieron pasar a un segundo plano, pero no era como yo me imaginaba, pensaba que podría irme a donde dispusiese con mi dinero, sin embargo, ellos me relegaron a este puesto. Pedí explicaciones. Me dijeron que esto era un segundo plano. Es un segundo plano para ellos. Te apartan, pero te tienen controlada las veinticuatro horas. Nada termina. Es de por vida. Y yo me he cansado Tom —no pudo contener las lágrimas que llevaba aguantando desde el principio de la conversación.

Tom prefería no haber escuchado aquello. Por un instante creía que Damaris lo negaría todo, le daría buenos argumentos y él se agarraría a ellos con tal de no asesinarla.

—Tom escúchame vámonos, por favor. Nadie nos está vigilando ahora mismo. Sé cómo actúan. Sé lo que te han prometido. Pero no cometas el mismo fallo que cometí yo. No iré a testificar, supongo que tendrán vigilancia en todas las comisarias, probablemente también habrán sobornado a más de un funcionario. Cogemos un avión y nos marchamos a donde no lleguen sus influencias —le había cogido la mano haciéndole sentir que estaba con él—. No importa lo que haya sucedido hoy, ni estos días en Madrid.

—Pero yo no... Llevo años viviendo contigo y no era consciente ni de tu nombre. Es más, vendiste a mi amigo. Estuvieron a punto de matarle. Eres una falsa —tragó saliva aguantándose las ganas de pegar que tenía en ese momento.

—Cariño no nos conocíamos. Fue hace muchísimo tiempo. Actuaba igual que tú, seducida por el dinero. Pero puedes cambiar eso, puedes enmendar mi error. ¿Es más importante para ti el dinero?

—No, él no puede enmendar el error que cometiste. Uno debe pagar por lo que hace. Te admiraba, eras impresionante, nunca había visto trabajar así a nadie. Aprendí mucho de ti. Nos dabas lecciones de integridad y resulta que la primera que se vendió fuiste tú— hablaba la voz ronca de un hombre entrado en años, con bastón, paso lento y gesto muy serio.

—¿Marcos? —Damaris no salía de su asombro.

Lo había llamado Tom, quizás por si él no era capaz de acabar con la vida de ella o por si volvía a fracasar. Realmente no era para nada de eso. Ninguno de los dos eran buenas personas. Ambos podrían haber matado sin ningún tipo de problema a Damaris, pero a solas, no en aquella situación. Tenían que aparentar que eran íntegros. Personas dominadas únicamente por la palabra

—No tuve opción... —dijo Tom.

—Siempre hay una opción —respondió ella en un tono demoledor.

—Ya sabes que no mentía amigo. Ella te vendió. Te engañó igual que lo ha hecho conmigo. Creía que merecías saber la verdad de un suceso tan trágico e importante para ti —pronunció Tom en señal de despedida haciéndole entrever de que quería hablar con ella a solas.

Damaris no paraba de llorar.

—¿Por qué has hecho esto? ¡Era mi amigo! —dijo gritando desconsoladamente sin importarle a quien pudiese despertar.

—Porque me importa más el dinero —dijo Tom, susurrándole al oído mientras le clavaba la navaja, que llevaba escondida, en el estómago provocándole la muerte casi inmediata tras desgarrarle este y parte del páncreas.

—Ya está todo hecho, Harlesden.

Era la llamada a Modales para que recogiesen el cuerpo. No podían dejar ninguna pista al descubierto. A Damaris Belfast debía habérsela tragado la tierra.

Damaris cometió el error de creer que Tom era igual que ella. Pero Lena e Iryna se habían encargado bien de seleccionar a una persona sin sentimientos. Lo único que le importaba a Tom era el dinero. Ansiaba poder, pero se contentaba con lo primero. No aceptaba la mentira y esto había sido el talón de Aquiles de su esposa. Su infancia había girado en torno a la mentira, pasaba desapercibido, tenía pocos amigos y eso había influido sin duda alguna en sus decisiones. Salió victorioso de aquella contienda. Marcos solo sabría lo que a él le interesaba. Había tenido un acto de respeto. Ahora le debería una. Por el contrario, se extrañó al ver que no había en su interior ni un ápice de tristeza, es más se encontraba eufórico. Nunca había acabado con la vida de nadie. Aquello le produjo una excitación. Necesitaba más.

Recordaba las viejas conversaciones con su grupo de la adolescencia. Anhelaba aquella época. Consiguió lo que nunca antes pudo. Tener unos amigos en los que confiar, con los que poder hablar de cualquier cosa, sabía que estos pondrían la mano en el fuego por él. Una de las muchas conversaciones que habían tenido a horas intempestivas era la de si serían capaces de acabar con la vida de alguien por dinero. Marcos, Carlos y el propio Tom coincidieron al decir que sí, sin embargo, sus otros dos amigos expresaron su negativa hacia reprochable comportamiento. Aun así, el resultado fue más unánime al ponerse en situación. En ella se decía que se acabara con la persona a escasos milímetros de ella, con una navaja, un hacha... todos dijeron que no. Incluso alguno se hizo el aprensivo. Mas Tom mintió, de vez en cuando mentía, tenía miedo de que sus amigos se diesen cuenta de cómo era realmente y le apartaran.

Normalmente se mostraba tal y como era. No siempre.

Aquella noche había revivido una de tantas conversaciones que había tenido con sus amigos y se sentía extasiado. Una sensación de plenitud se había adentrado por todo su cuerpo convirtiéndole en maldad. Llegó a disfrutar al sentir como se deslizaba suavemente la hoja de la navaja por el vientre de Damaris. Incluso se alegró que su anterior intento de asesinarla con el cloruro de suxametonio hubiese fracasado. No había comparación.

XXVII

Durante las semanas siguientes todo iba a pedir de boca. Su relación con el señor Jamie había vuelto a buen cauce. Era libre para hacer lo que viniese en gana. Su nueva cuenta corriente rebosaba dinero, además había estado una semana en Miami de vacaciones. Modales le dio la enhorabuena y le había comentado que ya habría tiempo de realizar el trabajo. Pero sin duda alguna lo que más había motivado a Tom habían sido las disculpas de Antonio Modales por dudar de él. Le había comentado que lo sentía por no confiar.

—Las apariencias engañan —había llegado a decirle con la cabeza cabizbaja.

Todo supuso un fuerte estímulo para Tom que veía sentido a todo lo que había tenido que hacer.

—¿Algo nuevo sobre Burks?

—Nada, ya te comenté. No conseguí hablar con él. Me fue imposible.

Lo sucedido le había hecho aprender. Sabía que no podía fiarse de nadie. Por ahora guardaría a buen recaudo todo lo que el fiscal le había contado. Quería tener una carta para poder jugarla cuando fuese necesario.

Mientras tanto Jamie miraba el correo de su ordenador. Estaba escribiendo un correo en el que ponía: «activo ok». Se encontraba al corriente de lo que había hecho con la antigua agente. El destinatario era «Irynash@hotmail.com».

Jamie estaba realizando algunas llamadas. Hablaba con Clay Jensen. Tras la muerte de Melissa Norton el consejo había dado luz verde a la iniciación de la defensa del condecorado militar estadounidense juzgado por matar a un niño en Afganistán al creer que llevaba un dispositivo de activación de un aparato explosivo que terminó siendo un juguete. Con su mujer viva habría sido imposible dar continuación a esa decisión. Melissa tenía escrúpulos, pensaba que si accedían a ello una gran parte de oriente se pondría en su contra, pero no solo estos. También la principal potencia mundial. Se ponía en la piel de los pobres niños que vivían la guerra diariamente sin posibilidad de alejarse de ella. Siempre había sido reacia a hacer negocios con estos. Quería un mundo mejor. Su deseo era hacer de Denax una empresa que de verdad contribuyera a ayudar a la humanidad. Jamie tenía otro concepto en mente. Solo veía el negocio. Y a menudo los negocios productivos venían de la mano de asuntos oscuros. Estaba decidido a llevar a cabo aquel caso. Tendría en contra a Estados Unidos. Saldría en primera portada de todos los periódicos. No se le ocurría un movimiento mejor.

—Clay me tienes que facilitar toda la información que creas que nos puede servir de ayuda. Vamos a hacer eclosionar a Estados Unidos de su huevo —reía mientras observaba algunos papeles que ya habían sido remitidos por parte de Clay a la empresa.

—Yo solo quiero que se haga justicia señor Jamie. No quiero convertirme en la estrella de Washington... —su tono era difícil de escuchar, parecía tener miedo de lo que podía desencadenar con aquellos testimonios.

—Usted tendrá el mérito que se merece. Quieren hacer ver al mundo que todas sus decisiones son las correctas, que es necesario todo lo que hacen y cuando se equivocan es culpa de los militares por su libre decisión, no porque la orden viene dada por un pinganillo de un superior a miles de kilómetros que observa detenidamente la imagen de uno de vosotros apostado en un edificio con el ojo puesto en la mirilla de su rifle apuntando a la cabeza de un posible terrorista.

—Esta tarde le enviaré la documentación y pruebas que faltan. Llevo muchos años recopilando informes y actuaciones. También mis informes psiquiátricos que nos hacen periódicamente. No he perdido la cabeza como quieren hacer creer. Sigo estando muy cuerdo.

—No lo dudo señor Clay. En cuanto me llegue me pondré a trabajar con mi equipo y en el menor tiempo posible tendrá mis noticias. No tengo que decirle que todavía no lo hemos hecho oficial, por lo que usted y yo no estamos teniendo ahora mismo esta conversación. Estados Unidos contratará al mejor gabinete de abogados posible. Debemos trabajar bien los tiempos, que crean que usted no va a tomar finalmente represalias para así darles el menor tiempo de reacción. Ha sido un placer —dijo dando por terminada la conversación.

—Los soldados norteamericanos realizamos un trabajo digno de elogiar. Nos jugamos la vida todos los días por unas escasas monedas. Ninguno vuelve a ser el mismo cuando regresa a su casa, muchos ni siquiera lo soportan y se acaban pegando un tiro, otros tantos acaban paranoicos. Nos venden el mensaje de que somos lo que salva a América, al mundo. Gritamos el lema: «*This We'll Defend*». Nos hacen creernos héroes y cuando regresamos a casa nos abandonan a virtud de la suerte. Si nos volvemos locos alegan que nunca habíamos estado en plenas condiciones mentales... Mentiras y más mentiras. Nada más que sueltan descalificativos hacia los que nos jugamos la vida por nuestro país. No hacen más que desprestigiarnos. Nadie da nada por nosotros solo somos corderos que van a la guerra a vender su piel y de forma muy barata. Lo único que queremos miles de compañeros y yo es justicia —sentenció Clay Jensen en un tono mucho más seguro y efusivo

No alcanzó a contestar. Clay había colgado. Era conocedor de la repercusión que aquello ocasionaría.

Los peritos de criminalística, asesorados por dos instructores de la policía londinense acordonaron un área de unos ochenta metros cuadrados, vestidos con trajes especiales que impedían la contaminación de la escena del crimen, llegaron hasta la casa. Todo se encontraba tal y como estaba el día del fallecimiento de Melissa Norton.

Mientras recogían las pruebas enseñaban a Alexandre Marinetti, en prácticas, la manera en que se recogían todas las pruebas necesarias para la investigación, como la obtención de huellas digitales o restos orgánicos en la misma escena, el análisis de las sustancias, etc.

—¿Qué hacemos con las pruebas ahora? —preguntó tratando de llamar la atención.

Durand le explicó que una vez recogidas las pruebas, eran remitidas a un laboratorio donde iban a ser sometidas a diferentes tipos de análisis con la finalidad de poder averiguar algo sobre lo sucedido.

La casa parecía un cutre laboratorio de droga, no cuadraba con las personas que fallecían por sobredosis. A menudo lo normal era que la droga estuviese mínimamente escondida, recogida, más aún en la casa de alguien como Melissa Norton, la cual era una importante empresaria. La

autopsia del cuerpo fue clara. Muerte por sobredosis de anfetaminas y heroína. A priori un caso fácil de resolver. Archivado y listo, pero las reticencias y contactos de Gerhard Harrelson habían imposibilitado el archivo de la causa.

—Gerhard no puedes seguir dándole vueltas a lo que sucedió. Melissa se pasó con la dosis y la palmó, no hay más. No te hagas más daño.

David Evanson era íntimo de este. Había conseguido mandar a algunos miembros de criminalística a echar un vistazo para que su amigo se quedase así más tranquilo, aunque con todo ello seguía esperando y necesitando que no saliera nada que pudiera incriminar a Jamie Rowling.

—¿Por qué iba Melissa a tomar drogas? Llevaba más de veintiséis años sin consumir. No tiene sentido alguno.

—Quizás la ruptura con su marido, la caída de las acciones de Denax... no sé Gerhard, pero las cosas son así, no puedes seguir removiéndolas.

—El divorcio con ese enano... se nota que no la conocías, eso era 10 mejor que le podía ocurrir.

A escasos metros observaba discretamente Alexandre Marinetti. Italiano. Escasos veintiún años recién cumplidos. Expediente académico excelente. Había sido el mejor de su promoción en la Universidad de Nápoles. Era alto, 185 centímetros, pelo afro, moreno de piel. Característico por sus gafas cuadradas. Muy introvertido, le costaba horrores hacer amigos y darse a conocer, a menudo complaciente, nunca expresaba lo que de verdad sentía. Su vida giraba en torno a los videojuegos y la informática... Y era el becario más prometedor de la sección antidroga de la policía metropolitana de los últimos cincuenta años. Se colocó en una posición estratégica que le permitiese escuchar sin ser descubierto lo que David Davenson y Gerhard Harrelson estaban hablando. Sin embargo, su mono blanco holgado no le permitía pasar desapercibido. Había salido a tomar el aire después de estallarle en la cara una pequeña bolsa de cocaína al intentar abrirla sin mucho éxito. Intentó camuflarlo, creía que dado a la blancura también del mono no necesitaría dar explicaciones vergonzosas, sin embargo, no se libró de las mofas de sus compañeros y de una charla de su superior mientras intentaba aguantar la risa.

—Chiquillo ¿qué haces ahí? ¿No te han enseñado que las conversaciones entre adultos son privadas? —preguntó irónicamente el comisario.

Marinetti apenas pudo balbucear unas palabras cuando salió Davenson en su ayuda.

—No seas así con el pobre chaval, dicen que es una mente brillante. Acércate, ven —dijo como si de un perro en vez de una persona se tratase.

—Tú, ¿una mente brillante? Y ¿por qué se supone que debo creerme eso? —expresó mientras le hacía un chequeo exhaustivo mirándolo de arriba abajo.

El joven permanecía con la cabeza agachada esperando a que alguno de los dos se apiadase de él y lo dejase marchar.

—Por sus dotes. Personas reputadas en el mundo de los compuestos químicos hablan maravillas de él, tiene el mejor expediente de todo Nápoles y ya ha trabajado en la resolución de varios casos en Italia y aquí.

—¿Y no tiene lengua? —Harrelson seguía sin quitarle la vista de encima. No parecía importarle lo que su buen amigo le contaba.

—Sí, señor. No quería crear un infortunio simplemente estaba dando un paseo. Con respecto a lo que dice el señor Davenson no creo que sea así, solo me limito a realizar mi trabajo de la forma más eficiente. Para eso estoy aquí.

—Encima de bueno nos ha salido humilde el chiquillo y todo —le dijo mientras le daba un

tortazo en la espalda a base de estímulo—. Y bueno dime, sí eres tan bueno como estoy escuchando ¿qué es lo que ha ocurrido ahí dentro? —el tono de este se había vuelto serio, quería saber su opinión, al fin y al cabo, seguía queriendo negar que Melissa Norton había fallecido por una sobredosis suministrada por ella misma.

El rostro de Davenson se congeló. Quería dar por terminado ese asunto y él inconscientemente lo había vuelto a reabrir llamando a Alexandre.

—Gerhard... deja eso ya —dijo con un tono de desdén mientras abría los brazos en señal de reprobación.

Gerhard le hizo un simple gesto con el brazo extendido para que lo dejara hablar. Lo entendió. Marinetti observaba confuso ante la atenta mirada de ambos.

—Pues... —estableció cierta intriga— Es pronto para hacer una valoración o estimación real, pero desde mi punto de vista hay algo raro. Creo que hay algunos elementos que se nos escapan. No voy a decir que es raro el caso en el que una persona rica se drogue. No es así. Pero cuando lo hace suele tomar más precauciones. Nunca por vena. Las agujas dejan marca y eso casa muy mal con la imagen de una empresaria. Luego suelen dejar todo mucho más recogido por si da la casualidad de que se queda dormida, o indispuesta. Estas casas suelen tener servicio de limpieza y que una de estas personas encontrase la casa llena de drogas y estupefacientes con ella en la cama... podría ser devastador para alguien así. Después las jeringuillas que estaban junto a su cuerpo no tienen ni un mísero rastro. ¿Cómo es posible que se haya inyectado y no haya dejado ni una huella en la jeringuilla? A no ser que utilizara guantes, pero es bastante extraño que se dé esa circunstancia. ¿No creen?

Ambos lo miraban fascinados. Y al unísono expresaron su deseo.

—Siga, siga —por un momento a Davenson se le había olvidado por completo que aquella valoración era negativa para los intereses que defendía, incluidos los suyos.

—Por desgracia nos han mandado hacer los análisis transcurridos bastantes días desde el acontecimiento. He estado echando un vistazo por los alrededores, pero no he visto nada sospechoso. Otra de las cosas que me han sorprendido es que toda la droga encontrada estaba fuera. A la vista, es decir, no había nada en los cajones, en ninguno, ni siquiera una piedra pequeñita de hachís. Absolutamente nada. Tampoco más jeringuillas, ni papel de albar, no sé, me parece muy extraño todo —reflexionaba mientras daba pasos en círculos y se rascaba como podía la barbilla.

La mirada de Gerhard se había fijado sobre el rostro de su amigo. Le recriminó que no ordenara hacer esos análisis con anterioridad.

—Entonces... ¿Usted cree que lo que ha podido pasar ahí dentro ha sido un asesinato y no una muerte de una yonqui por calcular mal la cantidad de droga que se metía?

—Es pronto para dar esa valoración, mis jefes creen que se trata de una muerte por sobredosis, quieren dar el caso por cerrado.

—Y así es —interrumpió Davenson—. Es lo más sensato para todos y evitar que muchos sigan haciéndose daño. —intervino mirando de soslayo a Gerhard.

—Sin embargo, yo no me atrevería a aventurar ninguna de las dos posiciones de manera tan rápida. No me parece un caso sencillo, como están intentando que lo veamos. Hay algo que me huele mal. Pero no me aventuro a decir el qué.

—Hay que seguir investigando —apresuró a decir Gerhard sucumbido en el pánico y la esperanza que le daba oír aquellas objeciones—. No pueden dejarlo así, deberán seguir haciendo pruebas hasta dar con un resultado probable —la desesperación parecía haberse apoderado de él.

—Si por mí fuera... pero no depende de mí. Le recuerdo que soy un triste peón aquí, estoy en prácticas, estoy por debajo del suelo. Mi opinión no es que sea la última, es que ni siquiera está presente. Por desgracia me temo que por ahora no puedo hacer mucho más. Soy un triste mandado.

XXVIII

Jamie se encontraba ordenando de mayor a menor importancia todos los documentos remitidos por Clay Jensen. Había cerca de trescientos cincuenta folios. No se explicaba cómo podía haber reunido tantísimos documentos. Nunca llegó a pensar que dieciocho años de servicio militar dieran para reunir semejante cantidad. Si bien es verdad que entre estos se encontraban varias defensas que habían esbozado otros abogados a los que Clay consultó con anterioridad y varias ofertas «pacíficas», por parte del gobierno estadounidense tratando de poner fin a aquello viendo en lo que podía acabar.

Jamie tenía a sus mejores hombres trabajando en aquello. Cada uno poseía una copia de los trescientos cuarenta y siete, para ser exactos, folios que Clay había puesto a disposición de Denax. La tarea encomendada a Tom era actuar de chico de los recados facilitando las vicisitudes que les surgían a estos. Se habilitó la sala de reuniones para que pudiesen trabajar sin problemas. No tenían precedentes de un caso de tanta importancia. El número de personas trabajando en ello era elevado. El primer paso era desgranar la información detallada de esos documentos. Todos debían realizar el mismo trabajo, una vez hecho compararían y debatirían. Sacarían la información más detallada apoyándose en todos los trabajos. Después se dividirían trabajando cada uno en una parte. Ello conllevaba desde el hecho de cómo y cuándo salir en los medios de comunicación para hablar del caso llenándose la cara de orgullo hasta los asuntos más oscuros, que se realizarían extraoficialmente sin que se pudiese relacionar de ninguna de las maneras con la empresa. Pasando por las pruebas de defensa ante tribunales simulados, la estrecha relación que uno de ellos debería entablar con Clay, siendo su persona de confianza, que creyese que había alguien que de verdad se interesaba de la empresa, que le trasladara la idea de que eso lo hacían por su honor y no por la cantidad de dinero que se iban a embolsar tanto si salía bien, como si salía mal. Terminando por el juicio final.

El agobio de Jamie contrastaba con su sonrisa. Era consciente de que aquello no era un asunto de días, probablemente tampoco de meses. Llevaría su tiempo. Y no había hecho más que empezar. Al hacer el intento de levantarse golpeó con su rodilla en una carpeta propiciando que esta tirara el taco de documentos ordenados y los esparciera por todo el despacho.

—Maldita sea. ¡Joder!

Había tirado por los suelos todo lo que le había llevado un par de horas ordenar. Hizo el ademán de ir a recogerlo, pero estaba tan cansado que optó por echarse al suelo. Se tumbó en el suelo enmoquetado mirando al blanco techo e imaginándose por un momento que se encontraba en una isla paradisíaca relajándose. Estaba acostumbrado a tener mucho volumen de trabajo, también de estrés, pero nunca antes de tal magnitud. Sin embargo, sabía que no era eso lo que le preocupaba. Llevaba noches sin poder dormir, sin conciliar el sueño debido a las voces procedentes de Melissa Norton que rondaban por su cabeza. La echaba de menos, sí. No se lo podía creer, no encontraba explicación alguna, pero añoraba a aquella mujer indomable. Al fin y

al cabo, era la única junto a Amelie que estaba siempre. Melissa se había ido para siempre. Él la había eliminado. Por el contrario de Amelie no tenía noticia alguna. Se marchó enojada jurando que nunca lo volvería a ver, pensaba que se le pasaría con los días, pero no había sido así. Jamie se encontraba solo ante el mayor reto afrontado en lo que llevaba de su vida. Anduvo dándole vueltas a quién se encargaría de realizar cada parte del trabajo. Llamó a su nueva secretaria para que le recogiera los papeles. La cual lo hizo sin rechistar, pero con claros síntomas de molestia.

Jamie había hecho como que se creía la historia de Tom, según él Elisabeth se había marchado dejando una nota de despedida, sin dar más explicaciones. Escueta nota que el propio Tom le entregó con tal de hacer todo aquello más creíble:

«Lo siento cariño, pero debo irme, algún día te lo explicaré. No es fácil para mí, créeme. Por favor no me busques, no intentes localizarme, es mejor así».

Conocía perfectamente la letra de la que había sido durante un tiempo su mano derecha y durante bastante más su secretaria, era consciente de que aquella no era la suya. Sin embargo, asintió y no pidió ningún tipo de explicación. Sabía cómo funcionaba la organización, la pobre Elisabeth estaría en alguna cantera abandonada o vertedero en el mejor de los casos. Jamie llevaba mucho tiempo desaprobando los métodos que empleaba la organización, así se lo había hecho conocer a Antonio Modales en alguna efímera reunión. El caso fue omiso, él era un simple intermediario para ellos. Era paradójico, una de las personas con más poder en Londres y uno más para ellos. Los problemas de Jamie eran abundantes como para abrir otro frente y tener que iniciar una guerra con Modales, la cual terminaría con muertos. No le merecía la pena. Recogía las bolsas de dinero y hacía lo que le ordenaban.

—¿Sí? —contestó Alexandre Marinetti extrañado por la hora a la que se produjo la llamada de un número desconocido.

—Espero no haberle despertado señor Alexandre, perdone las horas, pero es el único momento que tengo para hablar sin preocupaciones con usted. Le llamo desde un teléfono protegido, además no tiene por qué preocuparse de lo que hablemos.

—¿Quién es? —dijo medio dormido después de que la llamada le hubiera despertado.

No había conseguido reconocer la voz grave del comisario.

—Soy Gerhard Harrelson, estuvimos hablando esta mañana junto con Davenson, ¿se acuerda?

—Sí, ya caigo. —dijo haciéndose el interesante, como si se hubiese topado con muchas personas en aquel día.

Era curioso, pero Alexandre había experimentado un precoz cambio de la noche a la mañana, aquella conversación hizo despertar la admiración de los dos hombres con reconocimiento en su trabajo hacia él. Pasó de que le llamarán chiquillo a hablarle de usted e incluso «señor». Aquello despertaba un gran halago en este. Su confianza había crecido, se sentía capaz de decir lo que pensaba y de dirigirse de igual a alguien superior.

—Antes de entrar en vereda, le tengo que hacer una pregunta importante —decía mientras se rascaba el pelo creyendo que lo veían al otro lado del móvil. ¿Tiene algún motivo para sospechar que su móvil pueda estar pinchado?

Marinetti rompió a reír.

—Perdone mi risa, pero ¿quién se ha creído que soy? Ya le he explicado esta mañana todo lo que tenía que hablar con usted. No soy nadie, simplemente un trabajador más y ni siquiera eso... todavía. ¿Cómo va a estar mi teléfono interceptado por dios? —dijo mientras volvía a jactarse.

Al otro lado de la línea aguantaba Gerhard con el rostro rojizo.

—Me temo que no tiene ni idea de nada. Es usted brillante Alexandre, lo que significa que

tendrá cien ojos encima suya. Las personas brillantes son un problema para la mayoría, se salen del orden y realizan el suyo propio. Usted es el único que se ha dado cuenta de que lo que hemos presenciado esta mañana era la escena de un crimen. Todos han dado otra valoración, salvo usted. ¿Qué cree que pasará si eso sigue ocurriendo? ¿Cree que su superior aceptará que un becario ponga en entredicho sus decisiones una y otra vez? La gente brillante no siempre triunfa, a menudo le cortan las alas.

—¿Qué es lo que esta insinuando?

—Si yo fuera usted me aseguraría de que su casa estuviese libre de micros. Han hablado mucho de usted, demasiados halagos, si no lo tienen controlado lo terminarían haciendo. Solo le digo que por ahora sea complaciente con sus superiores. No tiene ningún poder todavía. Si molesta a quien no debe lo quitarán del tablero rápido, usted mismo lo ha dicho esta mañana, no es más que un triste peón. Eche un vistazo, asegúrese de que no tiene micros y llámeme cuando este seguro de ello. Mire en los cuadros, en los maceteros si tuviese, en el aire acondicionado — siguió enumerando una larga lista de lugares hasta que Alexandre colgó.

Al cabo de unos cuarenta minutos volvió a llamar.

—Ya he puesto la casa patas arriba para nada —en sus palabras se denotaba molestia.

—No me andaré con más rodeos, estoy seguro de que la muerte de Melissa Norton ha sido provocada, ha sido un asesinato, estoy convencido. Y sé quién es el causante.

—Son acusaciones muy graves —dijo altamente contrariado.

—Lo sé, pero conocía a Melissa desde que éramos dos renacuajos, hacía mucho que no se chutaba nada. Por suerte salió de la droga hace bastante.

—Y supongo que me necesita para averiguar quién y cómo la mató ¿no?

—El quién ya lo sé —afirmó con una rotundidad enorme—. Sin embargo, necesito saber cómo, por qué y los medios necesarios para incriminarlo.

Gerhard le puso al corriente de todo con pelos y señales, confiaba en él.

—De todo esto solo sabremos usted y yo, no debe informar a nadie hasta que tengamos pruebas concluyentes. El señor Jamie es un hombre muy poderoso y también está dispuesto a matar con tal de que no se manche su nombre.

Marinetti tropezó al pasar por la zona acordonada, en dirección a la casa para continuar con las pruebas. Sus compañeros empezaron a reírse y burlarse.

—Mira que eres patoso italiano. ¿Es que en Italia no os enseñan a saltar o qué...?

Y algunos otros comentarios que tuvo que soportar. Una vez en la casa todo proseguía su camino. Seguían realizando las pruebas correspondientes. El caso estaba casi cerrado como una muerte por sobredosis, sin embargo, quedaban algunos flecos por atar. Gerhard Harrelson se daba una vuelta por allí de vez en cuando para que siguiesen trabajando, aunque a la investigación le quedasen escasos días. Alexandre ya había informado que el caso se iba a cerrar y una vez cerrado no podría volver por allí a realizar pruebas. Aun así, intentaba aprovechar el tiempo al máximo. Sus compañeros hicieron el descanso para comer, nadie le preguntó, como de costumbre, si quería ir. Empleó aquel tiempo para investigar la casa entera y no solo el cuarto y en una de las ventanas encontró un pelo. Muy fino, casi transparente, lo más probable es que el viento lo hubiese depositado allí, pero decidió que era mejor tener algo que nada. Se lo entregó a Gerhard para que le hicieran una prueba. Esperaba que la base de datos le diera algún resultado productivo.

Al cabo de un par de horas habían analizado el pelo. Era de la propia Melissa Norton, aunque era corto, el color se asemejaba al de Melissa y era habitual que a lo largo del día se nos cayera

el pelo, cualquier ráfaga de viento lo habría hecho depositar ahí. Alexandre tenía fe en que esa pista les llevara a algo seguro, pero no había sido así. Gerhard seguía insistiendo para que continuase investigando, casi no le dejaba ni respirar.

Era su hora de descanso. Los demás seguirían las labores, el comisario lo desaprobó con la mirada, pero necesitaba un respiro. Sacó de su mochila un tupperware con macarrones a la carbonara y pollo. No era gran cocinero, sus dotes le daban para cocinar pasta, arroz y poco más. El pollo estaba insípido y la salsa comprada en el supermercado en nada se parecía a la que hacían en su tierra. Se dispuso a escribir. Le encantaba. Se evadía del mundo por un momento. A menudo se preguntaba por qué en la escuela no se potenciaba. Sí, te obligaban a leer libros, pero ese era el problema ningún niño ama nada si le obligan y eso sumado a que eran textos para nada acordes a su edad... Aun la brillantez de Marinetti, este tuvo muchos problemas para sacar bachiller, sobre todo lengua, una asignatura que rondaba en torno a un comentario crítico de un texto que en muchas ocasiones era imposible de entender. Siempre fallaban la mayoría y la respuesta siempre era la misma: «vuestro problema es que no sabéis redactar. No tiene sentido lo que escribís, vuestras ideas están bien en vuestra cabeza, pero al plasmarlas se distorsionan y no se entienden». Seguía preguntándose porque no se enseñaba a redactar en vez de solo decirlo. Pero no terminaba ahí. El curso fue casi un horror. Millones de datos en escaso tiempo, aprendían de memoria, soltaban y olvidaban. Era imposible aprender. Sabía que el sistema educativo tenía un gran problema a nivel global que acabaría estallando. Así no se hacían genios. Se llegó a preguntar si quizás era eso lo que querían. Contra más incultos, más dóciles, más fáciles de manejar. Todo aquello le hizo recordar una historia en aquel momento intrascendental en su vida pero que podía haber marcado una época para él. Fue cuando la profesora de lengua le quiso suspender con un 4,9 de nota final. Gracias a su padre, que fue a pedir explicaciones, no sucedió tal acontecimiento que habría provocado la desilusión y posiblemente la rebeldía y dejadez de un alumno que ahora era catalogado de «brillante». En Italia la prueba de acceso a la universidad se conocía con el nombre de «numerus clausus», la cual fue un mero trámite para Alexandre. Solamente en algunas facultades, con menor demanda, existe el ingreso directo, sin test previo.

Después de comer sacó su pitillera color plata, cogió un cigarro Chesterfield. El humo salía de su boca con formas que se disipaban rápidamente. Se tocó el bolsillo trasero izquierdo en busca de la pitillera, no la sintió, su corazón se encogió por un segundo, estaba en el derecho, aquella pitillera era un amuleto para Alexandre, no se separaba de ella. Era el tercer cigarro cuando Gerhard se acercó.

Alexandre se permitió una sonrisa antes de que este le comentara alguna absurdez. Intuía que sería así, Gerhard Harrelson se parecía a David Davenson. Ambos eran hombres chapados a la antigua, de los de puro en mano y resolver las cosas a la vieja usanza, quizás Davenson más inteligente, más cauto, con más presencia y saber estar, eso le había ayudado sin duda alguna a llegar a su puesto, por el contrario Harrelson se había dejado llevar más por sus impulsos, sin tanta cabeza, tenía gran determinación pero le faltaba algo para llegar más alto, quizás haberse callado en determinadas ocasiones, era de los que primero disparaban y después preguntaban. Mientras se acercaba algo se accionó en su cabeza que le hizo dar media vuelta. Alexandre suspiró aliviado, sabía que si encontraba algo que pudiese incriminar a Jamie le catapultaría a la fama, pero también le conllevaría muchos problemas. Seguía fumando, miraba como el hilo de humo se esfumaba progresivamente al contacto con el aire.

Volvió al trabajo, había conseguido no tener que intercambiar palabra alguna con el comisario, por lo visto había recibido una llamada importante y se había marchado.

—¿Estamos solos?

—Sí —respondió Alexandre con una mueca entre los labios. Los demás se han ido a comer. Yo aproveché hace un rato para almorzar tranquilo. ¿Y tú?

—Yo hasta la noche nada, estoy haciendo el ramadán.

—¡Uf qué duro! Yo no soportaría estar sin comer durante tantos días —su cara era el reflejo de parecer estar sufriendo una tortura.

—No hombre. Pero llegada una hora podemos comer determinadas cosas, si no nos moriríamos —dijo mientras se reía complacido por tener una conversación jovial con alguien que parecía preocuparse por él—. Voy a mear, ahora seguimos hablando.

Marinetti se puso los cascos y siguió a lo suyo. Le gustaba trabajar con música, se le ocurrían las mejores ideas mientras la escuchaba. Se encontraba dándole con un plumero al mueble de la mesita de noche cuando de repente escuchó la cisterna. Sus ojos se abrieron hasta el máximo resplandor, las cejas se arquearon por encima de lo natural, la parte superior de los dientes amarillentos del tabaco se mordieron el labio inferior y sus piernas corrieron hasta el baño.

—¿Qué has hecho? —preguntó sabiendo la obviedad.

—Pues tirar de la cisterna, ¿qué voy a hacer? Pero parece que hay un atasco —dijo abriendo los brazos en señal de excusa.

—Coge ese martillo —dijo señalando una caja de metal que había justo a la entrada—. Pilla también dos bolsas de basura, corre, ¡vamos! —Alexandre corría lleno de energía, disfrutando como si de un niño chico se tratase.

—Marinetti para, cuéntame qué se te ha ocurrido.

—A ver el cuerpo humano está lleno de bacterias, estas están presentes en nuestro cuerpo, son únicas en cada persona.

—¿Y tratas de encontrar en las tuberías atascadas algún desecho corporal para analizarlo e identificar a quién corresponden? Todo eso teniendo en cuenta de que esto sea finalmente un asesinato y no una muerte por sobredosis. ¿Verdad?

—Eso es, has dado en la clave. Hace tiempo hicieron una investigación, en la que participaron... —Marinetti hizo un descanso pensando cuántas personas eran, pero no logró recordar la cifra exacta.

Estas entregaron muestras de piel, saliva y heces que fueron analizadas en cuanto a su composición bacteriana creando un perfil. Cada cierta cantidad de semanas, los participantes entregaban nuevas muestras, que iban siendo comparadas con las anteriores. Después de un año, los científicos llegaron a la conclusión de que el ochenta por ciento de los participantes tenía el mismo perfil de bacterias que al iniciar la investigación.

—Según ese estudio se podría identificar a cualquiera con tan solo una muestra de saliva, piel o deposiciones, sin necesidad de nombres, sexo o alguna otra pista.

—Así es, llevo días intentando encontrar algo de saliva, pelos... sin resultado alguno, quien hizo esto cuidó mucho los detalles, pero a lo mejor fue al baño, si fue así y en ese momento la tubería seguía atascada, probablemente haya algo en alguna parte de estas largas y enrevesadas tuberías que nos permitan identificarlo.

—Pero una duda que se me viene a la cabeza —interrumpió pensativo.

—Dispara —dijo entusiasmado Marinetti.

—Me has dicho que eso es tan solo un estudio, por lo que no creo que esté aprobado, ¿cómo vas a conseguir, en el caso remoto de que encontraras algo, que te lo aceptasen o tan siquiera que

te hiciesen la prueba?

—Conozco a alguien. Una vez tenga la información ya me las apañaré. ¿Me vas a ayudar? Si no te puedes ir, no pasa nada, lo entiendo.

Tras media hora picando y la casa echa una ruina, consiguieron sacar tres bolsas de basura hasta arriba de contenido nauseabundo.

La cara de Gerhard hablaba por sí sola. Rostro muy serio, más de lo normal, cabeza agachada, algo compungido y cara de traer malas noticias.

—Alexandre, me han llamado de Nápoles, tu madre ha muerto.

Pasó un buen rato hasta que logró asimilarlo, no podía entenderlo, al parecer su madre había muerto de un infarto a los sesenta y siete años mientras caminaba tan tranquila por la calle cuando de repente lo sufrió, la ambulancia tardó más de media hora en llegar, para cuando lo hizo ya era demasiado tarde. Alexandre estaba desolado, jamás había sentido tanto dolor y tristeza a la vez. Las lágrimas le caían sin parar, para cuando conseguía tranquilizarse una estela de recuerdos le volvía a inundar de lágrimas. Gerhard se acercó alargándole un cigarro, se lo encendió el mechero con una insignia del Arsenal.

—Aquí las personas de provecho somos del Arsenal de toda la vida —dijo riendo tratando de arrancarle una sonrisa. Fue en vano.

Permaneció sentado mirando al bosque por el que estaban rodeados. Sus ojos parecían océanos, en ellos podía observarse el tremendo dolor que estaba sufriendo en aquellos momentos. Los intentos del comisario de sacarle alguna palabra de su boca eran totalmente ineficaces. Finalmente desistió, volvía a su coche para ir por fin a su casa, el día había terminado para él.

—Mi madre ha muerto y yo estaba a miles de kilómetros de ella. ¿Sabe lo que duele eso? La muerte solo trae más muerte, eso es lo que está pasando.

Gerhard no estaba de acuerdo con aquella teoría de Marinetti, pero entendía que no era el momento oportuno para rebatírsela.

—Llevo años sin ver a mi madre y ya no volveré a verla. No soy brillante, ni alguien destinado a cambiar la investigación criminal. Soy un puto becario, al cual todos tratan como tal, llevan sin concederme vacaciones de más de tres días desde hace más de dos años y con mi sueldo, si es que se puede considerar así no me da para ir a mi casa. Mis padres me han recriminado en innumerables ocasiones que por qué no iba a verles, pero cómo decirles a tus padres que te lo han dado todo que no tienes dinero ni para pagarte el alquiler de un piso medianamente decente en Londres... como consecuencia mis padres dejaron de hablarme, quizás hubiese sido más conveniente explicarles lo que estaba ocurriendo, pero se me caía la cara de vergüenza al tener que contarles a mis padres que todo el esfuerzo que habían puesto en mí valía para esto... no puedo aparecer por el funeral, mi padre me mataría con sus propias manos, no volveré a ver a mi madre jamás, se fue de esta vida pensando que no me importaban, quizás el motivo de su infarto incluso pueda ser yo. Y todo por un maldito sueño ficticio que nos venden — las lágrimas se habían mezclado con el sudor durante todo el rato, el dolor e ira eran palpables en aquel lugar.

Gerhard Harrelson cerró los ojos en señal de dolor, no era un simple pestañeo, lo estaba sintiendo de verdad, sabía cómo funcionaban las cosas en la realidad y aquello no le extrañó en absoluto.

—Te entiendo, comprendo que necesites descansar, darte un respiro, ver a tu familia. Olvidarte de todo al fin al cabo, pero las cosas son así para todos. Las reglas no las hemos inventado nosotros.

—Con sus palabras no parece que le importe mucho —le cortó de forma brusca.

—Lo siento mucho de verdad, créeme. Pero seguro que tiene alguien en casa esperándole —dijo a modo de pregunta esperando que la respuesta fuese afirmativa para tener algo a lo que poder agarrarse.

—Bueno... esa es otra. Antes estaba convencido de que estaba enamorado de Amelie, pero hace un tiempo lo empecé a pensar y... ¿cómo puedo saberlo? ¿Qué es estar enamorado? Ella ha sido la primera para muchas cosas, es verdad, pero... a veces pienso que estar enamorado es solo una debilidad. Muchos días no paro de darle vueltas, y ¿si tan solo es mi forma de querer?

—No soy el más indicado para hablar del amor, mi mujer me dejó hace dieciocho años y desde entonces no he sido capaz de estar con nadie más, pero supongo que eso son las relaciones, apostar todo por una carta que tiene todas las de perder.

A Alexandre le sorprendió aquello, no pensaba que Gerhard tuviera corazón, y siempre se lo había imaginado como el típico cincuentón con su mujer y al mismo tiempo ama de casa y niños mal criados. Empezó a sonar el teléfono. Marinetti se lo arrojó a Gerhard.

—Te interesará —le dijo.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—He conseguido sacar las identidades de esas bolsas asquerosas que me has mandado. Los restos pertenecen a Melissa Norton, Abban Hased y Hugo Martín, este último es conocido por numerosos robos y algún que otro atraco. La policía española lleva buscándole varios años. No te puedo decir más. Ándate con mucho cuidado amigo mío —no se dio cuenta de que quien estaba escuchando al otro lado de la línea era Gerhard Harrelson.

—¿Y esta información? —preguntó asombrado a Alexandre.

—Tengo mis contactos —dijo sin muchos ánimos.

—Ahora haré yo uso de los míos, quizás sepa de alguien que pueda darnos alguna información interesante sobre ese tal Hugo Martín.

—Entiendo que no vengas, no te preocupes.

Por un momento Marinetti pensó que el comisario le pagaría el billete para presenciar el funeral de su madre en Nápoles, pero finalmente no fue así.

Se recompuso como pudo y consiguió contestar

—Quiero ir, es mi caso.

XXIX

Gerhard conducía su Audi A3 el cual se había quedado ya anticuado, pero su sueldo no le daba para renovarlo. Ambos no intercambiaron palabra, el rostro de Marinetti era indescifrable, por un lado, estaba roto por el fallecimiento repentino de su madre, por otro motivado por lo que había conseguido. Le costaba mucho sacar algún tema de conversación, lo intentó varias veces mentalmente pero no sirvió para nada.

El barrio estaba desierto, ni un alma por las calles, Alexandre no sabía dónde estaba, el sueño le había hecho mella durante el trayecto. Las únicas palabras mencionadas por Gerhard habían servido para advertir a su compañero de que estuviese bien atento a todo. Aquello le creó cierto nerviosismo, en ese momento deseaba tener un arma en sus manos, no sabía manejarla, pero imaginó que tampoco sería difícil, cargar, apuntar y apretar el gatillo. Se imaginaba la situación, parecía en un sueño hasta que oyó la advertencia de Harrelson. Anduvieron durante diecisiete minutos por las gélidas calles. El tiempo helaba, no era invierno, la temperatura no era extremadamente baja, catorce grados centígrados, sin embargo, el viento hacía que la sensación térmica fuera de siete grados. Marinetti no estaba acostumbrado, contrastaba con la brisa cálida de Nápoles, tenía los labios y nudillos cortados debido al frío, finalmente llegaron a su destino. Esperando se encontraba un hombre de espaldas con una gran gabardina negra y escaso pelo, no se podía intuir mucho más.

—¿Quién es aquel hombre? —preguntó asustado. No había conseguido reconocerlo, aunque ya había estado hablando con ambos.

—Ten cuidado con ese hombre amigo mío, hablan de que es bastante peligroso. En España llevan años buscándolo, cooperan en una investigación junto con Reino Unido para encontrarlo. Hasta el momento sin ningún resultado. Es imprevisible, listo y dicen que hace un trabajo de diez, nunca deja ni una huella.

—Hasta el momento —susurró Marinetti con una ligera sonrisa, orgulloso de haber sido el primero en sacar una prueba que involucrase a aquel sicario.

—¿Entonces no sabes nada de donde puede estar? —dijo Gerhard algo decepcionado.

—Algunas fuentes no muy fiables dicen que se aloja o alojaba en Tottenham Hale, ya sabes, el barrio es... un equipo de investigación lo barrió de arriba abajo sin encontrar nada, incluso se llegaron a entrar en dos casas con múltiples destrozos de los que tuvimos que hacernos cargo, pero sin resultado alguno.

Harrelson esbozó una mueca de resignación.

—Vale Davenson, seguiremos investigando, si te enteras de alguna noticia nueva llámame.

Alexandre se quejó airadamente a Gerhard pidiéndole explicaciones de porque habían ido hasta tan lejos para nada y encima para una reunión que podían haber tenido en cualquier otro lugar. No hubo respuesta por parte de Harrelson, pero Marinetti intuyó que a este le gustaba jugar a los detectives, meterse en la piel de uno de ellos y actuar como si lo fuera sin importar el peligro.

—¿Dónde vamos? —dijo Alexandre contrariado al constatarse que no habían tomado el

camino de vuelta.

—A Tottenham Hale. —contestó muy seco y con la mirada penetrante.

Alexandre cada vez lo tenía más claro, a Gerhard todo aquello le hacía disfrutar como un renacuajo.

—Espero que lleves algún armas de fuego —comentó Harrelson mirándolo de soslayo.

Marinetti abrió los brazos en señal de estupefacción.

—Pero ¿quién te has creído que soy? ¿Qué arma voy a llevar encima...? Pareces otra persona desde esa conversación —dijo extrañado.

Gerhard seguía metido en su papel.

—Vamos a un barrio muy peligroso, donde los débiles no duran ni medio día, cuna de muchos terroristas y de sentimientos extremistas. Es el sitio perfecto para esconderse. Hugo Martín estará allí, estoy completamente seguro —su sobreactuación era evidente.

Su compañero no pudo evitar soltar una carcajada viendo todo lo que hablaba y gesticulaba.

Ambos se tiraron más de media hora pegando casa por casa enseñando la foto de Martín. Pocos les abrieron la puerta, apenas tres personas, ninguna sabía nada de aquel hombre. Por las calles el resultado no fue muy distinto. Ante las insistentes quejas de Alexandre y las absurdas explicaciones de su compañero al final decidieron volver a casa. Habían adelantado mucho trabajo. Gerhard se colgó varias medallitas, sin embargo, Marinetti no lo tomó en cuenta, era él el que había conseguido toda aquella información, el que había hecho que la investigación avanzara, pero no recibió nada a cambio.

XXX

Pasaron unos días. Alexandre y Gerhard no se pusieron de nuevo en contacto, este último había estado hablando con un amigo suyo del Instituto de Ciencias Forenses. Por lo visto un transeúnte que iba caminando por la calle se encontró a un hombre muerto. Después de hacer las pruebas científicas necesarias fue posible determinar su identidad y como ocurría todos los cadáveres de los «no reclamados», se terminó por enviar a una fosa común. Ya no era Hugo Martín, sino que había cambiado su nombre y apellido por un número que se sumaba a las cifras de personas no reclamadas. Esto contrastaba con las personas que morían de muerte natural. Si no eran reclamadas podían ser utilizadas para investigaciones médicas.

La mayoría de los cuerpos que se destinaban a la fosa común eran encontrados en descomposición, con heridas de bala, asfixiados, ahorcados o atropellados. Esa circunstancia prorrogó su traslado a una fosa común ya que, al estar relacionado con una investigación, no se podía hacer nada durante un tiempo, ya que podía ser la evidencia de una prueba de un posible delito. Su amigo le explicó que después de realizar los procesos correspondientes al cadáver, el cuerpo se mantenía casi un mes en refrigeración por si alguien lo reclamaba, de no ser así se trasladaba a la fosa común.

Ese había sido el final de Hugo Martín, de un cruel pero inteligente sicario. Dos disparos en la espalda producidos desde una GLOCK 35 MOS Gen4, sin registrar, le habían provocado la muerte casi instantánea. No había ninguna pista. Las autoridades no habían puesto ninguna pega y mucho menos habían iniciado una investigación para esclarecer los hechos. Tenían a un fugitivo.

Caso cerrado.

Sin embargo, aquella noticia no provocó ningún tipo de felicidad en Gerhard Harrelson, Hugo era el único que podía relacionar a Jamie con la muerte de Melissa y casualmente él también estaba muerto.

A la misma hora Alexandre estaba abrazado a Amelie en el sofá de su escueta casa mientras veían una película. Ambos hablaban de cosas banales, sin mucho sentido intentando ver la película. Giraba en torno a una historia de amor imposible entre dos personas, destinada a acabar bien con cierta frecuencia. Ella le explicó que la razón se debía a que el amor era una de las temáticas que más enganchaban al espectador y los grandes productores lo sabían, por eso la mayoría de las películas tenían a dos personas idolatrándose. Generaba más dinero, al fin y al cabo.

—¿Qué tal el día cariño? ¿Algo nuevo sobre la drogadicta esa que me contaste? —dijo ella tratando de sacar algún tema de conversación.

Encogió los hombros, no sabiendo si debía o no hablar de ello. Finalmente se decidió a contárselo, confiaba en ella.

—Al parecer no murió de sobredosis, alguien la ha matado.

—¿Quién? —decía con los ojos desorbitados y haciendo aspavientos. Las novelas de intriga, de «tartan noir» le encantaban.

—No sabemos a ciencia cierta todavía nada, pero ha salido a la palestra un nombre, de una persona conocida en Londres, muy influyente incluso a nivel internacional.

La cara de Amelie expresaba su intriga, hacía pucheritos mientras le imploraba con las manos como si rezara que le contase de una vez por todas quién era esa persona.

Se mostró dubitativo durante un rato, sin embargo, al final se decidió.

—Es Jamie, Jamie Rowling —pronunció articulando de forma exagerada la boca para provocar en ella una sonrisa. En su cara se veía reflejada la emoción que sentía.

Por el contrario, la cara de Amelie se enmudeció, acompañada del rostro pálido, parecía haber visto un fantasma. Realmente no le resultaba extraño que Jamie estuviera implicado en aquel asesinato, era conocedora de los pocos escrúpulos que poseía el que había sido su amante hasta hacía no mucho tiempo. Se fue a la cama con la excusa de encontrarse indispueta.

Sentado en un parque viendo como las parejas paseaban cogidas de la mano Tom añoraba a Elisabeth, se sentía decepcionado consigo mismo, empezaba a pensar que todo aquello no valía la pena, aunque su cuenta corriente hubiese sufrido un enorme crecimiento. Los miedos habían vuelto a apoderarse de él. Llevaba más de la mitad de su vida roto, debido a sus problemas de corazón no supo adaptarse a la vida, no era capaz de socializar, veía las personas como simples cuentas, cuentas con las que sumar sus expectativas, gente de la que aprovecharse y que a la larga acababan dándose cuenta. Lo que conllevaba su marcha. De repente se percató de cómo un chico moreno, bastante alto y con el brazo izquierdo tatuado le quitaba una pluma de pájaro a su pareja, le llamó la atención la suavidad con que lo hacía, como casi le acariciaba el hombro mientras la miraba a los ojos para limpiarle. Aquel simple gesto hizo que en su interior se despertara una enorme ola de sentimientos que conllevaron algunas lágrimas fugaces. Él nunca había vivido nada parecido, con Elisabeth podía haberlo logrado, se sentía tremendamente cómodo con ella, era feliz, sin embargo al poco tiempo se había instalado en sus vidas la monotonía y por si fuera poco finalmente esta resultaba ser Damaris, una antigua agente de Modales y solo estaba con él por pura tapadera, «maldita puta», pensó, sin embargo la echaba de menos, en la casa todavía se apreciaba el olor de su exquisita colonia, no conseguía acabar con él, terminaba siempre impregnado de su

olor, ese que atormentaba su cabeza. La conciencia le torturaba. No había forma de quitársela de la cabeza. Se encontraba sumido en una tremenda crisis de conciencia, sin saber qué hacer. Sonó el teléfono. No se molestó en contestar, «si fuese importante volverán a llamar», se dijo para sí mismo. Seguía en aquel banco, los pensamientos oscilaban de un lado a otro, pensó en aquella joven que se había cruzado en el vestíbulo del edificio mientras se montaba en su coche. Era la perfecta definición de típica mujer rusa, del este, mejor dicho: melena rubia hasta la cintura, piel blanca con enormes ojos azules y finos labios. Pechos marcados por el vestido de tubo azul que se le ceñía al cuerpo dejando entrever sus suaves curvas. Pero nada como su movimiento de caderas, el más excitante que había visto nunca, sus infinitas piernas lo volvieron loco. Aquella mujer le recordaba a Iryna. Y sin darse cuenta sus pensamientos se nublaron imaginándose a la joven chica rusa entrando por la puerta de su pequeño despacho, nada más cerrar la puerta se desabrochaba la cremallera de la espalda haciendo que el vestido cayese al suelo, dejando sus pechos al descubierto, también podía apreciarse un pequeño tatuaje en la zona de las costillas, era una V, algún significado tenía que tener, pensó. La erección de Tom era visible. Aquella chica se encontraba tan solo con un tanga, tacones altos y un sujetador de encaje que dejaba admirar sus pequeños y rosados pezones. La cremallera del pantalón de Tom se acababa de romper fruto de la presión. Ella se acercó desfilando, marcando bien los pasos, Tom se arrojó a su cuello, podían escucharse pequeños gemidos, sus manos bajaron rápidamente a las nalgas de ella, esas que deseaba azotar desde que la había visto en el vestíbulo, eso que ahora sí hacía. Le introdujo varios dedos, ella esbozó un grito de placer, su mano se movía a gran velocidad. La agarró de las nalgas y la subió en su mesa, arrojó todos los papeles al suelo, no le importaba, luego lo ordenaría. Le abrió suavemente las piernas mientras su lengua asomaba, juguetona, haciendo disfrutar a aquella chica, entonces introdujo su pene, dando fuertes embestidas. Ambos gemían. Parecía que le dolía, pero el placer pudo mucho más. Tom era consciente de que toda la planta estaría escuchando aquel espectáculo, que oírían los gemidos de la chica rusa, aquella idea le ponía aún más. Era consciente de que estaba llegando al final, no aguantaría más tiempo, agarró del pelo a la joven y la puso boca abajo, le agarró las manos a la espalda con su cinturón y metió su miembro entre los glúteos de la joven rusa haciéndola chillar de dolor y placer.

—¿Sí?

—¿Dónde coño andas? Llevo un rato intentando contactar contigo. Ven cagando leches, hay novedades.

Tom echó la cabeza hacia atrás en señal de rabia al ver que todo aquello había sido el resultado de su increíble imaginación. La inquietud de Jamie era notable. No paraba de andar de un lado a otro, gesto serio, mirada perdida, mandíbula desencajada. Las gotas de sudor caían por su frente haciendo surcos.

—¿Qué ha sucedido? —dijo con cierto acento argentino resultado de haber escuchado hablar durante un gran rato a una pareja procedente del otro lado del atlántico.

Jamie no se entretuvo con rodeos. Contestó seco y claro.

—Ha venido Amelie.

Tom le interrumpió.

—¡Qué bien! ¿No? Me alegro mucho, te dije que las cosas se arreglarían.

Lo miraba de soslayo con cierta cara de asco.

—Me ha contado que sospechan de mí como asesino de la muerte de mi mujer, Melissa Norton. Me están investigando, todo extraoficial, por supuesto, al menos mi reputación todavía

surte efectos, pero el comisario no es uno de mis mayores aliados que digamos y está yendo a por mí.

—¿Pero tú no has sido no? —le preguntó muy intrigado y con cierta admiración por aquella historia.

—Claro que no Tom, llevamos varios años ya juntos, has sido y eres mi mano derecha, sí, es verdad que me he manchado las manos muchas veces para sacar a esta empresa adelante, para hacerla grande, pero sería incapaz de acabar con mi mujer tan solo porque nos íbamos a separar. ¿Me ves capaz?

—Se hablaba que ella tenía paralizados varios proyectos, eso sí es una buena causa. Confío en ti, pero desde que estoy en Londres he visto y tenido que hacer muchas cosas que jamás creería si me las contasen, se cómo funciona este mundo, si alguien te molesta, se interpone, lo eliminan.

—¡Tom por dios! Era mi mujer, una ex yonqui que seguía enganchada, yo mismo la he visto meterse algunas rayas de cocaína cuando vivíamos juntos, esa noche calculó mal, no sé si a propósito o no, pero sobrepasó la línea y acabó pagándola. Así es la vida —se lamentó de sus últimas palabras, demasiado frías le habían parecido. Ahora solo le quedaba esperar a que su mano derecha se creyera aquella versión.

—¿Qué sabemos sobre ese comisario?

Jamie sonrió para su interior, Tom acababa de comprar su teoría, y parecía dispuesto a ayudarlo.

—Gerhard Harrelson, íntimo amigo de Melissa desde pequeños, estaba enamorado de ella, de ahí su animadversión por mí, Melissa siempre lo tuvo como un hermano mayor y no pudo conseguir nada. Que yo sea millonario, digamos que tampoco hizo que la relación entre nosotros mejorara, al fin al cabo no es capaz de mover los suficientes hilos, yo conozco a más gente, ha intentado sacar algún trapo sucio sobre mí tiempo atrás sin resultado alguno, pero ahora tras el fallecimiento de su amor platónico irá a por mí sin importarle absolutamente nada.

—¿Qué ha ocurrido con Amelie?

—A la muy guarra le he solucionado la vida. Me ha pedido semejante cantidad de dinero como para vivir más de cincuenta años como una reina con un poco de cabeza, y que no le moleste más a cambio de la información. 1.347.989. Esa es la clave. Es el número de personas que han trabajado a lo largo de todo este tiempo para nuestra organización. Accede a ella y encontrarás perfectamente desglosada toda la información.

Tom no perdió ni un minuto, se encontraba en un bar con un compañero del trabajo.

—¿No te vas a terminar esa cerveza? —le preguntó señalando a la birra que estaba medio llena.

—Tengo un poco de prisa, me debo marchar.

Tom pagó la cuenta y dejó a su compañero tranquilo terminándosela. Introdujo la clave en su *pendrive*, inmediatamente se abrieron cientos de archivos. La mayoría eran virus para evitar que si caía en manos peligrosas pudiesen averiguar lo que escondía. Solo un archivo contenía la información. Pinchó en él. En primer lugar, aparecieron las noticias falsas de Damaris, por lo visto se dijo que había sido degollada por los capos mexicanos al creer que esta era una infiltrada de la policía. La información había sido proporcionada por Denax a algunos medios de comunicación. Así desviaron la sospecha sobre ella al no encontrarse presente cuando el ataque a la embajada. Damaris quedaba como una mártir que había fallecido intentando desarticular a una banda muy peligrosa. Pasó rápidamente algunas páginas esperando ver alguna información veraz sobre lo ocurrido con Marcos y su hijo, sin embargo, nada aparecía, tal vez había sido un

accidente fortuito tal y como se decía. Tras un rato leyendo documentos intrascendentes llegó a lo que debía realizar. Quedó perplejo, no podía creerlo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, pero aquello era demasiado para él.

Marcos y Burks tenían un trato. El primero le estaba dando toda la información al fiscal para que su detención se alargase lo máximo posible. De ahí que Burks hubiese dejado a su mujer, su casa y estuviera viviendo más tiempo en oriente medio que en Europa, allí era más fácil defenderse. Marcos se vendía al mejor postor. No trabajaba para nadie, sin embargo, tenía un enemigo: Tom. En cierto modo lo hacía responsable de la fatídica muerte de su hijo.

Las casas de Jamie Rowling estaban pinchadas. Gerhard había conseguido una orden judicial falsa para controlar todos los movimientos y conversaciones de este. Tenía la corazonada de que así podría saberlo. Sin embargo, pasadas varias semanas nada conseguía. Ni una mísera conversación que lo delatara. Finalmente se decantó por volver a pedirle ayuda a Alexandre Marinetti, al fin y al cabo, había demostrado tener mayor capacidad de resolución que el comisario. Accedió sin poner ni un impedimento, llevaba meses aburrido sin ningún caso interesante después de que se cerrara el de Melissa Norton definitivamente y por si fuera poco en casa se encontraba solo desde hacía unos meses. Amelie había desaparecido dejando en el apartamento toda su ropa y objetos.

La idea de Gerhard era adentrarse en la casa en busca de la pistola, sin embargo, Alexandre le hizo entrar en razón haciéndole ver que eso sería totalmente ineficaz ya que lo más seguro sería que se hubiese deshecho del arma para evitar cualquier tipo de problema.

—Da tú alguna idea entonces, listillo —dijo notablemente mosqueado al ver que alguien más joven había desprestigiado y desvalijado su plan.

Se podía intuir una leve sonrisa de Alexandre entre el humo de su cigarro.

—Lo llamaré yo, no me conoce, si bien tengo entendido Davenson no quiere que él se vea implicado en no sé qué asunto de Simon Burks, un hombre muy poderoso. Me haré pasar por la mano derecha de este y le dejaré entrever que somos conocedores de que él es el culpable de la muerte de su ex-mujer. Con Burks tiene tratos y una relación de intereses en la que ambos se cuentan información sensible de vez en cuando solo para demostrar que están ahí, que siguen siendo los más «fuertes». Conociendo un poco su forma de ser no creo que me cueste mucho sacarle una afirmación de que es el asesino de Melissa Norton, probablemente hasta alardee diciendo que nadie ha conseguido ni siquiera relacionarlo —terminó dándole una gran calada al cigarro para matarlo.

—¿Cómo sabes todo eso sobre el señor Jamie Rowling? — preguntó estupefacto.

—A veces mis fuentes cumplen —dijo mientras sacaba su móvil—. Dame el número de Jamie, vamos a empapelarlo.

XXXI

—¿Dígame?

—Buenas tardes, soy Aaron Bodway, llamo de parte de Simon Burks, soy su mano derecha desde hace no mucho.

—¿Y qué es lo que quiere ahora ese miedica que no se atreve a aparecer por Londres? —

preguntó tratando de poner las cartas sobre la mesa.

A Marinetti se le iban ocurriendo nuevas argucias a medida que Jamie hablaba.

—Pues precisamente eso mismo, quiere volver a Londres, pero sin ningún tipo de problemas, sabe que lo están investigando. Necesitamos su ayuda para volver sin represalias, deberá mover algunos hilos para eliminar los cargos que se están intentando acusar a mi jefe.

—¿Por qué debería hacer yo eso? —preguntó tratando de sacar alguna ventaja a cambio.

Marinetti trató de no reírse.

—Sabemos que usted es el causante de la muerte de su mujer, Melissa Norton, y podemos demostrarlo —dijo con cierto tono de tranquilidad haciéndole creer a Jamie que estaban entre amigos y que aquello al fin y al cabo era una guerra cordial, una más en la larga lista de estos dos.

Jamie rió.

—Su jefe siempre tan tenaz e inteligente como siempre. Claro que fui yo, quién si no iba a ser. Póngame con Burks, hablaré personalmente con él para ver qué puedo hacer.

—¿Le cuelgo ya? —preguntó Marinetti a Gerhard tapándole el micrófono al teléfono para que Jamie no pudiese escuchar nada.

Gerhard hizo varios aspavientos con los brazos en señal de negación con tal de que siguiese un poco más para así no hacerle sospechar.

—En unas horas le llamará. No pensaba que la conversación fuese a durar tanto y se le ha terminado solapando con una reunión, en cuanto salga de ella tendrá su llamada sin más demora.

—Estaré toda la tarde en mi despacho —dijo a modo de información.

—¡Vamos a por él! ¡Lo tenemos! —comentó extasiado.

—Primero necesitamos una orden judicial de arresto, en un par de horas iremos a por él —la cara de Gerhard Harrelson era el reflejo de la felicidad en su máximo esplendor.

XXXII

Eran las 19:45 p.m. El cielo ya hacía presagiar que nada bueno iba a ocurrir aquella noche. La contaminación lumínica y truenos acompañados de algunos rayos apenas dejaban observar las estrellas. Había numerosas creencias históricas basadas en las relaciones entre los cuerpos celestes y los acontecimientos en la tierra. Jamie miraba por la enorme cristalera de su despacho. El cielo estaba oscuro, era un azul tan oscuro que no lograba distinguirse con el negro. Los rayos le llegaron a remover el estómago en señal de nerviosismo. Esperaba la llamada de Simon Burks.

Varios coches de policía iban con las sirenas tronando por el oscuro atardecer hacia la empresa del señor Jamie Rowling, tardarían más de lo esperado, la lluvia había dificultado considerablemente el tráfico y el centro de la capital se había convertido en una ratonera. Alexandre Marinetti iba en la parte de atrás del coche policial, mirando su teléfono móvil esperando un mensaje de Amelie. Gerhard Harrelson de copiloto, comiéndose las uñas en señal de preocupación, aquello le iba a catapultar a lo más alto de Scotland Yard. Dentro de aquel vehículo se podía observar la tensión. Estaban a punto de hacer historia, saldrían semanas y semanas en las noticias, sus teléfonos se llenarían de llamadas de medios de comunicación deseando hacerles numerosas entrevistas, además tendrían que soportar presiones. Estaban dispuestos a ello tanto Harrelson como Marinetti.

Jamie vestía un traje negro, camisa blanca y corbata gris acompañado de unos zapatos de pico oscuros. Seguía mirando por la ventana, esperando la llamada de Burks, había abierto el enorme ventanal con tal de que le entrara algo de frescor, las gotas pese al viento no lograban acceder al despacho. Jamie parecía estar posando para un fotógrafo de renombre, a menudo era una fuente de inspiración para él. Recordó que los romanos pintaban las ventanas haciendo como si de verdad existieran. Aquella imagen del señor Jamie mirando por la ventana retrataba la viva imagen de un hombre poderoso ante la soledad. ¿Estaba perdiendo el tiempo mirando por la ventana? Era la mejor forma de reflexionar para Jamie. Estaba inquieto. En ese momento alguien golpeó la puerta de la entrada. Jamie se giró sobresaltado.

—Jefe tengo algo que contarle sobre Burks. No le dije la verdad en su momento.

Intentó guardar la compostura y que no pareciera asustado tras la interrupción.

—Dime Tom, ¿qué es lo que pasó?

Ambos andaban en círculos como si de un duelo se tratara y estuvieran estudiándose.

—Simon Burks me contó que la información que conocíamos no era determinante, tan solo era un juego entre ambos. Y han jugado conmigo... —dijo decepcionado— Aun así no estoy aquí por eso, durante mi viaje por España conocí a Antonio Modales, el jefe de toda esta trama.

—¿Jefe? —preguntó extrañado— Conozco personalmente a Modales, pero nunca se ha identificado ante mí como el jefe de la organización, siempre me comentaba que era la mano derecha de quien de verdad dirigía todo esto.

—¿Iryna y Lena? —ahora el sorprendido era él.

—No, para nada, esa gente son personas importantes en la organización, pero ni mucho menos los altos directivos. Estuve investigando hace tiempo y conseguí averiguar que recibían ayudas de altos empresarios, sin embargo, tengo entendido que quien de verdad manda es una chica, una francesa... pero no tengo ni idea de su nombre, ni siquiera de su rostro, siempre ha sido una sombra.

Tom no lograba entender nada de lo que le estaba contando. Ambos seguían andando, ninguno se quedaba inmóvil. Jamie se trastabilló cerca del enorme ventanal de cristal, circunstancia que aprovechó Tom para empujarlo y que cayese desde la decimonovena planta de sus oficinas. Apenas pudo apreciar el rostro de Jamie, pero sin duda alguna era de incredulidad. Estaba cayendo desde una altura incalculable en una noche de tormentas y rayos. El impacto con el suelo fue brutal. No quedaba prácticamente nada del cuerpo. Al lado del inerte esqueleto se encontraban los cuatro coches que acababan de aparcar tras más de cuarenta minutos cruzando la capital. Tom marcó un número.

—Trabajo realizado.

Los ascensores se habían estropeado fruto de la tempestad. Gerhard y Marinetti estaban subiendo por las escaleras acompañados de varios policías para arrestar a Jamie. Tom esperaba sentado en el asiento el salvoconducto de Antonio Modales. Pero este nunca llegó. Salió arrestado por Gerhard, el cual maldecía no haber podido llegar quince minutos antes. Las explicaciones de Tom fueron en vano. El *pendrive* nunca se volvió a encontrar. Nada había en la casa de este que le pudiera ayudar. Había sido limpiada de forma muy minuciosa.

El entierro de Jamie Rowling fue la viva imagen de la soledad. Únicamente su padre y algún familiar lejano, ni tan siquiera un empresario. Denax había quebrado, no quedaba nadie para dirigirla por lo que ningún empresario debía hacer el paripé. También estaba, aunque algo retirado del cementerio Marcos Farreres, el cual había decidido que era la hora de marcharse a una isla paradisíaca con todo el dinero obtenido. En su cara no se veía tristeza, por el contrario, sabía que todo había terminado. Con la falsa identidad de Sander había conseguido la información necesaria para chantajear a Burks y Jamie. Este había acabado finalmente como su máximo miedo reflejaba. Solo. Al igual que Carl la soledad impregnaba aquel funeral de forma más evidente aún. Había sido una de las personas más poderosas de la capital, incluso del mundo. Sin embargo, de nada le había servido para llenar el día de su entierro. Jamie tenía su principal debilidad en los sentimientos y su confianza en quien había sido su mano derecha, su cariño hacia él le habían costado la vida.

Burks consiguió escapar de la justicia londinense. Tenía una nueva vida en oriente gracias a Marcos y al dinero.

Tom estaba siendo registrado en el libro de ingresos del centro penitenciario «HM prisión weare», tomaron sus huellas dactilares y le sacaron dos fotos, una de frente y de perfil para la apertura de su expediente. Varios funcionarios le cachearon y quitaron un teléfono móvil, un reloj y monedas. Otro funcionario le acababa de entregar un juego de sábanas, algunos objetos para la higiene, como geles, cepillos, etc. y por último un juego de cubiertos de plástico. Después de superar el reconocimiento médico al que se tenía que someter, le explicaron que durante los primeros días tendría una celda individual. Al entrar en la cárcel le habían comentado que su madre había perdido la cabeza. Le diagnosticaron demencia senil. Eran las 8:00 a.m. Sonó el toque de diana. Debía ir a desayunar. Después de este le habían asignado varios trabajos que debería realizar. Lavandería, biblioteca y cocina. Luego un rato para ver la televisión o salir al patio. A las 21:00 p.m. la cena. Y vuelta a la celda. Así durante treinta años. 10.957 largos días de su vida. No quería creérselo. Cayó en una tremenda depresión. A los dos años intentó suicidarse sin mucho éxito. Lo volvió a intentar, pero fracasó. Era un preso vulnerable y estaba altamente vigilado. Había pasado a compartir celda con otro recluso. Esto le molestó. Cada día que pasaba pintaba un palito en el suelo con una cera color amarillo que le habían prestado para saber cuántos míseros días le quedaban para salir de allí.

Pasaron años sin que nada interesante sucediera allí dentro.

—Extranjero levanta —dijo un funcionario golpeando con la porra que llevaba en la mano izquierda los barrotes—. Tienes visita.

Le llamaban el extranjero desde el primer día, su acento español le había marcado un mote que tenía que arrastrar entre lamentaciones y amenazas.

La cara de Tom era un poema. Llevaba dieciocho años ya encerrado en aquella cárcel y desde entonces nadie había ido a visitarlo. Su sorpresa fue mayúscula al ver que la persona que le visitaba era Amelie.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó extrañado al tener su primera visita tras una especie de cristal como frontera entre ambos.

Amelie portaba un vestido holgado color crema.

—¿Nunca has pensado qué es lo que ocurrió de verdad?

A Tom aquellas palabras le extrañaron.

—¿Pensar? No sé ni cuánto tiempo llevo metido aquí por malas decisiones, por dejarme

influnciar por absurdecos. La causa... decían. Menos mal que te marchaste Amelie, te libraste de una buena.

Esbozó una leve sonrisa.

—Yo nunca me he marchado Tom. Yo soy la razón de la causa. —dijo con cierto eco que se metió en la cabeza de este al otro lado del cristal.

En ese momento retumbaron en la cabeza de Tom las palabras que pronunció Jamie antes de que él mismo lo arrojase: «estuve investigando hace tiempo y conseguí averiguar que recibían ayudas de altos empresarios, sin embargo, tengo entendido que quien de verdad manda es una chica, una francesa... pero no tengo ni idea de su nombre, ni siquiera de su rostro, siempre ha sido una sombra».

—Eras tú —afirmó con rostro de estupefacción—. Siempre has estado al lado de Jamie, así sacabas toda la información...

Amelie asintió.

—No solo al lado de Jamie, te podría nombrar algún que otro hombre del cual he sabido aprovecharme. Lo único falso en todo esto es aquello que no has querido ver, que no has querido creer. Tú te has negado a verlo y nos has dado la clave para limpiar de una vez por todas, la organización. Ahora no tenemos a nadie investigado, no pueden relacionarlo con nosotros de ninguna manera. Seguiremos haciendo la paz.

Tom se levantó poseído intentando agarrar del cuello a la dulce chica que se encontraba detrás del espejo. Varias descargas eléctricas hicieron que perdiera el conocimiento. Nadie le creería. Amelie se marchó haciendo el papel de mujer compungida.